

# LOS HERMANOS SINIESTROS

La codicia y el odio en el confort del horror



IBÉYISE PACHECO

# **LOS HERMANOS SINIESTROS**

**LA CODICIA Y EL ODIO EN EL CONFORT DEL HORROR**

**IBÉYISE PACHECO**

Primera edición abril, 2020  
Miami, Estados Unidos  
Copyright © IbéyisePacheco

Producción editorial  
MEL Projects  
Ilustración de portada  
Rayma Suprani  
Diseño de portada Nahomy Rodríguez

ISBN: 979-8642095867

Todos los derechos reservados.  
Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra sin la autorización escrita de la titular del  
copyright.

*Allí nos pusimos, y desde aquel punto vimos en el foso unas gentes sumergidas en un estiércol, que parecía salir de las letrinas humanas; ... —Procura adelantar un poco la cabeza, a fin de que tus miradas alcancen las facciones de aquella sucia esclava desmelenada, que se desgarran las carnes con sus uñas llenas de inmundicia, y que tan pronto se encoge como se estira. Esa es Thais, la prostituta, que cuando su amante le preguntó: —¿Tengo grandes méritos a tus ojos? ella le contestó: —Sí, maravillosos.*

(Dante Alighieri, La Divina Comedia, El Infierno, Canto xviii).

*¡Oh gentes malditas sobre todas las demás, que estáis en el sitio del que me es tan duro hablar; más os valiera haber sido convertidas en ovejas o cabras! ... Cuando hube examinado algún tiempo en torno mío, miré a mis pies, y vi dos sombras tan estrechamente unidas, que sus cabellos se mezclaban... Ninguna grapa unió jamás tan fuertemente dos trozos de madera; por lo cual ambos condenados se entrechocaron como dos carneros: tanta fue la ira que los dominó.*

(ídem, Canto xxxi).

Traducción de Manuel Aranda y San Juan (Barcelona, 1871)

Nota: En la edición italiana (Milano, 1922), el párrafo xxxi corresponde al xxxii

Los últimos años en Venezuela han inspirado este libro, en el que eventos y personajes existen, aun cuando algunos han sido modificados y presentados en circunstancias distintas. Por eso es relevante precisar que cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia.

*Los hermanos siniestros* es el retrato del estiércol, el viaje al infierno. Ese rostro dantesco que no habíamos imaginado como parte de nuestro ecosistema. Torturadores, dictadores, violadores, pillos, canallas. Bestias insensibles y amorales que con su maldad han activado el rostro oscuro de los venezolanos.

Este libro lo escribí porque soy de las convencidas de que a esa inmundicia hay que mantenerla en el registro de los capítulos de lo aborrecible que nunca más se debería repetir.

Agradezco a mis amigos que me han apoyado con nobleza. Destaco la confianza y valentía de incontables e inimaginables informantes. Sin su ayuda este libro no habría sido posible. Cuando regrese la libertad a mi país, el mundo podrá conocer sus nombres, si así lo desean.

En *Los hermanos siniestros* sobresale la portada, obra de Rayma Suprani, amiga genial, valiente, sensible, generosa. Sin ella este libro estaría incompleto. Gracias, Rayma.

Quisiera también rendir homenaje a la honestidad y el coraje de muchos que han entregado su vida en esta lucha que lleva veintiún años. Cada víctima muerta o que ha sobrevivido, permanece en mis pensamientos. Espero que las próximas generaciones se encarguen con éxito de que los culpables de tanto dolor paguen ante la justicia y jamás regresen al poder.

Ibáyise Pacheco  
Miami, 2020.

*A Celina Rivas y Guimar Parra, ángeles por Miami*

# **PRIMERA PARTE**

## I

Llevaba la prisa de la muerte. Su mente había considerado el tiempo para cada detalle. Con malestar de *jet lag*, por su regreso a Caracas de Lisboa, programó recuperar su pistola, que había dejado enterrada en el cerro Avila hacía más de un año, tres días después del derrumbamiento de las Torres Gemelas. Cuatro curvas a la derecha, una a la izquierda, la pequeña quebrada, el árbol que a sus pies tiene una piedra en forma de gnomo... El arma la obtuvo a cambio de droga con unos clientes del bar donde trabajaba en Chacaíto. Demasiado loco hay en la calle. Todo legal, registro EEK499. Bonita pistola, una Glock punto 40, de esas que lanzan cuatro tiros por segundo. ¡Pam, pam, pam, pam! Retumbó su cerebro. Regresó al edificio Tejar de Parque Central, directo a la tienda de municiones. Compró dos cajas de balas tipo *hollow-point*. Su bolso koala negro amarrado a la cintura, alojaba el peso del arma. Entró a la peluquería Fórmula II. Le gustaba ese nombre. Destacaba un asiento en forma de carro destinado a niños que le habría encantado ocupar. Con rudeza que las peluqueras atribuyeron a cierta vergüenza para ocultar su coquetería, solicitó que le tiñeran el cabello de rojo y le aclararan las cejas. Se dejó llevar por las manos expertas. Fue el único cliente. Después, aún de día, entró a un cine de películas pornográficas. En la quinta escena se quedó dormido; no le gustaba masturbarse en público. Lo arrullaron los gemidos en la sala. Al despertar se sintió un poco confundido. La luz suele sorprender al sexo pagado. En la calle preguntó la hora. 6:42 pm en tiempo para cumplir su misión.

Fernanda lo notó enseguida. El pelirrojo con rizos desordenados sacudía cabeza y manos conversando con la nada. Fernanda administraba desde hacía doce años el kiosco de periódicos en la plaza Francia. Tenía un lugar privilegiado para observar centenares de transeúntes diariamente. El sol sale siempre, era su saludo hasta en días de lluvia, el cual acompañaba con gel desinfectante que frotaba confanzuda en las manos de los clientes. Mucho microbio en el ambiente. A los niños solía regalar algún caramelo.

Fernanda dice que los ojos del hombre dispararon primero. Cuando lo avistó cruzando desde el otro lado de la calle, no le gustó. Sintió la cercanía del demonio. El sujeto con camisa gris y pantalón verde esquivó temerario carros y motos en la avenida Francisco de Miranda. Al llegar a la plaza se frenó. Entonces se levantó sobre uno de los bancos donde ancianos cansados suelen brindar a sus extremidades una pausa en la vida. Hizo un paneo sobre la masa. Con las piernas fijas como una tijera abierta clavada, introdujo la mano derecha en su bolso. Su cuerpo giró en dirección al Avila, tomó aire, miró el cielo y luego apuntó. El primer disparo fue certero. A la cabeza de una joven víctima.

Fernanda venía trabajando horas extras hacía algo más de un mes. Las ventas habían mejorado



desde que allí los militares lanzaban, en las noches, discursos contra Chávez. En la plaza abundaban tarantines improvisados bajo paraguas de colores con la oferta de banderas, pitos, gorras, estampitas de santos, constituciones, rosarios convertidos en pulseras y collares. Había cierta organización dentro del caos. Una tarima se crecía con el escenario que se apoyaba en el Obelisco, de cuya punta descendían tres largas telas con los colores de la bandera de Venezuela que se crecían con el verde del cerro Avila. Los fotógrafos hacían de las suyas.

A la caída de la noche el ambiente se iba animando. Llegaba a ser un buen plan para un viernes. La plaza estaba cerca de la salida del Metro y en sus esquinas convergían varias paradas de transporte público. El lugar había sido bautizado como la Plaza de la Libertad luego de que más de una docena de oficiales de la Fuerza Armada retó al gobierno de Hugo Chávez a partir del alzamiento que ocho meses atrás había fracasado. La conspiración mutó en un paro petrolero que presionaba para su salida del poder. En una acción poco convencional, los militares tomaron la plaza donde arengaban a los venezolanos. Contaban con las simpatías de los transeúntes y de buena parte del país. Los medios de comunicación desplegaron sus equipos para cobertura constante. El fácil acceso al lugar y la posibilidad de servicios había pesado en la decisión estratégica de seleccionar ese punto como centro de concentración que, además, estaba en Chacao, un municipio opositor. Los oficiales alzados se alojaban en el hotel Four Seasons. Solo tenían que cruzar la avenida. El general Enrique Medina Gómez, quien había sido el agregado militar en la embajada en Washington, funcionaba como el jefe de la operación.

En la plaza se habían instalado baños portátiles y carpas de asistencia de salud y seguridad. Unas gradas estaban colocadas mirando hacia la tarima que se prolongaba en un aparatoso equipo de sonido. El espacio, usualmente destinado al esparcimiento entre bancos de cemento y jardines con flores moradas, rojas y amarillas, cedió el turno a la militancia política. Ese 6 de diciembre de 2002, recibió unas trescientas personas.

Las balas estallaban. El hombre esperaba que su víctima lo mirara. Una madre nunca vería a su niña crecer. La pareja joven sentía que iba a morir abrazada. El anciano —ya nada tengo que perder— arrojó su cuerpo para proteger al nieto. Después de los primeros disparos, el pelirrojo apuntó a Fernanda que, congelada, era una de las pocas que había quedado de pie. Enfocó para no fallar. Ella no gritó, no respiró, no pestañeó, no rezó. Un señor corrió hacia el atacante. Valiente, vacío de miedo y de armas, chocó su hombro derecho contra el brazo del pistolero y suspendió la matanza. Cayeron los dos al piso, pero el pelirrojo, con agilidad, se repuso del ataque. Aprovechó el impulso para cambiar el peine de la Glock y continuar la masacre. A pesar de los disparos, de los gritos y la sangre, a muchos les costaba entender que un lugar familiar fuese el centro de ese espanto. Hasta ese viernes, las noches en la plaza convidaban a encendidos —y a veces aburridos— discursos políticos que se fusionaban con los niños y sus globos que explotaban junto a su risa. Eso no fue lo que estalló.

La confusión ayudó al agresor.

Los más veloces desenfundaron sus armas y lanzaron tiros al aire, pero entre la oscuridad y la gente corriendo presa de pánico, no lograron avizorar al pistolero. Todos parecían sospechosos y disparar empeoraba la situación porque el atacante había saltado hacia la masa o quizás ella lo había atrapado en su propia defensa. En el intento de una segunda recarga para un tercer peine, un golpe certero a la mano derecha del pelirrojo por parte de un joven con un asta y su bandera, lo desarmó finalmente. Una docena de sujetos lo engulló. Debían estarlo pateando cuando la policía

pudo rescatarlo.

La rabia se extendió junto al dolor. El reporte de los tres primeros muertos registró que Keyla Guerra, de 17 años, había recibido un tiro en la cabeza. Su padre la trasladó de inmediato a la clínica Avila, donde dejó de respirar. Josefina Lachman de Inciarte, de 70 años, falleció en el Instituto Médico La Floresta, y el profesor Jaime Giraud Rodríguez cayó sin vida en la plaza ante centenares de venezolanos. Los heridos se descubrían a cada paso. Las versiones de lo sucedido se expandieron con la velocidad de la sangre. Cada par de ojos portaba una mirada distinta. Quien tuviese un arma debía ser retenido para la investigación. El temor en los alrededores duró días, semanas. Sobraron los testimonios que aseguraban que aún permanecían activos unos francotiradores.

El personaje principal fue atrapado y de inmediato se confesó culpable. Su nombre, Joao De Gouveia.

Julio Valentín Rojas cumplía la rutina de seguir las noticias desde su casa. En pijamas bajo un prolongado bostezo, intentaba abandonar su desgano ante los acontecimientos que estimulaban su adrenalina. La plaza Altamira, foco de preocupación para el gobierno, había sido centro de un ataque. Sus colegas periodistas informaban de tres muertos y más de veinte heridos. Las versiones de los hechos se contradecían en detalles, pero nadie dudaba de la autoría del sujeto De Gouveia en la masacre. Los reportes precisaban que había sido trasladado a la Policía de Chacao. Funcionarios policiales detallaban que se mostraba errático, inestable, fuera de razón.

Julio Valentín levantó uno de los teléfonos controlados por su equipo de seguridad. Ser vicepresidente de la república lo hacía un blanco más propenso para el espionaje y él se cuidaba. Más de cincuenta años en la política y el periodismo le habían enseñado a no confiar en nadie. Jotavé llamó a Jaime Ramírez. «La oportunidad que estábamos esperando llegó. Recopila datos sobre el demente que disparó en la plaza Altamira. Tienes la oportunidad de lucirte como psiquiatra y estrategia frente al presidente Chávez».

Jaime Ramírez venía siendo entrenado por Julio Valentín Rojas. El perfil de Jaime era de perfecto diseño. Hijo de político de izquierda, resentido social, ambicioso y vulnerable frente al dinero. No tenía escrúpulos. Su padrino estaba persuadido de que era capaz de matar. Jaime, médico psiquiatra de 37 años, venía precedido por cierto carisma como dirigente estudiantil al frente de la Federación de Centros Universitarios de la principal casa de estudios superiores del país. La política le había sido natural al ser abrazado por los amigos de su padre, un dirigente de izquierda radical asesinado a mediados de los setenta en medio de torturas en los calabozos de la policía, luego de haberse visto involucrado en el secuestro de un famoso empresario. Jaime fue cobijado y guiado por los viejos compañeros del papá, situación que le sirvió para esculpir su propio rol de víctima. En la universidad logró compartir con miembros de la Liga Socialista — partido donde estuvo su progenitor— junto a militantes de otras tendencias que rompían la línea tradicional de la izquierda. Se involucró con el Movimiento 80, donde estaban personajes que luego fueron siendo conocidos en el chavismo. Pero su verdadera militancia era la codicia. A Jaime la política le serviría para obtener lo que le interesaba: poder y dinero.

Recién egresado de médico, Jaime consiguió —a través de amigos conectados con el gobierno del expresidente Rafael Caldera— que lo colocaran en el Programa del Pasaje Estudiantil. Se trataba de un plan que procuraba facilitar la movilización de los estudiantes. Jaime presidió esa comisión y despejó dudas sobre su deshonestidad y amor por el dinero. Los rumores de malos

manejos tomaron posición.

Cuando ganó Chávez, Jaime lamentó no haberse involucrado en la campaña. Había llegado a expresar públicamente su desprecio a los militares. En reuniones políticas los llamó fascistas y dictadores. Pero ante lo irremediable de Chávez en el poder, programó contactar con los personajes que pudiesen engancharlo con su gobierno. Hay que estar listo para ubicarse al lado del triunfador. Amigos tenía. Envió mensajes conmovedores a Luis Miquilena —mano derecha de Chávez—, ante quien se presentó como el hijo de Jaime Ramírez, asesinado en la cuarta república. Su objetivo inicial era que lo mantuvieran presidiendo la Comisión del Pasaje Estudiantil. Miquilena no estaba muy convencido, se resistía, pero los amigos se impusieron. Y Jaime logró seguir en el cargo. De eso se arrepintió Miquilena hasta el día de su muerte, el 24 de noviembre de 2016.

En la Comisión no duró mucho. Chávez lo botó. Jaime, al verse descubierto, bajó el perfil. Mantuvo sus actividades en la psiquiatría desde la Fundación Hermano, mientras ampliaba el abanico de relaciones definitorias de su futuro. El Movimiento 80 había logrado ubicar a varias de sus fichas en instituciones del Estado. Alcanzaron cargos sin necesidad de inscribirse en el partido oficialista. El despecho de haber quedado fuera del gobierno llevó a Jaime a descalificar a Chávez en reuniones políticas privadas. No es democrático, opera desde las roscas, repetía.

Julio Valentín esperaba la oportunidad para que Jaime regresara a un puesto clave. Jotavé quería ubicarlo cerca del presidente, aunque sabía que el camino para ganarse la confianza de Chávez era difícil y rebuscado.

Julio Valentín refunfuñó frente al alboroto de su mujer. La placidez del cuarto oscuro se difuminó con la eficiencia de Juanita al correr las pesadas cortinas haciendo ruido y hablando entre dientes. Jotavé parecía disecado. La minúscula apertura de uno de sus ojos le mostró a Juanita con el pelo alborotado. Llevaba puesta una gruesa bata de casa. «Tienes este cuarto hecho un desastre», dijo ella con voz elevada que a él le sonó como una tensa cuerda de violín desafinado. Juanita levantaba objetos y los colocaba en el mismo lugar, como si el movimiento se tradujera en eficiencia. Tenía una copa de mimosa que paseaba por los bordes de los sillones y mesas. De una de sus esculturas —una muñeca alargada en un pretendido gesto de baile que se prolongaba hasta una mano extendida que Jotavé usaba para poner calcetines— Juanita tomó un pañuelo que se anudó en la cabeza antes de sentarse a su lado en la cama. Jotavé hizo un último e inútil intento por simular dormir. Juanita le habló firme y con dulzura. «Jaime ha llamado dos veces, parece nervioso. Creo que debes hablar con él».

Ella solía tener razón. Debía activarse. La estrategia con Jaime podía encaminarlos al propósito planificado desde hacía años.

Contrario a Jaime Ramírez, el padre de Jotavé no le daba ni para fingir orgullo: había sido un coronel del dictador Juan Vicente Gómez. Algunos aseguran que era su hijo, asunto que siempre desmentía con vergüenza. Igual cargaba el resentimiento por errores de su padre —culpaba al partido Acción Democrática— que lo llevaron a vivir su infancia en Colombia, país al que nunca dejó de odiar a pesar de haber recibido cobijo. Por contraste, años después fue feliz en su exilio en Chile. Hacia allá huyó de la dictadura de Marcos Pérez Jiménez. Chile le regaló a Juanita, la cómplice de su vida. Ambiciosa, sabía usar su cuerpo y nada la detenía frente a sus objetivos. El arte vino después. Y aunque la Presidencia de la República estaba en su mira, tres intentos fallidos enseñaron a la pareja que había otras alternativas para tener el control del poder.

Juanita era disciplinada para ejecutar. Era la armadura de su cofradía.

Esa mañana, aceptando los argumentos de Juanita, optó por parecer severo: «¿No es un poco temprano para una copa?», preguntó mientras trataba de que sus músculos respondieran en un estiramiento.

—Jaime conoció al autor de la masacre. Tuvo que salir para Miraflores porque Chávez quiere escuchar personalmente su percepción, informó Juanita.

—¡Perfecto! —reaccionó golpeando una de sus manos sobre la almohada. Algo más erguido, Jotavé se sintió animado. Dio tres pasos y antes de llegar al baño hizo escala en la silla que acompaña su lujoso escritorio. Juanita subió el volumen al televisor con la señal en Televen. Había cuñas sobre un programa de concursos. Cambió a Globovisión. El gesto de desagrado de Julio Valentín por tener que ver ese canal desapareció cuando se enteró de detalles del caso De Gouveia con la transmisión directa desde el lugar del tiroteo. En un programa de opinión estaban analizando los hechos con pases en vivo.

Julio Valentín abrió su *laptop* y sobre el teclado lanzó nueve pastillas que fue engullendo una a una con un vaso de agua. Juanita tomó el teléfono interno: «Ya le pueden traer el desayuno al doctor». Desde sus 15 años, cuando Jotavé la había rescatado de un prostíbulo en un pueblo de la provincia de Chile, ella disfrutaba dando órdenes a la servidumbre. Hoy se sentía especialmente contenta. La cercanía de Jaime a Miraflores iba a reforzar las acciones que desde la Vicepresidencia guiaba Jotavé, en un momento en el que Chávez estaba debilitado. Un golpe de Estado lo había sacado del gobierno por horas y a pesar de haber retomado el control y ejecutado una *razzia*, no había logrado apagar el fuego en la Fuerza Armada. A eso tenía que sumar el paro petrolero en pleno apogeo.

Que su amigo Luis Miquilena saliera del gabinete ejecutivo, facilitó la dependencia de Chávez con Jotavé. No había otro político civil más conecedor del país. Chávez sabía de la amistad que unía a Miquilena con Julio Valentín. Parecía un pacto desde el más allá, cruzado con secretos terrenales. La mejor referencia se trasladaba al día del triunfo electoral de Chávez, cuando le oficializó a Miquilena que sería su principal ministro. De inmediato, Miquilena solicitó —presionó— la incorporación de Jotavé. El militar aceptó. Luego, en privado, el par de amigos se juró que, si uno tenía que salir del gobierno, voluntariamente o no, el otro lo acompañaría. Jotavé no cumplió y Chávez interpretó la traición con la lectura adecuada: que ese gesto de lealtad hacia él se trataba de una apuesta interesada. Y que tenía un precio.

Julio Valentín se arrastraba sinuoso a obtener su trofeo. Con Chávez había sido canciller y ministro de la Defensa. Aún quería más. Jotavé siempre necesita más.

En la lucha política, Julio Valentín aprendió a sacar provecho a su rostro de hielo. Lo favorecía, también, la delgadez y buena estatura de un exdeportista y unos bigotes permanentes que le habían servido para que en sus campañas presidenciales lo asociaran con José Gregorio Hernández, el benemérito, el querido médico de los pobres, cuya imagen petrificada de daguerrotipo, con una bata blanca, un sombrero negro y las manos hacia atrás era honrado en los altares venezolanos. Los creyentes se ofendieron con la comparación. José Gregorio era un santo, Julio Valentín, en cambio, un bellaco. En su espalda lo que oculta es una ametralladora.

Jotavé había pasado su vida conspirando. Mucho sabía de muertos y huesos en el clóset. «Para llegar a la cima hay que enterrar a más de veinte», se repitió en sus pensamientos, volteando hacia los lados como si un fantasma pudiera escucharlo. Su boca hizo un rictus que habría podido

parecer un esbozo de sonrisa, mientras bajaba en la computadora informaciones que especulaban sobre la fragilidad política de Chávez.

La señora Alba entró con su desayuno. Apenas ella se fue lanzó con asco por el lavamanos el jugo de naranja y con una llave, que sacó de la gaveta de su escritorio, abrió su nevera personal plateada. Tenía pequeñas botellas de champaña, envoltorios con prosciutto, distintos quesos, caviar y varios envases de vidrio con un líquido rojo. Tomó uno y lo bebió como *shot*, de un solo tirón. Se limpió con los dedos las comisuras de sus labios, chupándolos luego con gesto de placer.

Con la energía obtenida se dirigió al baño. No pudo evitar detenerse en el espejo que detestaba, donde su cuerpo completo resultaba en una imagen desgraciada. La de hoy le pareció tosca y desaliñada. Se alisó el pelo, trató de poner erecto un cuerpo doblado por los años. Intentó inflar un pecho al que le cabía poco oxígeno. Solo consiguió toser. Pensó entonces en la imagen más excitante posible. Sintió la banda cruzándolo desde su hombro izquierdo hasta su cadera derecha. Presidente, le pareció escuchar de una voz que sonaba sobre el himno nacional. Ya era tiempo de bañarse.

## II

El olor a desinfectante le enfriaba la sexualidad. ¡Le desagradaba tanto cuando lo despertaba el ajeteo familiar! Inessa estaba limpiando. Jaime había llegado pasadas las 4 de la madrugada de la entrevista con Joao De Gouveia. Ante ese trasnocho habría preferido el café como su primer aroma del día. Los movimientos de Inessa tenían la intención de activarlo y él se resistía, abrazando sus mullidas almohadas de plumas que lucían agolpadas en su cama. Nada añoraba de sus habitaciones del pasado. Fueron cuartos de pobre. El primer apartamento de casado en Valle Abajo tenía un solo ambiente. Minúsculo, no daba oportunidad para hacer vida social. La única puerta era la del baño. Solía pedirle a su mujer que la dejara abierta para fisgonear. Desde pequeño le excitaba ver defecar. Como adolescente espiaba a las niñas en el baño con la expectativa de ver sus rostros contraídos por el placer de expulsar las sobras. Les buscaba la mirada brillante sostenida con sus codos sobre las piernas como la versión femenina del pensador de Rodin. También se lo hacía a su hermana.

Inessa interrumpió su fantasía. «Esta madrugada me pediste que te despertara temprano porque tienes una cita con Chávez en Miraflores al mediodía».

Jaime se activó. Preguntó en automático por los niños, sabía que debían estar en el colegio. Con energía se fue a bañar. El agua de la ducha sobre el cuero de su cabeza casi calva solía estimularlo. Jaime ansiaba esta gran oportunidad. Tienes que llamar a Jotavé antes de la reunión, se recordó en voz alta.

En los últimos meses le había tocado improvisar por un camino nada cómodo, luego de que Hugo Chávez lo hubiera despedido del cargo de presidente de la Comisión del Pasaje Estudiantil. La renuncia no se la exigió ningún ministro, como él pensaba que lo merecía. Su amigo, el diputado Ernesto Alvarenga, delante de su hermana Betty, que trabajaba con él en una comisión de la Asamblea Nacional, en el jardín frente a la fuente y bajo un sol despiadado, empezó a divagar ante lo inevitable. Le contó que había viajado con el presidente a Kanavayén, que si los indios y el ambiente, que si las minas y la riqueza y Hugo, hermano, amigo, el pueblo está contigo, soltó: «El presidente recibió un informe muy documentado que prueba que has venido enriqueciéndote en las gestiones del pasaje estudiantil. Te pillaron, pues. El jefe está furioso y ordena que renuncies para evitar ser pasado a Contraloría. Dice que no te manda a meter preso por respeto a tu papá».

¿Dónde firmo?, resolvió Jaime sobrepuesto a la incomodidad y la sorpresa. Mejor evitar. Ya vendría otra oportunidad. Tenía a su favor el mediocre ecosistema chavista. Tarde o temprano lo llamarían.

A Julio Valentín le había sido fácil convencer a Chávez de la urgencia de activar a un psiquiatra de confianza que interceptara la narrativa de los eventos de la plaza Francia de Altamira. La versión policial debía ser orientada a responsabilizar a la oposición, apuntar a los militares que desde hacía más de un mes agitaban la calle y dirigían mensajes a los miembros de las Fuerzas Armadas, socavando el golpeado liderazgo del presidente Chávez. Desde hacía tres días, se caminaba, además, sobre un paro petrolero que podía pulverizar al gobierno.

Jotavé aprovechó el fracaso del HA para adherirse a Chávez como una sanguijuela. Solo le rivalizaba el general Raúl Baduel, quien había restituido en el poder a su compadre y amigo. A Baduel le faltaría tiempo de vida para purgar la culpa por este hecho. Chávez le agradeció años después, lanzándolo a una mazmorra.

De Gouveia no se mostraba como un asesino profesional. Chávez le preguntó a Jotavé su opinión sobre el primer informe policial que adelantaba que el pistolero había actuado en solitario y que el sujeto podría tener un desequilibrio mental.

Julio Valentín aprovechó la oportunidad y se explayó:

—Jaime Ramírez puede adelantar un expediente psiquiátrico que construya la hipótesis más conveniente para nosotros. Si el tipo está loco, diremos que la oposición lo hipnotizó, lo manipuló para que ejecutara una masacre y causara pánico en la población. En un solo paquete podemos responsabilizar a los medios de comunicación, a la Coordinadora Democrática y a los militares. Será una oportunidad para quitarnos de encima ese elemento contaminante que representa la plaza Altamira, que hasta un problema sanitario ha resultado. La noche se convierte en eterna entre proclamas y gritos histéricos. Los generales desfilan sus armas y envenenan a la audiencia contra usted. Ese espectáculo es muy irrespetuoso. Entiendo la estrategia de dejarlos menguar para que se agoten y mueran por cansancio, pero insisto, convirtamos este crimen en una solución enviada por la providencia. Jaime es el personaje indicado para ese trabajo.

—Entonces encárgate de que hable con el loco. Dame el teléfono de Jaime, que yo mismo voy a hacerle seguimiento a esta masacre —asumió Chávez con velocidad, comprando la propuesta de Jotavé—.

Julio Valentín llamó a su pupilo y sin mayor explicación le ordenó: «Te vas hasta la Comisaría de Chacao. Allí está el director del CICPC para garantizar que converses un buen rato a solas con el individuo. Este es tu caso. No sé qué vas a hacer, pero convence a ese pistolero de que actuó bajo la influencia o las órdenes de jefes de la oposición. El relato tiene que ser creíble, exportable, sostenible, que soporte un interrogatorio con la policía o jueces que siguen nuestras instrucciones y también con cualquier periodista que hará público su testimonio. De Gouveia debe entender que tendrá que estar un tiempo en prisión. Haz de demostrarle tu posibilidad de conseguirle algunos privilegios. Tiene que confiar en ti. Solicita un médico que le cure las heridas causadas por las masas enardecidas que lo querían linchar. Llévale una almohada, una cobija y lo básico para su aseo personal. Garantízale comida caliente, la que sea de su agrado, recuerda que es portugués. Ese hombre no debe hablar con nadie más hasta que tú lo tengas controlado. Pero no tenemos mucho tiempo. Disponemos de algunas horas antes de que la presión del mundo nos caiga encima. Así que a correr. El presidente va a supervisar la evolución del suceso personalmente. Prepárate y lúcete, que es tu oportunidad de ser perdonado. Si lo logras, regresas al gobierno. El país te necesita».

Jaime quiso observar antes el ambiente en la plaza Altamira. Eran cerca de las 2 de la

madrugada. Ya quedaba muy poca gente. Había cintas que protegían ostensibles charcos de sangre. Dos grupos de señoras llorosas murmuraban un rosario. Solitarios fanáticos lanzaban consignas políticas. El grito de libertad ya me tiene harto, resopló. Jaime con una gorra y paso apurado esquivó cualquier mirada que lo identificara. Siguió hacia la comisaría. Lo estaban esperando. Al sujeto lo tenían en una oficina y un esparadrapo le cubría parte de la frente. Estaba muy golpeado. Jaime ordenó que le quitaran las esposas. El funcionario lo hizo con desconfianza y cuidado. Era delgado y más alto de lo que imaginaba, con un abundante pelo rizado pintado de rojo.

Joao De Gouveia era hijo de un inmigrante portugués radicado en Venezuela. Nacido en San Roque, Funchal, Madeira, en 1964, él y su padre se habían establecido en el país desde 1981 aunque fue en 1996 cuando Joao adquirió la nacionalidad venezolana.

Una breve confesión obtenida por los primeros investigadores policiales arrojó este informe: «Fue un arma automática. Sujeto de nacionalidad portuguesa sin registro de personas conocidas en el país. Nacionalizado venezolano, regresó de Lisboa ayer 5 de diciembre solo. El atacante tiene antecedentes de violencia y admite haber disparado contra decenas de manifestantes que se encontraban en la plaza Francia de Altamira. Dice incoherencias sin agresividad. No tiene a quién llamar por teléfono. Está ubicado temporalmente. El balance de los hechos es que este sujeto en solitario causó la muerte de tres personas y lesionó a otras veinticinco».

A Jaime le pareció que el texto tenía los elementos necesarios para comenzar a construir el perfil del asesino. El asunto lo emocionaba porque podría aprovechar sus conocimientos en relatos policiales.

Joao mantenía la mirada hacia un punto impreciso jugando con los dedos de sus manos, ajeno a la tragedia causada. Jaime lo evaluó como su presa. El reto era convertir a ese loco en un aliado. Tenía que convencerlo de que había sido manipulado por el enemigo para causar la masacre.

Inessa le recordó que se quitara su reloj suizo. «No vayas a aparecerte ante tu jefe con señales de riqueza que le puedan generar envidia». Con una amplia sonrisa, Jaime se desprendió de los 10 mil dólares que costaba el «Chopard Mille Miglia GT XL». Pictórico, se acababa de deleitar con unos huevos benedictinos con salmón, servidos por su mujer. Solo lamentó no acompañarlos con una copa de mimosa. Debía cuidarse de no oler a alcohol. Sabía que Chávez era muy estricto con la bebida de sus subalternos, aun cuando él tomaba encapillado.

Manejó hacia Miraflores escuchando entrevistas en distintos medios radiales. Todos hablaban de Joao De Gouveia. Había salido de su apartamento en Altamira Sur tomando la ruta hacia la Cota Mil. La plaza Francia estaba tranquila, trasnochada por el suceso. Cuando llegó a Palacio tuvo que superar las alcabalas que tanto le fastidiaban. Para colmo, no aparecía en ninguna lista especial para entrevistarse con el presidente. Llamó a Jotavé y entró, pero le ordenaron estacionar en el espacio de visitantes comunes. Su lista de resentimientos nunca dejaba de crecer.

Jaime miraba su muñeca izquierda vacía de la hora y de su gracia. Igual tenía en su diagonal derecha un reloj de pared que le indicaba que eran las 4:47 de la tarde. Si a las 5 no me han atendido, me voy, se había asegurado con el orgullo herido, porque mentira, tendría que aguantar estoico hasta que a Chávez se le antojara recibirlo. Ya se había cansado de observar a burócratas con papeles, a ministros que entraban y salían corriendo como si fuesen importantes. La prisa es plebeya. ¿De verdad, habrá dicho esa frase Napoleón Bonaparte?, se preguntó con aburrimiento. Pasaba lista a decenas de militares. Son barrigones babosos que solo miran traseros y tetas de



funcionarias, pensó. Los despreciaba. Nunca había querido incorporarse a la conspiración militar del 4 de febrero por su displicencia hacia ellos. Le parecían incultos y flojos. Presionado por amigos como Juan Barreto y algunos compañeros del Movimiento 80, había terminado votando por Hugo Chávez. Lo hizo a través de la tarjeta del Partido Comunista, eludiendo apoyar a su partido, el MVR.

Apenas meses atrás, Jaime había redactado un documento que apoyaba la primera conspiración importante de civiles en el chavismo, cuando un grupo de diputados pretendió rebelarse a la orden dada por Chávez para que William Lara fuese reelecto como presidente de la Asamblea Nacional. Los que se oponían a esa designación intentarían fracturar la mayoría removiendo molestias con el candidato propuesto y juntando diferencias ante la imposición de las leyes de la Habilitante. El intento fracasó. Fue cuando se hizo famosa la frase del asesinado capitán Eliécer Otaiza amenazando: el que no acepte línea, está bajo sospecha.

Se iniciaba un año de tensión política. Los voceros del sector empresarial y sindical proponían una huelga general y la nómina mayor de PDVSA planteaba el paro petrolero. Había descontento en los militares y los medios de comunicación alzaban su voz opositora junto a la Iglesia. No parecía una circunstancia apropiada para contrariar las órdenes de Chávez. Pero ese grupo de parlamentarios amigos de Jaime lo hicieron y él los acompañó en el intento de rebelión.

La espera me trae malos pensamientos, Hugo no sabe nada de lo que hice contra él. Por suerte, ningún papel fue firmado por mí. A fin de cuentas, yo no era parlamentario y lo que escribí fue un borrador. La jugada se cayó porque muchos se echaron para atrás, igual que el 11 de abril, siguió Jaime agitando recuerdos en el tedio de la tarde.

El Movimiento 80, grupo cercano a Jaime, venía destacando en algunas áreas del Poder Ejecutivo. Pero lo más importante era que sus protectores, Alí Rodríguez y Julio Valentín Rojas, desde el alto gobierno habían decidido reconectarlo con Chávez, convencidos de que Jaime lograría seducirlo con su labia, igual que antes lo había logrado el psiquiatra Edmundo Chirinos.

Jaime repasó algunos términos que calzaban perfecto a la explicación del estado mental del loco De Gouveia. Había grabado la conversación con el personaje para que Chávez lo escuchara. Después, él se luciría con la interpretación. Esa era su especialidad. Gustaba desmontar los discursos de otros en función de términos de la psiquiatría, con referencias clínicas. Desajustaba así al contendor y evadía debatir el fondo del asunto. La técnica nunca le fallaba.

Jotavé le había insistido en la importancia de reforzar ciertos estereotipos para transmitir autoridad a la hora de informar a Chávez. Jaime se sentía seguro. Le entraría al presidente describiendo en detalle niveles de locura que le atribuiría al personaje y luego le demostraría cómo se podía manipular esa alteración a su favor.

Su saludo fue parco: «¿Hablaste con el loco de Altamira?».

«Presidente, acá está él mismo echando su cuento», se adelantó Jaime, colocando un pequeño grabador que activó sobre el escritorio de Chávez.

«Sí, yo disparé». De Gouveia lo dijo sin titubear y sin arrepentimiento. Habló en singular sin involucrar a nadie, ni decir por qué. En medio de su narración saltaba de ser protagonista a narrador que describía los hechos como el espectador de una película.

Jaime le contó a Chávez que De Gouveia acababa de regresar de Portugal, su país de origen, y que en su mente ya el crimen lo había elaborado. Al llegar se alojó en un hotel, temprano buscó el arma que había dejado escondida en el Avila, compró municiones y fue a una peluquería a teñirse

el cabello. El asunto de pintarse el pelo de rojo lucía bastante absurdo porque ese es un color que llama mucho más la atención y tiene mayor nivel de recordación en una sociedad como la venezolana.

De Gouveia había sido mesonero de alto nivel dentro y fuera de Venezuela. «Presidente, el tipo trabajó en el emblemático hotel y café Roy al, en el centro de Londres, que queda en la calle Regent Street a menos de 1,6 kilómetros de la zona de Theatreland del Palacio de Buckingham». Jaime había tratado de pronunciar fluidamente el inglés. Sabía la frustración de Chávez por no dominar esa lengua. Ignorarla lo ponía en desventaja, sobre todo a él, que sobre la palabra se crecía. Aun así, se negaba a aprender el idioma del imperio que odiaba. Jaime había planificado activarle ese conflicto a Chávez en ese momento.

—De Gouveia duraba poco en sus trabajos. Es irritable y reacciona con agresividad ante las dificultades. Cuando le robaron su carro causó problemas. Lo expulsaron de la pensión donde vivía —siguió describiendo Jaime al personaje.

—Ajá ¿y qué podemos hacer con este hombre? —preguntó Chávez con impaciencia.

—Vamos a caminar sobre su diagnóstico. La depresión psicótica que padece seguramente fue aprovechada por personajes malévolos que conocían sus debilidades —aseveró Jaime con seguridad—. De Gouveia parecería un sujeto conveniente para un bonito plan. Tiene nivel intelectual, habla tres idiomas, necesita dinero y evidencia confusiones mentales.

Aprovechando que había logrado mantener el interés de Chávez, prosiguió:

—Con los elementos de investigación policial que se tienen hasta ahora y con los otros que se van a recabar, es muy posible poder comprobar que Joao De Gouveia fue contactado y manipulado por el sector opositor para cometer esta masacre. A esa agresividad contribuyó Globovisión.

—¿Y en el juicio o en otra circunstancia este hombre podría contradecir esta teoría? —inquirió Chávez.

—Va a quedar clara la fragilidad mental de De Gouveia. Aun así tendrá que responder ante la justicia. El país debe recibir el mensaje de que no se salvará de ser procesado y castigado. Tampoco es merecedor de algún gesto benigno. No puede hacerse porque generaría sospechas. Con sinceridad, presidente, pienso que este loco ni se va a dar por enterado de la magnitud de su sentencia. Sus lapsos con la conciencia son esporádicos. Y para la sociedad su encierro es lo mejor. Y si con eso conjuramos la conspiración de un grupo de violentos armados y de una oposición que no cree en la vía electoral, sino en los golpes de Estado, pues mejor. De paso, podemos aprovechar y metemos a algunos opositores presos. A De Gouveia se le pueden garantizar elementos mínimos de sutiles privilegios en una prisión. Noté que cuida su apariencia personal. Tendrá jabón y champú para su higiene, lo que en una cárcel es un lujo. Se trata de un hombre solo que no tiene familia en Venezuela. Me aseguran que el padre, la madre y la hermana, viven en una granja humilde en Portugal. Mientras estuvo allá con ellos, no pudo producir para ayudar a mantenerlos y por eso decidió regresar. Lo que quiero decir es que no tiene dolientes.

La información sobre los hechos de Altamira podrá ser interpretada y difundida por varias vías. Los miembros del partido y ejecutivos del Ministerio de Relaciones Interiores, del CICPC y de la Disip, presentarán informes sólidos para documentar el plan opositor. Los jefes militares de la plaza deberán ser señalados. Los organismos de inteligencia tienen que insistir en esta acción terrorista aportando detalles de interés para la colectividad. Los hechos se deben entrelazar con explosiones o atentados previos que, si no han sucedido, ocurrirán. Hemos de reiterar que fue una

operación planificada y financiada por la oposición. La masacre no se puede desvincular del llamado paro indefinido. Estuve hablando con efectivos policiales y me contaron que algunos interrogados referían que horas antes los militares habían sometido a los asistentes en la plaza a una especie de ejercicio de entrenamiento para casos como el de ayer. Con seguridad habrá muchos que gustosos brindarán su testimonio para corroborar que los generales andan armados con total impunidad. Incluso alguno de ellos pudo haber disparado para contribuir al caos. Es probable que entre los análisis de sangre que se hicieron a los presentes se encuentren rastros de droga y alcohol. Podría ser un detalle que retrataría las características del grupo que se reúne a alterar el orden en Altamira. Quién sabe si hasta el plan era sobreestimar a la gente para dirigir una protesta hacia Miraflores.

Chávez estaba hinchado de satisfacción. La sonrisa le ocupó su inmensa cara. Se puso de pie y lo abrazó con efusividad.

—¡Excelente, Jaime! Quedas encargado, con apoyo directo de la Presidencia para la solución de este caso. Eso sí, debes estar muy vigilante de llevar a feliz término el caso del caballero De Gouveia.

—No se preocupe, presidente. Deje esto en mis manos.

Cuando ya Jaime estaba llegando a la puerta del despacho, Chávez le habló a la distancia.

—Jaime, ¿en qué estás trabajando? —preguntó con la mano sobre una carpeta. El psiquiatra sabía que era su expediente con los detalles de los negocios ilegales detectados y por los que el presidente había ordenado su despido de la Comisión de Pasaje Estudiantil.

—Soy director médico de la Fundación Hermano, un grupo de psiquiatras que brinda atención a pacientes con hospitalización. Yo estoy en la parte de investigación científica. También trabajo en el Hospital Universitario.

—Interesante. Habrás entendido que en mi gobierno las cosas hay que hacerlas bien. Y no perdono nada que se fragüe a mis espaldas.

—Entendí, presidente —dijo Jaime bajando la cabeza.

—Julio Valentín te aprecia mucho. Y todos los revolucionarios admiramos a tu padre, injustamente asesinado por los esbirros de la cuarta república.

—Así es, presidente. Yo estoy muy agradecido, susurró Jaime con humildad juntando las manos como si estuviera rezando.

—Me dice Julio Valentín que tienes especial interés en incorporarte al Consejo Nacional Electoral.

—La experiencia en el Pasaje Estudiantil me llevó a conocer la organización de grupos sociales, saber de sus tendencias y actividades. Creo que podría ser útil en ese organismo para próximos procesos.

—Vamos a esperar que el caso De Gouveia decante. Entretanto, tendrás una nueva responsabilidad. Ya veremos después.

—Gracias, presidente. —Se despidió Jaime casi en reverencia, sin darle la espalda.

Caminó de prisa hacia el carro tratando de contener la felicidad. Estaba ansioso por llamar a Jotavé, pero no quería hacerlo dentro de las instalaciones de Palacio. Cuando iba por la avenida Urdaneta, rumbo a tomar la Cota Mil, su teléfono repicó. Era Julio Valentín adelantándose. Chávez le había contado.

—Espero que tengas fría la champaña rosada —dijo Jaime.

—Reunión esta noche a las 8 de la cofradía. —Fue la gélida respuesta a la que cualquiera que conocía a Jotavé estaba acostumbrado.

Joao De Gouveia fue sentenciado a 29 años y 11 meses de prisión. La leyenda nunca ha dejado de rodearlo. Habla poco y comparte con personajes algo ilustrados. Evita hablar de temas políticos y le gusta acercarse a la biblioteca. Los libros de matemática llaman su atención.

Ni una sola semana ha dejado de recibir paquetes con artículos de aseo personal.

### III

Mildred Contreras entró por la puerta de servicio de su apartamento. Le agradaba ese acceso porque iba directo a la cocina. La sorpresa de los olores, picar de lo que estaba preparando Adelina la estimulaba. Era una caricia que la acercaba a la nostalgia de cuando vivía su esposo, Reynaldo. Lo recordaba adivinando la clase de guiso, husmeando el contenido del horno, adelantándose goloso al plato listo con Adelina fingiendo que lograría impedirselo y él triunfando y los tres riendo. Solo ellos habían ido quedando en casa luego de que sus dos hijos varones — Rómulo y Arturo— se instalaron en otras tierras previendo la persecución política. Uno estaba en Costa Rica, el otro en Panamá, los dos con ganas de seguir a Europa. Mildred con tanta ilusión por ser abuela y cuando ocurrió, los nietos acabaron con muchas millas de separación. Dolía demasiado ver a su familia alejada. Ahora quedaban solo Adelina y ella y, de vez en cuando, a Adelina le daba por hablar de la muerte. Eso la irritaba. Mildred cuidaba que ambas se mantuvieran en buenas condiciones frente a una realidad sin escapatoria: tener más de 70 años. Adelina se comía las arrugas con su piel morena, envidia de las rubias. Mildred le peleaba su resistencia a teñirse las canas. «En cambio, yo para mantenerme bien tengo que gastarme mucho dinero», insistía a su ama de llaves. Ciertamente, Mildred no escatimaba. Tenía un entrenador personal, se sometía a costosos tratamientos rejuvenecedores, hacía ejercicios y, de vez en cuando, apelaba a pequeñas cirugías. Reinventada en la viudez, la vida de nuevo le parecía divertida.

Esa misma mañana, Mildred cumplió con su sesión para la cama hiperbárica. Al salir encontró en su teléfono la clave que indicaba que debía hacer una parada en el mercado de frutas cerca de su casa, donde preguntaría por el mango más maduro, no sin antes confundir la fruta deliberadamente porque tomaría un aguacate. La vejez puede servir como coartada. Las indicaciones posteriores vendrían anexadas a la factura donde se confirmaría la hora de la reunión y el número de asistentes. Mildred sabía que sería en su casa. El operativo de convocatoria lo montaba Juanita, su amiga, la esposa de Julio Valentín Rojas, un hombre poderoso y siniestro que durante décadas ha conspirado, incluso ahora que está en el poder.

«Doctora Contreras», la interrumpió Adelina en sus pensamientos. No había manera, luego de casi cincuenta años, de que Adelina la llamara por su nombre. Ambas se habían acompañado como hermanas en su larga vida. Cuando Reynaldo se enfermó era ella quien lo inyectaba, quien le daba masajes para el dolor, quien con paciencia lo hacía comer, quien lo sostenía cuando se fue haciendo más frágil. Ante el dolor de su marido, Mildred huía, como si la evasión de sus ojos despachara la realidad de estar perdiendo al hombre de su vida, a su amor. Prefería recordar a Reynaldo como el aventurero incansable, improvisando sobre toda circunstancia, agotando

sonrisas de tanta locura. Como el hombre caballeroso y amante que nunca dejó de decirle que era la mujer más hermosa y elegante. En honor de ese recuerdo nunca ha dejado de caminar erecta, con la espalda llegando una milésima de segundo después de sus caderas, como las modelos.

—Doctora —repitió Adelina—, ¿viene alguien para el almuerzo?

—No —le respondió con un leve movimiento de cabeza—, ni siquiera voy a comer yo.

Adelina hizo un mohín y empezó a murmurar algo inentendible.

—Hoy tendremos cena —dijo Mildred, procurando atajar el enojo de su ama de llaves—. En un rato te confirmo cuántos vamos a ser.

Sabía que a Adelina le agradaba que acudiesen invitados. Era revivir la época de cuando lo más exquisito del país desfiló por su casa, la otra en el Country, la de jardines con árboles inmensos y prósperos, con espacio para sus obras de arte, encabezada por una escultura de Jesús Soto. Su nuevo apartamento era confortable y lujoso, pero no se podía comparar. En aquella casa habían comenzado a conspirar contra Pérez Jiménez, contra adecos y copeyanos, contra quien fuera necesario. Reynaldo, político de alma, organizaba tertulias que terminaban en debates, propuestas, escenarios y sueños. Hombres y mujeres, amigos, eso sí, cruzaban opiniones y bueno, ese era el paso natural para propiciar un cambio de gobierno.

Cuando Chávez ganó, los debates dejaron de ser calistenia mental. Julio Valentín se encargaría del Ministerio de Relaciones Exteriores. Un amigo estaba llegando al poder. Apenas se conoció el nombramiento Reynaldo organizó una cena para celebrar. Chávez fue invitado y no asistió, tal vez por el recuerdo de un encuentro anterior al que había ido como candidato y se molestó porque un señor resultó insistente con varias preguntas. Como el militar se negó a responder, Reynaldo le dijo: si usted no va a contestar las interrogantes, nada hace aquí. Y Chávez se marchó. Ahora era el presidente y Jotavé y Juanita lucían muy animados con esta nueva etapa de sus vidas. Pero Reynaldo y Mildred estaban cargados de dudas. Desconfiaban del militar carismático, aunque esta opinión se la guardaban frente a sus amigos. Reynaldo advirtió a Mildred: «De acá en adelante tendremos que ser muy prudentes. Vamos a mantener nuestros lazos sociales solo para obtener información». Y así había sido.

Julio Valentín era político y ejercía de periodista. A Juanita le gustaba el mundo artístico; osada, se asumía escultora. En realidad, era una comerciante. Sus obras —descalificadas por los entendidos— las vendía bajo coacción a banqueros, políticos, empresarios y militares. El cotilleo daba por sentado que era una pareja de temer. Jotavé era fanático de juegos de guerra. Tenía diseccionados a los personajes del país con influencia política y financiera. Sobre una mesa, desplegaba un rompecabezas —animado como un campo de batalla— cuyas piezas ubicaba según la relevancia circunstancial. Las movía, las tumbaba, las intercambiaba y eliminaba. La opinión de Julio Valentín solía ser escuchada por el alto gobierno. Eran frecuentes sus desayunos en Miraflores con el presidente de turno y reuniones con influyentes grupos. Reynaldo y Mildred estaban seguros de que Julio Valentín traficaba información para su beneficio. Personal a su servicio lo comentaba. Uno de los mesoneros, al que solían contratar, contó a Reynaldo y Mildred que Juanita le había ordenado activar un grabador que le había entregado para que lo escondiera en su chaqueta mientras servía a los invitados en una cena que organizaron en su casa.

Reynaldo decidió extremar las precauciones y tomar la iniciativa.

—Nos ha llegado el turno de poner orden en este relato —anunció Reynaldo a su mujer—. Desde finales del 2001 Chávez ha estrechado aún más su sociedad con Fidel Castro y el comunismo. A partir de ahora, nuestra vida social pasa a ser parte de movimientos estratégicos

guiados por un objetivo político, sacar a Chávez de la presidencia. Si el comunismo se instala, Venezuela se acaba porque más nunca tendremos elecciones libres.

Reynaldo solicitó a sus hijos, Rómulo y Arturo, que se encargaran de instalar en la casa un complejo sistema de video y grabadores. Muchas conversaciones debían ser registradas. Nadie más podría conocer este secreto.

Rómulo, asumiendo su rol de hijo mayor y superando la sorpresa, le reclamó a su padre: «Conocemos a Julio Valentín y a Juanita desde que éramos unos niños. Es una larga vida en común. Crecimos junto a Jaime Ramírez, y aunque con Betty hemos compartido menos, igual son muchos años. No es cómodo para nosotros involucrarnos en esta historia de espionaje entre amigos».

—Esta situación se agravó con Jotavé en el poder al lado de Chávez. Para nosotros ya no se trata de una situación de incomodidad, es un asunto de sobrevivencia —explicó Reynaldo a su hijo.

—Preferiríamos mantenernos al margen de estas decisiones que nos cuesta comprender —insistió Rómulo. Su hermano Arturo asentía con la cabeza.

—Mis muchachos, ustedes me llenan de orgullo —argumentó Reynaldo—. Son de alma noble y puros de corazón. Estoy de acuerdo en que debemos mantenerlos fuera de acciones que nos acercan al mal sabor de la deslealtad, que significan la certeza de la oscuridad. Ya ustedes pueden discernir sin dudar dónde está el bien y dónde el mal. Han visto cómo he entregado mi vida a apoyar la democracia, a cuidar el respeto a la Constitución, a exigir la libertad. Ustedes son unos profesionales que han construido sus propias familias. Mildred y yo hemos tratado de enseñarles a confrontar circunstancias difíciles, pero también les hemos insistido en que disfruten de la bondad de estar vivos, que nunca dejen de conmovirse ante un amanecer y que defiendan a rabiar el placer de una caricia, un poema, un buen trago, una hermosa canción. Y sí, hay que cuidar a los amigos. Quiero decirles algo que va a resultar muy rudo, sobre rostros que sentían familia. Tanto Julio Valentín Rojas y su esposa Juanita, como Jaime y Betty Ramírez, no son amigos de nadie. Son unos seres despiadados a quienes solo les interesa el poder. Para alcanzarlo son capaces de llevarse por delante lo que sea necesario, incluyendo la vida de otros. Están muy cerca de alcanzarlo. En el caso de Jotavé y Juanita, al principio veíamos con condescendencia a una pareja de amigos que tendía al chisme y que convivía en medio de ciertas perversiones. Pero como nosotros no nos metemos en la intimidad de nadie, seguimos siendo testigos —quizás de una manera irresponsable— de ratos de frivolidad mezclada con la política. El asunto tenía variables. Después de que Chávez intentó el golpe el 4 de febrero del 92, nos enteramos de que Julio Valentín había solicitado comunicación con los civiles que conspiraron. A partir de esa fecha, Jotavé decidió darle forma a este grupo que llamamos la cofradía. Sistematizamos las reuniones, elaboramos un plan de seguridad y establecimos reglas internas para blindar el hermetismo fundamental en este tipo de clanes. Recién hemos confirmado que Juanita y Julio Valentín nos han venido grabando, no sabemos con qué fin ni para quién. Presumimos que tiene que ver con su avanzada posición de poder. Algo traman que no conviene. Nosotros estamos comprometidos con nuestro país y aquí moriremos. Por eso seremos muy firmes en esta lucha. Quisiéramos estar equivocados, pero no nos queda la menor duda de que esto va camino a ser una dictadura comunista. Así que vamos a pelear. Con astucia, con inteligencia y con información. Todavía tenemos la posibilidad de enterarnos de movimientos entre factores claves y de sus aviesas intenciones.

—Nos alivia poder contarles la verdad —agregó Mildred sentada entre sus hijos entrelazando sus manos a cada uno—. No dejamos de divertirnos. Ustedes saben que siempre hemos sido así. Que disfrutamos la buena mesa y una grata conversación, pero no nos tomamos esto a juego. No se trata de frivolar el asunto, aunque nos sentimos espías. Ni Reynaldo ni yo vamos a exponerlos a un riesgo innecesario. Apenas sintamos que están en peligro, esto se acaba. Por eso los preferimos fuera del país.

—Bueno, mamá, ya estamos grandes para tomar esas decisiones —protestó Arturo.

—Es verdad. Mis muchachitos han crecido —admitió Mildred a punto de llorar—. Me tranquiliza que conversemos este tema cuando nos han venido a visitar.

—Papá, me voy a encargar de que tengan en la casa el mejor sistema de video con el audio de mayor fidelidad. Compraré un equipo que puedas manejar a remoto de manera de activarlo solo cuando lo necesites, anunció Rómulo con madurez y solidaridad, dejando en claro la confianza y el apoyo a las decisiones de sus padres.

—Gracias, hijo —asintió Reynaldo.

—Por mí puedes dejar ese equipo prendido de manera permanente —acotó Mildred.

—¿Podemos saber quiénes son los miembros de esa cofradía? —preguntó Arturo.

Mildred sonrió a gusto. Arturo era curioso y perspicaz. Tenía que saber en qué consistía ese grupo misterioso que se reunía con regularidad en distintas casas, cuya convocatoria nunca se hacía por teléfono y donde nadie tomaba nota.

La cofradía, identificada así, a secas, se había iniciado como un grupo social de tres parejas: Julio Valentín y Juanita, Reynaldo y Mildred, y Horacio Ardiles y su esposa, Luisa De la Rosa. Horacio era un piloto y abogado deshonesto, devenido en comerciante, que sacaba provecho de sus buenas relaciones con el gobierno. Tenía vínculos con traficantes de armas y bandas mañosas de abogados. En meses recientes había hecho buenas migas con funcionarios y banqueros que pretendían apoderarse del negocio de alimentos y su distribución. Jotavé era su socio. Luisa era una exótica cirujana plástica con fama internacional —recibía clientes de distintas partes del mundo—, con fortuna propia heredada de su familia. Era una pareja abierta y llamativa para las páginas sociales entre un cínico ordinario y una profesional destacada y sensible. Llevaban la relación en crisis permanente. Julio Valentín temía que el grupo se fracturara si ellos se divorciaban y decidió ampliarlo. Horacio y Luisa, separados años después, siguieron asistiendo sin fricciones.

—Jotavé incorporó al obispo de San Cristóbal, Andrés Urbina, que era muy amigo de Chávez —precisó Reynaldo—. El teniente coronel del Ejército Francisco Arias Cárdenas, un pusilánime funcionario que parecía debatirse entre respetar a Chávez como su comandante en jefe o despreciarlo por no tener los galones necesarios, se sumó al grupo. Había conspirado junto a Hugo y compartido en prisión después del 4F. Raiza Romero, abogada, fiscal con claras aspiraciones al Tribunal Supremo de Justicia, completaba el grupo junto a Jaime Ramírez. En los encuentros es usual que haya personajes invitados que suelen manejar información privilegiada de cualquier área. Hemos departido con ministros, propietarios de empresas, dirigentes gremiales, comandantes militares activos, jefes de partidos políticos y de sindicatos. Los debates son francos y enriquecedores.

—¿Y cómo se elabora la agenda de la reunión? ¿Cómo se decide que hay motivos para activar el encuentro? —insistió Arturo.

—Convocan Jotavé y Juanita. No sabemos cómo son invitados los otros, de eso no se habla,



por seguridad. En nuestro caso recibimos un mensaje a través del frutero que está frente a la plaza, que junto a la factura me entrega un papel que escrito a mano indica un lugar y la hora. Para que me entregue el papel yo debo preguntar por alguna fruta y debo equivocarme deliberadamente con su nombre. Y ya está. Hoy mismo nos vamos a reunir. Hay cena esta noche en casa de Horacio Ardiles —contó Mildred.

—El testafarro de Julio Valentín —aseveró Arturo con desagrado.

—Ese mismo —ratificó Mildred.

—¿Pero cómo es la dinámica? ¿Debaten o hacen estrategia? —Arturo escudriñaba.

—Es evidente —explicó Reynaldo con paciencia, cuidando de no decir más de lo debido— que sí se dibuja una estrategia.

—Papá, pero esa es una estrategia opositora. Lo destacable en este grupo es que hasta Jotavé está conspirando contra Chávez, ¿cierto? Se trata de quien fuera canciller y ahora es ministro de la Defensa.

—Es en ese nivel donde ocurren las mayores conspiraciones de la historia — precisó Reynaldo aleccionando a su hijo. Debes considerar que a Julio Valentín le interesa saber en qué andan los curas, los empresarios, los militares y los periodistas. ¿No te parece? Y esa información él la utilizará para lo que más le convenga. Y nosotros también.

Cosas tristes sucedieron después.

Reynaldo y Mildred, con severa metodología, fueron construyendo un organigrama con personajes, instituciones, países... Establecían dilemas y cruzaban datos. En el año 2002 se conocía del malestar entre los militares. El sector productivo de la economía venía siendo desmontado. Con Chávez era imposible dialogar. Entonces ocurrieron los sucesos del 11 de abril, consecuencia del despido de los ejecutivos de Petróleos de Venezuela que exigían el cumplimiento de la meritocracia, lo que calzó con el descontento de un sector de la sociedad. El 11A fue un golpe de Estado que fracasó. Resultó un desastre. Muchos de los amigos militares de Mildred y Reynaldo quedaron desvelados. El liderazgo político se fracturó y la oposición organizada quedó expuesta. Las calles se mantuvieron en protestas y se organizó un paro petrolero. En ese contexto, Julio Valentín fue ascendido a la Vicepresidencia.

La verdadera desgracia llegó para Mildred cuando Reynaldo se enfermó. Su salud se deterioró en forma abrupta. Mildred lo veía apagarse, impotente y destrozada. Un cáncer minó un organismo que había nacido para mantenerse luchando y para disfrutar retos y aventuras. Mildred se deshacía mutilada por la tristeza. Con cada tratamiento sentía que también su cuerpo se destruía. Ella trataba de reanimarlo y de reanimarse. Le hablaba de viajes, lo obligaba a planificar otro futuro. Hasta que Reynaldo no dio más. Antes de partir le advirtió a Mildred sobre los peligros de ciertos personajes. Ya lo habían hablado en otras oportunidades.

—En muchas ocasiones el pupilo supera al maestro. No tengas ninguna duda sobre la maldad de Jaime. Es peor que Julio Valentín, que ya es decir. Es un psicópata. Está convencido de que va a ser presidente de la república. Y tiene al lado a la siniestra de su hermanita, que no sabe amar. Trata de mantenerte en la cofradía. Creo que de alguna manera estar allí te protege. Apóyate en los amigos conocidos. Estimula a los muchachos para que sigan fuera del país. Múdate a un lugar más manejable. No tienes que cargar con todas esas obras de arte. Libérate, viaja y nunca te entregues, lucha.

Mildred le hizo caso a Reynaldo en casi todo. Una viuda millonada está mucho más expuesta en una casa, aun viviendo en una zona exclusiva, que en un apartamento. Además, el odio extendido del chavismo había puesto en peligro a quien disfruta de confort. Mildred compró en La Corniche, en Altamira Norte, pegada al Avila con una excelente panorámica en un ambiente natural sin estar alejada de la ciudad. La construcción era regia. Un edificio centrado con elementos de concreto en obra limpia que jugaba con el ladrillo. Sus fastuosos jardines verdes se fundían con el cerro y la fauna era exótica y numerosa.

A pesar de la tristeza, en un país que había dado una voltereta de la sonrisa hacia la hostilidad, la ira y la desesperanza, Mildred se reactivó. Lo hizo por su vida y por Venezuela.

En reuniones de la cofradía, Jaime Ramírez había mostrado interés en el edificio al que Mildred se había mudado. El nunca había ocultado su fascinación por el buen gusto y el lujo con el que Mildred vivía. Las obras de arte, los muebles, el diseño, Jaime no dejaba de destacar aspectos de la casa. Le fascinaban las marcas reconocidas. Solía preguntar por la firma y con cuidado tomaba nota de nombres y referencias. A Mildred y Reynaldo los llamaba los mantuanos. Se notaba que Jaime tenía prisa por cambiar de estatus. Ansiaba darse vida de millonario y le urgía el certificado. Necesitaba superar la gran dificultad de los chavistas atestados de dinero que, viviendo entre los lujos más exóticos, estaban imposibilitados de mostrarlos sin ser tratados como ladrones y corruptos.

Jaime con dificultad había conseguido un crédito para adquirir su primer apartamento. Con solo dos años en el gobierno podía mudarse a uno de los lugares más costosos de Caracas. Deseoso por alcanzar un nivel más elevado, quería vivir en el escenario donde Mildred, la viuda de Reynaldo Carbone, había comprado.

Cuando Jaime adquirió en La Corniche, ya estaba en el Consejo Nacional Electoral. Entró como rector y a los meses fue designado presidente. Había llegado al lugar que quería, donde se podían hacer grandes negocios sin tener que confrontar a los militares y otras mafias del poder civil. El plan estaba saliendo como esperaba. El informe del pistolero sirvió para inculpar a militares y civiles de oposición. A pesar de los intentos de otros psiquiatras que objetaban el diagnóstico de Jaime Ramírez respecto a Joao De Gouveia, el asunto quedó como depresión psicótica. Sonaba contundente y el presidente lo aprobó. Expertos habían aseverado que la depresión psicótica estaba fuera de toda clasificación de enfermedades mentales, pero nadie apoyó con fuerza esa discusión. De Gouveia fue sentenciado bajo la matriz de opinión oficialista que acusó a la oposición de manipular la frágil mente del pistolero. El gobierno había actuado con celeridad desde la misma noche del crimen, con Jaime Ramírez a la cabeza que, como psiquiatra, impuso la patología. El tribunal no consideró necesaria la opinión de un psiquiatra forense, evento insólito en un juicio. La comisión de expertos se enredó en una mecánica complicada que incluía entrevistas psiquiátricas, pruebas psicológicas y estudios complementarios como resonancia magnética, tomografía computarizada y exámenes de laboratorio. Aun así pudieron concluir que De Gouveia sufría un estado paranoico, un trastorno de ideas delirantes persistente y que había actuado solo, sin que nadie lo dirigiera o impulsara.

Sin embargo, el tribunal acogió la versión de Jaime Ramírez difundida ampliamente por el gobierno, que concluyó en que De Gouveia fue manipulado e hipnotizado para cometer el crimen. La única prueba de soporte para esa sentencia fue el informe de las conversaciones de Jaime con el implicado.

Los resultados causaron satisfacción en Miraflores. Chávez correspondió el favor. Después de pocos meses en la administración del Hospital Clínico Universitario, Jaime saltó a la directiva del Consejo Nacional Electoral. Fue un reencuentro con viejos amigos ya ubicados en puestos claves. Los proyectos eran ambiciosos. Uno de los pasos a cumplir era localizar a un socio antiguo que conocía desde cuando estaba en la Comisión del Pasaje Estudiantil. El dueño de una pequeña empresa llamada «Smartrick».

Los pensamientos de Mildred convivían con la voz de Adelina, que seguía hablando sola. Su monólogo lo interrumpía con silbidos que acompañaban una pieza en la radio. La noble Adelina y su fiel aparato transistor de baterías inseparable del que seguía añorando las radionovelas. Mildred tomó una cuchara de madera y con delicadeza vertió en el dorso de la mano una gota de la salsa que estaba en la cocina.

—Mujer, está delicioso. Sírveme un poquito, muy poquito con tantito de pasta.

—¡Ajá! Yo sabía, dijo entre carcajadas Adelina. La doctora no iba a resistirse a mi putanesca.

Mildred miró el reloj. 11:25 am tenía tiempo de ducharse e ir a buscar la encomienda.

En la Universidad Central de Venezuela Jaime estudió medicina. Su nombre era una marca — Jaime Ramírez—, el mismo nombre y apellido de su padre. «Ayudemos a Jaime que le mataron su papá». «Pobre, lo asesinaron después de torturarlo». Y lo tomaban con cariño de la mano. De nada sirvió que los responsables fueran procesados y sentenciados ante la justicia. Jaime entendió temprano las ganancias que podía alcanzar con el odio. Encarnó al pirata, al bandido que presenta su patente de corso. Jaime creció sintiéndose con derecho a incumplir la ley, a torturar, a robar, a asaltar el poder encarnando una falsa venganza.

Salir de Valle Abajo hacia Altamira Sur fue un salto, pero encumbrarse hasta La Comiche era lo máximo. De un apartamento de un solo ambiente donde no tenía ni lavadora, a vestir su ropa de cama con las telas más delicadas del planeta tierra... sí, lo había logrado.

Para Jaime, sentirse vecino de la rancia burguesía caraqueña, vivir bajo el mismo gran techo del banquero o de uno de los herederos de los amos del valle, significaba el reconocimiento social ansiado. Atrás había quedado el huérfano acomplejado a quien le decían sifrino en la universidad, vanidoso en la Fundación Hermano, o pretencioso en el hospital Clínico y superficial en la Comisión del Pasaje Estudiantil. Ahora era Jaime Ramírez, el psiquiatra que controlaba el organismo electoral del país, amigo del jefe de Petróleos de Venezuela que bebía con el director del sistema de orquestas, compartía con gente de Hollywood —porque a su casa asistía el mismísimo Oliver Stone—. Se sentía un intelectual, una persona importante. Hasta llegó a creerse un hombre respetable.

Ya no le importaba que su mujer Inessa, lo maltratara por no alcanzar su nivel. Él podía juntar a los personajes más cultos del país y del exterior. Para eso tenía mucho, muchísimo dinero. Su vida y la de sus hijos estaban aseguradas. Viajaba en avión privado, podía complacer cualquier capricho. No había registro de marca lujosa que Jaime no tuviese en su computadora. El último modelo, el que lucía la monarquía, el mejor subastado.

El niño que se sintió desolado por la muerte de su padre y había crecido cobijado por sus compañeros de la política con permiso para odiar, por fin se sentía por encima de quienes lo habían protegido. Vivía mejor que esa clase media que le garantizó privilegios en sus estudios y lo

acogió en sus casas con generosidad. A todos los despreciaba porque eran pobres.

Al mudarse a La Corniche mostró inquietud por socializar y se ofreció a agregar lujos innecesarios al edificio, como colocar mármol salmón en uno de los salones de fiesta. Fue un error que le hizo ganarse el desprecio como nuevo rico. Su tragedia es que esos millonarios, tan ansiosos como vecinos, nunca lo aceptaron.

Mildred tenía problemas para ubicar a Jaime en su apartamento. El edificio donde ambos vivían sufría del excesivo movimiento de vehículos blindados oficiales que se extendía a sus hijos y esposa, por lo que era difícil precisar quién de la familia estaba y quién no. A toda hora inmensas camionetas ocupaban las instalaciones. En ocasiones causaban ruido excesivo e innecesario, se atravesaban en la vía peatonal y tocaban cornetas a altas horas de la noche. El personal que trabajaba para Jaime Ramírez lanzaba colillas de cigarrillos, latas, restos de comida. Sus empleados de seguridad habían llegado a decir obscenidades a las adolescentes. Las fiestas que organizaba solían exceder los horarios convenidos. A los residentes se les impedía el paso por los alrededores guardando exagerado celo para mantener en secreto la identidad de los asistentes.

Mildred se ofreció para transmitirle la incomodidad en nombre del condominio del edificio. Ella quería hacerlo pronto. Le daba mucha curiosidad conocer la nueva casa. Estaba decidida a explorar la posibilidad de tomar fotos de su apartamento y mostrarlo a sus amigos secretos para evaluar la opción de intervenirlo.

Mildred disfrutaba su rol de Miss Marple venezolana. Se aprovechaba de conmovir ante su reciente viudez. A veces exageraba su distracción o su torpeza. Era casi imposible que pudiesen verla distinto a un ser inofensivo porque no actuaba con impertinencia. Era dulce, educada, limpia, culta y rica.

Mildred decidió acercarse sin avisar a casa de Jaime. Los amables empleados no pondrían objeción para dejar entrar a su piso a la anciana vecina, amiga de Jaime desde que era un niño. Podía también suceder que su esposa Inessa estuviese en el apartamento. Una conversación con ella no le vendría mal.

Apenas Mildred tocó el timbre se abrió con impulso la puerta. Jaime estaba allí. Los dos coincidieron en un gesto de sorpresa.

## IV

Ese muchacho había llorado mucho.

Mildred decidió abordar a Jaime en su casa. Nada perdía en el intento. Llevaría un pan de hierbas, especialidad de Adelina, para regalárselo a Inessa porque podía ser ella quien la recibiera. Ambas compartían el amor por la cocina, solo que Inessa era una profesional que asumía su oficio con seriedad y pasión. Nunca olvidaría un diciembre cuando Inessa preparó un pemil en concha de coco. Los paladares besaron el cielo.

Caía la tarde y la ráfaga de aromas del Avila rozó su rostro. El verde intenso destacaba otros colores que combatían como flores en hermosura.

Pero cuando Jaime abrió la puerta... una lágrima quedó congelada en mitad de su cachete derecho. Como pillado en falta trató de desplegar su defensiva sonrisa. Fue inútil. Las bolsas debajo de sus ojos parecían de una piel ajena sobrepuesta para soportar vapores de dolor, agregadas a su rostro para alojar tanta tragedia. Moqueaba. La saliva se le desbordaba. El llanto se volvió incontenible.

No esperó ser invitada para pasar. En silencio, Mildred lo hizo a un lado con suavidad. El monedero, sus llaves, su teléfono celular y el pan que había llevado de regalo, los soltó sobre un mesón que tenía varios figurines de cisnes Swarovski que lastimosos se ahogaban sobre restos de comida y cenizas de habanos.

Jaime parecía haberse encogido. El apartamento y él se habían fusionado con tabaco, alcohol y desechos.

Estaba solo. Había despachado al personal desde el día anterior, cuando Inessa, luego de una violenta discusión, empacó a sus hijos junto a unas improvisadas maletas. Desde entonces no le atendía el teléfono y él, con todo y su poder, no había podido dar con su paradero.

Jaime caminaba de un lado para otro sin controlar la respiración, frotándose con las manos desde su frente hasta la nuca. Una franela arrugada mostraba arañazos y morados viejos y nuevos en sus brazos. Al fondo, en el área de la cocina, se veían fragmentos de una vajilla en el suelo. «Cálzate, Jaime, que te vas a cortar», fue la primera frase de Mildred. La voz lo hizo reaccionar como cuando se despierta de una hipnosis. Jaime hizo el primer esfuerzo por recomponerse.

—Disculpa esta escena de típica pelea matrimonial. No es la primera ni creo que sea la definitiva, pero estoy destrozado. Inessa se quiere divorciar.

Jaime se veía demolido. Daba la impresión de que pedazos que conformaban su cuerpo estaban adheridos solo para mantenerlo en pie, con probable desmoronamiento. Vivía sin duda una tragedia. Mildred lo entendió enseguida. Le pasó uno de sus brazos con cariño y firmeza y él, tan pequeño como estaba, lloró sobre su pecho. Solo se interrumpía cuando intentaba hablar. No lo

lograba.

Hasta que dijo con un atisbo de placer: «Le quebré su vajilla favorita».

La venganza es lo único que lo mueve, pensó Mildred al enderezar su cuerpo, necesitado de cambiar de posición. Se puso en pie y con decisión buscó un cepillo para barrer. Su intención de recoger los vidrios le sirvió de excusa para abrir puertas equivocadas y conocer los espacios del apartamento. Con gran habilidad fue depositando los restos de una vajilla Limoges Vignaud antigua, probablemente de la Francia de 1930. Una verdadera lástima. Notó, sin embargo, que en un mueble había otra vajilla china de valor. Sobre la repisa estaban los platos sucios de la que se usaba a diario. Los cubiertos de acero inoxidable estaban sucios, regados por varias partes como si Jaime hubiese ido tragando pedazos de comida en estaciones por el piso. Mildred se sorprendió de encontrar en un mueble los mismos cubiertos alemanes con los que ella servía cenas especiales en su casa. Recordó una ocasión en la que Jaime preguntó con interés su procedencia. Destacó el delicado enchapado en oro. Sí, a Jaime lo seducían las marcas y se copiaba de la gente con buen gusto. La cocina estaba muy bien dotada, alemana también, diseñada para su dueña, sin duda.

Mildred entendió que Jaime se sentiría perdido si Inessa lo abandonaba. Mildred estaba convencida de que ya no era un tema de amor. Esa pareja abierta se comportaba como una sociedad con buen sexo e importantes negocios. La tragedia para Jaime es que perdería a la mujer que lo legitimaba. Era ella la respetada en el ámbito de la cultura por donde transitaba de modo natural. Su abuelo, su educación, su clase. Inessa representaba su único reconocimiento social, su certificado de pedigrí intelectual, su admisión a la cultura.

Jaime se sabía inferior, aun cuando tuviese muchísimo dinero. Era un chavista cuya fortuna había sido construida robando a los venezolanos. Percibido como un psiquiatra sin escrúpulos, sufría el desprecio de una sociedad a la que pensaba privar de su derecho a votar con libertad. Era un enemigo de la democracia. Su única legitimidad, la que le daba su mujer, la estaba perdiendo.

Mildred doblaba unas servilletas de algodón con origen mexicano cuando Jaime se acercó y se le quedó mirando.

—Gracias, Mildred, por tu consideración y por tu compañía.

Ni sus palabras ni su gesto convencieron a Mildred. Al contrario, un escalofrío la impulsó a salir corriendo, pero se contuvo.

—A mi edad han sido muchas las lágrimas propias y ajenas... Las mujeres sabemos herir. Tal vez lo más sano es que se tomen su tiempo. Eso los ayudará a revisarse.

—Deja de barrer y arreglar cosas que ya no serán de nadie. Anda, tómate un trago conmigo, por favor —invitó Jaime, mientras con habilidad recuperó dos vasos cortos limpios y la botella abierta de whisky de malta—. *cOn the rocks!*

—Con un poco de agua para mí, gracias.

Mildred quitó el volumen a su teléfono y se sentó, dispuso un cojín detrás de su espalda y se dedicó a escuchar con atención.

Jaime se ubicó en una poltrona Barcelona Rossa de piel italiana fabricada a mano. Montó sus pies descalzos y sucios sobre el puf del mismo diseño y color y prendió un habano.

El trago le había recompuesto la expresión.

—Es curioso, pero cuando yo leo poesía, selecciono a poetas venezolanos, pero cuando se trata de narrativa me siento más cercano a autores anglosajones contemporáneos.

Jaime comenzó a extasiarse consigo mismo, bastante. Era una cosa loca. Disertaba sobre literatura como si estuviera siendo entrevistado en un programa de televisión.

Me atrapó una novela maravillosa, *White Noise*, ¿no la has leído?, *Ruido de fondo* en español, del estadounidense Don DeLillo. La primera parte en especial me parece una genialidad. Su humor es tan sutil que no se siente, aunque te impregna. Tiene imágenes memorables. Es la historia de un profesor universitario que se ha especializado en Hitler. Vive con su cuarta esposa y los hijos que ambos han tenido en otros matrimonios. Llevan una vida apacible en una ciudad americana hasta que un día un accidente origina un gas tóxico que se extiende por la atmósfera, lo que genera debates sobre la existencia humana y su relación con el contexto. Es una comedia. Me encanta ese estilo. Como el de John Kennedy Toole y ese personaje tan repulsivo y tierno, Ignatius J. Reilly. Me gustaría crear un personaje así... Ja, ja, ja, el gordo Ignatius..., rio, limpiándose la baba de la boca con el antebrazo.

—Has estado muy protegido por las mujeres de tu familia —terció Mildred con la intención de indagar sobre la relación con su hermana. Era un tema delicado que había conversado con Juanita Arteaga, la esposa de Jotavé. A Juanita, la hermana de Jaime le resultaba pesada y entrometida. De ella celebraba que hubiese vivido parte del tiempo fuera del país. La fiesta se acabaría porque preparaba su regreso a Venezuela. Juanita recordó, molesta, que en sus visitas alteraba la comunicación de ellos con Jaime, distorsionaba los mensajes, generaba ruido. Era muy posesiva. Realmente ambos lo eran entre sí. Lo de Jaime y Betty no se mostraba como una relación convencional entre hermanos. Juanita insistía en que desde la universidad los compañeros de Jaime se referían al amor incestuoso. Los comentarios se alimentaron después de la ruptura de Betty con un novio en Europa. A Mildred le costaba creer esa versión. Pero como ella se resistía, Juanita sazonaba aún más la historia con testimonios de escoltas al servicio de la cancillería en la embajada venezolana en Londres y luego en las oficinas de Relaciones Exteriores en Caracas, en la época en que Jotavé había sido ministro. Juanita comentaba esa situación sin juicio de valor. No era un asunto que veía como un escándalo, como tampoco lo hizo cuando le tocó atacar sin rubor los comentarios de una supuesta historia de amor familiar de su marido con su nuera.

A Juanita se le hacía insoportable el aire de sabelotodo de Betty y la manera como manipulaba a su hermano, minando la relación filial construida desde hace tantos años entre ellos y Jaime. Mildred sabía que el ascenso de Jaime en el gobierno era una obra cuidadosamente planificada por Jotavé. El tema había sido conversado algunas veces en la cofradía. Y ese logro no se lo iban a dejar arrebatarse por la hermana impertinente. Era una pelea que prometía.

Jaime tomaba con desesperación. Dos tragos bastaron para alcanzar el nivel de la embriaguez que había quedado suspendida cuando Mildred llegó.

—Estoy convencido de que la lectura es una actividad de protección con la que uno puede evadir dolores y angustias, protegerse de los sinsabores. Pero, así como me siento, solo me provoca beber, escuchar rancheras, boleros. Más nada. Ni siquiera deseo autocomplacermé, perdóname Mildred —dijo Jaime escupiendo el espacio—. Quiero llorar con los Angeles Negros y José Feliciano. No puedo leer, las letras se mueven —admitió Jaime riendo con torpeza—. Ya habrá tiempo de desempolvar mis lecturas de despecho.

—Esta crisis pasará —le aseguró con voz tenue Mildred, sin estar convencida de que en su caso fuese cierto. Tenía la percepción de que Jaime estaba atrapado en su propia arena movediza.

—Tú no sabes quién es Inessa, dijo Jaime, elevando uno de sus puños con contundencia. Ella me golpea, es más dura y fuerte que yo. En público suele humillarme. Sus expresiones son de desprecio, le da por decirme güevón —hizo una pausa y tomó una bocanada de aire—, pero nos amamos. Nos hemos permitido todos los placeres desde el primer día de nuestra relación. Yo estaba a punto de casarme cuando nos conocimos. Ella fue a mi consultorio procurando un psiquiatra y el deseo explotó en plena consulta. Dejé embarcada a la novia que tenía en la puerta del altar, sí, hasta por la iglesia iba a casarme, y su familia se quedó con la mesa servida. Lo de Inessa fue muy intenso. La terapia para ella, sexo incluido, se extendió hacia su mamá y su hermana, una morena deliciosa y muy buena tía. Con las tres me he comportado de manera responsable, dijo, desplegando cinismo.

A su pesar, Mildred se sorprendió. Que Jaime se acostara, utilizando la psiquiatría, con tres mujeres de una familia donde su esposa era una de ellas, no le resultaba fácil de tragar, por muy amplia que fuese. Se había quedado sin palabras. Estaba frente a un personaje amoral, capaz de cualquier cosa. Para Jaime no había límites.

Mildred se controló. Pensó que quien tenía enfrente era un ser infeliz, que en el fondo era frágil y a quien tal vez solo quería su hermana. Es posible que ni siquiera sus hijos lo amen como él ansia porque a pesar de su dedicación a ellos, la vida le debe estar guardando lecciones. Son los hijos quienes le pasarán facturas con espejos adheridos para que Jaime pueda ver al monstruo en que se ha convertido, incapaz de vivir el amor en familia y el honesto placer de las amistades. Esa es su condena. Hay un enorme pedazo de la vida que le falta y no obtendrá, y que él trata de suplir desde el poder, agrediendo, engañando, humillando a los demás.

Mildred se preguntó qué posición asumirían los hombres de su vida frente a Jaime. Su padre, un diplomático honorable que con tanta profundidad le sembró valores, habría, con elegancia, girado de tema. Reynaldo, en cambio, convertiría la revelación en un chiste pesado y machista para luego hablar distendido de un asunto distinto. Ella necesitaba seguir hurgando en la mente del monstruo despedazado que tenía enfrente. No podía desaprovechar esta circunstancia única, privilegiada.

Mildred reactivó en su mente los textos literarios que Jaime había publicado. Eran relatos cortos, algunos con un ritmo sabroso y con gestos autobiográficos reveladores. Amigos intelectuales llegaron a expresar que la política había ganado un escritor que la literatura perdió. Eso a Mildred le parecía exagerado.

Y Jaime siguió empeñado en parecer escritor. El licor a veces libera los complejos.

—Yo siempre ando con cosas en la cabeza —la sacó Jaime de sus pensamientos—. No escribo porque es un acto creativo muy exigente que requiere de mucha disciplina y tiempo. Hay un cuento mío en el que pongo a centenares de hormigas rojas a recorrer el sexo de una mujer. Pensé que eso deben sentir ellas cuando son violadas. La imagen la enlacé con una oportunidad en que me fui a sacar el pasaporte y me maltrataron mucho. De allí surgió ese cuento.

La venganza siempre, la venganza, volvió Mildred en su reflexión. ¿Qué culpa tienen las mujeres de que un funcionario lo maltratase en una diligencia burocrática?

No, este no es un escritor, concluyó Mildred. Había estado leyendo a Jaime y no se lo parecía. Le vino a la memoria cuando Julio Valentín declaró que quien leyera el libro de Jaime, *Lágrimas de cocodrilo*, iba a disfrutar del deleite morboso de chapotear en el estero que deja la basura podrida sin perder por ello la dignidad. ¿El comentario de Jotavé fue un halago? Mildred no estaba segura.



Jaime no era un intelectual ni un escritor. De eso ella sabía. Escritores venezolanos y extranjeros eran quienes habían compartido con Mildred en su casa, que poco hablaban de ellos mismos. Personajes honorables y discretos. La petulancia de Jaime le desagradaba. Resultaba ser un aprovechador de la ignorancia de su entorno político.

—¿Sientes que realmente tienes la vocación de médico en tu corazón? — Mildred preguntó para escapar del discurso barato, pretendía llevarlo a que confesara el desprecio inocultable que tenía Jaime por sus pacientes, a quienes hasta ha robado historias utilizadas en sus escritos y declaraciones. Textos en los que Jaime genera un discurso con el que se burla de quienes se supone están bajo su cuidado.

—No. Mi experiencia de médico fue breve, aunque viví algunas situaciones límite que me resultaron muy duras, como la vez que junto a un médico en Amazonas un niño se me murió de paludismo.

¿Cuántos niños morirán por su culpa al garantizar a los comunistas perpetuarse en el poder?, pensó Mildred molesta.

—En cambio, me agradaba el ambiente del hospital a las 5 de la tarde, cuando todo se pone rojo porque en la sala entra la luz del crepúsculo y los pacientes se aterran ante la posibilidad de ser secuestrados por esa luz. Saben que ya viene la noche.

—No son buenas las noches en un hospital —acotó Mildred.

—Las noches de los hospitales, utilizando el lugar común, siempre son tenebrosas. Aunque te repito: a mí me encantaban. Disfrutaba mucho caminar por los pasillos del Clínico Universitario en la madrugada entre gritos, cantos o lamentos de locos que se iban apagando por los calmantes suministrados. Después que el tormento calla, hay paz.

Lo mismo le escuché decir al psiquiatra Edmundo Chirinos, luego de matar a sus pacientes, recordó Mildred.

La rutina de Jaime era continua. Lanzaba dentro de su boca un gran sorbo de whisky, luego aspiraba con lentitud un habano dejando que el humo llenara el espacio para irlo expulsando poco a poco. Mildred había picado unos quesos. En la nevera muy surtida de comida chatarra encontró poco de su agrado, aunque engulló con gusto restos de una tortilla. Alistó para comer su pan de hierbas —le quedó delicioso a Adelina—, tenía hambre. Había bebido más de la cuenta y no quería embriagarse. Jamás se perdonaría olvidar alguna parte de tan productiva conversación. La ventaja es que ya Jaime no notaba si ella bebía o no. El estaba compenetrado con su yo, su rabia, su dolor y sus temores. Mildred estaba algo impresionada de la cantidad de alcohol que había ingerido y eso que ella estaba acostumbrada a andar con buenos borrachos.

—¿No será que Inessa te reclama esa relación que sostuviste con su mamá y su hermana? — preguntó Mildred, retomando el tema que le interesaba.

—No —aseguró Jaime de inmediato—. Nuestra relación es abierta. En ese sentido somos maduros y respetamos nuestros espacios o deseos de estar con otros sin distingo de nada. Eso nunca ha sido problema.

Jaime comenzó a llorar de nuevo. Mildred se acercó para darle una palmadita y aprovechó el camino para tomar otro pedazo de pan con jamón serrano.

Es verdad, Jaime es llorón. Reynaldo siempre lo decía. Un hombre débil, es la hermana quien lo gobierna. A Mildred eso le parecía improbable, hasta hoy. ¿O es una dualidad en la que se

compensan cambiando de roles?

—¡No me voy a divorciar! —gritó cargado de ira, golpeando la mesa y tumbando los adornos.

Si quería asustar a Mildred, lo logró. Eso de pasar del llanto a la rabia de una manera tan veloz, no se lo esperaba. Igual, ella iba a intentar un par de preguntas más.

—Jaime, tus acciones transmiten contradicción en tus sentimientos. Te siento más frágil de lo que intentas mostrar. A veces no es suficiente esa máscara que muchos confunden con el cinismo. ¿En esa dualidad no sufres? Si alguien tiene las herramientas para procurar ayuda eres tú. Supongo que tienes un colega a quien contarle tus cosas...

Él puso su sonrisa automática.

—Todos somos buenos y malos. Nadie es químicamente puro. Tú, por ejemplo, mi querida Mildred, no siempre eres esa señora bondadosa, o la pediatra ilustrada que perciben de ti. Con seguridad tienes una parte oculta, quién sabe si hasta siniestra...

A Mildred le inquietó la manera como Jaime la miró, pero no iba a detenerse.

—No tengo que convencerte de lo importante que es apoyarse en ayuda profesional. Tienes dolores profundos. Odias a tu padre. Y hay señales complicadas... Sin pretender ser experta en el tema... me parece que en tus escritos revelas una reiteración sobre los excrementos.

—Freud ha explicado muy bien eso.

—La relación con tu hermana, no es normal —insistió Mildred como última jugada.

—Sobre Betty no he escrito.

—¿Eso lo llevas en secreto? —Se arriesgó a preguntar a conciencia del terreno minado.

—A ella la protejo, la amo, esa es una relación indivisible. Bueno, sí, también tiene algo de secreta.

Mildred detuvo el interrogatorio y suavizó el tono.

—Debes dormir. Me gustaría que antes comieras algo, ¿quieres que te prepare una sopita? Puedo hacerla antes de irme a casa.

—No, Mildred, gracias. Has sido una gran compañía para mí hoy.

—Ya es tarde. ¿Qué vas a hacer mañana? Has estado chequeando esos teléfonos cada cinco minutos. No te ha llamado Inessa, ¿verdad?

—Ni Inessa, ni mis hijos... Espero que todo esté bien.

Mildred ya se había puesto de pie y había recogido sus cosas. Se sentía algo mareada.

—¿Tampoco el presidente?, Mildred se paseaba por la idea de qué ocurriría si le contestaba a Chávez en ese estado.

—Mandé a decir que estaba enfermo. No le atenderé porque hoy es un día en que lo mandaré a la mierda y eso no es conveniente. Se me puede salir el desprecio que tengo por esos imbéciles uniformados de pensamiento fascista.

—Descansa. —Se despidió Mildred dándole un beso en la frente.

Mildred caminó sola hasta la puerta. Dejó a Jaime cabizbajo sirviéndose con dificultad otro whisky. Escuchó al líquido derramarse ante el pulso que ya no daba. Tenía hipo.

Caminó a su apartamento contando cada paso. Caramba, pensó Mildred, vaya que ha sido una visita productiva.

## V

El 8 de mayo de 1980, al filo de la madrugada, luego de una tormentosa sesión en el Congreso de la República de más de siete horas, se aprobó con 132 votos de un total de 238, la responsabilidad política del expresidente Carlos Andrés Pérez en la negociación del buque *Sierra Nevada*. La responsabilidad moral quedó engatillada con una derrota de 123 contra 115. La administrativa, punto fundamental para un juicio, fue negada con empate de 119. Para lograr la mayoría, solo faltó un voto. Se trataba del primer paso agresivo de varios factores de poder que años después conspirarían para sacar de la presidencia a CAP de manera institucional unos, y bajo las armas, otros.

Un día antes, el entonces diputado Julio Valentín Rojas había expresado desde el hemiciclo que no avalaría una manipulación que procurara eliminar al expresidente Pérez. No confesó que debía estarle agradecido. Su argumento se sostuvo en apoyar la política progresista de apertura de Pérez con los países socialistas y del Tercer Mundo.

Los críticos de Jotavé lo señalaron por actuar bajo chantaje. Se conocía que la inteligencia política del entonces presidente tenía el expediente en el que su esposa Juanita, a bordo de un vehículo asignado a él con placas del Congreso, había sido detenida con armas y dinero que formaban parte del botín del atraco a un banco.

En un evento en Londres veintiún años después, el 22 de octubre de 2001, siendo Julio Valentín ministro de la Defensa, Chávez en una explosión de rabia, atribuyó aquel voto salvado de Jotavé a otras razones. «Quién sabe cuántos millones costó ese voto que absolvió al responsable y evitó que fuese juzgado por corrupción administrativa». Jotavé no se dio por aludido. Necesitaba primero determinar quién estaba conspirando en su contra.

Chávez no habló más del asunto. Su objetivo fue herir a Julio Valentín y enseñarle quién manda. El militar se había enterado durante su gira por Europa de las gestiones adelantadas por Jotavé —de su cuenta— para la compra de armas y equipos a los rusos. Chávez sabía los antecedentes de él y sus perros de la guerra. ¡Y eso sí que no! Ese negocio es mío y yo dirijo esa política, dejó ver Chávez. Julio Valentín bajó el perfil, pero del tema nunca desistió.

—A las pocas semanas la furia de Chávez se había disipado —recuerda Julio Valentín con esa media sonrisa que se vuelve complicada en un rostro de cera. Tenía una fresa en la mano y parecía disfrutar la conversación con Jaime en el jardín de su casa. Juanita pasaba intermitente frente a ellos y sumaba recuerdos con alguna que otra frase. A ambos los atendía solícita, aún vestida de negligé a pesar de ser mediodía. Era domingo. Jaime y Juanita bebían mimosas con Veuve Clicquot, mientras Jotavé absorbía un jugo de tomate apenas sazonado.

Era un encuentro familiar distendido. Jotavé estaba en una cómoda poltrona y Jaime en una hamaca en la que se mecía con el impulso de su mano en el piso que aparecía y desaparecía para acelerar o frenar con las puntas de sus dedos.

Jaime era uno de los pocos, quizás el único, que vencía el muro de la intimidad de la pareja. Lo lograba solo en parte porque Julio Valentín era impenetrable en su vida personal. Pocos se declaraban sus amigos, aunque en una época lo flanquearon políticos, banqueros y empresarios. Pero todo acababa cuando él los denunciaba en sus columnas. Solía ser un acto de retaliación por cualquier diferencia o porque no cumplían sus exigencias. Los allegados huyeron ante ese comportamiento que tenía que ver con su avaricia —en especial la de Juanita— y su maldad.

La amistad entre Julio Valentín Rojas y Jaime Ramírez estaba amarrada por mutuos rencores profundos hacia el resto de la sociedad. Ambos aspiraban a ser presidentes de Venezuela, despreciando al resto de los políticos del país a quienes reclamaban errores pasados que ellos utilizaban como excusa para cometer los peores delitos.

—Me cuesta tragar a los militares. Es un rechazo bioquímico. Tengo que hacer un gran esfuerzo.

—No digas estupideces, Jaime.

—Tu caso es distinto. Eres hijo de militar.

Jaime no pudo percibirlo, pero Jotavé frunció el ceño. Le molestó lo pueril del comentario.

En efecto, su padre además de militar había sido hombre de confianza del dictador Juan Vicente Gómez. El coronel Julio Valentín Rojas, nacido en el estado Táchira, dirigió la construcción de la carretera Trasandina y fue gobernador del estado Zamora, hoy Barinas. Con la caída del dictador la persecución hizo correr a los gomecistas hacia Colombia. La sentencia que condenó a su padre por mal manejo del patrimonio nacional dejó a la familia sin otra posibilidad que el destierro. Sus propiedades fueron saqueadas. Desde entonces se conoce de Julio Valentín el odio hacia Acción Democrática y también hacia los colombianos, porque allá, en Pamplona, algo profundo no funcionó bien.

Al regreso, la familia se estableció en Barquisimeto, donde estudió bachillerato. No era mal estudiante, salvo en matemática, cuya deficiencia completó con clases particulares. Luego vino la militancia política orientada por sus sentimientos contra AD y de manera obsesiva contra su líder Rómulo Betancourt, conocido en la historia como el padre de la democracia. Al principio su resentimiento era ostensible, después entendió que alguien que construye una ideología política mostrando odio personal, no es de confiar. Entonces se transformó en el hombre frío, distante, implacable, insensible, capaz de acabar con su mejor amigo.

Julio Valentín huyó del país apenas llegó a Venezuela otro dictador, Marcos Pérez Jiménez. Muchos líderes políticos estaban siendo encarcelados y él escapó antes de siquiera ser perseguido. Después inventó una versión heroica asegurando que había estado preso. No sería la única mentira en su larga hoja de vida. También fue falso que egresó de la escuela de Derecho y que cursara un doctorado. Pero él y Juanita cincelaban su perfil y les gustaba la imagen de abogado para ser presidente de la república.

—Los militares y sus complejos sin resolver —insistió Jaime en el tema, tratando de argumentar con un diagnóstico psiquiátrico, su truco preferido para persuadir a su audiencia. Solo que con Jotavé no funcionó porque lo interrumpió con severidad.

—¿Conoces la «Operación Sobornos» que aplicaron los ingleses cuando los militares

españoles, con Franco a la cabeza, pretendían hacerse los locos, luego de las victorias alemanas en Holanda, Francia, Bélgica? Italia además se estaba incorporando a la guerra. Como la diplomacia había fallado, tuvieron que elaborar un plan con mucho dinero para comprar el entorno militar de Franco y cambiar así su voluntad. Santo remedio. Hay varios libros al respecto que cuentan cómo a través de un banquero español enlazaron con generales y ministros para convencerlos de que no se debía entrar al lado del Eje en la guerra. El plan se prolongó durante casi toda la Segunda Guerra Mundial. Así se convence a los militares.

—¡Pero eso es lo mismo que aplicó Betancourt! —brincó Jaime con algarabía—: a los militares, aguardiente, plata y putas...

Julio estaba a punto de ponerse de mal humor. Venir ahora a nombrarle al ser que más detestaba en la vida. No fue difícil para Jaime notarlo, así que con astucia comentó:

—Lo que resultó una genialidad tuya fue la invención de Diógenes como personaje, caracterizar así una fuente de información.

—Diógenes existe, bueno, existió, tiempo pasado. A veces las fuentes creen que tienen vida propia, sin entender que, al igual que los personajes de una novela, uno los puede matar cuando quiera.

Diógenes era el seudónimo para un conocido empresario de la sociedad de Caracas a quien llamaban «el Príncipe», vendedor de armas, con fama de truhán y seductor, amigo de políticos, militares, empresarios, periodistas y misses. Su variopinta agenda se extendía a Julio Valentín. La alianza se dio de manera natural, tenían intereses comunes. El nombre de Diógenes fue selección de Jotavé para camuflarlo como fuente. Era el principal informante para su programa de televisión y su columna semanal, aunque no era el autor de todo lo que le atribuía Julio Valentín, que lo usaba como comodín. La relación se fue deteriorando. El Príncipe aseguró hasta su muerte que Jotavé lo traicionó, que lo delató para que lo detuvieran, involucrándolo ante Rafael Caldera en su segundo gobierno con planes conspirativos. Jotavé fue implacable con Diógenes para apoderarse del negocio de las armas. Lo eliminó como intermediario una vez que poseyó las relaciones necesarias.

Buena parte del ascenso político de Julio Valentín se debió a los militares. Los utilizó, los extorsionó, se asoció con ellos en negocios y para conspirar. Y ahora junto a ellos ha gobernado. Lo increíble es que lo logró siendo antimilitarista. Por eso trataba de que Jaime entendiera cómo sacar beneficios del odio sin tener que expresarlo.

Gracias a Diógenes se había acercado a militares clave en el control de la logística y armamento, donde la ganancia era mayor. Fueron varios y buenos los contratos de compra y repotenciación de equipos. En ese contexto cercano, Juanita encontró vía natural para ampliar su mercado de esculturas. Oficiales de la Fuerza Armada en altos cargos fueron extorsionados. Eran estatuas cuyas dimensiones hacían imposible ocultar su procedencia. Sin pudor, Julio Valentín Rojas denunciaba corrupción en la entrega de seguros del Hipódromo y el aludido presidente del Instituto debía acudir a la casa de Jotavé para ser debidamente atendido por su esposa Juanita. Luego venía el paseo por la galería doméstica, para finalmente llegar a la visión de un caballo de más de dos metros sobre el que ella paseaba su mano y decía con coquetería: Esta escultura es la réplica de la que está en la hacienda Los Aguacates, propiedad de Óscar de Guruceaga. Quedaría bellísima en el Hipódromo.

Para su posición política, Julio Valentín encontró en el anticolombianismo una veta productiva para cruzar lazos con los militares al exacerbar el patriotismo. Con información, Jotavé navegó

cómodo por el chantaje. Hacía periodismo para el poder, nunca por servicio. Los militares le temían y el gobierno a veces. El proyecto de una compra militar lo manipulaba en medio de intrigas entre vendedores de armas. También incidía en la política de ascensos al atacar a oficiales que le resultaban inconvenientes. No le temblaba el pulso para delatar a través de la filtración de datos sobre eventuales conspiraciones.

—Una de las etapas más cojonudas fue tu manejo en el segundo gobierno de Carlos Andrés Pérez. ¡Estabas involucrado con cada una de las partes, en una época en la que todos conspiraban! —continuó animado Jaime con el tema.

—Semanalmente me reunía con Carlos Andrés. Iba muy temprano a desayunar los miércoles. Duraba dos horas. Hablábamos de cualquier tema o personaje... George Bush padre, César Gaviria, Salinas de Gortari... Lo que de allí salía me servía para mi programa de televisión.

—Lo increíble es que CAP no sospechaba lo que tú hacías.

—Carlos Andrés sabía, pero confiaba en su fortaleza. Se sentía capaz de resistir ataques de la oposición. Así ocurrió el 4 de febrero. CAP no quiso creer en la sublevación de los cuarteles y la conspiración que desde su propio partido se estaba cocinando. Después fue tarde —precisó Jotavé campaneando su jugo de tomate—. Como tú sabes yo no estuve en la conspiración del 4F, pero apenas conocí la dimensión de los eventos me integré a planificar el siguiente intento. Recuerdo que en la primera reunión fueron a mi casa de La Florida altos oficiales, el general del Ejército, Santiago Ramírez, el coronel Suárez Galeano y, por la Aviación, el general Visconti Osorio. Fue un desastre. Casi se van a las manos Santiago y Visconti. Después el ambiente mejoró y se integraron otros. A Chávez lo mantenían informado. Si eso se hubiera logrado, yo debería haber presidido la Junta de Gobierno.

El 27 de noviembre fue la segunda intentona militar fracasada contra Carlos Andrés Pérez. Aún así, Jotavé siguió conspirando. Decidió que tarde o temprano haría alianza con Chávez y se enfocó en reforzar su poder mediático, que lo apalancaba en la política.

—¿Almorzamos? Ya a mí me dio hambre, propuso Jotavé en un lento esfuerzo por levantarse. Tienes que traer a tu mujer un día para que vuelva a cocinamos esas cosas tan ricas que prepara.

Fue como si a Jaime le hubieran disparado entre los dos ojos. Se quedó con la mirada suspendida y la boca abierta. Hiperventilando, comenzó a llorar. Julio Valentín lo miró con repulsión, no le gustaba ese tipo de escena. Trató de entender lo que sucedía, con distancia.

—Inessa me dejó.

—Vamos, Jaime, son peleas que pasan. Ustedes han vivido una grandiosa vida juntos. Tienen tres preciosos hijos. Mira lo que has alcanzado con éxito, donde has llegado. Ha sido un camino complicado de recorrer y aún falta. Inessa es una mujer inteligente y culta, que sabe valorar a su familia y lo mejor para ella. No creo que se incline por tan drástica decisión cuando tantas cosas están en juego.

La separación de Jaime logró preocupar a Julio Valentín. No era conveniente que una situación doméstica alterara los planes que iban rodando tan bien. Había logrado que Jaime ocupara en poco tiempo una silla como rector del CNE y Chávez estaba muy satisfecho con su gestión en la Junta Electoral. Su sociedad ya tenía adelantado un acuerdo para la adquisición del sistema electrónico de votación. Un gran negocio.

Julio Valentín desde la Vicepresidencia estaba obligado a reforzar su red de poder porque a pesar de ocupar cargos importantes, Chávez lo aislaba. Sufrió cuando como ministro de la Defensa, no podía entrar en Fuerte Tiuna y lo obligaron a despachar desde la base aérea en La

Carlota y lo ignoraban en las líneas de mando; ni siquiera lo registraban en los detalles formales como las fotografías del Ministerio. Su estrategia fue refugiarse en el silencio y la intriga.

Fue así como decidió reactivar la cofradía, un grupo para manejar información delicada con la que podía hilar la red de decenas de fuentes, jefes políticos, empresarios, dueños de medios y cuanto personaje le sirviera para hacer de él la persona más informada del país.

El engranaje había sido calculado para que la cofradía operara sin alterar la vida de cada miembro. La relación era circunstancial y no generaba ningún vínculo posterior. La libertad entre ellos solo estaba supeditada al secreto. Fue así como la pareja de Horacio Ardiles y Luisa De la Rosa decidió con mucha inteligencia después de su divorcio, continuar en el grupo, asistiendo cada uno por su cuenta.

El obispo Andrés Urbina y el teniente coronel del Ejército Francisco Arias Cárdenas no se podían ver ni de lejos y en la cofradía habían llegado a bromear entre sí.

Nadie debía entrometerse en lo que hacía o dejaba de hacer el otro. Era una especie de microecosistema del poder en Venezuela. Hubo coincidencias particulares. Después del 11 de abril de 2002, todos estaban convencidos de que Hugo Chávez era perjudicial para el país. Las dudas se centraban en quién y cómo debía sustituirlo. Para ello, cada uno en su actividad procuraba la mayor información posible para cruzarla después en los encuentros. Ese ejercicio de análisis tuvo que equipararse con la realidad cuando Chávez se recuperó y retomó el control.

No resultaba fácil poner orden al caos. Para ello, la metodología de Mildred Contreras era fundamental. Su experiencia de vida al lado de Reynaldo Carbone, empresario formado como investigador de organismos de inteligencia y seguridad, y espía natural, contribuyó a integrar los escenarios que aportaba cada uno de los miembros. Además, tenía una gran ventaja: Mildred llegaba a complejos ambientes sin ser percibida como una amenaza. No estaban claros de si se debía a su formación de pediatra, con la que había desarrollado muchas relaciones y enorme paciencia, o a su amplia cultura, que la ubicaba con flexibilidad en los salones donde se decidía el destino de Venezuela.

La cofradía se reunía cuando dos de los miembros lo consideraban necesario. Julio Valentín y Juanita se encargaban de activar el sistema de convocatoria, sencillo pero enigmático. El anfitrión del lugar del encuentro se ocupaba de brindar lo necesario. Si el convocante necesitaba de un equipo especial, él mismo debía conseguirlo. Solo el obispo —por razones obvias al vivir en San Cristóbal— estaba exceptuado de tener que brindar su residencia como anfitrión.

Los aparatos electrónicos debían dejarse fuera del salón de reuniones. Lo que el grupo ignoraba era que Jotavé tenía colocados micrófonos y cámaras en varias áreas de su casa. Y para cuando se mudaban de lugar, Juanita había adelantado relaciones con algunos mesoneros que vista la confianza con el servicio que le prestaban desde hace años, solían ser contratados por algunos otros integrantes. Fue cuando Reynaldo y Mildred actuaron en consecuencia.

«Julio Valentín es un canalla voyerista», comentó furiosa Mildred a su marido. Lo decía por un dato que ellos manejaban en secreto. Juanita le había sugerido a Jotavé que instalara cámaras en los baños de su casa. «Puede ser divertido mirar a la gente en ese instante íntimo cuando se reducen a expulsar sus necesidades». Lo hicieron.

Diseñaron condiciones confortables para un *voyeur*. Un albañil al servicio de Juanita fue contratado para remodelar una de las habitaciones. En el área de vestier dispusieron una puerta con mirilla que tenía el foco en el espacio de la cama. La mirilla era para uso de Jotavé o cualquier otro invitado.

Para equipar su casa, Jotavé se asesoró con profesionales. Tenía de confidentes a viejos policías que se encargaron de la distribución de cámaras y grabadores para registrar las conversaciones. Juanita se ocupaba después de vaciar la información. Ambos hacían el balance del contenido sin pasión, evitando contaminarse con burlas y apreciaciones despectivas hacia ellos, expresadas cuando Julio Valentín y Juanita estaban ausentes. En las áreas de su despacho de la Vicepresidencia Jotavé también tenía equipos. Ahí resultó más complicado cuando Chávez ordenó una investigación de inteligencia al general Hugo «el Pollo» Carvajal, que olía los grabadores. Así que con prudencia disminuyeron las operaciones en su despacho.

El amor de Julio Valentín es Juanita, nadie lo duda. Ella manda y a él le gusta que lo haga. Le complace hacerle manifestaciones de afecto en público. A Juanita le divierte diseñar su *outfit*. Ella ha decidido las cirugías estéticas que él debe hacerse. No son un matrimonio tradicional. Imposible que lo sean, aunque con los años ella ha bajado la intensidad de sus travesuras. El escándalo con el carro y las armas que Jotavé tuvo que pagar caro, fue a principios de los sesenta, después del asalto a un banco en Charallave, el Royal Bank of Cañada. A las pocas semanas, el Valiant asignado a Julio Valentín fue capturado por la policía política a la altura de la urbanización Miranda, al este de Caracas. Manejaba Juanita. En el carro había armas, máscaras y el dinero robado. El expediente estuvo mucho tiempo en los archivos de la Dirección de Inteligencia Militar hasta que Jotavé lo desapareció.

No tuvo que hacer eso con otro expediente que, con caballerosidad, ordenó destruir Carlos Andrés Pérez en su segundo período. En este, Juanita aparece registrada por haber sido auxiliada en medio de la avenida Andrés Bello, descalza, a medio cubrir con tan solo una sábana. Había sido echada por su acompañante de un hotel cercano y no tenía ni documentos ni dinero para tomar un taxi. Al identificarse ante la policía que la auxilió y trasladó a una prefectura, el funcionario notificó a instancias superiores. Al llegar la información al jefe de Inteligencia Militar, el general Herminio Fuenmayor llamó a su esposo para que la pasara recogiendo. Julio Valentín Rojas dijo parco y sin tensión: «Hagan con ella lo que les dé la gana».

—Lo peor que le puede suceder a un hombre es enamorarse de su esposa —le dijo Jotavé a Jaime en un extraño tono paternal—. Mírame cómo sigo postrado ante esta mujer que conozco desde que ella tenía 15 años. Toda la vida intentando domarla y ha sido imposible. Mi vida sin ella es una historia incompleta. Somos un equipo. La ambiciosa es ella, la que presiona es ella. Cuando estuve al borde de la muerte fue ella quien me trajo a la vida de nuevo. No me equivoqué al elegir a esa niña que bailaba y atendía en un bar. Era y sigue siendo la mujer más hermosa del mundo. Es una fiera, una explosión. Es de roble. No te digo que no hemos pasado crisis. Somos personas públicas y Juanita no evita el escándalo. Cuando se escapó a Margarita con el cantante español Xulio Formoso quería matarla. Fuimos la comidilla de las revistas del corazón. A mí eso no me inquieta, no soy celoso, pero hay que mantener las formas y no ponérsela fácil al enemigo. Por eso me molesté tanto —continuó Jotavé, consolando con su historia a Jaime— cuando mi compadre José Manzo González, como ministro de Justicia, me grabó en una conversación con una de las mujeres que más he querido. Fue un amor secreto por casi 20 años. Ella se hacía llamar Teresa y yo Miguel. Diría que es la única relación que he tenido cargada de romanticismo. Nos juramos amor en el tren de Puerto Cabello. Como ella vivía en el interior del país, le enviaba cartas, le escribía poemas. Hablábamos con frecuencia.

La grabación fue una conversación telefónica. A cualquiera que conozca a Julio Valentín Rojas



le costaría imaginar que es capaz de transmitir tanta sexualidad. Es un audio explícito en el que él va guiando a Teresa a quitarse la ropa pieza por pieza y luego le solicita con suavidad que se toque las partes que él le indica. Jotavé disfruta imaginando sus medias de nylon, el olor de su perfume y el color de su boca. Habría sido un audio viral en estos tiempos.

—Juanita no sabía de Teresa cuando la conversación se filtró, recuerda Jotavé. Para preservar mi matrimonio tuvimos que distanciarnos por un tiempo. Teresa para herirme intentó una relación con el diputado Pastor Heydra, uno de mis enemigos políticos. Fue duro. Luego bajaron los ánimos y volvimos. Apenas hace poco, todo acabó.

Así que hay que perdonar y aprender a ofrecer perdón —continuó Jotavé con sus consejos, que mantenían en expectativa a Jaime, quien por fin había dejado de llorar—. En lugar de despecharte y emborracharte escuchando música ordinaria, diseña un plan para seducir a Inessa. Tómate tu tiempo (no mucho porque se puede conseguir a otro que la consuele) e intenta sin orgullo una reconciliación. Hazlo con elegancia y con inteligencia. Abandona esta tristeza. A las mujeres no les gustan los hombres llorones. Llega a arreglos. Complácela. En fin, al menos trata de salvar tu matrimonio una vez más.

Juanita había estado espiando la conversación, al tiempo que organizaba la mesa para el almuerzo.

—¡Estamos listos! —anunció con alegría. Era un «brunch». La mesa estimulaba el placer del apetito con flores, arepas, tajadas, cazón, caraotas, queso blanco de telita y del llanero rallado.

Juanita le quitó a Jaime la copa vacía de su mano y con ternura se la devolvió llena.

—Todo se va a arreglar —dijo, mirándolo a los ojos.

—Jotavé, ¿qué te sirvo?

—Tú sabes qué necesito... ¿Sabías que un mililitro de sangre tiene el doble de calorías que la misma cantidad de cerveza? —preguntó Julio Valentín mirando a Jaime.

—¿En serio? —reaccionó Jaime genuinamente sorprendido. No conocía esa proporción.

—¿Por qué crees que para nosotros los vampiros la sangre fresca tiene tanta potencia?

—Por cierto, ¿cuántos frascos quedan? —preguntó Jaime retomando el ánimo. —Pocos —aseveró Julio Valentín.

—Mañana mismo llamo al proveedor para enviarte una cava con contenido suficiente para dos meses. ¿Te parece?

—Sí, me parece. Ya sabes, literalmente, sin sangre no puedo vivir.

## VI

«Nada me divierte tanto como los firmes arranques de virtud del caballero. ¿Dónde diablos verá en cuanto hacemos, el menor ultraje a la naturaleza, al cielo y a la humanidad? Amigo mío, es de la naturaleza que los viciosos reciben los principios que ponen en práctica. Ya te he dicho mil veces que la naturaleza — para el perfecto mantenimiento de las leyes, de su equilibrio— tiene unas veces necesidad de vicios, otra de virtudes. Nos inspira por turno el movimiento que necesita; no hacemos, pues, ninguna clase de mal entregándonos a estos impulsos, cualesquiera que sean los que podamos imaginar».

Jaime releía su capítulo preferido. Le era fácil ubicar el último diálogo de «La filosofía en el tocador» del Marqués de Sade, gastado, subrayado y embadurnado con sabores de la noche, con huellas de pecados, con mordiscos de pasión.

Chequeó la hora en su Rolex Baselworld, 2:47 am Inessa y los niños tenían rato durmiendo. La turbulencia con su mujer había quedado suspendida en una dulce tregua que les permitía convivir en tenue paz. Ambos habían dejado de lanzarse puñales con la punta afilada de escenas del pasado, cargadas con lo más intenso de su etapa sexual. Allí donde ellos fueron ellos y muchos más, sin orden, sin más criterio que el placer. Eran una pareja con mar de fondo oscuro y denso, helado y feroz. El abismo entre ellos estaba fuera de diagnóstico, su teoría había bajado por la poceta. Inessa, su mujer amada, logró escaparse de su control y la compuerta de la libertad que abrió iba en dirección contraria a lo que a Jaime le interesaba. Preciso era mantener la armonía y resolver la situación en un tiempo distinto a lo inmediato. Ambos querían cuidar a sus tres hijos. El acuerdo circunstancial pasaba por lograr la estabilidad de Jaime hasta llegar a la presidencia del Consejo Nacional Electoral. Con ese ascenso, Jaime aseguraría el futuro de la familia. Inessa, realista y pragmática, no solo regresó al apartamento de Altamira —que quedaría en sus manos finalmente—, sino que tranquilizó las aguas revueltas. Departieron con amigos y cumplieron con la agenda estratégica que afincaría bases sólidas para un paso más de Jaime en el camino trazado.

Inessa había oficializado su talento culinario al formalizar su arte en un café ubicado en un lugar envidiable: el Museo de Arte Contemporáneo. El sitio, decorado con gusto y desparpajo, se convirtió en un lugar de encuentro para el chavismo desesperado por sentirse culto e inteligente — ese chavista que cuando un militar es nombrado ministro de la Salud cree que puede curar gente —. La mayoría acudía por conveniencia y negocios. Iban los que hasta noviembre de 1998 habían insistido en que a Chávez no se le podía apoyar porque era un militar, un gorila, un peligro y que una vez en el poder, todavía mirando al chavismo con desprecio, se arrimaron al gran contrato, al tiempo que se mofaban de la ignorancia presidencial y remedaban con sorna a personajes sacados de los cuarteles, empujados a despachos oficiales, embrujados con el poder y el dinero.

Burladores bajo el mando de los burlados, bebían y comían juntos en un museo.

Inessa trabajó duro, se hizo un nombre. Ese tiempo le sirvió para colocar los primeros ladrillos de su independencia. En casa no tenía que hacer esfuerzos como anfitriona. Jaime se ocupaba de celebrar las reuniones debidas en el lujoso y ambientado salón de fiestas, donde estrechó lazos con Rafael Ramírez, alto y ambicioso, con quien afinaba planes comunes. Uno como presidente de PDVSA, el otro presidiendo el CNE. Sus cerebros parecían unas cajas registradoras para convertir la empresa petrolera en la maquinaria de financiamiento electoral que satisfacía a Chávez y abultaba los bolsillos del clan.

Lamento tener que irme, se confesó Jaime en soliloquio al activar la lujosa ducha. Recordó baños que se le hicieron incómodos y malolientes en su pasado. Regaderas desvencijadas, agua fría, piso con moho, y apúrrete, Jaime, que me estoy haciendo.

El apartamento en La Corniche lo había seleccionado con cuidado... pero no había alternativa.

Inessa y Jaime, ya con intereses sexuales distintos, procuraron privilegiar a los seres y situaciones que los unían, tratando de evadir los sentimientos que los enfrentaban. El psiquiatra afloraba en un amago de terapia de pareja.

—Cuando nos enamoramos tú ibas a ser un psiquiatra respetable —dijo Inessa asomando nostalgia.

—Soy un psiquiatra importante —aseveró Jaime, lanzándose en cuerpo entero sobre el sofá con el placer posterior de un buen baño.

—Eres uno de los psiquiatras más odiados del país. Eso que tú valoras como importante es doloroso para mí y para mis hijos también.

Cada vez que Inessa argumentaba con los hijos de ambos, Jaime se alteraba. Para evitarlo hizo un ejercicio de memoria con un paciente que sufría ataques de ira al que Jaime despreciaba, aun cuando le recordaba a Ignatius, su personaje favorito, el protagonista de *La conjura de los necios*. Cuando el gordo llegaba a su consultorio —era mofletudo y consumidor de estupefacientes— Jaime le arrojaba la historia de alguien a quien le habría gustado matar. El gordo era un fanfarrón al que Jaime trataba con paciencia porque tenía mucho dinero y porque le atraía su mujer, con la que quería acostarse. El paciente solía perder los estribos y sus ataques de furia ya le habían causado serios problemas. Jaime, como era su costumbre, lo controló atiborrándolo de fármacos. Le sugirió que disminuyera el consumo de cocaína y —en lo que él mismo calificó de consejo barato— que respirara diez veces antes de reaccionar.

Esta vez Jaime se mantuvo calmado con Inessa. Explotar no ayudaría y ella le había advertido que, ante el próximo acto violento, el abandono sería definitivo. Con el último, ella se sintió en peligro. Ya no era un juego. Esa noche habían cenado con una pareja de amigos opositores, champaña, vinos, coñac. Con la sensualidad exacerbada y las ganas de bailar recalaron en el bar «El maní es así». Intercambiaron parejas. Jaime se excusó con el argumento de proteger a la amiga de una probable agresión chavista, si la reconocían. El lugar estaba excedido en todo. Rumba dura, ella llevaba medias negras, era rubia, estaba buena y bailaba como fugada de colegio de monjas, con buen aprendizaje para moverse sabroso en la pista y en la cama. Jaime solía pensar ese asunto cuando bailaba, después que una amiga le había confesado que desconfiaba de los hombres que no sabían bailar porque terminaban siendo malos polvos. Así que Inessa, que también tiene lo suyo, bailó con la pareja que le tocó. Según la arbitraria memoria de Jaime, entre el manoseo y la lengua que vio activada, Inessa se había convertido en el centro de un corro donde

ella propuso que uno a uno la tocaran. La noche, pues. Aunque Inessa desconfiaba de esa versión porque había pillado a Jaime mintiendo en la reconstrucción de varios hechos, daba igual y nada justificaba que luego en la casa él partiera una botella y le pusiera una de las partes en su cuello o que introdujera su cabeza en la bañera para ahogarla. Nada podía hacer olvidar el pánico y la certeza de que Jaime la iba a matar. A ella o a cualquiera que se le atravesara en el camino.

Planificar los estudios de los dos hijos mayores fuera del país, evitar traumas al bebé y cuidar los negocios, los obligó a reducir el conflicto entre ellos y a mirar con ojos amables y estratégicos la futura e inevitable separación.

En el acuerdo con Inessa, ella y sus hijos se quedarían en La Corniche, en Altamira. El apartamento había sido un regalo del empresario dueño de atún «Encueva». Generosidades de la gente con la que desde el poder estaba vinculado Jaime.

—A mí no me importa qué empresas y propiedades inmobiliarias estén a mi nombre aquí o fuera del país. Lo único que te exijo es que garantices que todo esté bien montado y que nunca me vea involucrada en problemas legales. Nunca —le repitió con énfasis Inessa a Jaime—.

Ella lo intimidaba. No podía evitarlo y tenía que admitirlo. Sus amigos incluso se burlaban de él. Hombre dominado. Cuando Inessa tomaba una decisión, él la acompañaba. Era fuerte y decidida. Eficiente y organizada. Y a él le gustaba así. Esa solidez suplía la ausencia de su padre y lo situaba en posición pasiva desde su ambivalencia. Alguna vez había sido tema de debates con colegas cuando llegaba el turno de penetrar en las ideas de Jacques Lacan y hablaban de lo simbólico, lo imaginario y lo real. De cuando falla la intervención del padre y no cumple su función de enunciar la ley, de lo prohibido y lo permitido. Y se comparaba con los arquetipos de Cari Jung. Por esa ruta solían llegar a la explicación de las perversiones.

—Confía en mí —aseveró Jaime tratando de ser convincente. Cambiaban de tema con naturalidad, aunque él trataba de ser cauteloso.

—Le temo a tu vanidad. Cuando la despliegas te equivocas —precisó Inessa.

—No me vengas otra vez con lo del libro.

—Ese es un claro ejemplo. Hacerme reclamos a través de un libro que escribes. Narrar imágenes de mujeres y hombres haciéndome el amor delante de ti. ¿A quién castigas? ¿A ti? ¿A mí? ¿No te parece demasiado? ¿Doloroso? ¿Innecesario?

—Ese es un personaje. Parece que la vanidosa eres tú que se identifica con una obra literaria.

—¿Obra literaria? ¡Ja! Ni siquiera manejas la ortografía y la gramática. Cuando vi que pluralizas el verbo haber, me dije, le debería pagar a un buen corrector. Te regalo la lección de nuevo: el verbo haber no se conjuga en plural cuando significa existencia; solo puede conjugarse en plural cuando funciona como verbo auxiliar de un verbo distinto a haber —le explicó con énfasis, como la maestra más severa de la tierra, mirándolo a los ojos—. Jaime sabía que ella lo estaba disfrutando.

—Este apartamento es lo bastante grande como para evitar tropiezos entre nosotros —planteó Jaime molesto, cerrando ese tema de conversación.

—Así será —dijo con sorprendente tranquilidad Inessa—. En este tiempo los niños crecerán un poco más y nosotros continuaremos nuestros planes.

—Estoy buscando un buen lugar cerca del Avila. Sabes cuánto amo este cerro.

—Eso está fácil. Esta ciudad es abrazada por el Avila, por fortuna. ¿Has buscado en la Alta Florida? Por allí están comprando varios del gobierno, está en territorio chavista, aunque a

ustedes eso no parece importarles porque han adquirido la mitad de La Lagunita y adoran el este de Caracas —acotó Inessa con ironía. Le encantaba zaherirlo hablando de los chavistas en segunda persona del plural, ustedes. Esa distancia era insalvable.

—Me gusta la Alta Florida. En cualquier caso, ya sabes, eso va a tomar tiempo. Seguro habrá que remodelar, en fin... alzó Jaime los hombros con aparente gesto de indiferencia.

—El mármol salmón, la cocina italiana, los diseños de Eduardo, la opinión de mi abuelo, la bendición de Betty, las mejores cabezas con mucho dinero serán utilizadas para que tu mansión sea una de las más elegantes de la ciudad —cerró con desdén Inessa, poniéndose en pie.

Llovía y Jaime estaba agotado de pensar, de regodearse en el fracaso de su matrimonio. 5:57 am otra noche de insomnio. Las bolsas bajo sus ojos lo delatarían. Había dejado a un lado al Marqués de Sade. Estaba tentado a sintonizar el noticiero de televisión, pero un último párrafo del Marqués le atrajo como idea para darse placer antes de dormir un poco. Aún nadie se levantaba en su casa y él estaba tranquilo en su estudio. Agarró el texto de *La filosofía del tocador*, «... heme aquí a la vez incestuosa, adúltera, sodomita y todo esto para una joven que acaba de ser desvirgada hoy...».

Un hombre que se permite todos los placeres. ¿Con quién me voy a satisfacer hoy? Hombre, mujer, madre e hija, hermana, todos y ¿todas? Ja, ja, ja, ja, como dicen los chavistas. Allá aquellos con sus prejuicios. Buscó otra página del Marqués, encontró unos párrafos que reforzaron su convicción: «Las leyes de la humanidad son violadas por las tonterías que nos permitimos... lo que los tontos llaman humanidad no es más que una debilidad nacida del temor y del egoísmo; que esta quimérica virtud, encadenando solo a los hombres débiles, es desconocida de aquellos cuyo estoicismo, valor y filosofía forman su carácter. Actúa, por tanto, caballero, actúa sin temer nada; si pulverizáramos a esta ramera no habría siquiera el menor indicio de crimen. Los crímenes son imposibles para el hombre. Al inculcarle la naturaleza el irresistible deseo de cometerlo, supo sabiamente alejar de ellos las acciones que podían perturbar sus leyes. Convéncete, amigo mío, de que todo lo demás está completamente permitido y que no ha sido absurda hasta el punto de darnos el poder de perturbarla o perjudicarla en su marcha. Ciegos instrumentos de sus inspiraciones, aunque nos ordenara quemar el universo, el único crimen sería resistirnos a ello, y todos los malvados de la tierra no son más que agentes de sus caprichos...».

Grande Sade, exhaló complacido Jaime, cerrando la lectura del diálogo donde el personaje Dolmancé daba lecciones tan útiles en la vida.

Su hermana tenía razón, ya no se podía contar con Inessa para sus planes futuros.

—Recuerda la Presidencia de la República. La Presidencia de la República, Jaime. Vas a ser el presidente, Jaime. Betty se lo repetía de todas las maneras.

Julio Valentín tenía razón. Debía mostrar estabilidad y tenía que procurar paz interior. No era momento de crisis matrimoniales. Haber alcanzado el acuerdo con Inessa era un punto a favor. Solo debía contener sus arranques violentos. Tendría que medicarse.

Ese día la reunión de la cofradía fue en el apartamento de Jaime en La Corniche. La única que lo conocía era Mildred Contreras, su amiga y vecina. La reunión fue en el área social. Jaime había ordenado un servicio *catering* al que le exigía cumplir procedimientos dignos de una película de espías. En una camioneta blindada con vidrios ahumados buscaba al personal que llevaba lo necesario para preparar la cena. Los empleados desconocían su destino y quedaban en un área de

trabajo sin acceso a los invitados y al dueño de la casa. Personal de confianza de Jaime se encargaba de servir y recoger. Para los residentes del edificio era imposible mirar al lugar. Para eso invirtió en la remodelación que Jaime pagó de su bolsillo, es decir, del bolsillo de los venezolanos. La grama que encargó, lejos de considerarla de buen gusto, fue calificada por los vecinos como una molesta señal de ostentación de «nuevo rico». Se trataba de un césped híbrido que, según su arquitecto, estaba elaborado con tecnología de vanguardia que fusionaba el césped natural con un refuerzo de fibra sintética que lograba eterno verdor, mayor firmeza y durabilidad. Era un espacio donde el lujo era el principal personaje.

El poco recato de Jaime para mostrar su dinero era un reclamo frecuente de Julio Valentín. Perdía su tiempo, era una adicción. Jaime hurga en internet, se suscribe a tiendas de marcas internacionales para estar al tanto de lo último en bebidas, habanos, lámparas, perfumes, hasta cepillos de dientes. Las mujeres son su mejor fuente para la ropa. A ellas pregunta detalles de telas, colores, combinaciones. Le encantan las corbatas y se las manda a hacer en Nueva York. Se viste según las temporadas, como si viviera en un país con cuatro estaciones. Las obras de arte y los vehículos de último modelo manejados a gran velocidad comenzó a utilizarlos para seducir a la *high society* y restregarles a la vez su ascenso, cargado de desprecio y envidia.

El mundo digital le había permitido a Jaime sumergirse en un ambiente hecho a su medida. En la Deep Web todo se podía.

Esa noche nadie faltó a la convocatoria. Todos ansiaban departir. Además de la incorporación de Jaime al CNE y el consolidado ejercicio de Julio Valentín en la Vicepresidencia, el país transitaba por una incertidumbre que exigía acciones y debates que debían ser evaluados por los miembros de la cofradía y sus miradas desde la intimidad del poder.

Para la fecha, agosto de 2003, la oposición había quedado debilitada después del fracaso del paro petrolero. Sin embargo, los números de las encuestadoras indicaban que el descontento podía llevar al fracaso de Chávez, si llegaban a un referendo revocatorio que obligaría a elecciones presidenciales. Ante esa situación dos miembros de la cofradía estaban listos para hacerse la foto como candidatos: Julio Valentín y Francisco Arias Cárdenas, que había fracasado en su intento contra Chávez en el año 2000.

Los hombres no se cansan de ser candidatos a la presidencia. Julio Valentín Rojas llevaba tres intentos fallidos y no había una sola noche que no se viera con la banda presidencial. Y, aunque era improbable, jamás entregaría a otro ese sueño. Esa era la verdadera razón de la cofradía y otros grupos fraguados para conspirar y llegar a Miraflores por cualquier vía. Mientras Jotavé y Francisco socializaban sobre sus aspiraciones, Jaime, que también las tenía, callaba. Todavía para él su plan era inconfesable, al menos en ese escenario.

Uno a uno, los invitados pronunciaron generosas palabras al buen gusto del anfitrión. El obispo Andrés Urbina, que había llegado esa misma tarde de San Cristóbal con apenas tiempo para dejar su maletín en casa de un amigo, destacó la bendición de la cercanía del Ávila. El empresario Horacio Ardiles y su exesposa, la cirujana plástica Luisa De la Rosa, venían de un encuentro familiar y les pareció una delicia la tranquilidad en medio de la capital. El comandante Francisco Arias Cárdenas había pretendido llegar antes de la hora porque quería atajar a Jaime en privado, pero se perdió. Nunca manejaba sin equivocarse en las calles de Caracas. El militar resaltó la seguridad del lugar y le pareció un área envidiable para montar bicicleta. La fiscal Raiza Romero llevó el tema de su inquietud por el aumento de violaciones a los derechos

humanos. No quería que nada manchara su aspiración a ser miembro del Tribunal Supremo de Justicia. Y Mildred Contreras, bondadosa y animada, se disponía en otoño a cumplir la ruta del Camino de Santiago para luego visitar a varios amigos de la diplomacia europea con quienes hablaría del tema Venezuela.

Con el procedimiento rutinario, el anfitrión Jaime Ramírez saludó a los miembros, para luego conceder la palabra al jefe del grupo, Julio Valentín Rojas.

—Jaime ha sido designado rector principal del Consejo Nacional Electoral. Vienen dos situaciones inminentes: el proceso para un referéndum revocatorio a la Presidencia de la República y, según los resultados, es decir si la oposición logra la votación necesaria, podríamos considerar de nuevo la candidatura del teniente coronel Francisco Arias Cárdenas para disputarle el cargo de jefe de Estado a Hugo Chávez. Ya Francisco nos contará, pero en lo personal me parece muy difícil que Chávez pierda el revocatorio. Lo relevante es que otros grupos del chavismo han discutido la posibilidad de lanzar un candidato para competirle a Chávez, lo que significa que lo siguen viendo débil. Eso me llama la atención, aunque no coincido con esa apreciación.

—Es obvio que no solo en la cofradía se conspira —interrumpió Horacio.

—Y destaco algo más —intervino monseñor—. Es revelador el contraste de estos movimientos con el sector opositor. Mientras el chavismo se activa en grupos paralelos contra el presidente planteándose actuar por dos vías, la institucional o fuera de ella, la oposición camina confiada en que se cumplirá como única ruta la del juego democrático.

—Eso me encanta de la oposición, que siempre piensa en la ley —aseveró Jaime con cinismo.

Arias Cárdenas es un personaje mañoso. Con ese hombre nunca se sabe, comentan sus amigos. Seminarista en su juventud, parecía hecho más para lo espiritual que para las armas. Su aparente cuerpo endeble lo cuidaba con la disciplina del ejercicio y la sana alimentación. No fumaba ni bebía, lo que le daba resistencia. Dejaba siempre atrás a otros más jóvenes y fuertes en distintas actividades deportivas. En la bicicleta hacía valer su condición de andino para cruzar las montañas. Su única incomodidad aparecía cuando por cansancio el párpado derecho se le caía, consecuencia de un desgarre en la retina mucho antes de ser militar. Arias Cárdenas resultó un personaje difícil de escrutar e inasible. Su condición de taimado lo había deslizado por distintas posiciones. Fue así como de prospecto de cura pasó a miembro de la Fuerza Armada. En la Academia estudió Ciencias Políticas. Después se fue a la Universidad Javeriana de Bogotá a cursar Historia Social y Política. Era disciplinado, pero nadie le adjuntaría el calificativo de brillante. La ausencia de carisma fue su gran frustración al lado de Chávez, con quien conspiró el 4F del 92. En la prisión se agudizaron las diferencias. Francisco leía mientras Chávez tenía sexo. En la cárcel los militares padecieron el descubrimiento de la democracia. Era un fenómeno inusual. Acostumbrados a decidir por jerarquía, no podían soportar el comportamiento de igualados de algunos oficiales de inferior rango. Colapsaban en discusiones teóricas políticas y también sobre la división de tareas domésticas. Un tema de fractura fue la posibilidad futura de acudir o no a procesos electorales, a medirse y aceptar las reglas de la democracia. La mayoría de los oficiales presos compartía la propuesta de Arias Cárdenas, quien aspiraba a ser el candidato. Chávez era visto por sus compañeros como un poco díscolo, aunque divertido cuando convocaba a los espíritus, montaba sesiones con brujos y dejaba vacía la silla derecha para que la ocupara el Libertador mientras ellos comían. Lo pagano contrastaba con Francisco el creyente. En las

discusiones, Arias Cárdenas se imponía militarmente al recordar que él había triunfado el 4F al lograr someter a las fuerzas en el estado Zulia mientras Chávez había fallado.

Francisco decidió en el año 2000 mirar desde la acera de enfrente a Chávez. Nadie tenía claro qué había pasado, pero era muy probable que el acercamiento al comunismo le molestara. Francisco vio una oportunidad en la megaelección convocada para julio de ese año. Se fue con un sector de la oposición y no le resultó bien. Él pensó que su experiencia como gobernador del Zulia o su condición de militar podría ser una ventaja para competir por la presidencia con el apoyo de sectores opositores, pero perdió. Fue un mal candidato y ni siquiera cuando llamó a Chávez gallina porque no quiso debatir con él, la gente le creyó. Francisco siguió azuzando y después del 11 de abril de 2002 llegó a acusar de asesino a su otrora amigo. Ahora con la expectativa de un referéndum revocatorio, celebraba una nueva oportunidad, casi nula en la práctica porque la oposición había decidido que, en el caso de una nueva medición electoral, el candidato sería Enrique Mendoza.

Jaime y Julio Valentín habían avanzado sobre algunos temas en privado, antes de que llegaran los invitados. Jaime hizo el reporte de los progresos con sus socios de «Smartrick». Las perspectivas de procesos electorales en corto plazo obligaban a actualizar el negocio ya adelantado al legalizar la compañía en el registro quinto mercantil —uno de los más importantes de Caracas— a cargo de Gabriela, la hija de Jotavé. Ese registro era una de las posiciones —y posesiones— más férreamente defendidas por Julio Valentín desde hacía años. Mantener ese espacio jurídico lo había llevado a pelearse con su compadre José Manzo González cuando este era ministro de la Justicia e intentó remover a Gabriela del cargo. Manzo perdió.

En «Smartrick» estaba Alvaro Medeiro, amigo de Jaime, ingeniero electricista con quien desde hacía casi cinco años esperaba su turno. En el tiempo transcurrido, el sistema de Alvaro y sus amigos ya era más que un experimento. El y sus dos socios habían colocado su ensayo para ser aplicado en cajeros automáticos en México y ante el éxito, sus planes cambiaron al poder venderlo en las elecciones presidenciales en Estados Unidos en el año 2000.

Jaime en su nueva posición y Julio Valentín en la Vicepresidencia sabían que vivían una extraordinaria oportunidad para hacer un gran negocio, con una ventaja adicional: estaban en un sector que no disputaban los militares alucinados con los dólares del petróleo, los alimentos, las medicinas, el sistema cambiario...

Era una situación idílica que calzaba en el discurso que sonaba como música para los oídos de Chávez: ellos lo protegerían del referéndum revocatorio y le garantizaban el control del sistema electoral. El plan perfecto.



## VII

—Julio Valentín es consumidor de sangre humana.

Luisa De la Rosa se lo soltó a Mildred así, como si estuviera comentando la escena de alguna película.

—Adicto —insistió Luisa, disfrutando de los ojos inmensamente abiertos de Mildred.

Estaban en la terraza del edificio de Jaime. Un gatito recién nacido había llamado su atención en el jardín inferior, lo que usaron como excusa para huir de la fastidiosa conversación sobre motores de vehículos que excitaba a la mayoría de los hombres de la cofradía.

—Fabiana, una colega de la clínica, me comentó que un grupo de bioanalistas trabaja en su tiempo extra para un servicio privado que garantiza sangre a diversos clientes. Es como un ala clandestina del Banco de Sangre. Jaime es quien la compra para Julio Valentín. Lo hace desde hace años.

—No sé por qué no me sorprende —susurró Mildred cuidadosa porque sabía que Jaime tenía micrófonos por todos lados.

—Tampoco es que se trate de un *rara avis*. Es como un vicio, aunque para algunos es un tratamiento. El sistema de distribución opera en paralelo a la legalidad, pero utilizando sus mismos controles, solo que los donantes no son voluntarios porque cobran. Algunos tipos de sangre tienen mayor demanda, bien por su sabor o porque les atribuyen manifestaciones milagrosas, efectos que potencian la sexualidad o iluminan el pensamiento. La llamamos la terapia de vampiro. Para muchos no es un tema de locos, aunque se trata con discreción porque nadie procesa fácil tener un amigo que ande por ahí catando la sangre de otros para bebérsela.

Hay un mercado aún más oscuro en la Deep Web que obtiene la sangre a través de acciones monstruosas con niños. De eso no quiero hablar.

Mildred recordó historias contadas por su marido Reynaldo respecto a recursos de los hombres para potenciar su juventud o sexualidad. La leyenda del rey Salomón, por ejemplo, que ancianito se metía sin ropa con unas núbiles desnudas en un habitáculo, una especie de sauna para nutrirse de la energía y efluvios que emanaban las jóvenes. En cuanto a dictadores, Reynaldo le contaba que al dominicano «Chapita» Trujillo, ya impotente, le llevaban niñas a las que violaba con sus dedos, ansioso de sentir la sangre. Y en Venezuela está el caso de Stalin, uno de los tantos hijos de Juan Vicente Gómez. De ese Stalin contaron sus subalternos que exigía transfusiones. No las bebía.

—¿Cómo se cumple el proceso? —preguntó Mildred con curiosidad, alejando a Luisa aún más de la reunión de la cofradía. En su cabeza le había puesto resaltador al asunto para seguirlo

procesando. Los hombres habían cambiado de tema. La conversación iba por la película *Una mente brillante*, basada en el libro homónimo de Sylvia Nasar, candidata al Premio Pulitzer. Dirigida por Ron Howard, había ganado el Oscar y estaba basada en la vida del matemático John Forbes Nash, premio Nobel de economía en 1994, prodigio en matemática. John sufría de esquizofrenia paranoide. El rol interpretado por Russell Crowe sirvió para comparar al científico con Joao De Gouveia. Buen tema, pero Mildred prefería aprovechar el rato para hablar con Luisa, mujer inteligente, cáustica y discreta. Era evidente que poco se le escapaba de su entorno y que prefería escuchar a conversar. Mildred no quería perder esta oportunidad de acercamiento.

—Imagino que, como en todo, hay un mercado sin control —continuó Luisa—. El que utiliza Jotavé es el del Banco de Sangre a través de Jaime, que conoce muy bien el proceso como médico. Te confieso que a veces veo a Jotavé con su copa de vino y sospecho que es sangre. Los consumidores son exigentes. Deben serlo, pagan mucho dinero. Cuesta más que una buena champaña. La sangre de cada ser humano sabe distinta. Sus componentes se ven alterados por la dieta, la hidratación o el tipo sanguíneo. Digamos que «el cuerpo» del líquido varía. Y los gustos también. Hay quienes prefieren el sabor más metálico, por ejemplo. Todos esos detalles son clasificados según la solicitud de los clientes habituales. Algunos pagan por donantes específicos, aunque la regla formal es que la identidad se guarda en secreto. Es un proceso que se cumple de manera rutinaria. Nadie lo considera un ritual de brujería o una manía peligrosa. Es un gusto exótico de gente que tiene dinero para pagárselo. Tengo colegas que defienden a rabiar los beneficios de beber sangre para el tratamiento de algunos males como la epilepsia. No he visto base científica en este tema. En lo personal, creo que debería ser tratado sin pudor, pero pienso que nuestro obispo Andrés nos mataría —comentó Luisa con picardía—. En el submundo de internet hay comunidades entrelazadas a través de este placer. Un día me asomé por curiosidad y encontré de todo. A los vampiros que se sienten Drácula, a deportistas que consiguen una energía que ninguna otra bebida les garantiza y sin el peligro de un examen *antidumping*. Si me preguntan, creo que buscan fuerza y juventud. Y como te dije, en internet se ofrece también la sangre más apetecible, y para mí abominable, solo posible de alcanzar por los millonarios porque contiene el máximo de adrenalina. En el caso de Jotavé —dijo en voz muy baja al oído de Mildred— como consumidor sería un personaje inspirador para el escritor irlandés Bram Stoker.

Con su primer café, Mildred conversaba por Skype con su hijo Arturo, madrugador como ella. Era divino despertar al mismo tiempo y compartir el huso horario. Ella sufría los tres meses al año que él se iba a Europa, pero también sabía que eran los que él disfrutaba más. Los ojos de Mildred no cabían en la pantalla al detallar el descubrimiento de que Julio Valentín Rojas era consumidor habitual de sangre humana. Arturo estaba privado de la risa. Había corrido a ponerse salsa de tomate en la comisura de sus labios y a construir en su imaginación el modelo de urna en la que dormía. Agotados de la mofa, comenzaron a tocar temas serios.

—Madre, ¿seguir en ese grupo no se está haciendo peligroso para ti?

—No me parece. Para ellos soy inofensiva, tal vez un poco entrometida. Lo hago en el límite para nunca fastidiar y mantenerme del lado de la ternura. Me encargo de labores que a ellos se les hacen pesadas y que a mí me divierten. Hablo poco y jamás me enfrasco en discusiones, aunque eventualmente trato de hacer una acotación inteligente —nunca brillante para que no me teman—. Allí todos son traidores. En esos términos yo también lo soy porque discrepo de lo que hace la mayoría y estoy dispuesta a utilizar información en beneficio de lo que creo. Por eso tengo que

seguir. No solo porque se lo prometí a tu papá o porque me divierte. Además, estoy segura de que puedo poner mi granito de arena a favor de recuperar la libertad en Venezuela. Aquí vivo y aquí voy a seguir. Es mi manera de retribuir a esta tierra las cosas maravillosas que me ha dado. Comenzando por ustedes, mis hijos amados. En ese sentido, estoy tranquila porque están fuera del país, a salvo. Así que lo que queda es poner el hombro para tratar de evitar que la democracia siga por el despeñadero.

—Bueno, mi madre santa, no te emociones demasiado que ellos son gente mala. Tú misma me has dicho que están dispuestos a cualquier cosa por el poder. Mira a dónde va llegando Jaime. Mi amigo se ha transformado en un ser avaricioso sin límites.

—Del Consejo Nacional Electoral te quiero hablar. Tú conoces a la gente de la empresa «Predatos». Uno de los miembros del directorio fue amigo de tu papá. ¿Crees que puedo llamarlo para aportarle información que puede ser de utilidad?

—¡Por supuesto, madre!

—Le va a extrañar que yo maneje indicios privilegiados, pero no puedo decirle de dónde los obtuve. Estoy segura de que cuando vea la calidad de lo que tengo, va a utilizarlo para el bien.

—Aplaudo tu idea. Llámalo ya.

Alfonso Waid, director de «Predatos», parecía un niño en el cuerpo de un hombre. Necesitaba manos adicionales para las cosas que cargaba encima, carpetas, computadora, dos teléfonos. Adelina lo ayudó a repartir los equipos y papeles en la terraza. Era una tarde cálida propicia para una cerveza helada.

—Voy a irte contando hechos y decisiones que pueden formar parte de un plan del gobierno de Hugo Chávez en lo que podría significar una decisión de no entregar el poder por la vía electoral. Por cosas de la vida tengo acceso a fuentes privilegiadas que no te puedo revelar. Estoy segura de la veracidad de mucho de lo que te voy a decir. Si te es útil y precisas algún detalle adicional, me lo indicas para yo continuar indagando, ofreció Mildred con bolígrafo y papel en sus manos que, cual aventajada estudiante, fue relatando algunos eventos apoyándose en su libreta con notas.

El entorno de Chávez registró la visita en mayo de este 2003 de un famoso encuestador extranjero —recomendado por un amigo de Estados Unidos, muy bien pagado— que estuvo durante dos meses midiendo la situación política nacional. El personaje, palabras más palabras menos, le aseguró al presidente que, si se medía en un referéndum revocatorio, perdería. Fue contundente. La proporción era de 70 % en contra. Chávez en principio se resistió a aceptar esa conclusión, pero después decidió consultarlo con Fidel Castro, Julio Valentín Rojas y otros más. La decisión unánime fue la elaboración de un plan para ganar tiempo, bajo la premisa de que no podía evadir el referéndum que él mismo había ordenado incluir en la reforma constitucional. Como Chávez había sido reelegido en unas elecciones del 19 de agosto de 2000, era a partir del 20 de agosto cuando se podía solicitar el RR, al cumplirse la mitad de su período. El hombre clave para controlar el mecanismo del referéndum es Jaime Ramírez. Eso explica su ingreso al Consejo Nacional Electoral y que lo hayan puesto también a presidir la Junta Nacional Electoral.

Alfonso no perdía una sola palabra de lo que decía Mildred. Con gesto de agobio, apenas respiraba. ¡Ambos estaban tan claros de la situación política! Ellos desde la oposición sabían que la gigantesca fuerza de 2002 se había venido debilitando. La gente, agotada de marchar, comenzó a reducir su presencia en la calle y siguió el camino de la frustración con el fracaso del paro petrolero y los obstáculos para el revocatorio. Las primeras trabas buscaban impedir que

avanzara esta solicitud. Desde febrero la oposición arrancó con la recolección de firmas que fueron entregadas a la nueva directiva del CNE, que debutó cuestionando la validez con el argumento de que habían sido suscritas de manera extemporánea.

—Te voy a decir lo que va a suceder —anunció Mildred en su análisis—. El CNE fijará una nueva fecha para la recolección de firmas: la harán a final del año. Con seguridad, superaremos la cantidad requerida, estaremos por encima de los tres millones. Ellos no tomarán ninguna decisión en lo que queda de 2003. En todo este tiempo crearán reglamentos con más obstáculos. Habrá una regulación para revisar la caligrafía de los firmantes y eliminarán arbitrariamente planillas. El tiempo seguirá pasando. Para que no digan que no son tolerantes propondrán una mesa de negociación y nos darán la oportunidad de corregir «las planillas planas». La gente podrá ir a reparar firmando de nuevo. Y los meses seguirán pasando. En ese tiempo Hugo Chávez ejecutará un plan populista que le dará absoluta ventaja sobre el electorado. Bajo ese escenario es casi imposible que pierda el revocatorio.

—Puedes eliminar el casi —acotó con desaliento Alfonso—. Sobre esto te voy a agradecer que nos aportes la mayor información que te sea posible. La designación de la nueva directiva del CNE fue ilegal. La proporción quedó, por decirlo de alguna manera, 3 a 2 a favor del oficialismo. ¿Qué es lo más urgente para esta nueva mayoría de 3? Dos cosas —dijo alterado Alfonso—: el negocio, la plata, la corrupción, por un lado, y por el otro, amarrar el control de los votos. El fraude. Por lo tanto, es la muerte de la democracia. Para ello aprobaron un

sistema computarizado de votación. En ese sistema podría estar parte de la trampa. Que también podrá activarse a lo largo del proceso, desde el REP hasta el acto de escrutinio.

—¡Necesito seis meses más! —le gritó Chávez a Jaime sin aceptar respuesta. Estaban en el Palacio Presidencial y el nuevo rector del CNE había tomado la iniciativa de la política electoral desde antes de su juramentación. Jaime le había garantizado a Chávez que, con el control del sistema automatizado, el resultado favorable estaría blindado. Chávez insistía en que era imprescindible lograr más tiempo para cumplir con los objetivos de las misiones y otros movimientos con los que debían involucrarse distintas instituciones y que exigían importantes recursos.

Desde el golpe del 11 de abril de 2002, Chávez había comenzado a construir un sofisticado engranaje para garantizar su permanencia en el poder de manera indefinida. Para ello era preciso poner mano a los ingresos petroleros. El hombre seleccionado para esa misión fue Rafael Ramírez, entusiasta seguidor del presidente, delicado personaje del círculo íntimo de Roy Chaderton, amigo de los hermanos Jaime y Betty Ramírez.

Rafael servía champaña helada sacada de un cubo de plata. El y Jaime caminaban bordeando lo que funcionaba como una gran mesa de trabajo. Había papeles en desorden, dos *laptops*, bolígrafos, revistas, habanos y tragos.

—Lo lograste —levantó Rafael la copa de cristal con una inmensa sonrisa.

—Hay montón de trabajo pendiente. Podemos hacer muchas cosas —afirmó Jaime, quedándose un rato pegado en la vocal u.

—Podríamos hacer más, si yo alcanzara el control total de PDVSA.

—Para allá vas. Solo tienes que enfocarte en trabajar la psique de Chávez, manejar su ego y jamás llevarle la contraria. Puedes mostrarte culto sin excesos, evidenciar conocimiento del tema

revolucionario y ser sensible con la patria — enumeró Jaime, aleccionando a su amigo que con interés comenzó a tomar nota—. Cuidado con competir con él. Cuando hables de los pobres debes referirte a «los que no tienen voz». Usa citas, todas las que puedas. Al referirte al pueblo puedes mencionar al mexicano Mariano Anzuela con su libro *Los de abajo*, a Miguel Angel Asturias con *Los ojos enterrados* y a *Garabombo el Invisible* de Manuel Scorza. Puedes permitirte referencias de Arturo Uslar Pietri con *Las lanzas coloradas*.

—¿Y Chávez se ha leído esos libros?

—¡Por supuesto que no! Él solo se aprende los comentarios de algunos críticos o los textos en las solapas. Eso sí, tiene una excelente memoria.

—Me consta —asintió con la cabeza Rafael.

—Algo muy importante: nunca desvíes el tema de lo que él quiera hablar. Si plantea conversar de caballos, por ahí tendrás que seguir, o de mujeres, o de comida y así.

En el fondo del salón la gran pantalla de un televisor mostraba las imágenes del noticiero que informaba el nombramiento de la nueva directiva del CNE. Rafael tomó el control remoto y por unos minutos escucharon el reporte de la noticia. El ego de Jaime se sentía en el amplio espacio. No ocultaba su placer y tenía ganas de fanfarronear. «Podemos tomar el poder completo en este país», propuso Jaime mirando fijamente a Rafael. Volvieron a brindar.

—Poetas, canciones, ¿qué más es útil de mencionar? ¿Qué otros libros? Ya sé, *Los miserables* de Víctor Hugo. Eso es fácil. Sabes que el francés es lo mío.

—En cuanto a poesía, Pablo Neruda. De vez es cuando es bueno referirse a una canción de Víctor Jara. Jamás debe faltar Alí Primera.

Rafael seguía tomando nota divertido. A Jaime le entusiasmaba mostrar que conocía la psique de Chávez.

—Necesariamente debes recordar una acción heroica que cambia según las circunstancias. La fecha podría estar cerca de la batalla de Araure, de La Victoria, Sierra Maestra o el 4 de febrero.

—¡El 4 de febrero es de obligatoria mención! —aseguró entre risas Rafael.

—Mantón en tu cabeza, para cualquier caso, las voces de Simón Bolívar, Zamora, Eliécer Gaitán, Fidel Castro, el Che Guevara, Fabricio Qjeda.

—¡Y la de él mismo! ¡La del único! ¡El inigualable! ¡El gigante Hugo Chávez! —recitó Rafael con voz elevada y pomposa, abriendo sus largos brazos con gesto de emoción.

—Luego viene un discurso, continuó con su lección Jaime. El pueblo humilde, el hombre trabajador, el campesino, el del barrio o el del campo. Todos abandonados por el Imperio y la cuarta república. El joven o el viejo, el que nunca fue tomado en cuenta. Chávez les habla a ellos. Lo hace también en nombre de grandes líderes, de poetas, escritores, músicos populares, religiosos. Gente de trabajo, leal y pura.

—¡Asco! —interrumpió Rafael, para servir más champaña.

—Francamente, los pobres son un horror —bebió entre risas Jaime y continuó con su lección—. La revolución bolivariana. Sobre ella hay que recordar que cuando llegó, nuestro país estaba signado por la exclusión y la desigualdad. El comandante Chávez, que viene del corazón de nuestra patria humilde, formado en la Academia Militar bajo el pensamiento de Bolívar, es expresión genuina y honesta del pueblo. Por eso se convirtió en su voz. El gigante Chávez se dio cuenta de que los pueblos, tal como decía Neruda en aquel hermoso canto a Bolívar, despiertan cada cien años.

Jaime detuvo su discurso y se le quedó mirando a Rafael.

—¿Estas claro en lo que podemos hacer con este país?

—Muy claro. Los precios del petróleo van directo al cielo. Con la maquinaria de PDVSA en mis manos esos ingresos tendrán muy buen destino. Te aseguro que está garantizada la tranquilidad de Chávez.

—Y la nuestra —sentenció Jaime.

Mildred salió temprano a votar el día del referéndum, domingo 15 de agosto. Primero acudió con Adelina a la misa de las 11 de la mañana. Rezar con fuerza no le había resultado. Seguía pesimista. La cruzada para llegar a este evento había sido dura, difícil y el gobierno había logrado imponer sus condiciones con mucho dinero.

Desde el primer intento de activación del referéndum las nuevas autoridades designadas del CNE, entre ellos Jaime Ramírez, sembraron obstáculos para la recolección, procedimientos y validación. Nueve muertos más de 1200 heridos y más de 350 detenidos habían quedado en el camino. Surgieron las guarimbas, una idea innovadora que invitaba a protestar en la calle. Parecía sencilla y prometía ser eficaz: las protestas debían ser a las puertas de cada casa o edificio donde se vive. Era la manera de evadir la represión porque no hay tantos represores como viviendas de quienes ejecutan la protesta. Sin embargo, la arbitrariedad se extendió. Cada ciudadano se sintió dueño de las calles y en muchos casos el enfrentamiento era entre los mismos opositores que discrepaban de la acción. La iniciativa tuvo un final infeliz.

Miles de trabajadores fueron despedidos de sus puestos de trabajo. El gobierno asaltó el contenido de las firmas de quienes habían solicitado el revocatorio en lo que resultó la despreciable Lista Tascón. La persecución fue implacable para despedir de su trabajo a los firmantes.

La gente fue presionada directamente para que votara por el No (que era a favor de Chávez). Fue incomparable el despliegue publicitario del gobierno ante los recursos limitados de la oposición. Desde el CNE el ventajismo fue descarado. La manipulación del Registro Electoral Permanente, la imposición del uso de las captahuellas, la presión en los centros electorales. La oposición estaba en evidente desventaja en capacidad operativa.

El referéndum fue el colofón de meses en los que Chávez había invertido buena parte de los ingresos petroleros para aplicar populismo del duro. Con el cuento de la inclusión social, las misiones significaron un hábil instrumento de coerción y un sistema de control y sumisión para las clases sociales más necesitadas. Las misiones fueron gestionadas al margen de los ministerios sectoriales y con un mecanismo de financiación que evadía los controles en la Asamblea Nacional. El cálculo del gobierno, según los estudios que habían encargado, era que por lo menos la mitad de los beneficiarios de las misiones iría a votar.

Fue así como la distribución de alimentos comenzó a hacerse a través de Mercal, la atención sanitaria por medio de Barrio Adentro, los planes de alfabetización y la escolarización hasta sexto grado y en educación media por las misiones Robinson I y II y Misión Rivas. Con la Misión Sucre controlaban los cupos universitarios. Con la Misión Miranda, la organización de nuevas reservas militares y, con la Vuelvan Caras, el desarrollo de Cooperativas y núcleos de desarrollo endógeno.

Las misiones fueron la carta permanente del gobierno independientemente de que en el camino muchas de ellas terminaron en el pandillaje.

Mildred trató de sacudir su pesimismo. Era un día caluroso y había ido preparada con un sombrero para protegerse del sol. Adelina había llevado su paraguas.

El ánimo de ambas mejoró al ver largas colas en su centro de votación. El vigilante del edificio le comentó a Mildred que Jaime no había ido por el edificio. «Están armando una trampa». Ella no tenía la menor duda. Tenía suficiente información sobre lo que estaba planificado con «Smartrick».

Jaime se miraba al espejo haciendo morisquetas. Con cinco horas de sueño se daba por satisfecho después de un rato de sexo. Le agradaba escoger mujeres al azar. La de anoche salió buena, se dijo golpeando con suavidad sus cachetes poniendo la expresión de Macaulay Culkin como Kevin en *Mi pobre angelito*.

Había llegado el gran día. Presidente, el referéndum rechazó la posibilidad de que usted sea revocado, o mejor, presidente, ¡arrasó! Jaime ensayaba cómo informaría a Chávez del resultado que se conocería esa noche. Se fue vistiendo con placer, adelantando a través del teléfono algunas indicaciones.

El resultado oficial lo daría el presidente del CNE, pero era indiscutible que la participación de Jaime en este proceso había sido decisiva. Miró su Emporio Armani negro: 6:17 am. Iba a hacer un recorrido antes de acompañar a Chávez a votar. Muchos colegios y liceos públicos ya estaban recibiendo gente.

Llamó a su amigo Alvaro Medeiro.

—¡Eso está listo! Fue el saludo de Alvaro, el ambicioso joven tan competente para la computación. Tres años atrás, junto a un par de amigos, Augusto Acosta y Richard Perozo, habían registrado en Boca Ratón, Florida, dos marcas comerciales, «Smartrick» y «Pitza», con el objetivo de adentrarse en procesos electorales. El contrato con Venezuela, si salía bien, podía catapultar sus empresas en el universo del sistema computarizado de votación.

La burocracia para allanarle el camino a «Smartrick» acompañaba los ajustes para que la empresa pudiera encargarse de la realización del revocatorio. Atrás quedaría el acuerdo con la competidora española Indra, si todo salía bien. Se constituyó un consorcio con capital del Gobierno venezolano con el que quedó sellado el contrato con «Smartrick», seleccionada para encargarse de automatizar las votaciones. Los titulares de prensa anunciaron que «Smartrick» suministraría las máquinas de votación, «Pitza» el *software* que usarían las máquinas y la empresa del Gobierno venezolano CANTV facilitaría su red para la transmisión de data.

—Presidente, vamos a extender aún más el proceso de votación, informó Jaime. Era la segunda prórroga porque la primera había sido hasta las 8 de la noche. Para esta, no había plazo. Seguirían votando mientras hubiese gente en los centros.

—¿En ese tiempo no hay peligro de que acudan los escuálidos en lugar de los nuestros?

—Le aseguro, presidente, que esos centros que permanecerán abiertos están bajo nuestro control.

—Bueno, eso espero.

Jaime había perdido la cuenta de la cantidad de veces que Chávez lo había llamado. Con la extensión del proceso ganaban tiempo frente a algunos inconvenientes que había sufrido la gente de «Smartrick».

A las 4 de la madrugada se informó de los resultados. El No, a favor de la permanencia de Chávez en el poder, había logrado 58 %, frente al Sí opositor, que obtuvo 42 %. En total, habían votado 9 millones 815 mil 631 venezolanos.

Jaime y Jotavé pasaron semanas burlándose de la escena de Enrique Mendoza imposibilitado de hablar por un inoportuno malestar físico que obligó a la intervención de Henry Ramos Allup que sacó fuerzas para gritar fraude.

El país quedó alelado. Especialistas en materia electoral libraban batallas en los medios de comunicación con objeciones severas a los resultados. El país sufrió de nuevo el chaparrón de la derrota.

El Centro Cárter encabezó el reconocimiento de los resultados por parte de organismos internacionales.

Jaime avanzó en el rediseño de su próxima oficina como presidente del CNE.



# **SEGUNDA PARTE**

## VIII

Esa mañana Jaime se sentía fresco, despejado, había dormido bien —sus inductores del sueño funcionaban—. La nueva cocinera le preparó el desayuno a su gusto: arepas con harina sin gluten rellenas con jamón serrano y queso blanco rallado, jugo con naranjas frescas, fresas, piña y mango, plátano frito y café corto y negro. Escuchó un Étude de Chopin, aunque tenía ganas de Serrat. Estaba vestido coqueto. Le gustaba pensar desde la noche anterior lo que se pondría. Durante muchos años se dejó seleccionar la ropa por las mujeres que lo rodeaban. Su tía, su mamá, Inessa... Su hermana todavía lo hace... A él le da placer sentirse un hombre elegante, incluso cuando viste deportivo. Disfruta portar encima mucho dinero en ropa. No escatima tampoco en los zapatos, ni en los accesorios.

Su Bulova Stainless Steel le indicó que aún disponía de 13 minutos. Jaime se gozaba como un hombre puntual. La cita en casa de Julio Valentín era a las 11. Tenía tiempo para una llamada antes de entrar. Ajustó su grabador secreto. Nada de lo que conversaba a solas con Julio Valentín lo dejaba fuera de registro.

Después de un período de acritud entre ellos, signado por la conspiración de Jaime para sacar a su tutor de la Vicepresidencia, la relación debía ser reconstruida. Lobos de una misma manada se necesitaban para el ataque.

El primer portón se abrió antes de que Jaime se identificara. El condominio familiar de cuatro casas tenía un férreo —aunque discreto— sistema de seguridad. Jaime se dirigió al espacio de Jotavé y Juanita, el más recargado de todos, atiborrado de esculturas, tallas, pinturas, tapices, figuras de santos y otras no tanto. De nuevo la puerta cedió sin que él tocara un timbre. Lo recibió el rostro iluminado de Juanita.

Jaime sabía cuál sería el tema: la sobrevivencia de los dos. Ante la inminente muerte de Chávez debían recuperar sus áreas de poder. Juntos podían hacerlo, pero necesitaban un plan.

No parecía hacer falta el afecto mutuo que antes se expresaban. Julio Valentín tenía inventariado informes y comentarios que Jaime había puesto a rodar en su contra. Su pupilo tratando de superar al maestro. Aún no lo había logrado. A Jaime le había costado librarse del historial construido con tanta habilidad por Jotavé en el que se asumía como el protector de los hermanos Ramírez, hijos del mártir cuyo homenaje cada 25 de julio desde 1976 es presidido por Julio Valentín, para despecho de Jaime y Betty. Pero eso no tienen por qué saberlo los demás.

Desde niño, Jaime fue protegido por Julio Valentín, que lo observó muy bien. En su proceso de crecimiento constató sus ambiciones y palpó sus debilidades. Pronto entendió que al igual que para muchos, su familia es su vulnerabilidad. Por eso, Jotavé en su venganza disparó contra esa zona. Fue él quien tiempo después filtró a la prensa las cuentas de Inessa en Panamá.

La infancia de Jaime había transcurrido entre mujeres. Pielles suaves, sábanas limpias, comida caliente —y entregada directo a su boca—, canciones de despecho —desde rancheras hasta boleros—, senos y brazos amables que lo arrullaban al ritmo de una hamaca, poesía, perfumes, aliento fresco. Un orbe delicado que contrastaba con un efímero padre, macho e intrépido, que tenía por emoción de vida la clandestinidad política, que transitaba entre mazmorras y escondites oscuros, húmedos y sucios —nunca en su casa—, que poco o nada creía en la democracia y que manipulaba armas como instrumentos cotidianos. Los amigos de Jaime padre eran hoscos y desaliñados. Olían a pobreza y suciedad. Ninguno se interesaba por sus historietas ni por los carros que quería comprar cuando fuese mayor. Ellos discutían ideas raras. Con el ceño fruncido y la voz alta se enfrascaban en debates políticos que en nada se parecían a los cuentos de la tía.

Cuando su padre murió él apenas tenía diez años y su familia lo bendijo como el sucesor. El asesinato fue un escándalo y selló el pasaporte de su vida que lo relevó de amar. En su paso hacia la adultez se convirtió en muestra de laboratorio donde la hipótesis a comprobar es que la adversidad puede convertirse en una coartada para actuar con impunidad para el crimen.

La inscripción del anillo de Jaime como heredero dice: a mi padre lo asesinaron.

Los amigos de Jaime padre estaban advertidos del secuestro a un empresario. Conocían el plan de tomar como rehén al norteamericano William Frank Niehous, al que acusaban de ser de la CIA. Cuando detuvieron a Jaime padre, la policía tenía casi cinco meses buscando al industrial. En el delito estaba mucha gente de la izquierda. La Liga Socialista —el partido de Jaime— y la Organización de Revolucionarios, brazo armado de la Liga, Ruptura, PRV y Bandera Roja. Era el primer evento donde aparecía Jaime padre como figura, mientras muchos estaban en la clandestinidad. A la casa del empresario en Prados del Este llegó un grupo de hombres armados que se aprovecharon de unos confiados trabajadores que abrieron la puerta sin imaginar la pesadilla que les venía. El personal y la familia fueron adormecidos con éter y a él lo mantuvieron oculto durante tres años y cuatro meses. Solicitaron dinero y querían publicidad. La aspiración de rescate fue una novedad para muchos.

Hubo decenas de detenciones y uno de los compañeros lo señaló. A Jaime padre lo detuvieron en la parroquia Catia. Era la tercera vez que iba a prisión. En esta ocasión su cuerpo no resistió las torturas que le infligieron los miembros de la policía política. Un informe registró el crimen: desprendimiento del hígado, costillas fracturadas, quemaduras de cigarrillos. Su corazón se declaró vencido.

La tortura y el asesinato de seres inocentes han sido conocidos por Jaime estando en el poder. Bajo su ejercicio ha ocultado esos delitos y mentido sobre ellos para proteger a los culpables. En algunas ocasiones él ha propuesto métodos para hacer sufrir, para fracturar a adversarios políticos. Nada justifica haber matado y torturado a su padre, que sí estaba involucrado en el secuestro del industrial Niehous, pero Jaime ha tergiversado la verdad sobre el crimen de su papá ocultando que los responsables fueron procesados y sentenciados. Transcurridas más de cuatro décadas de ese delito, es Jaime quien ahora protege a otros criminales, es cómplice de torturas y aplaude la detención de inocentes que, si logran salir con vida, sufrirán consecuencias para siempre.

No tiene sentido evaluar a Jaime como un hombre al que lo impulsa el dolor o la venganza. La muerte de su padre es una coartada utilizada para manipular hechos, para simular sentimientos,

para levantar la bandera del odio.

Caos, confusión, jamaqueo y lágrimas. Palmadas en la espalda, te toca ser el hombre de la casa, Betty que se enferma, patria o muerte, venceremos, arréglate la camisa, mis pasos no llegan, los grandes andan muy rápido, Tierra de Nadie, ya vamos a llegar al Aula Magna de la Universidad Central de Venezuela, no olvides alzar la voz al decir el socialismo se conquista peleando. Mi cabeza da vueltas, la hoja arrugada en el bolsillo con el discurso pesa una barbaridad.

Casi tres mil pares de ojos lo miran en silencio. Es una sensación irrepetible. El auditorio de dos pisos le pareció gigantesco. Podía ver rostros que se le hacían familiares, suspendidos en uno de los balcones. Se mareó un poco fijando la mirada en los platillos de colores que flotaban cerca del techo. Eran las nubes del norteamericano Alexander Calder. Las 2.700 butacas alojaban a descuidados cuerpos que no valoraban que sus forros habían sido elaborados con lanas de ovejas chilenas y tejidos en Inglaterra con un cosido surcado. El murmullo lo acompañó, por suerte, ya caminando con lentitud. Había luces sobre su rostro cuando su madre apretó su mano más de lo debido y lo acompañó a subir las escaleras del aula magna. Lo detuvo frente a la urna que con el cuerpo de su padre adentro, los esperaba para su homenaje postumo.

Parecía de locos que le viniera a la cabeza una canción de salsa. Solía ocurrirle cuando estaba nervioso. Pensaba en música y su garganta lo hacía carraspear. En su mente cantaba Ismael Rivera: Dime por qué me abandonaste, no me atormentes amor, no me mates, ten compasión, dime por qué.

Un señor llamado Julio que fumaba mucho —como casi todos los amigos de papá— daba el derecho de palabra a personajes que hablaban emocionados. Eran muchos, coreaban consignas. Hasta parecían celebrar. Uno de los que pidió la palabra generó barullo. Le pregunté a mamá si no lo querían porque era tan blanco, tan rubio, tan distinto. Me susurró al oído, es albino, no dijo nada malo. Y se refirió a la amistad a pesar de las diferencias. La gente se calló y siguió el acto que se me hacía largo. Hasta que tocó sacar el papel arrugado.

Jaime con decisión soltó la mano de su madre. Venía el turno de leer el poema construido por la tía, por mamá, por los compañeros del partido, por él. Padre, hoy te marchas cuando nos haces más falta, en estas mis palabras está el rumor del pueblo, el de los desposeídos, de tus compañeros que siempre te recordaremos. Los que hoy te apartaron del camino no saben que cien caminos más se abrirán. Pedimos justicia y castigo.

Jaime le dijo adiós a papá para siempre. No creía en Dios, no esperaba encontrarlo en ninguna parte. Su padre se había marchado.

Había vivido su primer aplauso y vaya si le gustó. Gracias, padre, pensó. Me has hecho entender que yo quiero un camino muy distinto al tuyo. Julio Valentín lo miró con orgullo.

Quería atrapar la atención del alma y la voluntad de la conciencia. Hacia allá enrumbó su destino. Se perfiló para ser el hombre que da consejos, a quien la gente escucha, que llama la atención en los bares por sus comentarios ingeniosos. Quería ser psiquiatra.

Jaime padre había sido normalista y Betty madre, una trabajadora de la educación. Los beneficios de la democracia y avanzados acuerdos universitarios dieron el privilegio a los hermanos Ramírez de estudiar gratis en el colegio de los profesores de la UCV.

Cerca siempre estaba Jotavé. Enviaba emisarios a su cuidado, monitoreaba su aprendizaje, estimulaba su ingreso a la política. Jaime creció sin preocupaciones. Culpar a la clase política de

la democracia por lo hecho a su padre, le garantizó benevolencia. Y la izquierda, su ecosistema, lo llevó de la mano hasta la universidad. En política estaba enmantillado.

Temprano, en la escuela de Medicina, Jaime mostró interés por socializar con los estudiantes de colegios privados. Desdeñaba de los pobres. Prefería a los amigos con buenos recursos que lo invitaban a clubes privados, a fiestas con buena comida y con bebida garantizada, con la mejor música y espacios confortables. Con esos amigos decidió hacer militancia política. Nada quiso saber de los compañeros de la Liga Socialista o de otros grupos de izquierda que hacían vida en la universidad y que batallaban espacios en los centros de estudiantes de las diferentes escuelas. Jaime tomó distancia de ellos a pesar de que muchos habían sido apresados en actividades ordenadas por su padre o luego en las protestas posteriores a su asesinato. Jaime se vistió de estudiante correcto. Se disfrazó de «niño bien». Así ganó el centro de estudiantes de la escuela Luis Razetti de Medicina. Y la izquierda quedó con la boca abierta de la sorpresa. Por respeto y vergüenza ni siquiera lanzaron una plancha de la Liga Socialista que compitiera con él, hijo y homónimo de su líder y jefe político. En debates internos expresaban su confusión y concluían en la mala fe y falta de consideración de parte del chico que con tanto amor habían protegido. Se lamentaban del comportamiento del heredero.

Jaime se sumó a un nuevo movimiento político estudiantil, el grupo 80, de donde salieron muchos nombres de los que fueron ministros con Chávez. Cuando se plantearon quién sería el candidato a la Federación de Centros Universitarios, la fatalidad o la suerte alejaron a los aspirantes naturales. Le tocó a Jaime y ganó. Su nombre seguía pesando en la universidad más importante del país.

En la presidencia de la Federación, Jaime potenció su carisma y agudizó su avaricia. Su gestión la opacaron los rumores de tráfico de influencias en la OBE, Organización de Bienestar Estudiantil. En los pasillos de la UCV se insistía en que Jaime cobraba para jerarquizar los casos de quienes solicitaban ayuda. La OBE fue por muchos años una dependencia adscrita a la secretaría de la UCV, creada para organizar y administrar programas y servicios estudiantiles que proporcionaran ayuda económica a estudiantes y asistencia en atención a su salud.

Jaime, en líneas generales, cursó sus materias con buen rendimiento y tuvo diversidad de novias. Su aparente dulzura activaba sentimientos maternos, su memoria para la poesía agitaba el lado romántico, su conversación y buen baile garantizaban una noche divertida. Jaime tenía éxito con las mujeres con tendencia a emociones fuertes y debilidad por chicas conflictivas maltratadas. Ejemplo de esto podría ser la relación con Sonia Osuna, compañera en diferentes cargos públicos, que los amigos definen como un sadomasoquismo prolongado.

—¡Bruta!, ¡Incapaz! Haces esto de nuevo, ¡ya! —gritó Jaime años después, lanzando patadas al aire, arrastrando papeles, tumbando equipos desde el escritorio al piso, barriendo con su antebrazo documentos de trabajo.

Sonia, avergonzada, no pudo contener las lágrimas.

—¿Crees que esto lo vas a solucionar llorando? ¡El presidente quiere este informe para hoy mismo!

—Pero el presidente está de viaje —se atrevió a asomar Sonia.

—¡Cállate!

El murmullo corrió en las oficinas adjuntas del despacho de Sonia, rectora del CNE. Nadie quería estar cerca de un conflicto violento y menos colocarse en la visual de Jaime. El personal

sabía que la descarga podría venir contra ellos. Los pasos ligeros de alguna gente desapareciendo, no podían competir con el escándalo de Jaime Ramírez. Solo se quedó el personal de confianza de la jefa.

Sonia no habló más. Pasado un rato, el silencio comenzó a ser tan escandaloso como lo habían sido los gritos. Dolores, la secretaria, Jesús, el contador, la asistente Mercedes, Adriana, la señora de la limpieza, se comenzaron a preocupar.

La imaginación los llevó a pensar en un homicidio-suicidio. Nadie lo dijo, Ave María purísima.

—A cualquiera en su lugar le provocaría matarlo —murmuró Dolores, temblando.

—No me digas que estás pensando lo mismo que yo —susurró Mercedes, abrazada a unos libros inmensos como si fuesen un escudo protector.

—Esperando no vamos a hacer nada —dijo Jesús.

Adriana estrujó un trapo y se persignó.

Todos miraron el reloj de pared como si así pudiesen controlar las manecillas.

—Bueno —dijo Mercedes—. Yo tengo la llave de la oficina. Voy a entrar.

Todavía transcurrieron unos minutos antes de que se decidiera. Lo hizo como un asaltante. Los testigos enmudecieron con la escena.

Sonia sentada en su silla de trabajo volteada de medio perfil hacia la pared, estaba a medio vestir. Sus brazos hacia atrás, atados con cinta adhesiva, marcaban la tensión de su cuerpo. Su boca también estaba sellada. Sonia miraba el suelo. Jaime, al principio sorprendido, mantuvo su sonrisa sentado frente a ella con una regla de madera en la mano y sus pies sobre el escritorio.

Pasado un par de minutos, Jaime se levantó. Caminó hacia la puerta y volteó con aire de satisfacción. Miró a Sonia y le dijo antes de irse, en voz muy baja.

—Y el trabajo lo terminas esta noche.

Fue solo el principio de una noche excitante para Jaime. Esta vez había asumido el rol de sádico que convivía con su masoquismo. Jaime encuentra goce haciendo al otro sufrir, cuando lo fractura. El, en eso, es un maestro. Es un proceso que le sale solo, con naturalidad, no lo tiene que elaborar, no lo piensa. Es su forma de actuar.

Al salir de la oficina, Jaime se montó radiante en una de sus camionetas blindadas. Le ordenó al chofer que se dirigieran a La Lagunita, urbanización de adinerados al sureste de Caracas. Era la hora en que los cuerpos de distintas edades salían a hacer ejercicios en la ruta. Jaime disfrutaba el sexo casual. Y lo que más le divertía era seleccionar jóvenes que llamaran su atención. Jorge, su chofer, era enviado a entregar la propuesta. Abordaba los personajes, que casi siempre aceptaban.

Jaime hizo su posgrado de psiquiatría en el Hospital Universitario. Los pacientes que no le generaban curiosidad le causaban desagrado. Comenzó a escribir sobre el tema. Había subido un escalón en el ansiado reconocimiento intelectual al ganar el Concurso de Cuentos en el diario *El Nacional* y se sentía inspirado para narrar sus experiencias dentro de un hospital. Exponía las confesiones del diván, hacía públicos diagnósticos y llegaba a manifestar su ausencia de empatía con el dolor ajeno. Llegó hasta materializar en cuartillas, la fantasía de provocar la muerte de un paciente, como la mujer que tenía semanas agonizando y que él dejó a su suerte, sin asistencia para que terminara de morir. No entiendo cómo esa ballena sigue viva. Tiene días boqueando, con sus labios resecaos y su lengua de pergamino.

Recién graduado y casado, ansiaba tener hijos. En la ruta al matrimonio mantuvo una relación con Morella, compañera de estudios sencilla y buena. Los planes de Jaime cambiaron cuando Inessa apareció. Decidió que era la apropiada para su proyecto. Imposible no enamorarse de ella. Se trataba de una hembra espectacular. Parecía una yegua fresca, salvaje y hermosa. Y cuando Jaime conoció sus tormentos, cuando palpó su intensidad y constató su procedencia, su línea directa con la señas de identidad de la cultura que él tanto ansiaba, no dudó. Se apropió de ella sin importar que fuese su paciente.

Inmersos en el arrebató de amor, Inessa y Jaime se casaron. Fue una boda muy clase media en el hermoso Club Táchira. Ante la proximidad de la lluvia, su hermana Betty algo afectada ante el acontecimiento, se acercó a Jaime y le dijo al oído:

—Esto es un mal presagio.

Desde varios años atrás, Betty había convencido a su hermano de que entrara en el mundo de la brujería. Ambos ateos, comparten hechizos con charlatanes. Cuando pequeños, vecinos de Barquisimeto habían aconsejado algunos «trabajos» para aliviar el espíritu cargado de Betty, vulnerable a malas energías, a deseos oscuros que estaban alterando su cuerpo y que la hacían padecer de severos problemas respiratorios. Le diseñaron procedimientos de limpieza para sacudirle odios pasados. Al parecer el aliento de su padre estaba aún muy presente y los deseos de venganza la enfermaban, era el diagnóstico. De eso nunca se curó.

En una ocasión Jaime acompañó a su hermana a un pueblo de Yaracuy, cerca de la montaña de Sorte. Le prometió que, si le impresionaba lo que allí sucediera, él aceptaría sus consejos y acataría sus procedimientos. Su interés mayor estaba en visitar el lugar de la reina María Lionza. Alguna vez comentó que el rito, los sacrificios, lo habían embrujado. Convencido quedó.

—Esta boda ha sido protegida debidamente, Gori —mote de amor de él para ella—. Quédate tranquila.

Betty temía que Morella, la anterior novia de Jaime, hubiese hecho alguna brujería. Sabían que de ella buenos deseos no llegarían. Después de un noviazgo muy estable, Jaime y Morella se habían comprometido. Él la había alentado al matrimonio, la acompañó a reservar y pagar la casa de fiestas, conoció de los preparativos para el diseño de su traje y juntos hicieron la lista de invitados. Jaime la habría dejado plantada en la ceremonia, si un colega no le hubiese revelado la verdad, al comentarle que él tenía otra relación.

—¿No será un trabajo de brujería que te hizo Morella? —insistía Betty con una vela en la mano—, decisión que nadie entendía, amargándole aún más la noche a Jaime.

—¡Para ya, Gori! —Cerró Jaime con autoridad el capítulo.

—Jotavé, presidir esa Comisión del pasaje estudiantil me viene como anillo al dedo. Necesito más dinero. Ya tengo una familia que mantener. —Volvió Jaime con su llantén por el dinero, tema frecuente que a Julio Valentín le fastidiaba.

Jaime estaba impaciente por salir de zonas donde no podía codearse con la gente de nivel. Había vivido en un apartamento tipo estudio y después en un anexo donde casi nadie los podía visitar. Su vida social estaba limitada. En la primera oportunidad se acercaría al noreste, al cerro Avila. Quería que sus hijos estudiaran en colegios de ricos, sentarse en los lugares públicos al lado de rostros de la clase poderosa.

Se acercaba el último año del segundo gobierno de Rafael Caldera y en las universidades se habían generado fuertes protestas que exigían condiciones de ayuda en su transporte. Se hicieron

entonces reuniones en distintas universidades del país en las que participaron expresidentes de las federaciones de centros universitarios. Uno de ellos era Jaime Ramírez. La disposición de Caldera era crear una fórmula de ayuda a los estudiantes. La propuesta fue la creación de un ente público que, a través de una gerencia, se encargara de la administración de los recursos para ese objetivo.

En los debates previos se establecieron tarifas preferenciales para los estudiantes que cursaban en los diferentes niveles de educación: inicial, primaria, media general, media técnica universitaria y parasistema, en distintos horarios.

A través del Fondo de Transporte Urbano, organismo adscrito al Ministerio de Transporte y Comunicaciones, se hizo el proceso de planificación y se desarrollaron manuales de procedimientos. Cuando se aprobó la Comisión en gabinete en enero de 1998, Jaime ya la presidía y era empleado formal del gobierno de Caldera.

—Tú mismo estuviste a punto de complicar esa designación. Como no confías en mí —dijo Jotavé con algo de ironía— los padrinos que te buscaste fastidiaron innecesariamente al viejo Caldera. Sigues corriendo con la suerte de tener el nombre de tu padre.

Jaime trató de mostrarse indiferente ante el reclamo.

—Cada vez soy más *geek*. Fue un lanzamiento deliberado para cambiar de tema. —Al ver el rostro de desconcierto de Jotavé, sonrió y continuó—: Aprendo más de sistemas, de tecnología, de informática.

—¿Cómo vas a hacer con el posgrado? —terció Julio Valentín, volviendo a la conversación inicial. La pregunta era pertinente porque un posgrado tiene la exigencia del tiempo completo y al presidir la Comisión pasaba a ocupar un cargo directivo como funcionario público. Eso era incompatible desde el punto de vista legal. Y ético. A oídos de Jotavé había llegado el comentario de algunos miembros de la asociación de psiquiatría que estaban molestos.

—Tengo amigos colegas, uno de ellos tú lo conoces, el hermano del «mocho», él está atendiendo mis pacientes. Los profesores que se oponen a mi dualidad no son mayoría. No te preocupes, de verdad.

—Jotavé, ¿tú crees que Chávez tiene alguna posibilidad de ganar la Presidencia de la República? Yo sé que es amigo tuyo, pero a mí me parece muy peligroso que un militar golpista con alma de fascista tome el control del país.

—En la política hay que jugar en varios tableros, Jaime. Esta mañana desayuné con el procer de Acción Democrática, Luis Alfaro Uceró. Y mañana lo haré con la última sensación de nuestra política venezolana farandulera, la flamante alcaldesa de Chacao, ex-Miss Universo, Irene Sáez.

El estilo de Jotavé de apostar a varios escenarios acababa de desplegarlo en su columna en el diario *El Universal*, donde escribió: «Observo que existe un cuadro electoral donde resaltan fórmulas independientes como Irene Sáez y Hugo Chávez. No quiero decir con esto que ellos serán los ganadores de las elecciones del 98. Solo señalo la tendencia. De igual modo registro una evidente consolidación de AD como alternativa partidista. Es evidente que Alfaro le ha dado un excelente manejo a los problemas internos y a la línea adoptada frente al gobierno de Caldera».

—Prefiero a Irene —aseveró Jaime sin pensarlo.

—Ya veremos. Ya veremos —repitió Jotavé, poniéndose de pie.



## IX

Mildred recibió la convocatoria para el encuentro de la cofradía. Le había divertido que, en esta ocasión ante la ausencia del frutero por enfermedad, Juanita había enviado a su asistente disfrazado de cura. Sonrió con el asunto porque el traje le quedaba grande al muchacho. La reunión sería en casa de Horacio Ardiles, en Sebucán. Un personaje, el Horacio. Piloto de aviones y amante de las competencias de autos, su colección de carros ha de ser una de las de más valor en Venezuela. Él y Jaime habían hecho buenas migas a través de esta pasión. Viajaban juntos a competencias de Fórmula 1. Sentarse al lado de monarcas y millonarios, remarcaba el complejo de Jaime que lo llevaba a gastar mucho dinero. En Monaco perdió 200 mil euros y lo comentaba como un chiste, para pesar de Julio Valentín que insistía en manejar con discreción la riqueza, aun en los escenarios de mayor confianza, como la cofradía, de donde nunca nada se había filtrado transcurridos más de diez años, gustaba de remachar Jotavé.

Al principio Mildred tuvo curiosidad por la presencia de Horacio en el grupo. Ella no conseguía el vínculo con el resto de los miembros de la cofradía, aparte de su cercanía con Jotavé. Horacio, abogado, comerciante de piedras preciosas y vendedor de armas, es un mujeriego y aventurero desfachatado. Tiene *hobbies* que exigen mucho dinero. Él suele clasificarse como heredero de una fortuna. Es estrambótico, contrario a su esposa, de quien finalmente se divorció. Luisa De la Rosa es distinguida y discreta, reconocida cirujana plástica que ha operado a muchas mujeres y otros tantos hombres. Luego de su separación, trasmutó en activista de Organizaciones No Gubernamentales, lo que la deslizó más hacia el sector opositor político. Para nadie de la cofradía eso fue un problema. Horacio y Luisa mantienen entre sí excelentes relaciones.

Reynaldo le explicó a Mildred el vínculo entre Horacio y Jotavé. La relación se remitía a unos veinte años atrás o más, cuando Horacio comenzó a ejercer el derecho. El ejercicio en tribunales, que no parecía tomarse en serio, lo llevaba en paralelo al de comerciante millonario. Su oscura actividad terminó en una sociedad mañosa con mucho poder en el chavismo llamada la banda de los enanos. Decenas de delitos fueron asociados con ese grupo de abogados del que Horacio tomó prudente distancia —sin separarse— después del asesinato del fiscal Danilo Anderson. Por un tiempo se dedicó a viajar y concretar otros negocios, uno de ellos en el comercio de las armas.

Horacio había logrado hacer amistad con militares y perros de la guerra. La diferencia de edad no impidió que se enlazara en una sólida amistad con Jotavé, que se extendió con los años. Julio Valentín lo incluyó en la cofradía y Horacio le sacó provecho. En su avión se montaban con frecuencia altos funcionarios del gobierno. La información que manejaba, en apariencia inofensiva y anecdótica, resultaba muy útil para el análisis. Jotavé también valoraba la asesoría financiera de

Horacio.

—Horacio le maneja el dinero a Jotavé. Son socios en la venta de armas. ¡Tú sabes lo que se dice de la nuera!, le recordó Reynaldo a Mildred, consciente de que era un tema que le molestaba.

—Eso es un escándalo —comentó Mildred cayendo en la trampa.

A las manos de políticos y periodistas habían llegado tiempo atrás informes de inteligencia que demostraban cómo Lourdes Lara —la esposa en ese momento del hijo de Julio Valentín, a quien llamaban papi-papi— había sido proveedora de la Fuerza Armada. Su empresa logró contratar con el ministerio de la Defensa, la Comandancia del Ejército y la Guardia Nacional. Lourdes se había asociado con una famosa comerciante de armas, Gardenia Martínez. De vender prendas de vestir a los militares, Lourdes había pasado a mayores. A esa sociedad llegó después que Jotavé presionó a Gardenia al denunciarla en su programa de televisión. Era el *modus operandi* de siempre, con el que Juanita se encargaba de atender la solicitud de réplica de la que solía obtener un regalo. Del encuentro con Gardenia, Juanita salió con un Mercedes Benz de lujo e importantes cantidades en efectivo. Después, las denuncias de Jotavé contra Gardenia se fueron apagando.

La nuera operaba para obtener información privilegiada de contratos de armas y equipos. La capacidad de seducción de Lourdes Lara fue legendaria y poco discreta. Llegaba al Fuerte militar con un abrigo de visón y enormes tacones. Nada abajo, solo perfume.

Reynaldo no podía evitar sonreír cuando repetía esos cuentos. Mildred se irritaba y su esposo replicaba que con quien debía enfurecerse era con el mismo Jotavé, el jefe de esa operación. En medio de esos escándalos, Julio Valentín había arrancado con una publicación confidencial donde planteaba el tema militar. Así fue haciendo nuevos amigos en la Fuerza Armada, entre ellos un piloto y comerciante de armas, el coronel retirado de la aviación Oswaldo Córdova. Sobre él la prensa revelaba una estafa millonaria en la repotenciación de unos aviones en Singapur. Jotavé lo denunció hasta que Juanita recibió un anillo de diamantes valorado en 100 mil dólares. Horacio se había ofrecido para presentarlos y discutir temas de interés como la negociación de los radares, la adquisición de varios aviones caza, la compra de fusiles 5,56, siempre denunciados por Jotavé.

No importaba con qué país Venezuela hacía el negocio de adquisición de armas y equipos, Horacio se las ingeniaba para ser el enlace con los representantes de las empresas. Otro de ellos, de nombre Oscar Martínez, también terminó en los salones de la casa de Jotavé. La fórmula era casi descarada o el crimen perfecto. A Oscar Martínez lo denunció como dueño de una compañía que vendía equipos de electrónica de la Marina. Ante esa acusación, el gobierno suspendió el contrato para averiguaciones. Poco después Jotavé y el vendedor de armas aparecían juntos en una celebración. Tan estrecha se hizo esa amistad que se hicieron socios en un Bingo ubicado en Las Mercedes, en Caracas.

—Tal vez a Jotavé la moral se le perdió con el accidente donde casi muere, susurró Mildred con condescendencia.

—El siempre fue malo, no le busques excusas. Es un inconsecuente que ha traicionado a los suyos —sentenció Reynaldo.

A Jotavé sus amigos no le fallaron cuando en octubre de 1989 se golpeó la cabeza con la puerta de su vehículo y tuvo que ser operado de emergencia. La lesión neurológica lo llevó a una primera operación de donde salió muy complicado a partir de la administración de un anticoagulante. Para la segunda intervención, Juanita exigió la presencia de un médico cubano. El

presidente Carlos Andrés Pérez ordenó que Julio Valentín fuese llevado del Centro Médico a una *suite* del Hospital Militar, hasta que los médicos lo autorizaron a viajar a La Habana, adonde voló en un avión oficial. A Juanita se le había metido en la cabeza que los judíos que trabajaban en Clínicas Caracas le habían dejado a Jotavé algo en la cabeza y querían matarlo.

Juanita reverenció a su marido en ese difícil proceso. Se entregó a sus cuidados durante meses en los que Jotavé estaba impedido de hablar y caminar. Ella, acostumbrada a ser la niña consentida de papi, lo llevó a él a depender de sus cuidados, de la vigilia y su rigor. Ella comentaba que, en su relación, después de comportarse por tantos años como hija, le había tocado encarnar el rol de madre. Pocos podían visitar a Jotavé. Más nadie le podía dar la comida en su boca. Ella se encargaba de bañarlo, perfumarlo. Le leía, lo arrullaba, le bailaba. Si antes Juanita mandaba, ahora tomaría el control para siempre.

En estos eventos, se hizo inocultable la estrecha relación entre Carlos Andrés Pérez y Jotavé. El presidente iba un día de por medio a visitarlo. La historia mostraría cómo respondió ante eso Julio Valentín, cuando conspiró contra él con militares —una vía ilegal antidemocrática— para tumbarlo, y utilizando también información privilegiada obtenida en su despacho para urdir con políticos de su partido y otros personajes, el proceso que llevó a su juicio y posterior renuncia.

Mildred sabía que la convocatoria tenía que ver con el crimen de Danilo Anderson, fiscal que acababan de asesinar con una bomba que explotó en su vehículo cuando iba manejando. El rumor de la calle involucraba a Julio Valentín Rojas.

La sociedad venezolana cree que Jotavé es capaz de hacer cualquier cosa.

Ocho años antes, en 1996, un suceso marcó a la familia Rojas. Javier Tortosa, esposo de Gabriela, hija de Jotavé y Juanita, fue asesinado. A su lado estaban Gabriela y su pequeño hijo de 3 años. Fue una mañana fatídica, en la que él había decidido acompañar a su esposa hasta el jardín de infancia del bebé. En la hora de dejar a los niños en el colegio a plena luz del día, un individuo se bajó de un carro y apuntó su 9 mm a la cabeza del abogado. El asesino huyó junto a un cómplice que manejaba el vehículo.

Apenas pocas horas después, Julio Valentín disparó de otra manera al acusar de autoría intelectual del sicariato a Rafael Alcántara, un empresario a quien habían señalado de narcolavado tres años atrás, sin consecuencias jurídicas.

El país se vio desconcertado ante esa acusación, que se sostenía en pura especulación con el cuerpo aún tibio de su yerno. Jotavé no se detuvo. Se refirió a diferencias entre Alcántara y Tortosa por cobro de honorarios y activó la presión de la opinión pública.

Se conocía que Jotavé no apreciaba a su yerno. Lamentaba que hiciera infeliz a su hija. Lo describía como jugador empedernido y apostador. El interés de Julio Valentín en el caso levantó sospechas. Fue evidente su decisión de orientar las investigaciones hacia su hipótesis y para eso manejaba su poder y dirigía sus esfuerzos.

La muerte de los presuntos autores materiales ventiló la existencia de una mafia que había sido defendida por la pareja Tortosa-Rojas. La identificación de otros responsables enfureció a Julio Valentín, quien arremetió contra los cuerpos policiales. Así logró la expulsión del director del cuerpo de investigación policial, a quien persiguió hasta obligarlo a huir a Colombia.

Después de tres años se determinó que se había tratado de un crimen por venganza, por pago de honorarios y se identificó a un español mafioso como el autor intelectual. Para Alcántara ya era tarde esa justicia. Quedó arruinado.

A Jotavé le gustaba verla desfilar con sus caderas voluminosas atravesándose en el foco de su mirada. Juanita estaba vieja y él seguía viéndola desbordante de sensualidad. Era una puta felina y exagerada. Su todavía frondosa melena le cubría los hombros desnudos en el jaleo de arreglarse el vestido para acudir a casa de Horacio. A ese lugar le gustaba ir. De allí Juanita nunca salía con las manos vacías. Se paseaba por los varios niveles —había la confianza para hacerlo— preguntando por nuevos cuadros, movimientos de mesas, cambio de alfombras. Tenían buen gusto estos ricos. La residencia, muy cercana a la histórica Macondo, la de Miguel Otero Silva, parecía adentrarse al pie del Avila. Estar allí a las 6 de la tarde era un espectáculo cuando las aves circulaban buscando lugar.

Juanita se había servido una copa de champaña mientras se maquillaba y Julio paladeaba un té de menta y jazmín con placidez. Casi no bebía licor después de la lesión neurológica. Las limitaciones más bien eran mentales. Los aviones no le gustaban. Para ahorrarse explicaciones argumentaba que el médico le tenía prohibido ese tipo de viajes que lo encerraban en un sistema presurizado.

Ninguno manejaba. Un chofer de confianza lo hacía. Esa misma semana habían asesinado al fiscal Danilo Anderson y tomarían doble precaución. Se trataba de un menudo, avaricioso y extraño personaje salido de las bandas delictivas que operaban en los tribunales del país. De fiscal ambiental se había movido convenientemente al área penal, con casos sonados que le hicieron ganarse la confianza de Chávez. Con ese apoyo, metió su nariz en el sector financiero. Muchos banqueros fueron amenazados y extorsionados. Durante varios días el gobierno para sacar provecho político a esa muerte decidió extender el velorio y los respectivos honores que elevaron a un altar a quien los reportes periodísticos fueron mostrando como pillo.

Marisela, hermana de Danilo, metió el dedo en la llaga al asegurar que el responsable del crimen estaba entre quienes habían cargado el ataúd. Un día después despejó la incógnita: «Si me consigo de frente a Julio Valentín Rojas le digo asesino. El es el autor intelectual del homicidio de mi hermano».

Enemigos de Jotavé se sumaron a ese señalamiento explicando que la razón que lo habría impulsado a tomar tan extrema decisión sería la presión de sus socios en algunos negocios, cansados de pagarle continuas y grandes cantidades de dinero a Danilo. Según policías colaboradores de la CIA, Jotavé citó veintidós veces a Danilo en su despacho para exhortarlo a que cesara la extorsión a sus amigos financieros.

Juanita estaba nerviosa. Sabía que era muy difícil para Jotavé liberarse del escrutinio por ese asesinato. Anderson había fallecido al estallar un artefacto explosivo C4, que había sido colocado bajo el asiento del conductor. La bomba fue activada a través de un celular. Apenas se conoció del suceso, los oficialistas se encargaron de señalar como sospechosos a los cuatrocientos firmantes de la autoproclamación de Pedro Carmona Estanga. Las detenciones inmediatas fueron dirigidas a perseguir adversarios políticos y empresarios incómodos. Esos procesos fueron cancelados, manteniéndose efectiva la prisión para tres hermanos de apellido Guevara expolicías que aún insisten en su inocencia.

—Tranquilízate, querida, lo de Danilo no tendrá mayores consecuencias.

—¿Cómo no me voy a angustiar, Jotavé, si con este gobierno nunca se sabe a quién deciden matar, o despedir o acusar de asesinato?

—A mí no me van a tocar. Soy el vicepresidente de la república y Chávez no va a permitir que

nadie toque al civil que lo ha reflatado y que más apoyo le ha dado después del golpe del 11 de abril.

—Jotavé, ¿tú tuviste algo que ver con esto? —preguntó Juanita temiendo una respuesta.

Julio Valentín sonrió relajado, sin dejar de ver el periódico que tenía en sus manos, meciendo suavemente la mecedora.

—Mira las vainas de Chávez —comentó Jotavé a Juanita—. Es un mentiroso telenoveler. Déjame leerte lo que dijo: «Un día vi a Danilo dando unas declaraciones, señalando a gente de poder y pensé: la vida de este muchacho está en peligro. Entonces vi a Danilo y sentí con ese instinto que uno va desarrollando en los años que uno tiene en esto, donde a veces un detalle es decisivo: Lo van a matar. Y les juro que mandé por él, pero tenía que irme, no sé adonde iba. Llámenme a Danilo, exigí. Me tuve que marchar de viaje. Y después... ¿y Danilo? No, que no aparece, que no responde. ¡Ubíquenlo! Danilo ¡pum! Me llaman. Presidente, mataron a Danilo. Se nos fue Danilo».

La carcajada de Juanita fue estruendosa.

—Jotavé, lo lograste, me has relajado con el tema. Chávez es el propio cuentero. ¿Quién le va a creer eso?

—Un gentío, mi amor. A ese loco le cree un gentío.

—Vámonos. Ya es tarde.

Aun cuando Luisa ya no vivía allí —en el divorcio, Horacio le había comprado un penthouse en La Castellana—, cuando se reunían en Sebuacán ella fungía de anfitriona. El había instalado a su nueva familia en Nueva York y esa casa la había dejado de veraneo para compartir con sus hijos cuando estaba en Venezuela.

El último en llegar fue Jaime. Se mostraba ajetreado, incluso extrañamente desarreglado.

—¿Alguna novedad? —preguntó Jotavé.

—En el CNE no, por el momento. ¿Y para qué más? Desde que pisé el organismo electoral no ha cesado la corredera.

—Pero ganaste —le interrumpió Mildred—, no te puedes quejar.

—Lo mismo iba a decir —se sumó el comandante Francisco Arias Cárdenas.

Ambos se referían al resultado del referéndum que se había efectuado hacía dos meses y que culminó con la ratificación en la presidencia de Hugo Chávez. Hacerlo había sido un calvario construido en buena parte por Jaime con la finalidad de desalentar a los votantes opositores, golpear la credibilidad de su liderazgo y darle empuje al gobierno, que en ejercicio del populismo había comenzado la aplicación de las misiones sociales que fueron un encantamiento para la población.

—Pero es que en este país nada se puede planificar. Uno proyecta el futuro y hay un ancla que te quiere hundir que te impide progresar. Todo es una rosca, una macolla, un ¿cuánto hay pa' eso? Me cuesta mucho lidiar con tanta mediocridad. Estoy pidiendo un presupuesto para unas reformas en mi oficina y lo que me llega es como si fuese a construir un edificio.

A pesar de su quejadera, Jaime se fue mostrando exultante. Parecía venir de una cita femenina. Sonrojado, tomó dos copas de champaña a gran velocidad.

—¿Querido, tienes problemas con la tensión?

—Un poco, pero lo tengo controlado. Gracias, Mildred, tú siempre tan pendiente.

—Lo que debes controlar son las emociones fuertes —le sugirió Luisa con ironía, quien también había pillado su sobreexcitación.

Monseñor solicitó de primero la palabra.

—Este crimen del fiscal me parece muy mala señal. Es un atentado con explosivos que en nuestra sociedad no es común. Temo que la violencia como sistema de vida haya penetrado más en nuestra gente de lo que habíamos pensado. ¡No puede ser de otra manera cuando es el presidente de la república el primero que transmite violencia, descalifica constantemente al adversario, aplasta al derrotado y humilla al desvalido! Insisto, no me gusta nada. Te lo advierto a ti, Julio Valentín, con quien por años he compartido esta iniciativa, tratando de sacar algo positivo de nuestros encuentros, procurando que Dios nos ilumine. Ustedes saben que yo he sido amigo del presidente, pero es inútil, Chávez no oye. Al menos a mí no. Cada vez es más difícil comunicarse con él.

—Estoy de acuerdo contigo, monseñor. La comunicación con Chávez ha venido siendo un problema. Yo entiendo su confianza en Fidel y lo importante que ha sido en la estrategia. De hecho, quien hizo el diseño de las misiones ejecutadas y que nos han llevado a retener la presidencia, fue Fidel Castro Ruz. Pero los cubanos dificultan las cosas.

Jaime interrumpió para volver a su cantaleta contra la burocracia, pero Julio Valentín no se lo permitió. Increíble, la reunión debatía sobre un asesinato que involucraba a su protector Jotavé y él de manera egoísta e insensata pretendía ser el centro de la conversación. Se mostraba tan diferente... ¿Con quién habrá estado? Mildred no podía dejar de observarlo. Algo lo hacía comportarse más cerca del Jaime verdadero, sin poses. El que estaba frente a sus ojos era un personaje sobrado, descortés, con ínfulas de poder, que olía a dinero, vulgar y prepotente. Un narciso. Eso era lo que veía, a un narciso. También a alguien con poca empatía hacia los demás. Podía parecer desproporcionada, pero lo sintió peligroso. Había sido innecesaria su descripción de la burocracia, victimizándose frente a un equipo de amigos que lo conocía muy bien y que tenía larga experiencia en el servicio público. Pero lo que le hacía más ruido, era su desprecio hacia los demás. Se expresaba cargado de soberbia con derecho a todo, tanto, que hubo un brevísimo instante —por fortuna, solo Mildred lo notó— en el que trató de seducir con agresividad a Luisa.

—Jotavé se dirigió a Jaime con un dejo de severidad.

—Yo había jurado que jamás aceptaría un cargo en cualquier gobierno porque me había declarado militante del antipoder. Entre Juanita y unos cuantos amigos de mis mejores afectos —su esposa enseguida le tomó la mano— me convencieron de que aceptara la propuesta de Hugo Rafael. Jamás imaginé ir a la Cancillería. ¡Si hasta le tengo miedo a los aviones! Ustedes saben que siempre he preferido despachar desde mi casa. Pero hay momentos en que el deber llama y hay que comportarse a la altura de las circunstancias.

—Añoras los encuentros para tomar champaña a las seis de la tarde con la «izquierda caviar», cuando los banqueros compartían tomando con los socialistas —comentó Jaime irónico.

—¡Ay! Yo añoro esos tiempos —soltó Juanita tratando de bajar la tensión.

A Luisa le pareció jocosa su acotación.

—En serio —insistió Juanita—. En la primera etapa del gobierno, cuando estábamos en cancillería, había mucha ilusión. Todos eran como más puros.

—A ti te decían primera dama —acotó Luisa.

—Y así me comporté. El presidente estaba recién separado y necesitaba apoyo en algunas actividades diplomáticas.

—Además había dinero —recordó Raiza.

—Y Chávez no había arremetido contra los medios de comunicación — agregó monseñor.

—Lástima Juanita —dijo Mildred con su tono de abuelita—, que no tuviste tiempo allí para desarrollar tu alma de artista. Revivir esa época de la Galería Bronce en Sabana Grande, donde se renovó la rebeldía para una generación... Sé que te quedaron maravillosos los desfiles que montaste con diseñadores venezolanos. Eso fue de otro nivel... faltó tiempo. La Vicepresidencia es otra cosa, ¿cierto?

—Totalmente.

—Jotavé —intervino Jaime recuperando su control— se anuncian campañas en tu contra con el caso de Danilo Anderson. Lo que me parece que complica cualquier respuesta —que estoy seguro tú no darás— es que la principal denunciante sea la propia hermana del fallecido al que todos estamos convirtiendo en héroe, así haya sido el mayor de los villanos. Poco faltó que llamaran a monseñor, dijo viendo a Andrés Urbina, para que le hiciera una misa en la catedral. —Hubo un breve silencio y Jaime trató de corregir rápido su pesado comentario—. Monseñor, yo sé que usted no habría ido.

—Por supuesto que no —respondió Andrés secamente. Le fastidiaba esa actitud de perdonavidas de los chavistas, que creían que solo por estar cerca del presidente tenían la potestad de controlar las voluntades.

—Yo creo que hay mucho juego posible en este caso, aseguró en tono de patriarca Julio Valentín. En primer lugar, son cuatrocientos los que estaban en la lista de investigados de Danilo Anderson. El muchacho era un verdadero desastre. La familia, en el mejor estilo de él, tiene poco nivel y su interés es el dinero. Eso los divide. Habrá quien reciba plata del gobierno para llorar y defender a Danilo y estarán los proclives al discurso y favores de la oposición. Así que eso no me preocupa. Me dicen que policialmente hay muchos elementos que sirven para culpar a los responsables o inculpar a quienes el gobierno decida. Siempre procurando la verdad —detuvo sus ojos con respeto al mirar a monseñor—. Tengo el presentimiento de que habrá sorpresas. De algo tendrá que servir el fiscal Isaías Rodríguez, porque hasta ahora ese hombre me parece bastante inútil.

—A mí también —expiró Mildred.

—Y mal poeta el personaje —agregó Raiza.

Mirando a Mildred, Jaime le anunció: «Esta misma semana voy a acercarme a tu casa. Quiero hacer un ensayo contigo y tus amigas ricas. Voy a pedirte que ruedes un mensaje. Estoy ofreciéndome para ayudar al presidente con campañas dirigidas. Básicamente, se trata de lanzar rumores para crear la tendencia que nos interesa».

—Interesante, aunque eso no es parte de tu responsabilidad. Ten cuidado con los enemigos que te creas —le advirtió Jotavé.

Mildred vio con claridad lanzas de lado y lado.

## X

Betty es Gori, su hermano Jaime es Yuyu. Asociaciones fonéticas entre ellos repetidas desde niños cuando aún su lengua estaba enredada. Ambos son hijos de los mismos padres. Su cadena de ADN posee información almacenada con instrucciones genéticas que les garantizan satisfacer su codicia y ambición de poder. La venganza como *leitmotiv* intenta disfrazar su impúdico amor por el dinero. Los hermanos sin límites podrían escandalizar a la sociedad para divertirse. Jaime quiere ser presidente de la república y Gori trabaja para que lo logre. Y si él no puede, ella lo intentará.

Betty y Jaime no recuerdan a su padre con afecto. En el caso de Betty, el desprendimiento es aún mayor. Nunca vivió con él. Jaime padre era un cometa, una figura que aparecía y desaparecía en la clandestinidad. Betty lo culpa de los inicios de su mal pulmonar cuando teniendo dos años su madre la llevó a visitarlo en prisión y en el calabozo del Servicio de Inteligencia de las Fuerzas Armadas explotó una bomba lacrimógena. La niña se asfixió. La llevaron al hospital, le detectaron que sufría de asma. Desde entonces, la elevada y prolongada administración de cortisona va dejando huellas en su cuerpo. En París un médico de origen chino le vaticinó que moriría joven. A ella le divierte burlar la profecía aun cuando se enferma con frecuencia: gripe, dolores en una pierna, vista débil, alteración de la tiroides y mal funcionamiento del sistema digestivo. Betty ahora tiene resistencia a la insulina y mayor propensión a sufrir infecciones. Debe estar atenta con la osteoporosis y a su peligrosa tendencia a la ansiedad y la depresión... no pudo tener hijos. Sufre de obsesiones; una de ellas, mejorar su apariencia física. Cuida su peso, ha sometido su cuerpo a diversas operaciones estéticas —senos, nariz, boca, dientes, mandíbula, nalgas, liposucción— y gasta muchísimo dinero en caprichos de ropa y accesorios. Colecciona lentes.

El padre volvió a ser mencionado en casa como parte de la moda que impuso Chávez al llegar al poder. La izquierda regresó a los programas de opinión y a los salones de fiesta. Venía bien tener un héroe muerto en torturas. La gente olvidó que hijos y viuda nunca más habían asistido a las ceremonias que recordaban la muerte de Jaime Ramírez. Discreto silencio ante esa ausencia guardó Julio Valentín Rojas, quien presidía esos homenajes sacándoles provecho para venderse como defensor de los derechos humanos.

—¿Viste el *dossier* que te envié? —Betty repetía con insistencia la pregunta en los teléfonos de Jaime. Lo hizo hasta llenar los buzones de las grabadoras. Ella se fue desesperando ante su silencio. Necesitaba conocer su reacción al expediente que le había mandado con fotos y videos que ponían un petardo en el matrimonio de su hermano.

El plan había sido urdido por Betty desde hacía siete meses y lo construyó sobre pruebas falsas y testimonios pagados. El viaje de su cuñada con unas amigas a Aruba, Betty lo convirtió en



la fachada de un *affair* con uno de sus escoltas. El montaje de la traición fue tejido con la perversión con la que los hermanos Ramírez tratan a sus adversarios políticos. Solo que la víctima fue Inessa y Jaime cayó.

—Sí —respondió finalmente él con sequedad. No tenía fuerza para debatir lo que se siente ser cornudo. En su relación con Inessa la infidelidad no era para espantarse, pero hacerlo con personal de servicio, le parecía un descaro innecesario.

—No tiene sentido que sigas casado con Inessa. Ya ella no nos sirve. Mientras más pronto te separes, más rápido encontraremos a la mujer apropiada para restablecer tu vida sin interferencias.

—Hablamos después —ya Jaime estaba impaciente. Conocía a su hermana cuando se aferraba a un tema.

—¿Qué vas a hacer? Tienes que confrontarla.

—¡Coño, detente ya, Gori! ¡Por alguna vez déjame procesar mis decisiones en la vida! ¿Acaso yo te ando preguntando por cada uno de esos bichos a los que tú les pagas por sexo? ¿No te das cuenta de que te están chuleando?

—¡Deja, Jaime, que no estamos hablando de mí!

Había una consecuencia cuando los hermanos peleaban, cuando se herían con palabras. Era el inicio de una peculiar sesión de amor. Esta vez la conversación era por teléfono. De haber sido en persona, posiblemente el ajetreo habría llevado a golpes de manos. Eso los excitaba. Gritaban como niños y todo se fundía y confundía.

Betty nunca fue popular. Desde niña explotó su imagen frágil; lloraba con frecuencia y era manipuladora. Se abrazaba a las piernas de su madre o de las maestras para acusar a quien la molestaba en su camino. Su débil salud era un obstáculo para socializar. Le tocó observar desde lejos las cascadas de energía que se desbordaban como diversión entre sus compañeritos. Ella se recogió hacia el silencio y la lectura, camino por el que su hermano la guiaba. Rafael Cadenas, Juan Gustavo Cobo Borda, Alvaro Mutis, Alfredo Bryce Echenique. Escogió la carrera de derecho. Ingresó a la Universidad Central de Venezuela —igual que Jaime— con el privilegio de ser hija de un padre que había sido miembro del Consejo Universitario y una madre empleada de la escuela de Educación. En la universidad hizo llave con un potente aliado futuro: Baldo Sansó.

Betty seleccionó su entorno intelectual y planificó vivir fuera del país con su título de abogada. Fue aceptada en París X, Nanterre, con una beca de la Fundación Gran Mariscal de Ayacucho, uno de tantos planes con los que la democracia estimulaba la preparación de la juventud venezolana. Quien presidía esa fundación era Leopoldo López Gil que, al otorgarle el beneficio, le dijo: «Nada puede devolverte a tu padre; sin embargo, asumimos como un deber ofrecerte protección y ayuda». Años después, Betty sería persecutora implacable, planificadora de torturas psicológicas contra el hijo de este hombre, Leopoldo López Mendoza, líder político opositor.

Estando Betty en París, aún los Ramírez vivían como una modesta familia clase media que residía en la urbanización Alberto Ravell en El Valle, con madre jubilada y con Jaime que se sostenía del ingreso de médico en un hospital pequeño.

Faltaba poco para la oportunidad de hacer dinero.

Cuando Inessa apareció, ellos entendieron que iba a quedarse un buen rato en sus vidas.

Cumplía los requisitos. Tenía unas piernas larguísimas, tensas y atléticas que habían nacido para estar al descubierto. Sus ojos de sorpresa convivían en un rostro radiante cuya piel parecía que no envejecería nunca, ni aceptaba una gota de maquillaje. Su pelo rebelde, corto y despeinado, daba la sensación de frescura de salir de la ducha. Inessa sumó a los ojos de Jaime cualidades de atracción más allá de su físico que la hacían vulnerable a su perversión. Una de ellas: solicitó ayuda psicológica, necesitaba terapia. Problemas normales de alguien con una familia disfuncional, pero que ante Jaime la convirtieron en una presa fácil de cazar. Ella se dejó llevar de la mano. Jugaban sin límites y sin celos. Con inteligencia, parecía que podían llegar a la perfecta relación abierta. Había mucha sensualidad entre ellos.

Inessa venía en un envoltorio que prendó a Jaime: su pedigrí cultural. Era nieta del arquitecto Florencio Rivas. Su fuente natural era de intelectuales, el círculo ansiado de Jaime, el sector que a pesar de sus esfuerzos se mostraba esquivo. Ella, en cambio, había crecido rodeada de pintores, escultores, arquitectos, músicos. Su mamá vivía de vender arte como marchante. Su hogar era cultivado y sensible. Cualquier desajuste familiar se mostraba menor ante el *charm* que imperaba. Tal atmósfera de sensibilidad llegaba a la cúspide en un espacio donde Inessa se crecía: la cocina. Allí era una diosa dispendiosa generando placer.

Betty no fue un obstáculo en la irrefrenable pasión de su hermano. Entendió que era prudente hacerse a un lado. Había estudiado con Inessa en la universidad y sin ser su gran amiga, pudo conocer la reacción masculina y femenina ante sus encantos. Decidió irse a Europa a estudiar.

En París, siguió con la cortisona y la frivolidad de la moda la incorporó a su ser.

Betty se enamoró de Armando. Y vino el primer embarazo. Se presentó como un evento inesperado. Tenían poco dinero y no querían regresar a Venezuela. Ella estaba cursando la maestría y parecía muy pronto para casarse, así que decidieron no tener el bebé.

Algunos refieren un antes y un después para Betty a partir de esa circunstancia. Su odio hacia el prójimo se potenció. Se consolidó como un cuerpo venenoso e insensible. Armando fue su víctima inmediata. De una cuenta bancaria compartida con los ahorros de ambos, ella sacó todo el dinero y lo dejó en la quiebra. Lo asaltó y disfrutó verlo en la precariedad de la calle... en París.

Continuó su especialidad en derecho social. Sus ratos de distracción eran puntuales. Todos los jueves en la noche era la espectadora de los capítulos de *The X Files*. Se incorporaba en el rol de la agente Dana Scully. No importaba cuán retorcida fuese la circunstancia de cada capítulo. La atrapaba ver a un necrófilo comiendo las uñas a los cadáveres o a un médico que intervenía la mente de sus colegas para llevarlos a practicar liposucciones en sus pacientes.

Otras noches Betty se divertía buscando muebles viejos. La circunstancia la ayudó a conocer a venezolanos generosos con dinero que compartían con ella comida y vino y se reían de sus payasadas. En otras ocasiones apelaba al drama. Ya en esa época tenía elaborada su escena de manipulación: sentada con su pequeña figura que encogía mucho más, desplegaba un álbum de fotos con varias imágenes de su infancia, en las que una niña de piel oscura vestida con ropa gastada se aferraba a las faldas de su mamá. El gran cierre era la contratapa con un forro transparente que protegía la gráfica de dos niños abrazados que observaban la urna con el cadáver de su padre.

Hasta la una de la madrugada Betty departía en los apartamentos más lujosos de la nobleza venezolano-parisina. Terminaba fascinada con los gustos exóticos, como aquel que cruzó a zorros con perros. Eran tiempos de risas y poco juicio. Ella, fácil para el sexo, iba mostrando la marca

de la soledad. Después de Armando sus relaciones fueron tan breves como complicadas. Los hombres comentaban que inspiraba conmiseración para transformarse en vengativa y despiadada.

Betty jamás descuidó su relación con la política. Sin tener un rol protagónico, daba seguimiento desde París a las actividades partidistas de izquierda y estaba muy enterada de decisiones y conspiraciones. Su militancia estaba donde decidía su hermano.

A sus amigos les tenía prohibido que le mencionaran a Chávez, a quien calificaba de fascista y mediocre. Despreciaba a los militares —aún lo hace—. Faltaba mucho por andar. Ni siquiera Chávez visualizaba conquistar el poder por la vía electoral.

Cuando terminó la maestría se fue un tiempo a Madrid. Vivía en una calle grata donde funcionaban varias embajadas. Su hermano no dejaba de avanzar. Había logrado dar un paso fundamental: presidir la Comisión de Pasaje Estudiantil. A los protectores políticos de Jaime Ramírez les sorprendió que se incorporara como funcionario público al gobierno de Rafael Caldera, uno de los hombres que su padre había adversado antes de morir.

Betty y Jaime solo afilaban su entrenamiento.

En la oficina de la Comisión de Pasaje Estudiantil cabían muchos muebles. Jaime se llevó a Susana Osuna, su escudera desde las luchas estudiantiles, ya convertida en socióloga. Betty tomó decisiones a control remoto un tiempo y luego se incorporó físicamente. Para ambos fue la oportunidad de avanzar en los primeros contactos con expertos en informática. El primer escarceo con lo que sería la relación con «Smartrick», se activó con la elaboración de los tickets para los pasajes. La cibernética se fue convirtiendo para Jaime en su obsesión.

Y la familia comenzó a mejorar su nivel de vida. La casa materna salió de la parroquia El Valle y se movió hacia San Bernardino y luego a Los Chaguaramos para continuar en el este de Caracas, en Los Palos Grandes.

Y llegó Hugo Chávez al poder.

Jaime siguió presidiendo la comisión con la proyección de alcanzar un espacio en el gobierno que le permitiera obtener dinero. Había detectado la vanidad de Hugo Chávez y su inclinación al autoritarismo. Estar en el organismo electoral comenzó a ser un objetivo.

Betty viajó al Reino Unido apenas Chávez se juramentó como presidente. Ella insistía en su desagrado hacia el militar, lo que no la privó de convertirse en funcionaria pública. En Londres quería perfeccionar el inglés y aprovechar que Roy Chaderton venía desempeñándose como embajador. Hicieron llave. Roy, tan delicado, tan falso, tan amante de la poesía, compró a la niña que le servía para distraer la memoria de sus vínculos socialcristianos y antichavistas. El la impulsó para ser vicescanciller en Europa. La alianza entre ellos se fortaleció con los años. Ambos se han servido.

Jaime, colocado en el organismo electoral, necesitaba ubicar a Betty en Venezuela. Forraron su imagen con la palabra eficiente. Roy desde Londres insistía en la inteligencia de Betty, la disciplina de Betty, la capacidad de trabajo de Betty. Pero pasaba el tiempo y Chávez no se decidía. Julio Valentín quería que fuese designada en un cargo en Miraflores, vigilando a Chávez, registrando movimientos militares y la identidad de los visitantes. Convertirla en secretaria del despacho presidencial les permitiría manejar la agenda, interferir sus citas y orientarlas hacia su provecho económico y político. Con el tiempo esa estrategia se convirtió en un lucrativo sistema de enriquecimiento para el entorno presidencial. Hasta los escoltas extorsionaban para

desaparecer expedientes con denuncias de corrupción, o cobraban para hacer citas en una cadena que incluso se internacionalizó. La política colombiana Piedad Córdova fue una de las beneficiadas por ese *modus operandi*.

El argumento para ubicar a Betty terminó siendo bastante sencillo, Betty era mujer. A Chávez le gustaba tener presencia femenina cerca de su despacho, decía que le proporcionaban equilibrio emocional. El divorcio le había dejado un hueco que pesaba para el protocolo. Antes de separarse, el militar llegó a compartir su inquietud con algunos jóvenes del gabinete bajo murmullos de infidelidades por ambos lados.

Con Chávez era complicado vivir y trabajar. Nadie se salvó de sus castigos, ni siquiera Jotavé. Aunque él sobrevivió. Julio Valentín se ufana de su capacidad para mantenerse en el gabinete. Repetía a Jaime la historia de cuando casi fue despedido del cargo de canciller y cómo había volteado esa dificultad para convertirse en ministro de la Defensa y después ser vicepresidente de la república.

La crisis entre Julio Valentín como canciller y Chávez coincidió con la etapa de su divorcio. En pleno avance de la crisis, el presidente enfiló contra varios miembros del gabinete, entre ellos, el ministro de Finanzas, José Rojas, a quien gritaba desesperado porque Rojas insistía en cumplir con los procedimientos que, con su pensamiento estructurado, bloqueaban a Chávez para tomar algunas decisiones. El presidente decidió sacarlo. Con Julio Valentín también se mostraba impaciente. Chávez tenía activado a personal cubano de inteligencia en los despachos del gobierno que le informaban con rigor sobre el comportamiento de funcionarios no solo en el desempeño laboral, sino también sobre sus vidas privadas. Para los cubanos, Julio Valentín era laxo, descuidado y flojo. No controlaba al enemigo, cuestión imperdonable para el sistema de seguridad. Se trataba de un Ministerio complejo para el chavismo, con una nómina de diplomáticos de carrera, opositores a Chávez. El presidente quería sacar a Julio Valentín del gabinete, pero le temía. Le preocupaba convertirlo en su enemigo.

—En la búsqueda de un nuevo ministro de Finanzas —recuerda Jotavé— Jorge Giordani, amado maestro de Chávez, le propuso a Adina Bastidas como segunda en esa cartera, «para ir la probando a ver». En la Vicepresidencia de la República estaba Isaías Rodríguez, desesperado por salir de Miraflores y sentarse en la Fiscalía. No quiero seguir cargándole el maletín al presidente, repetía. Entonces Chávez, como en otras ocasiones, construyó una metonimia. Cambió la cadena de significados y nombró a Adina en la Vicepresidencia de la República. Con Adina tendría a una mujer al lado, sobre la que mandaría como militar. Esa decisión la informó tras dos semanas en las que se había encerrado en la residencia presidencial La Casona sumido en una depresión.

Y, sorpresivamente, colocó a Julio Valentín como ministro de la Defensa. No era un premio, se trataba de un castigo. Lo quería de jarrón chino, ordenó a los militares que no le obedecieran, que ignoraran sus órdenes... hasta que se atravesó el golpe del 11 de abril y Jotavé apostó a favor de Chávez. Su apoyo fue definitivo para recuperar el afecto perdido. Julio Valentín demostró que era duro de matar, casi indestructible bajo su maldad. Se volvió a convertir en el hombre de confianza, se posicionó como el civil más influyente. Chávez lo designó vicepresidente y reflató. Activó su potente política y comenzó a operar con Jaime Ramírez.

Hasta que Jaime lo traicionó.

—Tendrás que prepararte mentalmente con los militares. Es imposible estar cerca de Chávez sin tener que soportar a los gorilas.

Jaime aleccionaba a Betty. Ambos habían preparado su burbuja intelectual desmanchada de sangre en la apariencia. Su esquema estaba diseñado para hacer mucho dinero. El destino había jugado a su favor porque a pesar de su rechazo hacia los militares, a Chávez le adjuntaban la narrativa del corazón socialista y del hombre que ofrecía amor.

—Gori —continuó Jaime— debes dejar de repetir que este gobierno protege a los verdaderos asesinos de papá. Sé que solo lo comentas en privado, pero no está bien. Chávez tiene espías y si se entera, no le va a gustar que estés criticando a su equipo.

—¿Y acaso no es verdad? —saltó Betty—. La izquierda, la cuarta república, los militares conocen quiénes son los verdaderos responsables. Tú sabes muy bien que a papá lo entregó Iván Pinilla, flamante viceministro de la Cultura. ¡Chávez premia a ese sapo que dio detalles de donde podían detener a nuestro padre! Los compañeros de la Liga Socialista se han cansado de demostrar cómo Iván no solo delató a Jaime Ramírez. También entregó a dirigentes humildes, a ancianos, a mujeres...

Iván era de un grupo de la Liga Socialista. En el secuestro él hizo el trabajo de logística aguas abajo. Sus excompañeros dicen que venía revelando señales entre pequeños cómplices para contactarse, como pintar la raya en un poste. Después de ser torturado entregó a Jaime.

—¿Y qué militar dirigió la paliza contra papá? —continuó Betty. Eso no se nos puede olvidar. Desde el primer día que llegó al gobierno, Chávez impuso para sus sucios manejos a Ramón Rodríguez Chacín. ¡Clase de monstruo!

—Le es útil —acotó tolerante Jaime. Evitaba polemizar en ese tema con su hermana. Necesitaba persuadirla de bajar el tono y cambiar de actitud ante su inminente ingreso al gobierno.

Rodríguez Chacín era un capitán de navío conocido como «Rambo» por su manejo en tácticas y artes marciales. Betty estaba convencida, sin que nadie la desmintiera, de que había sido uno de los que ordenó que le cayeran a batazos a

su papá. La leyenda lo hizo más sospechoso cuando siendo miembro del Comando CEJAP, fue señalado de haber cometido la masacre de El Amparo, un hecho sangriento en 1988, en el que un grupo mixto policial-militar asesinó a catorce pescadores en el estado Apure, con la excusa de estar buscando a grupos subversivos.

En 1992, Rodríguez Chacín participó en el golpe fallido del 27 de noviembre. Chávez lo tuvo en el radar en el 98 durante su campaña electoral y cuando ganó le encomendó la función de correaje con los grupos guerrilleros colombianos. Confiaba en él.

A pesar de sus protestas, en Betty se imponía su interés en los planes futuros. Estaba ansiosa por ejercer mandos.

—Ya me fastidié de dar clases. Betty andaba de profesora en la Facultad de Ciencias Jurídicas y Políticas de la Universidad Central de Venezuela.

—Tranquila, Gori —la calmó Jaime, pasando los dedos por su cara, bordeando luego su cuello para jugar con su pelo—. Vamos a lograr tu ingreso al gabinete.

—Me encanta cuando me acaricias el cabello —expresó con un suspiro Betty, retomando su gestual de niña retraída, consentida por su hermano.

Jaime y Betty saben hasta dónde quieren llegar. Betty vigila que nadie intercepte el cumplimiento de ese objetivo, sin importar las acciones extremas para garantizarlo. Ella bordea la paranoia al atribuir a cada adversario ser un espía de la CIA. Embiste, dispara sin reflexionar. Ha

tenido pocos amigos, ya casi ninguno. Prefiere hacer el trabajo sucio y Jaime lo agradece. Cada uno tiene permiso para interferir en la vida del otro. Betty involucra a sus amantes con los negocios. El amor por sus sobrinos es su debilidad, con la paradoja de ser una de las responsables de que tengan que vivir fuera del país.

## XI

El peligro se apoderó de su lecho. La deseaba en instantes inoportunos, su cerebro estaba impregnado de su olor. Necesitaba su voz sensual, le rogaba mensajes grabados para repetirlos durante el día. Era una relación secreta y prohibida que si trascendía podía acabar con los dos. Penetrado por la pasión, sentía que el riesgo valía la pena. Sus fantasías alumbraban su mente y excitaban sus complejos. Le resultaba alucinante acostarse con una blanca criolla de noble apellido. Una modosa depilada que tenía nombre de santa a quien poseía como una prostituta. Le estimulaba que fuese de la oposición. Jaime había notado inclinación por las hembras que lo adversaban políticamente. Era un reto llevarlas a la cama. Le complacía cargarlas de culpa, acongojarlas con el sentimiento de la traición.

Jaime aún vivía con Inessa, bajo ciertas normas relajadas, con la única obligación de ser discretos. Nada de comidilla, debían cuidarse. Jaime estaba cerca de la presidencia del CNE y la polémica personal quedaba postergada. Él sabía que la familia era un tema delicado para Chávez, llamativo en un hombre tan mujeriego, pero era así, celoso con la formalidad. Y ese comportamiento se lo exigía a su equipo.

Los pasos para el proceso revocatorio avanzaban dentro del cálculo de un reloj suizo. Las circunstancias políticas adversas —el descenso en las encuestas— se iban revirtiendo en la medida en que Fidel y Chávez maniobraban con el populismo. Jaime se deleitaba en las acciones para complicar el referéndum revocatorio. Había ido perfeccionando su técnica de fracturar la psique de las masas, agrediendo a la gente. Acusó a centenares de miles de firmantes de haber cometido un delito, fabricó pruebas en algunas planillas que mostró ante las cámaras y obligó al liderazgo opositor a ponerse a la defensiva. Cuando ya los tenía quebrados, con la certeza de haber perdido toda posibilidad de ir al revocatorio, con acusaciones entre ellos que los enfrentaban y dividían, Jaime asomó un rayo de esperanza. Ya va, calma. Sentémonos a negociar, vamos a nombrar una comisión de diálogo. Intentemos ponernos de acuerdo. Abramos la posibilidad de enmendar las planillas con firmas cuestionadas... Así entró la oposición en un túnel engorroso y Chávez ganó aún más tiempo.

Las reuniones con el adversario le sirvieron a Jaime para conocer la vulnerabilidad del enemigo, aunque a veces perdía la paciencia. Su gruesa piel de cordero y su capacidad seductora se derrumbaban cuando sus propuestas no eran aceptadas con la docilidad deseada. Discutía a gusto como negociador, pero exigía imponer sus ideas de otra manera. Le habría gustado encerrar a varios en un manicomio. Era un pensamiento recurrente cuando los políticos se resistían a avanzar hacia su objetivo. Le provocaba diagnosticarlos como esquizofrénicos y así, descalificarlos. Tú eres un sujeto incapaz con un desviado comportamiento social y debes ser

recluido en un hospital psiquiátrico. Como hizo el Estado soviético a finales de los sesenta. Lo demás quedaba en el tratamiento —al que nunca se llamará tortura— bajo fármacos y una rutina de maltrato mental y físico que ablandaría al sujeto hasta curarlo de la locura política.

La informática dirigida hacia el negocio le interesó a Jaime desde finales de los noventa cuando le tocó presidir la Comisión para el Pasaje Estudiantil y conoció a Alvaro Medeiro, un joven ingeniero graduado en la Universidad Simón Bolívar, quien junto a su padre —experto en computación— y un par de amigos, elaboraron un sistema con el que colocaban de manera simultánea, miles de entradas en una red. Aún antes de graduarse, Alvaro había estado trabajando en el diseño de sistemas inteligentes de transporte que funcionaban para lo que Jaime necesitaba: lograr con modelos tecnológicos operativos una eficiente distribución de tickets en las redes de transporte público que identificaran la tarifa especial preferencial para los estudiantes.

El proyecto tenía una gran ventaja al poder adaptarse a distintos dispositivos a través de las redes existentes. Su eslogan prometía la interacción de equipos informáticos con cualquier tarea de diferente grado de complejidad. El ensayo lo hicieron en áreas pequeñas con resultados eficientes. Fue su primer negocio importante que le significaba una atractiva comisión. Jaime avanzaba hasta que un militar chavista, Luis Reyes Reyes, descubrió que burlaba controles y normas. Fue cuando a Jaime lo obligaron a renunciar en 1999.

Obtuvo el dinero necesario para instalar su primer consultorio. Había finalizado su posgrado en psiquiatría, trabajaba en el Hospital Clínico Universitario y en la Fundación Hermano con respetados psiquiatras que le aportaban el prestigio profesional que requería. Cuando Joao De Gouveia disparó contra decenas de personas en la plaza Altamira, en diciembre de 2002, Jaime estaba listo para vender la automatización del sistema electoral. El apoyo desde el Ejecutivo se lo garantizaba Julio Valentín, vicepresidente de la república. Sus socios habían avanzado en la creación de una plataforma electoral instalados en una modesta oficina en Caracas. Al ser nombrado rector del CNE y presidente de la Junta Electoral, agilizó un préstamo de 350 mil dólares. Tenían un negocio en campo seguro que crecía sobre el miedo de Chávez a ser derrotado electoralmente. Después del 11 A, necesitaba amarrar un resultado que afianzara su popularidad y estaba dispuesto a pagar por ello.

La polémica en torno a «Smartrick» aumentó a la velocidad de su crecimiento como empresa. Sus verdaderos dueños siguen ocultos a través de una compleja red de compañías *holding* en los Países Bajos y Barbados. Sobre «Smartrick» todas las sospechas son válidas. Su imagen ha coqueteado con el delito y algunos de sus socios han caído al precipicio, literalmente.

Como en las grandes historias, hay un crimen. Evidencias apuntan a que Augusto Acosta, tercer socio de «Smartrick» y novio de Betty Ramírez, fue asesinado. La avioneta en la que viajaba cayó sobre una humilde vivienda en Catia la Mar. Había salido del aeropuerto de Maiquetía rumbo a las oficinas de «Smartrick» en Curazao. Testimonios y registros sobre sus movimientos durante las últimas semanas confirman que estaba a punto de querellarse con sus socios y que su posición había entrado en franco enfrentamiento con Jaime.

Estar dentro de una casa y que un avión reviente el techo es tan improbable como sobrevivir allí. La mitad de una familia murió. El estruendo fue una explosión, un hachazo gigante que vino del cielo. Cuatro ángeles sacrificados. Así fueron consideradas las víctimas que salvaron con su muerte a 400 niños. Un segundo más, pocos metros hacia allá y la aeronave habría caído sobre una



escuela. Era la hora del recreo de esa mañana, a finales de abril de 2008, cuando infantes de diversas edades que jugaban en el patio vieron el avión en picada. Armando, de 10 años, se quedó petrificado al mirar su casa prendida en fuego mientras su madre y su tía —hermanas gemelas, de 31 años— y su hermano y su primo, de 8 y 9, morían calcinados.

Pasó el tiempo y los abuelos sobrevivientes no tuvieron ni ánimo ni dinero para recoger los escombros. El único interés del gobierno fue esconder las evidencias. La platabanda de la humilde vivienda es una referencia para los vecinos, como un cementerio particular. A través del boquete que dejó la avioneta, entran los pájaros a la vivienda.

El accidente agitó al ministro de Relaciones Interiores, Ramón Rodríguez Chacín y al exvicepresidente Jaime Ramírez. El caso fue manejado desde el alto gobierno. Se trataba de una aeronave bimotor, Piper Navajo 310 con matrícula de Estados Unidos. Su destino era Curazao. El nombre del pasajero de interés era Augusto Acosta, de 34 años. El piloto y otro empleado de la empresa también habían fallecido.

Jaime junto a Rodríguez Chacín —supuesto torturador intelectual de su padre— trabajaron el caso en armonía. Ambos ordenaron retirar con velocidad los restos humanos y materiales del accidente. El secretismo se percibió de inmediato.

Periodistas de las fuentes electoral y de sucesos se reunieron para intercambiar información sobre Augusto Acosta, quien no estaba muy cómodo con decisiones de «Smartrick». Los reporteros manejaban con solidez detalles del caso.

—Acosta me había comentado su desacuerdo con parte del contenido agregado al contrato a firmarse con el Consejo Nacional Electoral. Cuestionaba modificaciones en el *software*, informó Sergio, uno de los primeros comunicadores en llegar al lugar.

—¿Entonces puede ser un accidente provocado? —preguntó Román, reportero de sucesos.

—Después del éxito oficialista en el revocatorio, justo hace tres años, los hermanos Ramírez viajaron a Boca Ratón invitados por Augusto Acosta. Jaime y Betty gozaron de comida, bebidas, masajes y demás placeres en ese exclusivo hotel spa adonde la leyenda refiere como visitantes a Elton John, Robert Redford, Oprah Winfrey, John Travolta y muchos más. Recuerdo haber leído que el monto cancelado por «Smartrick» superó los 900 mil dólares. El resultado de tan generosa atención fue la firma de un nuevo contrato de servicios por más de 26 millones de dólares. Los detalles los publicó *El Nuevo Herald*, recordó Federico.

—Para agregar más salsa a este guiso debemos destacar que Acosta era pareja de Betty Ramírez —precisó Irma, mientras daba instrucciones con las manos a su camarógrafo de televisión.

—El jefe del supuesto comité técnico en el concurso de contrataciones fue Jaime Ramírez. Es evidente el conflicto de intereses. Pero como este gobierno se ríe de los procesos legales... «Smartrick» se ha apoderado de la exclusividad de cuanta elección hay en Venezuela. En estos cuatro años la empresa ha resultado favorecida con contratos millonarios sin licitación para organizar procesos electorales y para suministro de equipos como las captahuellas —detalló Nelson; el portal donde trabaja ha investigado el tema.

—¿Y qué sabes de Acosta?, ¿cuál era su molestia? —preguntaron varios.

—La caja registradora nunca ha dejado de sonar para «Smartrick». El primer desacuerdo de Acosta con sus socios fue en el 2004, cuando se amplió el resultado favorable a Chávez con el revocatorio. Los siguientes procesos fueron menos polémicos porque la oposición se negó a participar en el 2005, y en el 2007 salió vencedora al ser rechazada la propuesta oficialista para

modificar la Constitución. A principios de este año, Acosta se enteró de que los intermediarios del gobierno exigían un aumento muy fuerte de sus comisiones por las máquinas captahuellas, lo que obligaba a incrementar el monto del contrato de una manera escandalosa, a casi el doble de lo acordado. Algunas versiones aseguran que Acosta amenazó con hacer públicos documentos sobre el tema. Ayer hubo una reunión para procurar un acuerdo, pero fue un fracaso. Acosta se plantó firme, «cobrar esa cantidad, lejos de favorecernos como empresa nos coloca como unos pillos». Sus socios, de hecho, o de derecho, los hermanos Ramírez, trataron de explicarle que el dinero ya estaba aprobado, que no hiciera de eso un problema. Fue inútil. Y este ha sido su final —sentenció Nelson con seguridad.

—Entonces es una pelea entre unos socios oficiales y unos ocultos que son los que están en el poder —concluyó Patricia, que acababa de llegar.

—Eso explica este desmedido y extraño operativo de seguridad. No han permitido que los organismos a los que corresponde actuar en este tipo de accidentes estén al mando. La policía política tiene un estricto control. A nosotros nos mantienen alejados.

—Cuando llegamos, el cuerpo de Acosta había sido trasladado al hospital de Pariata, en Catia La Mar, no muy lejos de acá. Allí un enfermero me aseguró que el primero que tuvo acceso a los restos fue Jaime Ramírez —reportó Ramón.

Con el paso de las horas, los detalles se volvieron gigantes. El avión cayó a escasos minutos después de despegar. Era un vuelo chárter. El piloto no reportó ninguna emergencia. Según registro policial, la noche anterior funcionarios encubiertos que seguían a Acosta, habían conocido su intención de volar a Curazao junto con su abogado, quien era el otro pasajero. En esa isla, Acosta había convocado una reunión para organizar documentos delicados que soportarían una denuncia pública en la que argumentaría su oposición a lo que calificaba de pagos ilícitos. Iba a ser un escándalo que los adversarios del gobierno aprovecharían porque el padre de Acosta era asesor de la Coordinadora Democrática opositora.

Olfatear el negocio electoral había sido para «Smartrick» encontrar a la gallina que pone huevos de oro. Entendiendo que «Smartrick» estaba conformada por Alvaro Medeiro, Augusto Acosta y Richard Pinto, y que contaba con socios y aliados en el alto gobierno como Julio Valentín Rojas y los hermanos Ramírez, que exigían altas sumas de dinero para sus ambiciones crecientes y aceitar la maquinaria corrupta.

Como rector del CNE, Jaime empleó a Susana Osuna —su cómplice desde la universidad—, a quien encargó de la logística del proceso electoral, área de alto interés para los cubanos que ya estaban incorporados al sistema por instrucciones de Chávez. Cuando se organizó el revocatorio en el 2004, Susana se encargó del proceso de recolección y revisión de firmas —las planillas planas—. En el 2006 llegó a rectora. Nadie dudaba de que era un peón de Jaime.

El enigma de «Smartrick» está soportado en investigaciones. Alvaro Medeiro ha asegurado que él, Augusto Acosta y Richard Pinto han sido los únicos dueños, aunque se sabe de por lo menos treinta accionistas más que han permanecido en el anonimato. Medeiro presentó a «Smartrick» como una empresa estadounidense registrada en Delaware, con oficinas en Boca Raton, Florida, aun cuando la mayoría de su personal estaba instalado en Caracas.

«Smartrick» se convirtió en un monstruo de grandes dimensiones. Las denuncias de fraude en el 2004 no afectaron su crecimiento. Unos expertos insistieron en que las máquinas se habían puesto en contacto con el servidor antes de imprimir sus resultados, lo que ofrecía la oportunidad

de cambiarlos, y otros, miembros de misiones imparciales de observación internacional y nacional, aseguraron que ahí no estaba la trampa. La empresa se aprovechó de las contradicciones.

El proceso «Smartrick» seguía sin escollos en el 2005, cuando en una prueba previa a las elecciones de la Asamblea Nacional en diciembre, un técnico de la oposición pudo derrotar los protocolos de almacenamiento supuestamente aleatorios de la máquina, afectando por lo tanto el secreto de votación. Eso quedó ahí.

La oposición se ha debatido entre denunciar fraude o mostrar pruebas de corrupción. Para los políticos opositores fue más tentador insistir en la trampa, a pesar de la dificultad para obtener las pruebas.

Chávez aceleró el control de los poderes, entre ellos el CNE. Bajo la garantía de triunfo que ofrecía «Smartrick», el organismo electoral fue adaptado a esa circunstancia. Los cargos clave fueron ocupados por militantes designados bajo la supervisión del PSUV. La deformación del organismo electoral siguió adaptándose al molde de una dictadura cuyo registro histórico debe incluir un accidente de aviación cuyas causas nunca fueron informadas.

A Jaime lo precedió desde el 2003 Francisco Carrasquero, un abogado zuliano cuya presentación oficial prometía las virtudes de un personaje equilibrado y justo. Los hechos entraron en conflicto con esos atributos. Los trabajadores lo denunciaron por desmejoras de sus condiciones laborales. Los visitantes describían su oficina como un campamento goajiro en medio de la explanada, bajo cuya carpa se sentaba a fumar pipa. Embustero y mañoso, permitió a Jaime que terminara de montar su negocio, manejando a decenas de personajes de su confianza, bajo la tutela de Susana Osuna como su asistente técnica.

Sin sorpresas, Jaime asumió la presidencia del CNE en el 2005, afianzando sus relaciones con personajes del poder financiero de distintas áreas, como Rafael Ramírez, presidente de Petróleos de Venezuela y Manu Zaki de Atún Encueva, quien le facilitó a Jaime la propiedad del penthouse en La Corniche valorado en un millón de dólares.

Un abogado que conocía la debilidad de Jaime por los autos de lujo se convirtió en amigo en la primera mirada: Moisés Maiónica, operador empresario, dueño de Cougar, compañía especializada en sistemas de seguridad basados en el reconocimiento de huellas digitales y rasgos faciales. Equipos que iban como anillo al dedo para los deseos de Chávez porque creaban nuevos obstáculos para intimidar y desalentar a los votantes. En ese rol había negociado con el CNE para obligar a los ciudadanos a marcar su pulgar. Como gesto fraterno de agradecimiento, Maiónica le regaló a Jaime dos carros BMW, una camioneta blindada Nissan Armada blanca y un Audi que quedó destrozado en un accidente donde él iba manejando junto a un acompañante, Felipe Correa, funcionario público, esposo de Jenny Frías, quien resultó con triple fractura de cráneo por un inexplicable descuido de no llevar el cinturón de seguridad. Jaime resultó con aporreos menores. Es conocida su pasión por la velocidad.

El accidente fue en agosto de 2006, cuando ya Jaime había salido de la presidencia del CNE y andaba armando alternativas futuras. El suceso, ocurrido esa madrugada en el cruce de la avenida Luis Roche con la avenida Benaím Pinto, no hubiera trascendido, si su hermana Betty en lugar de armar un escándalo hubiese manejado el tema con discreción. Sobre los hechos, la policía de Chacao trasladó a las víctimas a la clínica Avila, a poca distancia del choque, donde después de estabilizarlos se recomendó que fuesen llevados a otro centro porque el tomógrafo para obtener

las imágenes requeridas estaba dañado. Pero los gritos de Betty atrajeron la atención del personal y la prensa se enteró. Las especulaciones respecto a las razones del accidente y las condiciones del conductor nunca cesaron, así como el origen de ese vehículo y los otros de su propiedad, inalcanzables de poseer para un empleado del Estado.

Los carros regalados por Maiónica le fueron devueltos o al menos quedaron en manos distantes del escrutinio público.

## XII

Los viajes para un grupo o una pareja suelen ser una prueba de convivencia. La complejidad se extiende a la relación laboral en una gira de negocios. Y si el personaje principal es Chávez, el periplo se transforma en capacidad de resistencia. Chávez era un personaje arbitrario, caprichoso. Se creía un ser inspirado y le gustaba improvisar. Exageraba su impuntualidad y dormía a deshoras. Cuando algo no era de su agrado lo expresaba con acritud y gustaba de humillar al subalterno en público ante las cámaras y con las cornetas encendidas. Era el rey del *bullying*, el más cruel. Disfrutaba echar sal en la herida, maltrataba sin considerar el padecimiento de su víctima. No es casual que antes de morir haya traspasado el poder a las manos de unos torturadores.

El 18 de julio de 2006 Chávez inició una gira —prevista para cumplirse en 14 días— por Suramérica, Europa, Asia y África. Betty tenía poco más de cinco meses en el Despacho de la Presidencia. A Chávez le complacía la cercanía de personal femenino para satisfacer su cuerpo y darle trabajo a su insomnio. Gozaba aceitando su hombría, le agradaba creer que la docilidad obtenida de ellas era producto de su buen desempeño en la cama. Algunas se entregaron y siguieron a su lado como parte de un deber por sumisión subalterna, otras se asumieron como amantes para la eternidad, aun cuando él más nunca les dirigiese la palabra. Había algo patético y conmovedor en esas historias. Damas que alcanzaron los 80 años y aspiraban a una caricia, una mirada, ser mencionadas en un discurso...

Chávez con Betty, físicamente, nunca quiso nada.

En cambio, Betty había pasado del odio al amor con Chávez. Su hermano Jaime y sus protectores, Julio Valentín y Alí Rodríguez, habían logrado transformarle en positiva, la mala opinión que tenía de su nuevo jefe. El desprecio se transformó en una admiración sin límites. Betty esperaba que nadie recordara aquella asamblea en 1998 con el Movimiento 80 en el hotel Coliseo en Sabana Grande, cuando junto a Jaime se había opuesto férreamente a apoyarlo en las elecciones presidenciales. Es que ella detestaba a los militares. Betty apostaba al olvido de sus expresiones de odio expuestas años atrás contra varios miembros del gabinete.

En Inglaterra, Betty, además de trabajar con Roy Chaderton, operó con Alí Rodríguez, ministro de Energía y Minas. Ella, al igual que Jaime, enviaba reportes frecuentes a Julio Valentín Rojas. Su seguridad, el manejo del inglés y el francés, así como sus influyentes padrinos, la impusieron como una persona eficiente y confiable. En febrero de 2006 fue designada directora del Despacho de la Presidencia.

De inmediato, Betty se instaló con un par de maletas en el Palacio. Informó a los trabajadores que viviría donde pudiese seguir con comodidad los movimientos del presidente. Encontró un área

que debía ser acondicionada para optimizar su permanencia y ordenó su remodelación. Se convirtió en la sombra de Chávez.

Los enfrentamientos con el personal se volvieron frecuentes. Con los militares el choque fue constante. Sus gritos destemplados y exigencias desorbitadas se integraron al anecdotario cotidiano. Su comportamiento era el de una niña malcriada y poco educada. El desfile de personal solicitando cambio, pasó a ser noticia. A los hombres los presionaba para obtener sexo y a las mujeres, en especial las que tenían hijos, las sometía a rigores que les impedían compartir con su familia. Ella se mostraba como ejemplo, trabajando veinte horas al día.

En dos meses Chávez estaba fastidiado de Betty. Además de resultarle desagradable, le molestaba la certeza de que su privacidad terminaba en la sobremesa de Jaime Ramírez y Julio Valentín Rojas. Los cubanos habían alertado de ese riesgo.

Chávez se estaba controlando para no estallar con Betty. Su equipo de inteligencia le había demostrado con pruebas que ella se había robado 250 mil dólares de la caja de seguridad del Despacho de la Presidencia. Ella nunca imaginó que ese dinero era de Chávez. Su presunción se paseó por el probable olvido de uno de los funcionarios corruptos que la habían precedido. Se equivocó. Chávez, por una razón desconocida, guardó allí esa cantidad desde el año 2004, cuando le entregaron el premio Khadafi. Se trataba de una distinción con ese monto, para quien ayudaba a consolidar la libertad del ser humano. Nelson Mándela fue el primero en recibirlo en 1988. Nadie se había atrevido a tocar ese dinero. Podían extraer fondos de las partidas, hacer negocios sucios, asaltar viejitas, pero robar a Chávez era una verdadera osadía, un error imperdonable.

La gira en julio de 2006 suspendió el despido de Betty. Era mucho a lo que Chávez aspiraba de esta travesía para distraerse con la pillería de su secretaria.

A la semana, en pleno vuelo entre Bielorrusia y Rusia, se presentó un debate en el que participaron los miembros de la comitiva presidencial. Betty estaba allí. La comitiva sabía que Rusia era el punto más voluminoso en los intereses de Chávez. También para Julio Valentín, que avanzaría en ganancias con lo que se firmara en Moscú. Jotavé había logrado junto a Betty ubicar en agenda una reunión con uno de sus amigos perros de la guerra. Fue necesario construir el camuflaje al coronel Oswaldo Córdova, que cinco años antes había sido vetado por Chávez. El amigo de la cofradía, Horacio Ardiles, vendedor de armas, se había activado en Moscú. Betty tenía las coordenadas necesarias y solo debía garantizar que la agenda se cumpliera. El resto ya sería problema de los vendedores. Solo por ese *lobby* ganarían muchísimo dinero.

En el vuelo se sentía cierta tensión por unos gritos de Betty hacia uno de los miembros del equipo de seguridad presidencial. La escena alteró a Chávez. Solo él podía alzar la voz a su personal. Antes, Betty había tratado con descortesía a Alexis Navarro, embajador de Venezuela en Rusia, al vetar a su pareja de los actos protocolares con el argumento de que no estaban casados.

Betty parecía no enterarse del malestar que generaba. Chávez había sido alertado por los cubanos de las intenciones de Jotavé de dirigir la compra de armas hacia sus proveedores en Moscú, así que modificó la agenda. El embajador Navarro estuvo de acuerdo con su jefe. Ella se resistió y Chávez se irritó aún más, cerrando el tema con brusquedad.

Betty susurró, güevón.

Chávez la miró con el odio del poderoso. Demasiados testigos, contuvo su violencia, las ganas de patearla, de destrozarle la cara. Caminó hacia otro extremo de la aeronave.

—La señora queda fuera de la comitiva en cuanto el avión toque tierra.

Betty apenas alcanzó a tomar su equipaje de mano. A Londres llegó en vuelo comercial para

comprar ropa y regresar a Caracas. Le tuvo que solicitar a un amigo el favor de que la buscara al aeropuerto. Chávez nunca más quiso verla ni a larga distancia.

Betty se volvió a equivocar al pensar que lo de Chávez era una molestia temporal. Apostó a que la emoción de la gira disiparía el agravio y en lugar de bajar el perfil, revolvió las noticias con el escándalo que protagonizó en la clínica la madrugada del accidente de Jaime. Llamó la atención de los periodistas, que se extrañaron con la aparición de la directora del Despacho Presidencial en Caracas, en lugar de estar junto al presidente. Chávez entró en cólera ante un ruido innecesario que opacaba su viaje.

La gira comenzó en Volgogrado —antes Stalingrado—, donde Chávez fue recibido con pan y sal, ritual de cortesía de los rusos. También bebió un *shot* de vodka servido en la navaja de un sable. Ningún honor parecía sobrar, tal como registró el diario *Novie Izvestic*. «No todos los días Rusia firma un contrato de venta de aeronaves por más de mil millones de dólares». Ese había sido el cálculo al voleo del ministro de Defensa ruso, Serguei Ivanov, que se quedó corto: el monto fue casi el doble. Los rusos se frotaban las manos. Disfrutaban junto al militar de un país petrolero tercermundista comprando juguetitos para satisfacer sus fantasías de guerra. Dos aviones de pasajeros y 30 cazas de entrenamiento, 30 helicópteros, sistemas de defensa antiaérea, piezas de artillería. A la lista le agregaban equipos como si estuviesen comprando por Internet. Acuerdos para la exploración de petróleo y gas en Venezuela con las empresas Lukoil y Gazprom, también fueron incluidos.

El viaje siguió hacia Irán —jugada de ajedrez, reunión con Mahmud Ahmadineyad— y luego Vietnam y Mali. Y como la vida hay que alimentarla con algo de diversión, siguieron las paradas en Portugal, Qatar y Benin.

Al regreso, por consejo de sus brujos y en posesión del espíritu del procer Francisco de Miranda, ordenó en el estado Falcón un acto para conmemorar la primera expedición del general Miranda en La Vela de Coro.

Al acto Betty no fue convocada. La excusa pública era que acompañaba a su hermano en la recuperación del accidente automovilístico. Jaime estaba bien. Grave seguía su acompañante, Felipe Correa. Los funcionarios de tránsito calculaban que Jaime había pisado el acelerador del Audi hasta alcanzar más de 160 kilómetros por hora.

Nadie lamentó la ausencia de Betty. A Jaime, a pesar de serle útil, Chávez le mantuvo un muro de defensa. El psiquiatra no terminaba de generarle confianza.

Pero Chávez quería agitar el gabinete. Otra vez Julio Valentín lo tenía saturado. Ya le impacientaba su insistencia en negociar por su cuenta con los perros de la guerra. No tenía remedio. Era urgente refrescar, sacudir lo anquilosado. Jotavé era el pasado, la trampa visible, la cuarta república, lo que Chávez había enfrentado. Jaime había echado fuego a la candela entregándole información clasificada contra Julio Valentín. Le crispó saber de las reuniones de la cofradía, las tertulias con opositores, los encuentros con militares, la información transmitida a periodistas. Solo había una palabra para eso: conspiración.

Jaime acertaba los pasos hasta el despacho de la Vicepresidencia.

Julio Valentín explotó como pocas veces. Culpaba a Betty de echar por la borda el cargo y botar un negocio de millones de dólares. Imbécil, rumió. Su torpeza había desvelado a Horacio Ardiles como amigo de Jotavé y socio para la venta de armas.

Jaime lo escuchaba con simulada preocupación. Estaba confiado en que lo que había entregado a Chávez era suficiente para remover a Jotavé de su cargo. Uno por uno, pensó. Betty fuera, tú también.

Julio Valentín ya lo sabía. Se vistió con la capa de consejero y visitó a Chávez: «Se lo digo yo, presidente, que conozco a Jaime desde niño. Es perverso y no tiene lealtades. Su codicia es desmedida y su narcisismo intolerable. No conoce de afectos, salvo el que lo une a su hermana. La relación con Jaime Ramírez siempre ha de ser absolutamente utilitaria. Cuando lo ubique en un cargo trate de que sea donde lo pueda ver y con la certeza de que nunca podrá confiar en él. Hizo bien desechando a la hermana de su *staff*. Esa muchacha es demasiado conflictiva. Total, él siempre va a tenerla cerca en funciones oficiosas y como controladora de los negocios y de su vida emocional».

Julio Valentín no tenía idea de cuánto valor le daría Chávez a su apreciación. Jotavé había descrito casi al calco, lo que el presidente pensaba acerca de él. Chávez pasaba a tenerlo más claro: tanto Julio Valentín como Jaime eran unos perversos desleales. Tan despiadados eran que intentaban matarse mutuamente. Y otra cosa. En efecto, a Jaime era mejor observarlo de cerca.

Chávez sacaba provecho al enfrentamiento. Betty fue informada de su despido en el programa de televisión *Aló Presidente*, donde Chávez anunció que su hermano Adán quedaría encargado — ahora con rango de ministro— del Despacho de la Presidencia.

—Estos informes resumen casi todo lo que necesitamos para debilitar a Julio Valentín —dijo Jaime al tomar la mano a su hermana mientras la llevaba caminando a su estudio.

—Vas a volver loco al monstruo Chávez con tantas pruebas. ¿No es suficiente con lo que has entregado sobre la cofradía, los opositores y los militares?

—Chávez quiere que documente lo que hizo en la cuarta república. Creo que también sería útil alimentar esa parte oscura que lo define como desleal y sin escrúpulos —precisó Jaime acelerado por decantar lo que tenían.

—Estuve pensando en algunos casos que ya te adelanté a tu email —anunció Betty.

—Los vi. Algunos lo dejan como corrupto. Eso está bien porque, aunque a Chávez le importa poco la honestidad de sus funcionarios, sí sabemos cuánto le molesta que no se le informe sobre con quién y cuánto están robando. Por eso invierte en la contrainteligencia, para saber los resbalones de sus subordinados y así construirles un expediente y luego extorsionarlos para garantizar su lealtad.

Entraron al salón con una mesa de billar transformada en escritorio de trabajo sobre el que estaban desplegados numerosos papeles con señales indicativas con *post-it*. En las paredes había cuatro pantallas encendidas con información clasificada.

—Estás como Jotavé con el mapa del país —dijo Betty divertida.

—Pero con un siglo de avance tecnológico.

—Aunque siempre terminamos en los papeles —protestó Betty, extendiendo sobre la mesa el *dossier* que había llevado. Explicó parte de lo que tenía recabado. Aquí tenemos para refrescar los delitos cometidos por Jotavé desde la cuarta república. Hay unos que yo sé que a Chávez le irritan de manera especial. Otros más recientes sirven para señalar los posibles homicidios que ha ordenado. Lo que siempre debemos considerar —dijo elevando el tono de voz— es que hay que llenar la cesta del hastío que Chávez ha comenzado a sentir hacia Julio Valentín.



—Yo me centraría en los casos que estimulan la paranoia de Hugo respecto a Jotavé y a la que siempre apuestan los cubanos. El camina entre sus miedos y la vanidad. Básicamente ha mantenido cerca a Julio Valentín porque teme lo que pueda tramar tras el ejercicio de periodista, pero si debilitamos su poder, si le probamos a Chávez que podemos vulnerar su credibilidad como comunicador, estará muerto —sentenció Jaime—. Revisemos los documentos que has clasificado.

—Julio Valentín es desleal. Al gordo Quintero lo dejó en la estacada y a Luis Miquilena le dio la espalda. Podría decirse que corrimos con suerte, aunque sea mentira que nos protegió desde pequeños. La verdad es que lo hizo para ocupar pantalla, comentó Betty.

—Porque le convenía arrojarse en la imagen de defensor de derechos humanos.

—A mí me daba igual, total, papá nunca estuvo con nosotros... El gordo Quintero regresó a sus negocios en Cuba —volvió Betty al tema inicial. No tenía ganas de hablar de su padre.

—Sí, pero se sintió traicionado por Jotavé.

Se referían a Miguel Quintero, a quien Julio Valentín al asumir el Ministerio de Relaciones Exteriores, nombró su secretario privado. Un gordo simpático con negocios en Cuba. Barinés, amigo de personajes de la antigua y nueva política. Buen conversador, había trabajado en el Ministerio de Asuntos Fronterizos en el gobierno de Rafael Caldera. Un hombre de confianza, corredor de información con Fidel. Después fue nombrado director de Información de la Cancillería. Hasta que lo botaron.

El gordo no hacía nada que no supieran Chávez y Julio Valentín. El registro periodístico de Manuel Felipe Sierra indicó el 6 de febrero de 2001: «En la noche del 18 de diciembre se convocó en Miraflores a una reunión de urgencia. El alto gobierno conocía un informe preparado por el coronel del Ejército Milton Abreu, adscrito a la Dirección de Inteligencia Militar y en el cual se daba cuenta de misiones oficiosas acometidas por funcionarios de alto nivel con las FARC de Colombia, Lucio Gutiérrez en Ecuador y Evo Morales, líder cocalero indigenista en Bolivia y con personeros del gobierno cubano. Algunas de esas misiones resultaron viajes a San Vicente del Caguán. El personal de inteligencia cruzó este dato con el informe de seguimiento a las FARC».

Milton Abreu Arismendi era un general que había cumplido funciones de agregado militar en la embajada de Venezuela en Ecuador y quien mantenía contacto con Peter Romero, subsecretario de Estado para asuntos latinoamericanos, a quien había conocido en funciones. El general entregó a Romero detalles de lo que estaba sucediendo, quien a su vez denunció que había indicios de que el gobierno de Chávez estaba apoyando movimientos indígenas violentos y, en el caso de Ecuador, a militares golpistas.

Chávez y Jotavé descalificaron a Peter Romero llamándolo «agitador de oficio». Pero no se atrevieron a desmentir el informe. No podían. Romero envió a Chávez todos los recaudos posibles. Videos, fotos, grabaciones de Miguel Quintero entregando al guerrillero Marulanda documentos y un maletín que contenía dinero. Chávez mandó a llamar a Jotavé que, según la escolta presidencial, se veía, para su sorpresa, nervioso. La reunión duró una hora. La puerta quedó entreabierta. El más alterado era Chávez. Juanita, atenta desde la Cancillería, llamó al jefe de mantenimiento para que ayudara cuando Jotavé se desmayara.

—¿Quién filmó? ¿Cómo llegó ese material a manos de Estados Unidos? —reclamó Chávez.

—Cada país tiene su sistema de seguridad —ripostó Jotavé con cuidado.

—Esto nos ha dejado expuestos —gritó Chávez furioso. Estaba colorado, parecía a punto de reventar.

Jotavé sugirió enviar a Quintero al exterior. Interpretó el silencio de Chávez como aprobación y lo llamó por teléfono. Le solicitó la renuncia en una carta que debía fechar con dos días de antelación.

—Así sales de una forma elegante —agregó.

—Jotavé, pero tú sabes que yo no doy un paso sin que tú me des órdenes — reclamó con suavidad el gordo Quintero.

Era verdad, pero los platos rotos los suele pagar el más débil. El general Abren había acompañado a Quintero en sus encuentros con Gutiérrez y con el alcalde de Quito, el general retirado Paco Moncayo. Se dijo que la idea era crear una red de apoyo a los movimientos cívico-militares de algunos países de América Latina y la Casa Amarilla.

El documento, en manos de la CIA, también mostró a Quintero ofreciendo ayuda, incluso dinero —se habló de 500 mil dólares— a seguidores de Lucio Gutiérrez, sublevado en enero de 1999 contra el gobierno de Jamil Mahuad en Ecuador.

Quintero apenas pudo declaró: «Nunca he llevado dinero o planes fuera de Venezuela. Mi misión consistía en informar los alcances de la revolución de la democracia venezolana». Los amigos del gordo Quintero lamentaron el maltrato porque sabían quiénes le habían encomendado esas misiones. Después el gordo se recuperó y continuó con sus negocios con Cuba.

—Desde el primer año de gobierno, Chávez financió a cuanto movimiento conspira contra la democracia. Esos gringos sí que son pendejos —acotó Jaime.

—Vamos con los casos que prueban que es un perro de la guerra. Y que ha negociado a espaldas de Hugo.

—Mira lo que te traje, Yuyu. Creo que primero es necesario refrescar la memoria.

Betty desplegó en una de las pantallas un recorte de periódico del diario *El Nacional* de 1988. El texto refería que a Julio Valentín lo había citado la Dirección de Inteligencia Militar ante sus denuncias de corrupción en la compra de armamentos de las Fuerzas Armadas. El presidente era Jaime Lusinchi. Además del alto mando militar, la nota destacaba el nombre de un perro de la guerra: Oscar Martínez González. Según Julio Valentín Rojas, el presidente le había dicho que la operación de armas y helicópteros había sido suspendida y Oscar Martínez había terminado vetado. Pero después en el Congreso, Jotavé en su cargo como parlamentario se había enterado de que la operación de compra de los tanques ya se había concretado. Su molestia era porque Lusinchi y el resto de sus fuentes le habían mentado. El debate fue duro. Los adecos lo acusaron de estar al servicio de vendedores de armas que no habían salido favorecidos y que por eso atacaban al ministro de la Defensa y al equipamiento de las Fuerzas Armadas.

—Y por supuesto, Jotavé aseguró que él jamás ha tenido contactos con vendedores de armas. Que lo único que hace es denunciar como periodista, preocupado por las irregularidades de la compra de material bélico. Y casi ofendido aseguró que no tiene contactos, ni familiares que sean perros de la guerra. ¡Qué clase de maestro es Jotavé! —afirmó Jaime en plena carcajada. Oscar Martínez comprendió que debía dejarse de tonterías y hacerse socio de Julio Valentín, quien varias veces lo había denunciado como dueño de una compañía que vendía equipos electrónicos a la Marina.

—El acuerdo de Martínez con el gobierno era muy amplio —siguió Betty desplegando más imágenes—. Desde la oferta de cien mil pares de botas hasta la venta de tanqueros y torpedos.

Jotavé salivaba al pensar en el tema. Había uno específico, de 58 millones de dólares, para equipos de visión nocturna. Desde un año antes había denunciado agresivamente ese contrato y acusó a parte de la cúpula militar y hasta a sectores políticos. Pero el contrato ya estaba aprobado y otorgado. Ante la presión, el Ministerio de la Defensa decidió rescindir el contrato y se inició una nueva licitación. Es aquí cuando Oscar Martínez con astucia se acerca a Julio Valentín. Utilizó al Júnior, el hijo de Jotavé, a su amigo Horacio Ardiles. Y sellaron una sociedad. En el examen técnico, la empresa de Oscar Martínez quedó de penúltima en cuanto a capacidad logística, pero Julio Valentín no podía permitir que él hubiese tumbado su propio negocio ahora que estaba en sociedad con Martínez. Por alguna vía lograron una solución que resultó una aberración. El contrato lo dividieron mitad y mitad entre logística, entrenamiento y mantenimiento. Como era de esperarse, los equipos comprados no sirvieron.

Jotavé le había clavado los dientes muy profundos a Oscar Martínez. Lo expuso por el contrato de los tanques Scorpion y como el responsable en la negociación de los equipos de visión nocturna vendidos a la FAN en 1986 por la empresa Yulectris International de Venezuela, también propiedad de Martínez. Lo acusó de sobreprecio en desmedro de la nación... hasta que se hicieron socios.

Años después Oscar Martínez fue el anfitrión en la celebración del tercer aniversario de Julio Valentín Rojas en el canal Televen.

—La nuera también fue incorporada al negocio. De Lourdes Lara sobran historias del uso que le dio a su cuerpo para obtener los contratos en el Ministerio de la Defensa. Ella entró de lleno a formar parte de los perros de la guerra. Operaba con las empresas Dayaval y con Ponte Vecchio, en sociedad con Oscar Martínez. En ese mundo, aun casada con el hijo de Jotavé, se enamoró — nunca falta una historia de amor— del comandante de Logística de la Guardia Nacional. Para disipar sospechas, consumaban su amor fuera de Venezuela. Aruba fue el lugar escogido para el idilio. En la FAN la operación era sencilla: él le entregaba la lista de los proveedores tradicionales de cada ítem o renglón que se había decidido comprar. Ella los visitaba con su abrigo y los contratos le eran otorgados.

Pero no todo es eterno. El jefe del novio de Lourdes pasó a retiro y comenzaron las denuncias de irregularidades. Los oficiales indignados filtraron la información a la prensa —nunca a Jotavé— y la pareja decidió huir a España y luego a Estados Unidos. Su hijo se lo dejó a los abuelos y se divorció del Júnior.

Al cambiar el gobierno y pasar la marea informativa, la pareja retornó a Venezuela, aunque ya entre ellos el amor había acabado. Lourdes Lara logró con su suegro un programa de televisión en el canal Televen.

Las malas mañas nunca las perdió, solo las transformó. Se enganchó en el Seniat de Chávez y se guindó del cuello de Vielma Mora. Hasta se convirtió en la voz oficial del organismo para las cuñas institucionales, remató Betty con malicia.

—Hay un caso que a Chávez le encantará refrescar porque significó un enorme conflicto entre varios generales del Ejército. Es el de la repotenciación de los tanques. —Jaime hablaba y jugaba con el control de las pantallas, le divertía la tecnología, le hacía sentir superior—. Jotavé terminó reunido con los Vandam y los generales peleados entre ellos.

Aquí llegamos a nuestro amigo, el coronel de la aviación Oswaldo Córdova, piloto y comerciante de armas, el mismo a quien tú le estabas facilitando ingreso a la agenda en Rusia. El

problema es que ya Córdova no acepta ningún tipo de camuflaje. Está superidentificado. Los cubanos lo tienen precisado. No ha sido suficiente que el socio Oswaldo Córdova se maneje con terceros como Horacio Ardiles. En esta gira de 2006 a Rusia, tenía representantes en varias empresas. Era una oportunidad única. Estaba clarísimo que Chávez venía estimulando el triángulo amoroso entre Rusia, Cuba y Venezuela para enfrentar a Estados Unidos. Argumentaba la necesidad de renovar el parque de guerra. Había decidido sustituir los fusiles 5,56 (vendidos por Córdova) por los Kalashnikov. Chávez preparó su gira donde Moscú marcaba una agenda estratégica. Y Julio Valentín no podía perder su oportunidad, así que invitó a su socio a un viaje a Rusia, cinco meses antes de la gira, con la excusa de ajustar los preparativos de la visita presidencial. Pero Oswaldo fue imprudente. Bastó revisar la lista de vuelo para encontrar al socio de Jotavé. Y es que Córdova tampoco ayuda. Es lo opuesto a un personaje discreto. A Venezuela regresó ufanándose de los montos que había alcanzado en sus tarjetas de crédito para las invitaciones haciendo *lobby*. Obvio que Chávez se enteró y se molestó. «Julio Valentín no tendrá ninguna injerencia en la decisión de alta política en la compra de armas», sentenció Chávez refiriéndose con desprecio a Jotavé ante un miembro de su guardia presidencial.

—Así que el tema de Julio Valentín con los perros de la guerra hay que refrescárselo a Chávez y ponerle sazón —se deleitó Jaime.

—Pero los argumentos contra Jotavé frente a Chávez no deben ser morales. La honestidad no es un valor que el monstruo considere y los negocios sucios pueden ser interpretados como un atributo —acotó Betty.

—Eso es correcto. Como te dije, el énfasis debe estar en que Chávez sienta muy cerca la posibilidad de ser traicionado por Jotavé. Ya él conoce algunos antecedentes. Esa fue una de las razones por las que lo movió de la Cancillería al Ministerio de la Defensa. Y aunque en la Vicepresidencia le ha sido de utilidad, es evidente que Chávez no le tiene simpatía, ni confía en él. Así que esos sentimientos hay que reforzárselos. Debemos destacar los elementos que le incomodan y contrastarlo con las condiciones que me favorecen. La edad es una de ellas.

—Yo le escuché una vez a Chávez comentar con desagrado las sospechas de que hubiese podido estar implicado en el asesinato de su yerno Javier Tortosa. No lo dijo expresamente, fue sugerido —comentó con coquetería Betty—, pero la insinuación iba por el camino de alertar respecto hasta dónde podría llegar alguien que era capaz de mandar a matar al esposo de su hija.

—Delante de ella y junto a su nieto —reforzó Jaime en un discurso que disfrutaba—. Hay un asunto más despreciable todavía que comentan mucho en Palacio. Los hombres, en especial los militares, consideran una cobardía colocar a las mujeres de su familia como operadoras de sus delitos. Es hartamente conocido el rol que ha tenido su primera nuera, Lourdes Lara, como perra de la guerra, al deslizar su cuerpo en las camas de altos jefes militares y conseguir millonarios contratos en logística y armamento. Ni hablar de Juanita, la jefa de la banda. La mensajera de la extorsión, la que cobra, la que desarrolla los planes, siempre guiada por su marido. No hay límites para ellos. Recuerdo las historias que repetían los viejos jefes de izquierda respecto a cómo había logrado ser amante de Ornar Torrijos el exdictador de Panamá. Juanita actuaba al alimón con su nuera Lourdes, que se acostaba con el mayor Peña, ayudante del militar. Ellas han urdido celadas a supuestos afectos, para conseguir sus propios objetivos. Esa parte de la deslealtad es fundamental. ¿Cuál ha sido una de las fuerzas de Jotavé? Su correaje seguro con Fidel Castro. Pero Chávez hace rato que no lo necesita. Él ahora tiene su comunicación directa y muy sólida.

Más bien Jotavé hace ruido. Los informes de los cubanos no le han sido favorecedores. A ellos hay que dejarles colar nuevos elementos que aceleren su salida.

Jaime hizo una pausa. Con parsimonia caminó por su privilegiado estudio desde donde se sentía un ave dentro del Avila.

—No puedo estar tanto tiempo sin cargo, Gori.

—Estoy segura de que podemos enredarle la película a Jotavé. Tenemos que pensar esto muy bien. Hay muchos elementos y personajes. ¿Has notado cómo en casi todas las operaciones está Horacio Ardiles? Mencionar a Horacio es lo mismo que decir la banda de los enanos, el crimen del fiscal Danilo Anderson y toda esa patraña montada en la que se enredaron con el supuesto testigo estrella que resultó en una inmensa torpeza. Son tropelías que solo han servido para fortalecer su sistema de extorsión y el control de jueces y fiscales. Y eso a Chávez le molesta porque sabe que en esas operaciones se han colado algunos de sus enemigos personales, empresarios millonarios y banqueros de la derecha. El negocio es tan productivo que algunos juran que a Anderson lo mandó a asesinar Jotavé y quizás algunas de las víctimas de extorsión, hartas de pagar. Horacio además ha crecido mucho. Ha comenzado a subir como la espuma en operaciones financieras. Se sabe simpático. En reuniones entre amigos ha llegado a comentar que en el futuro sería presidenciable. Y me aseguran que es casi inevitable que termine como propietario de un canal de televisión.

—Podemos voltear esta tortilla. Los inconvenientes y los errores vamos a convertirlos en oportunidades. Te toca a ti, Gori, bajar el perfil. Ya volverá tu momento. Tendrás que dedicarte de lleno a nuestro plan. Debo convertirme en el próximo vicepresidente de la república. Y ha de ser pronto.

## XIII

La escena presentaba más solemnidad que la acostumbrada por el chavismo. La intención era un acto sobrio y moderno. Chávez quería imprimir frescura a su imagen, remozando al equipo de gobierno. La sala Ríos Reyna del Teatro Teresa Carreño estuvo esquivada con la cursilería del chavismo. Una pantalla gigantesca dio paso al video de un país de ciencia ficción llamado Venezuela, donde todo es hermoso y la gente vive feliz, con trenes imaginarios a gran velocidad. El escenario se veía grande para los protagonistas. En una mesa al centro estaba Chávez flanqueado por Julio Valentín a su derecha y Jaime a su izquierda. Dos filas transversales de cuerpos algo amontonados, ubicó a los ministros salientes y del otro lado a los entrantes. Flores en los bordes del proscenio y la orquesta y coro de la Filarmónica Juvenil aportaron el toque emotivo necesario. Después del himno, Iván Pérez Rossi interpretó dos piezas con su cuatro. La segunda estuvo a punto de dispersar a una impaciente audiencia. «Con una canción era suficiente», susurró Chávez a su asistente femenina. Ya él había adelantado — aún nadie lo creía— que quería sorprender con un acto corto, tan breve, que él no daría discurso. Dejaría la palabra para los vicepresidentes, saliente y entrante. Andaba empeñado en mostrar un estilo fresco, ahora que estaba menos joven.

Hubo condecoraciones para quienes se iban. Algunas rayaron en la ironía, como el otorgarle la orden Andrés Bello en su primera clase al general Jorge Luis García Cameiro, un oficial que con dificultad tiene un léxico con diez verbos.

A Julio Valentín le entregó una réplica de la espada del Libertador. El *cióse up* mostró la mano de cada uno apretando el contenido filoso, hasta que Chávez la soltó. Se miraron a los ojos y se dieron un abrazo con cortesía frente a las cámaras.

Hasta ese instante, Julio Valentín disfrutó la tensión de los rostros de Chávez y Jaime Ramírez.

—Los que dejamos el gobierno, no dejamos la revolución. Una exhalación de alivio se sintió en la sala con esta primera frase de Jotavé. Chávez se relajó.

Y Julio Valentín con parsimonia viró hacia el presidente:

—Puede tener la seguridad de que hoy salimos en este nuevo período constitucional, pero que jamás desertaremos de la lucha, no pasaremos al enemigo, ni nos convertiremos en tráfugas. No somos los que estamos en la política para medrar y traficar. Hacemos política con principios, con transparencia.

Era un mensaje para Jaime y también para Chávez, a quien le estaba advirtiendo que a su izquierda tenía a un traidor, capaz de cambiar de bando y pactar con el enemigo.

Julio Valentín reveló su esencia a través de Víctor Hugo: «Comprender es el primer paso, vivir es el segundo». Esto significa que si no se entiende por qué se lucha, no se asumirá a

plenitud la causa por la que uno puede llegar a larga vida.

Y vino la parte en la que Jotavé tenía que restregarle a Chávez que había sido su sostén, su apoyo cuando más lo necesitó. No podía perder esa oportunidad.

—En lo personal, lo acompañé en delicadas y complejas situaciones, una de ellas el intento de derrocarlo. Yo lo he entendido en su agónica pasión venezolana, en su profundo amor al pueblo, en su fe irreductible en los humildes.

Un poco de autobombo no le vino mal:

—Pertenece a la categoría de los que no prostituyen la relación personal, no ceden al halago. Le estoy agradecido por haber confiado y por haberme colocado en altos cargos. Igual, de no haber estado ahí, nada habría cambiado.

Llegó el turno de referirse a Jaime:

—La vida tiene inescrutables designios. Jamás imaginé este momento que me trae a la memoria la imagen de un muchacho transido de dolor y de coraje que pronunció la oración fúnebre en el Aula Magna de la universidad ante el cadáver de su padre. El insigne combatiente por la libertad, la dignidad y la lucha social, Jaime Ramírez padre, brutalmente asesinado en los sótanos de una de las policías de la democracia representativa de la cuarta república. Ese mismo muchacho creció rindiendo anualmente tributo al padre en el Cementerio General del Sur y a él lo acompañé año tras año, en aquella tumba abierta a la esperanza.

Julio Valentín mintió deliberadamente. Los hijos habían dejado de asistir con regularidad a esos homenajes. Se habían ido separando de los amigos de su padre, se habían aburrido de la ceremonia. Estaban convencidos de que nada en común tenían con su progenitor, un personaje que no vivió con ellos, cuyo recuerdo les pesaba sin retribución alguna. Jaime incluso, cuando comenzó a estudiar, a escudriñar la mente humana, fue descubriendo elementos con las que moldeó nuevas teorías sobre la muerte de su padre. Su rostro se hizo imborrable. ¿Cómo no pensó que estaba dejando a unos hijos huérfanos? ¿Por qué no un rictus contraído resistiéndose a morir? ¿En qué parte de lo acontecido estaba el placer? Y llegaba a la conclusión de su tormento: sus hijos no le importaban tanto como su lucha. O tal vez los veía incluidos en ella, como un todo. Pero esa lucha era suicida. El egoísmo de Jaime destruía el noble recuerdo de su padre.

Julio Valentín siguió con su discurso, dando por visto el tono paternal y la alusión a Jaime. Se enrumbó hacia el final:

—En efecto, estamos viviendo tiempos nuevos. El pasado de muerte retorna convertido en vida, en creación, en renacer de esperanza. Nada se ha perdido. Cada quien irá al combate, al cumplimiento del deber —y Julio Valentín con parsimonia respiró y se detuvo a mirar a Chávez—: No nos vamos. Nos quedamos. Tenga presente que, si se repiten situaciones críticas como ocurrió el 11 de abril y cuando el sabotaje petrolero, estaremos en la primera fila, enfrentando al enemigo, con el riesgo que sea. Hasta la victoria siempre, comandante.

Público de pie y un Chávez conmovido precedieron un diálogo secreto donde lo único que se entendió por lectura de labios fue «está bien, está bien». Julio Valentín le había informado a Chávez que pensaba volver al periodismo de televisión. Seguía en el juego.

Jaime fue vestido de color crema a su medida, camisa blanca, corbata entre morada y marrón en un estampado floreado discreto. Destacaba, así como las novias. Había tomado la decisión de suavizar su imagen. No podía continuar siendo ese hombre desenfadado que en proceso de divorcio estaba rodeado de escándalos y excentricidades con la intención de ganar titulares. Tenía

que bajar el volumen. Chávez no debía sentirse incómodo con su presencia. Todavía era necesario resolver cómo manejaría sus relaciones con una variedad importante de mujeres, muchas de ellas conocidas y algunas hasta de la oposición. Le encantaban las que hacían política, las protagonistas de telenovela, las misses. La clase que no encontraba en el chavismo. Con ninguna de las posibles esposas había podido llegar a la mínima estabilidad porque Betty se había encargado de atomizarlas. Igual con alguna se casaría. Su pose de seductor estuvo bien para cuando presidía el Consejo Nacional Electoral, pero ahora como segundo del presidente debía ser mucho más cuidadoso. Y la mejor manera de no cometer errores era comenzar un nuevo camino. Sería más discreto.

Betty le había contratado un asesor de imagen. Hay que dibujarle un perfil de presidente, ordenó. La intención era producir algunas declaraciones selectivas. Ahora comenzaba su faceta de buen padre, no más coquetería pública, sería obligatorio reducir los lujos y su estruendosa simpatía. Chávez no soportaba que lo opacaran. Jaime se lo explicó a colegas y amigos, estoy a su lado porque Hugo está muy solo y necesita a su alrededor alguien inteligente. Aún debía controlar el narcisismo.

Ahora camina con pasos cortos, se queda medio metro atrás, la cabeza un poco gacha, nunca muestra mayor entusiasmo que él, ni mayor tristeza tampoco. Todo por debajo. El aplauso será menos sonoro, por eso sus manos se rozan como aplauden las niñas que estudiaron en colegio de monjas, con los brazos pegados al cuerpo hasta los codos. Nada de levantarlos. Movimiento discreto de los antebrazos y con suavidad se bate una palma contra la otra. Mejor parecer delicado, pero sin exagerar. Chávez es homofóbico.

El discurso de Jaime decepcionó de entrada.

—Perdónenme la disonancia, pero hoy no es un día para la celebración — resultó un aguafiestas—. «¿Este ahora que es jefe, no nos va a dejar festejar?», se sintió como rumor. Hoy es un día de grave compromiso... un día para levantar banderas y de aprestarnos a la conquista de metas titánicas.

Y aquí comenzó a trazar su marca. Ante la ausencia de contenido, procuró fabricar un ataque. Su narrativa muerde al enemigo.

—No ha sido fácil llegar hasta aquí. Tampoco conquistar los espacios que la revolución ha logrado con responsabilidad y sobre todo con paciencia para enfrentar ataques arteros, para enfrentar al imperio.

En esta parte, cuando intentó impregnar emoción a un público que estaba bostezando, se equivocó, se le enredó la lengua, golpeó el micrófono cuando gesticulaba con la mano. Regresó al papel.

—Mientras más nos vilipendian, mejor lo estamos haciendo.

Y arremetió contra sus principales enemigos: los periodistas y los medios de comunicación.

—Algunos hablan del cierre de un canal de televisión. ¿Acaso violentamos la libertad de expresión? ¡Ni siquiera revocamos la concesión! El espacio radioeléctrico no está para el mal, está para educar. ¿Cómo es que unos se pueden expresar y otros no?

Entonces volvió a desprenderse del texto que leía. Tendría que hacer un esfuerzo para conmover respondiéndole a Jotavé.

Con Julio Valentín estoy unido aún antes de nacer —Jotavé en lo que tal vez haya sido su único error en la ceremonia, contrajo la esquina derecha de su boca y subió levemente los hombros, cínico, pensó—, desde antes de existir él estaba con papá recorriendo los caminos de



Venezuela —tumo de la mentira para Jaime—. Puedo decir que cuando voté por primera vez fue por ti —aflorea la primera sonrisa de Jotavé, la gente aplaude, un cariño para su ego—. Acababa de cumplir 18 años y lo hice con la tarjeta de la Liga Socialista. Y, por cierto, mi voto no apareció nunca. No había ante quién quejarse porque no existían los organismos internacionales —tres segundos de tensión fueron suficiente...—. ¿Lo había hecho a propósito? ¿Quería halagar a Jotavé para después enterrarle una daga? ¿Nadie votó por Julio Valentín en esa mesa de votación? Jaime pretendía hacer ver que en esa época se robaban los votos y el sistema electoral no funcionaba y el votante estaba indefenso, sin asistencia de organismos internacionales, pero se enredó. Se había salido del discurso preparado. Improvisar le volvió a salir mal. Aunque al tratar de arreglarlo, le fue peor.

Un poema de Chile y mejor si es de Pablo Neruda, lo arregla todo, así que se lanzó con «Así es mi vida» de finales de la década del cincuenta:

Mis deberes caminan con mi canto:  
Soy y no soy: Es ese mi destino  
No soy si no acompaño los dolores  
de los que sufren: son dolores míos  
Porque no puedo ser sin ser de todos  
de todos los callados y oprimidos,  
vengo del pueblo y canto para el pueblo  
mi poesía es cántico y castigo  
Me dicen: perteneces a la sombra.  
Tal vez, tal vez, pero a la luz camino.  
Soy el hombre del pan y del pescado  
y no me encontrarán entre los libros,  
sino con las mujeres y los hombres:  
Ellos me han enseñado el infinito

El abrazo a Julio Valentín fue contra una piedra de mármol. Leve contacto visual y la sentencia del cambio de seña. Ahora tenían una relación política. Chávez entendió la situación. Saludó entre el público a la mamá de Jaime y uno de sus hijos. Betty no fue invitada. Luego volteó hacia los vicepresidentes saliente y entrante. Lanzó sus brazos sobre el hombro de cada uno y un poco más allá. Como es su costumbre, no respeta el espacio de cada individuo. Se percibía más entusiasmado con Julio Valentín. El alivio de no tenerlo de enemigo era importante. El acto había finalizado.

—Juanita tenía días furiosa. Lo de Jaime la desajustó.

En el teatro siguió atenta a los movimientos de los personajes y estaba ansiosa de comentar el evento a solas con Jotavé. Habían logrado evadir las celebraciones que solo contribuirían al cotilleo.

En casa, Juanita se sirvió una copa de champaña y miró a Jotavé con especial coquetería. Quería consentirlo. ¿Qué quieres tomar? ¿Te provoca un whisky? La ocasión lo amerita.

—Sabes que yo solo brindo con sangre —aseveró Julio Valentín.

Juanita sintió alivio. Jotavé seguía en la batalla. Un whisky se lo habría bebido bajo un dolor muy grande, como la muerte de un familiar, o ante una disyuntiva como el 11 de abril o en un estallido de ira, como cuando Juanita se había escapado con un gigoló a la isla de Margarita. Si Julio Valentín mantenía su actitud, significaba que estaba en control y que solo había que adaptarse a las circunstancias. No sería la primera vez que la vida les torcía los planes y que ellos en su resiliencia habían redirigido la estrategia con éxito.

Juanita fue caminando hacia la habitación de Jotavé, abrió la pequeña nevera, le sirvió un shot de sangre.

—Ya adelanté un nuevo contacto para que no falle nuestro suministro, informó Juanita, mientras él bebía con placer.

—Ojalá se mantenga la misma calidad. La sangre de los últimos meses era de adolescentes muy bien alimentados.

—Me dicen que sí, que es de altísimo nivel, con sus certificados respectivos. Este nuevo servicio VIP incluye entrega a domicilio. Jotavé —informó Juanita torciendo el tema— los miembros de la cofradía confirmaron para la reunión de hoy a las 8 de la noche.

—¿Jaime también? —preguntó Julio Valentín con ironía.

—Sí, Jaime también. Aunque no creo que asista. Conociéndolo, está generando una expectativa para después frustrarla.

—Tienes razón. Jaime ha ido afinando la perversión. Nuestra ventaja es que lo conocemos.

—La ventaja no es tal, si él lo sabe.

Juanita parecía honestamente dolida y eso sorprendía. En los años junto a Jotavé había vivido traiciones de doble vía en abundancia. Se podría decir que era una dinámica natural procurada por ellos mismos. Tenían rituales como pareja. Juanita sacaba unos cuchillos de colección y cada uno mordía uno con los dientes a la luz de las velas. Así se preparaban para una guerra. Entre ellos, las virtudes o su ausencia no entraban como criterio que impidiera acercarse a una persona. No eran selectivos, no discriminaban. De la gente les interesaba su dinero, su poder, su información, su audacia —si eran intrépidos mejor— y su ambición. Si en el camino se tropezaban con belleza, inteligencia y diversión, estupendo. Los hermanos Ramírez reunían varios de los elementos de interés. Jaime había sido moldeado como depósito de secretos. Juanita lloró junto a él sus despechos. Jotavé se batió para que ingresara al gobierno, convenció a Luis Miquilena, a Jorge Giordani, trabajó a militares que sabían ser objeto de su desprecio, a compañeros de partido que manejaban sus antecedentes cuando se opuso a apoyar a Chávez en el 98, a sus propios amigos del Movimiento 80, quienes habían comenzado a sentir desconfianza por sus señales de avaricia. Cuando apareció Joao De Gouveia, Jotavé revivió a su pupilo. Hicieron buenos negocios. Espuelas tenía.

—A mí lo que me molesta es constatar que nos grabó a escondidas y que utiliza detalles de nuestra vida privada para descalificarnos, que le haya llevado a Chávez información secreta de la intimidad con la que hemos sido tan celosos. Nos jugó muy sucio. Por lo demás, entiendo que la vida es así. También a nosotros nos ha tocado dar pasos difíciles, con los que hemos dejado atrás importantes afectos.

—¿Afectos, Juanita? —reaccionó Jotavé sonriendo—. En el poder eso no existe.

Mildred, igual que Adelina, hablaba sola. A veces las dos parecían estar en una reunión

concurrida. Mildred había llevado el pulso del enfriamiento entre Julio Valentín y Jaime durante las últimas semanas y se preparaba para la reunión con la cofradía en la noche. La transmisión en televisión la compartió simultáneamente vía digital con sus hijos Rómulo y Arturo, ambos padres de niñas y niños. Sobre el acto hubo unanimidad en lo más importante.

Mildred continuó su soliloquio:

Julio Valentín dejó en depósito su ira. Con la cabeza fría tomó el escalpelo y diseccionó la anatomía de la situación —deformación profesional de Mildred que amaba utilizar términos médicos—. Jotavé pensó: Jaime ha triunfado. Sabía que eso era el resultado de haber desplegado sus habilidades con el apoyo intelectual de su hermana. Convenció a Chávez con información, con evidencias de que Julio Valentín debía salir de la Vicepresidencia. Ese primer paso no era tan complicado porque se sabía que Chávez tenía la determinación de cambiar el gabinete en el nuevo período constitucional. Jotavé —aun cuando parece respirar debajo del agua— no estaría en este siguiente capítulo. El segundo paso de Jaime fue más arriesgado, porque ¿cómo acusar de corrupto a tu socio? ¿Cómo decirle asesino a tu padre putativo? ¿Acaso es ahora cuando te enteras, cuando te das cuenta, cuando percibes lo malo que son esas acciones? ¿Cómo mostrar la sangre de un asesinato que tú conoces, pretendiendo que ni siquiera te ha salpicado? Y de manera especial: ¿Cómo va a confiar Chávez en él, si sabe que esto le hace a quien lo cuidó y lo llevó de la mano a su gabinete? La única explicación es que Chávez razonó con Jaime igual a como ha hecho con el resto de sus subalternos: la extorsión. Garantiza su lealtad bajo la amenaza de terminar en una mazmorra.

El discurso de Jotavé estaría dirigido entonces hacia Chávez. Sabía que el narcisismo de Jaime lo llevaba a subestimar al resto —incluido Chávez—. Estaba seguro de que Jaime prepararía un texto sobre el que trataría de improvisar, de parecer inspirado. Su discurso estaría marcado por el tono de un ejecutivo revolucionario. Era un jefe que llamaba a seguir dando la batalla frente a tantos ataques del imperio.

Fue genial la manera como Jotavé arrancó: eso de explotar su primera frase diciendo, no me voy de la revolución, casi puso a la gente de pie. Fue contundente y golpeaba a un escenario que temía que Jotavé cambiara de bando. Y así lo creían porque Julio Valentín había hecho filtrar esa información. Lo hizo con Jaime, que había corrido a alertar a Chávez cayendo en la trampa de Jotavé.

Dicho esto, Julio Valentín fue a lo fundamental. Recordarle a Chávez, yo te acompañé, te apoyé en tu momento de mayor debilidad, cuando viste que se había derrumbado todo tu poder, cuando te volviste a convertir en un hombre humilde y te fuiste a entregar a Fuerte Tiuna y le hablabas bajito a los soldados porque querías tus gotas oftalmológicas y lloraste de miedo en el hombro de un sacerdote que tuvo que exprimirse la sotana de tanta lágrima y moco y pediste que te enviaran a Cuba, por favor, llévenme donde Fidel, mientras los tuyos andaban escondidos, vestidos de mujer, solicitando cargos a los nuevos jefes militares, haciendo mayoría en la Asamblea Nacional, rogándole a Miquilena que no los dejara fuera en el nuevo poder del Parlamento. En cambio, yo te apoyé, Hugo Chávez.

Otro aspecto para destacar en el orden de su discurso fue cuando se refirió a Jaime Ramírez. Se mostró como un padre orgulloso que con generosidad entendía que debía dar paso a las nuevas generaciones. Con sutileza se detuvo en virtudes pasadas de Jaime, en las que resaltaban el coraje y la inocencia. Lo más interesante fue lo que no dijo de él. No habló de sus cualidades gerenciales en cargos previos, ni siquiera asomó alguna expectativa suya en la Vicepresidencia. Tampoco se

refirió a su liderazgo político. Dejó todo en la nostalgia, en su padre, en lo que él no es.

Y claro, Julio Valentín cerró con una oferta que lo puede mantener en el juego político y que le garantiza cierta protección frente a esa información en su contra, que Chávez conocía y que Jaime complementó para intentar matarlo. Jotavé le ofreció apoyo eterno a su comandante ante eventuales casos que pudieran repetirse donde estuviese en riesgo su permanencia en el poder.

Llegó incluso a citar a Víctor Hugo. Ciertamente, era predecible, como también lo sería después Jaime buscando mostrarse como intelectual avezado en letras.

Pero Jaime nada transmitió. Lo único a considerar fue que de modo planificado metió en la gaveta su narcisismo y decidió exponer su mediocridad. Cuesta creer que haya sido a propósito. Igual se equivocó hasta tratando de destacar el éxito que lo precede —el sistema electoral bajo el control del Ejecutivo—. Fue descortés, poco creíble. Con pobre lenguaje, hasta el poema sobró.

Te digo, me parece que fue un punto para Jotavé. Así que esta historia sigue siendo interesante.

# **TERCERA PARTE**

## XIV

Un sujeto montado sobre unos zapatos de tacos se bajó de una sofisticada bicicleta que lanzó a los pies de un vigilante apostado en plena entrada de la residencia destinada para la Vicepresidencia. Vestido con una ajustada malla Nike verde y negra, dejaba ver un cuerpo musculoso del que destacaban unas nalgas entrenadas. Más que deportista, se comportaba como un modelo que desfilaba ante la diversidad de visitantes que esperaba cita con Jaime Ramírez. Era una mezcla de muñeco Kent con Robocop. Pasó los controles de seguridad en La Viñeta como un jefe. Por la casa avanzó mirando con desdén a la variada audiencia. Con una pose extraña mantenía un casco apretado bajo su brazo derecho, como si temiera que alguien se lo fuese a quitar. Sus pisadas eran lentas y golpeaban el piso de manera teatral. Algunos rieron con discreción. El hombre —tampoco es que fuese un muchacho— pasó sin saludar a la primera sala de espera donde aguardaban unos funcionarios extranjeros. Se detuvo —como hacen las misses— en la punta del escenario para girar sobre sí mismo. A alguien en la lejanía le gritó que se le antojaba su jugo verde con agua a temperatura natural, recuerden, sin hielo, remachó con impaciencia. Era el novio de Betty. Ella, sin cargo formal, daba órdenes en las instalaciones designadas a su hermano. El personaje masculino obligó a un susurro de disculpas de parte de una avergonzada funcionaria. Su nombre, Fulgencio Calmillo, un actor de telenovela venido a menos, de quien Betty se había enamorado. Según el cotilleo, él se estaba aprovechando de ella. Jaime coincidía en esa apreciación, pero Betty continuó prendada y hasta intentó ser madre de nuevo. La pérdida la invadió de tristeza.

Betty cuidaba La Viñeta como la eterna servidora de Jaime. Y al vicepresidente ese escenario le venía perfecto para su nueva soltería. Ya antes de ocuparla meses atrás, había solicitado a arquitectos amigos proyectos para reformar la sede. Su gusto era exquisito y la decoración heredada de Julio Valentín y Juanita se le presentaba vieja, rococó, pesada, demodé. Así que los cambios fueron parte de su dispendioso estilo de administrar los recursos del país.

Jaime desarrolló aún más la marca chavista del saqueo, burlando la ley y saltando los controles establecidos. Nada importaba que fuese un cargo temporal. Los gastos para sus caprichos estéticos los exigía como condición para ser eficiente. Y tampoco lo era, al menos en tanto el interés del país.

Mildred quería ser la primera en llegar. Llevó su famosa torta de plátano con queso. En su rol inofensivo, se quejó de una gripe mal curada, así que la excusa de sacar el pañuelo le permitió mantener su cartera cerca y asegurar el control de su grabador. Estoy segura de que aquí todos graban, pensó Mildred con razón.

Parecían relajados. Juanita se mostró muy emocionada con el nuevo programa de Jotavé que

saldría al aire en televisión en pocos meses. Como en la etapa anterior antes de que llegara Chávez al gobierno, ella se estaba ocupando de la producción, la escenografía, el ritmo de las secciones, el vestuario. Hacía planes para someter a Jotavé a una nueva cirugía estética. Consultaron la opinión de Mildred.

—Saben que soy pediatra, mis queridos, así que no opino. Solo sugiero que se opere con la mejor en Venezuela, nuestra amiga Luisa De la Rosa, reputada dentro y fuera del país.

—Tienes toda la razón —respondió Juanita—. No saben lo que lamento no haber colocado a Jotavé en sus manos hace quince años.

Juanita se refería a una cirugía infeliz con la que Jotavé quedó con cara de loco. Los ojos como un búho parecían no cerrarse nunca para pestañear, lo que lo convirtió en blanco del humor popular.

—¿Qué sabes de Francisco Arias? —preguntó Mildred.

—Poco. Debe estar satisfecho con su cargo porque aun cuando parece sólida su reconciliación con Chávez, entre ellos hay un odio «mellizal» que obliga a ser prudentes en esa relación. La distancia física por razones de trabajo es una excelente idea.

El teniente coronel del Ejército Francisco Arias Cárdenas había regresado al lado de Chávez. Dobló las rodillas, su amigo lo perdonó y, en recompensa, por reconocer sus errores lo designó embajador de Venezuela ante la Organización de las Naciones Unidas.

A chavistas y opositores costó procesar la decisión de Arias Cárdenas. Se trataba del militar que comparó a Chávez con una gallina, le gritó asesino, acusándolo de tener las manos manchadas de sangre al haber ordenado disparar contra gente inocente que había salido a protestar pacíficamente. Tres años después ya estaba arrepentido. Lo manifestó en la cofradía y por alguna razón nadie pareció sorprenderse. Francisco es peligroso. Con un crucifijo por delante, utiliza la religión para ocultar sus desmanes. Pretende ser más militante de la fe que el obispo Andrés Urbina. Monseñor, que seguía siendo amigo de Chávez — y con seguridad era quien realmente conocía sus secretos— no dejaba de expresar su preocupación por el camino que estaba tomando el gobierno. Francisco, en cambio, saltaba de lado sin pudor.

A la reunión, el resto de los invitados llegó con escasos minutos de diferencia. La puntualidad era exigencia en el grupo. Luisa De la Rosa se presentó con unas amapolas que Juanita celebró. Horacio se apareció unos minutos después. El grupo sospechaba de una reconciliación entre ellos y que jugaban a que fuese secreto. Por mera curiosidad, Mildred indagaría al respecto. Al obispo lo pasó buscando el chofer de Jotavé. La última en llegar fue Raiza Romero, quien recién en tribunales había vivido un encontronazo con la banda de los enanos, el grupo allegado a Horacio Ardiles y de alguna manera a Jotavé.

—¿Jaime fue convocado? —preguntó Raiza al saludar.

—Por supuesto —aunque no creo que venga—. Propongo que comencemos nuestra reunión, anunció Julio Valentín tomando la palabra como anfitrión. Las bebidas ya estaban servidas y la mesa dispuesta con canapés.

—Creo que ha llegado el momento de disolvernó como grupo. Es algo que lamento profundamente, pero es lo correcto por la seguridad de todos. Ustedes saben que esto nada tiene que ver con que alguien sea del gobierno o de la oposición. Acá hemos vivido varios estadios complejos para sus protagonistas. Reynaldo y Mildred llegaron a ser señalados de conspiradores...

—Y con razón, interrumpió Mildred con su sonrisa de abuela con la que nadie imaginaría que

pudiese hacer algo más audaz que tejer. La carcajada fue colectiva y ayudó a relajar la tensión.

—Monseñor Andrés ha sido atacado por el gobierno y la oposición. Sigue siendo amigo del presidente Chávez, pero cumple su principal deber con la feligresía.

—Feligresía que aumenta su sufrimiento. Con el gobierno, cada vez son más y grandes las diferencias —agregó con solemnidad el obispo—.

—Son notables nuestras críticas hacia el oficialismo —continuó Julio Valentín—. Yo mismo las he expresado en esta estricta intimidad y reserva, incluso siendo vicepresidente de la república. Nuestra preocupación no nos hace enemigos, ni nos ubica en el escenario de un enfrentamiento. Esta cofradía nace para que un grupo conformado por personajes de alto nivel, de distinta procedencia, origen, profesión, interés y edad, pensara y debatiera fuera del espacio público, sin desmedro de la verdad y en absoluto secreto. Es un ejercicio intelectual y democrático, con invitados de importante protagonismo en el país. Sin olvidar lo placentero de haber disfrutado los mejores manjares y bebidas espirituosas, nuestras conversaciones han sido sin restricción y con respeto. Ninguno aquí se ha espantado por la evaluación de acciones que bordean la ilegalidad y que son ejecutadas por miembros del gobierno y por otros cómplices. Durante estos años hemos reflexionado con libertad y confianza.

Jotavé hizo una pausa. Su rostro pétreo mostró un leve temblor. Mildred sintió que tal vez la traición de Jaime lo había afectado más de lo que él admitía, porque por mucho que se hubiese mentalizado para el retiro, o a ser desplazado por las nuevas generaciones —tal como lo dijo en su discurso—, debía ser duro ser tratado como material de desecho por aquel a quien con dedicación había apoyado. Sin duda, el tiempo de gloria de Julio Valentín Rojas había pasado. A su ejercicio de la política y hasta de la maldad, le había salido un contrincante aún peor que él, su pupilo, a quien había enseñado tretas, entregado secretos y dedicado muchas horas a evaluar situaciones. La traición de Jaime lo dejó desnudo. Su única ventaja era que Chávez tampoco confiaba en Jaime. Por alguna razón que desconocía, el presidente marcaba distancia con los hermanos Ramírez. A Betty la había expulsado a patadas. Y a Jaime lo usaba, le daba cuerda, pero no le daba acceso a su intimidad. En cambio, a pesar de la dura circunstancia, Jotavé tal vez podría mantenerse girando cerca del poder y de

Chávez. Ya antes lo había logrado.

—Nos une, eso sí, nuestro amor por Venezuela y el férreo interés en defender la democracia —frase cliché de Julio Valentín, dicha para recomponerse—. Los acá presentes tenemos la certeza de que las cosas no van por buen camino en Venezuela. ¿Cierto, Horacio? —Jotavé abrió debate con su amigo y testafarro, quería orientar la conversación hacia el tono que le interesaba.

—Cada día estoy más preocupado —intervino Horacio—. El alza de los precios del petróleo tiene tiempo finito. La economía se vendrá abajo. La destrucción del sector productivo es una verdadera desgracia. No voy a repetir la cantaleta de la tragedia de tener incapaces al frente de organismos claves, la ignorancia manifiesta de militares encabezando áreas por decisión de la inteligencia cubana, como por ejemplo el sector eléctrico.

—Y Chávez diciendo a ellos amén —acotó Luisa De la Rosa con molestia.

—También está el tema de la corrupción y, bueno, el peligroso riesgo de que esto va encaminándose a una dictadura —advirtió Horacio.

A Julio Valentín le interesaba que los amigos descargaran sus opiniones, así que continuó:

—Raiza, Horacio y yo, hemos coincidido en el camino peligroso del Poder Judicial —podía



parecer una ironía... estaba claro que Horacio era uno de los miembros de la banda de los enanos, que extorsionaba, presionaba a jueces para decisiones de su interés... Raiza había caído en algunas de esas presiones, logrando librarse al pedirle mediación a Jotavé y hoy él se mostraba como todo un ángel y lo hacía sin empacho—. Ustedes saben las acusaciones injustas en mi contra con el caso Danilo Anderson. Y así, he soportado más de ocho años de ataques y contraataques del chavismo y fuera de él. Al presidente le he sido leal y, como lo dije en la entrega de mi cargo, lo seguiré siendo, aunque no creo que él esté dispuesto a escuchar. Tal como ha trascendido, regreso a mi programa de televisión, gracias a la gentil oferta de mis amigos de Televen.

Jaime no vendrá a esta reunión porque nos ha traicionado. Y él sabe que yo también lo sé, que estoy al tanto de lo mal que actuó para alcanzar la Vicepresidencia de la República y que, entre otras acciones miserables, suministró detalles de la cofradía.

Los asistentes no se alteraron. Sabían de lo que Jaime era capaz. Los miembros de la cofradía presumían que todos —tal vez con la excepción de Mildred— harían cualquier cosa por el poder. Lo llamativo era que Julio Valentín se mostrara afectado. ¿O estaba actuando? Inquietó, sí, la decisión de disolver el grupo. ¿No era eso una muestra de debilidad? Pero ya nada se podía hacer para evitarlo.

—¿Podemos conocer detalles de lo que hizo? —solicitó monseñor.

—Entregó información delicada de situaciones que podrían comprometer nuestra libertad, que manipuladas —y en eso Jaime es experto— nos dejarían como conspiradores. Al filtrar el contenido de estas reuniones, nos pone en peligro de ser sujetos de prisión si el presidente así lo decidiera, o de extorsión, si esos audios cayeran en manos poco escrupulosas. Ustedes saben que son conversaciones que con crudeza evalúan una realidad quedando reservadas a la intimidad de este grupo y que, mal interpretadas, nos lanzan al lado oscuro de lo ilegal. Por eso repito, Jaime es un traidor. Digo esto con la mayor responsabilidad, incluso sin hacer un juicio moral a sus acciones. Estoy tomando la decisión de disolver la cofradía para protegernos.

—Julio Valentín —intervino Luisa De la Rosa— tú sabes quién es Jaime. Siempre lo vimos como tu hijo y por eso nosotros le dimos entrada en nuestras vidas. ¿Cómo pudo suceder? ¿Acaso no sospechaste de él?

—Lo conozco muy bien.

—No entiendo. ¿Esperaste que esto ocurriera para qué? ¿Para probar algo?

—No habría podido detenerlo. Es su esencia.

—Mí querido Julio Valentín —intervino Mildred arrullando con su voz—, ¿tú habrías hecho lo mismo?

—No lo sé. Es posible que sí —admitió Jotavé, espantando a sus amigos con tanta sinceridad.

Jaime como vicepresidente, recibió el encargo de organizar la Copa América prevista a cumplirse entre el 26 de junio y 15 de julio de ese año. La infraestructura deportiva del país no estaba preparada para el alto nivel que exigía esa competencia. Ninguno de los estadios reunía los requisitos de Conmebol.

Se trataba de un evento importante que debía organizarse con responsabilidad y eficiencia. Implicaba una vasta audiencia que pudiese convocar al patrocinio de diferentes países con el aporte considerable del Estado anfitrión. Apenas Chávez nombró a Jaime, su caja registradora mental le sonó. El presupuesto inicial para el torneo estaba estimado en cuarenta millones de

dólares. Enseguida los cálculos se multiplicaron, quedando como la edición más cara en la historia. Venezuela, mostraba una vez más su rostro de pobre país rico (y corrupto) que dilapidaba novecientos millones de dólares.

La infraestructura se volvió un área apetecible. Se aumentó la capacidad de los estadios y fue necesario construir otros. Las decisiones funcionaron bajo el capricho de Chávez con la complicidad del delegado de la Conmebol. Eso explica que en Barinas —el estado donde nació el presidente— fuese demolido y reconstruido un estadio.

También remodelaron varios aeropuertos del país para que pudiesen recibir vuelos internacionales; otros fueron intervenidos para la conexión de vuelos.

La infraestructura hotelera necesitó ser reforzada. En los casos de Maturín y Barinas hicieron importantes inversiones.

La vialidad tuvo que ser reparada, para el transporte terrestre se habilitó un sistema de autobuses solo con el objetivo de trasladar al personal acreditado para la Copa y la fanaticada. En el caso de Mérida, por ejemplo, se creó un sistema de transporte masivo, se tuvo que construir un distribuidor vial de acceso al estadio y fueron necesarias reparaciones de la carretera que comunicaba la ciudad con el aeropuerto.

Las obras y los contratos fueron otorgados sin licitación.

Fue un gran negocio... para algunos. Para quienes lo organizaron (los empresarios chavistas), para quienes lo comercializaron y para quienes lo transmitieron. El asunto fue conocido ampliamente luego de que el presidente de la Federación Venezolana de Fútbol, Rafael Esquivel, fuese uno de los catorce detenidos, ocho años después, en unas sonoras investigaciones que realizó el FBI. Los señalados fueron acusados por la Fiscalía de Estados Unidos de haber acordado sobornos por un monto aproximado de ciento cincuenta millones de dólares a cambio de la adjudicación de sedes y la transmisión y comercialización de los torneos.

Lo de Esquivel fue ambicioso. Para renovar con Traffic Brasil los derechos de transmisión pidió un millón de dólares, sin contar setecientos mil dólares adicionales por comercialización y setecientos mil dólares más por los excesivos beneficios en esa competencia.

Jaime no era el único funcionario mencionado en transacciones oscuras. El exalcalde de Maracaibo, Giancarlo Di Martino, confesó sin presión que pagó un millón de dólares a las autoridades de la Conmebol para que el partido de la final se efectuara en la capital zuliana. Explayándose en detalles admitió que el arreglo se había concretado en una reunión con el presidente y vicepresidente de Conmebol, Nicolás Leoz y Eugenio Figueredo; Rafael Esquivel, presidente de la Federación Venezolana de Fútbol, y algunos otros como Julio Humberto Gorrondona, presidente de la Asociación de Fútbol Argentino.

—Fue una cosa muy rápida porque yo fui al grano: quiero la final. Ellos primero empezaron con planteamientos formales y después fueron al económico —contó Di Martino para ejemplificar lo sencillo de la transacción.

—Queremos un millón de dólares —planteó un funcionario.

—Déjenme buscarlos, los conseguiré en dos días

—No. Tienes 24 horas. Si no, se la damos a otro.

«Hubo un minuto de silencio en el que los negociantes parecieron pensar: ¿Y si hubiésemos pedido dos millones de dólares?».

El dinero salió de empresarios cercanos a Di Martino, no se sabe qué clase de amigos tiene el

funcionario. El exalcalde confesó que nunca supo cómo se repartió el dinero, pero que sí era notorio que quien llevaba el canto en las reuniones era Eugenio Figueredo de Uruguay.

El resultado se conoció tres días después. La voz oficial fue Hugo Chávez, quien dijo ser obediente a la decisión: «Si ustedes consideran que la sede final es Maracaibo y Rafael Esquivel me recomienda esa ciudad, entonces que así sea».

La manera de pagar el soborno fue contada también por Di Martino: «Salían avionetas con bolsas de dinero después de los partidos que se dieron en Maracaibo». Supuestamente se desconocía el destino de los aviones, si volaban a Caracas o eran depositadas en alguna entidad bancaria. Detalles que al exalcalde no le interesó que trascendieran.

La Copa América no funcionó para que los estadios construidos o remodelados cumplieran su función con los jugadores o con la fanática, o para estimular la práctica del deporte. Ni siquiera para eventos musicales. Las reparaciones fueron tan deficientes que no soportaron otra actividad.

La corrupción, la dejadez, la incapacidad gerencial se han expresado en el derrumbe de los estadios. Con la crisis, los equipos, o mobiliario fueron desmantelados. La Copa América de 2007 fue un espejismo y para Chávez un capricho. Buscó a Jaime Ramírez como ejecutor del evento para lo que desplegó su agenda de amigos y a los nuevos corruptos dispuestos a adherirse a esta oportunidad.

Años después en el estallido de la crisis, informaciones más específicas hicieron enmudecer de vergüenza al conocerse de canchas que fueron utilizadas tan solo 45 minutos, en las que en lo construido o reparado no quedó algún espacio que sirviera para la práctica del ejercicio o para el deporte menor.

La Copa América nada dejó al país. Los especialistas aseguran que ni siquiera aportó para el nivel de juego. Los estadios monumentales están destruidos, las canchas alternas nunca se crearon. Se gastó un dineral que quedó en manos de corruptos.

Quien sí subió un escalafón, afilando sus espuelas para los negocios, fue Jaime Ramírez.

## XV

Eran las 2:12 am del 3 de agosto de 2007. Hora en que los litros de café ingeridos durante el día hacían mayor efecto en el ánimo de Chávez. Un médico que cumpliera con su deber le habría insistido en lo inconveniente de esa adicción para su salud. Jaime no. Le importaba, sí, tener tres horas esperando. No dejaba de mirar su Galaxy negro que trataba de ocultar con la chaqueta. Inessa me habría advertido que dejara el reloj en casa, pensó con la cara enfurruñada. Pero ella ya no está.

Llevaba más de seis horas en Miraflores, donde revisaría los encargos especiales que dejaría Chávez a ser ejecutados durante sus días de ausencia. La gira arrancaría en Argentina el 6 de agosto. Pisar primero Buenos Aires era una deferencia con el matrimonio Kirchner. Tanto el presidente Néstor como su esposa Cristina —que estaban en plena campaña electoral— le darían una mano importante para el ingreso de Venezuela al Mercosur, que aún debía ser aprobado por los parlamentos de Brasil y Paraguay. Con este último país, era urgente el *lobby* ante su franca resistencia. A cambio de esta gestión, Cristina esperaba una generosa colaboración para lograr su objetivo político. La ruta del viaje de Chávez continuaría hacia Uruguay, Bolivia y Ecuador, donde se firmarían diversos acuerdos.

El peso de la comitiva lo llevaba Rafael Ramírez, presidente de PDVSA y ministro de Energía. Los fondos que serían entregados a la Kirchner provenían de la empresa petrolera. Con Ramírez también viajaría el canciller Nicolás Maduro.

Jaime había acordado en encontrarse con su amigo Rafael luego de la reunión con Chávez para evaluar la operación ordenada por el jefe. El vuelo en avión privado sería monitoreado por la compañía de Energía Argentina. Jaime volvió a mirar su reloj. Tenía consigo la lista de viajeros. Por Argentina, Ezequiel Espinoza, presidente de Enarsa, Claudio Uberti, director del Órgano de Control de Concesiones Viales, Victoria Bereziuk, asistente de Uberti. Los pasajeros venezolanos eran Ruth Behrens, representante de PDVSA en Uruguay; Nelly Cardozo, asesora legal; Wilfredo Avila, un funcionario de protocolo; Daniel Uzcátegui, hijo del vicepresidente de PDVSA en Argentina; y Guido Antonini Wilson, un próspero empresario.

Sin saludar, con un cigarrillo en la mano y bordeando el amanecer, Chávez le preguntó a Jaime si el viaje estaba bajo control.

—El dinero está empacado en un maletín que ingresará uno de los invitados que tiene intereses en Argentina. El no sabe los detalles de lo que está transportando, aunque sospecha, mas no le importa. Sabe que viaja con una comitiva de lujo de ambos países. Jaime estaba atiborrado de sueño, tratando de sonreír. Nadie se planteaba la posibilidad de que algo saliera mal.

La pesadilla comenzaría veintiún horas después, cuando el avión rentado por la empresa Roy

al Air que había salido de Maiquetía aterrizó a las 2:40 de la madrugada en el terminal sur, destinado a vuelos privados en el aeropuerto Jorge Newbery de Buenos Aires. La ostensible presencia de funcionarios públicos garantizó que el grupo tuviese trato especial en inmigración. En aduana se operó como rutina de amigos. Los pasajeros argentinos no disimularon su prisa y fueron dejando atrás a los venezolanos. El empresario Guido Antonini se había ido quedando solo. El debía cuidar el maletín que le había entregado Uberti, el representante de los Kirchner de mayor jerarquía en el vuelo. Pero solo el joven Uzcátegui esperó por Antonini, un empresario con kilos de más y cara de bonachón que venía disfrutando de las oportunidades que brindaba Venezuela a quienes ausentes de ética se asociaban con el chavismo.

Era sábado. A las 2:45 am la controladora de seguridad aeroportuaria, María Luisa Luján Telpuc, maestra de jardinería, se mostró entusiasta para inspeccionar a los miembros de ese vuelo. Expresó tanto afán, que su compañero de aduanas le preguntó, ¿vamos a trabajar a esta hora? Ella había solicitado revisión al notar algo extraño en un maletín. María Luisa, sin detenerse, miró con comprensión al ojeroso funcionario. Su intuición la puso en alerta de que algo no andaba bien. El avión había pagado permiso especial para aterrizar en ese horario. Uberti y los otros ingresaron bolsas y bolsas sin problemas. María Luisa reconoció a Uberti por sus helados ojos azules. Sí, estaba apurado. La funcionaría continuó observando el monitor del terminal sur, cuando seis rectángulos perfectos aparecieron en la pantalla. La imagen sugería la posibilidad de que fuesen pacas de hierro o libros. Solicitó enseguida que se acercara el dueño de ese maletín.

—¿Es suya la valija?

—Sí

—¿Qué tiene?

—Libros, papelitos...

—Por favor, tome su valija, colóquela acá arriba y ábrala. Era una valija de mediano tamaño. Y Antonini, titubeante, comenzó a sudar.

Habían logrado pasar por aduana sin ser revisados, pero en el área de seguridad, María Luján presionó al pasajero. «Ajá... libros».

—¿Qué cantidad de dinero hay allí? —insistió ella un poco molesta porque ya sentía que le estaba tomando el pelo.

—Unos 60 mil dólares, afirmó Antonini en una pésima aproximación a la realidad.

La funcionaría anunció con ironía a su supervisor lo que venía: «Encontré un poquito de plata que no pretendían declarar. Esto es para lío».

María Luisa opinó con irónica condescendencia sobre Antonini: «Se olvidó de declarar, pobre hombre». Sin embargo, se esponjó sobre el tino de su sexto sentido y de su entrenamiento militar.

Apenas la maleta abrió la boca fue evidente que los fajos habían sido metidos a presión, sin criterio, a juro. De inmediato, Antonini fue trasladado a otra área. El turno de María Luisa acabó cerca de las 8 de la mañana. Antonini fue dejado en libertad mientras continuó la averiguación. Habían contado 790 mil 550 dólares, los cuales fueron decomisados.

Las luces de la fama cayeron sobre María Luisa. Fue condecorada por el cívico ejercicio de sus funciones. Desfiló como modelo, recibió contratos para desempeñarse como vedette y hasta la acusaron de prostitución VIP. Salió en la portada de la revista *Playboy* y llegó a ser candidata a diputada, aunque no ganó. El dinero de su éxito lo invirtió en un negocio propio, su centro de

estética.

El escándalo empañaba la campaña de la candidata Cristina. Las alarmas avisaron que urgía apagar un fuego que a nadie convenía.

El gordo Antonini pareció cumplir su agenda despreocupado. Dos días después del incidente fue visto en un brindis en el salón blanco de la Casa Rosada, donde Cristina como anfitriona rendía homenaje a los venezolanos.

El origen y el destino previsto para ese dinero había escandalizado a la opinión pública de ambos países. Era lógico sospechar que el monto de lo ingresado era muy superior. Después de la fiesta, Antonini viajó a Uruguay en un vuelo de Aerolíneas Argentinas para recibir a la comitiva venezolana en la gira que continuaba en ese país. El gordo viajó sin ningún problema. De allí continuó hacia Miami.

La versión de los gobiernos argentino y venezolano responsabilizó a Estados Unidos por montar una operación basura de inteligencia para desacreditar a los esposos Kirchner y a Chávez. Pensaron que la descalificación era suficiente y cometieron un error: habían dejado salir al personaje principal de la historia. En diciembre —cuatro meses después— tres venezolanos y un uruguayo fueron arrestados y acusados de presionar a Guido Antonini para que cambiara su declaración en el caso de la valija. Hacía semanas el FBI había contactado al gordo y este había aceptado colaborar. Los detenidos señalados por presionarlo fueron grabados. Las conversaciones exponían como evidencia a la red de corrupción activada para usar fondos públicos venezolanos y así financiar la campaña de los Kirchner. Los acusados por el fiscal Thomas Mulvihill fueron Moisés Maiónica, Franklyn Durán, Carlos Kaufman y el uruguayo Rodolfo Wamseele.

Antonini era hijo de mujer estadounidense y se desempeñaba como directivo de distintas empresas de Estados Unidos y Venezuela. Había sido asesor de Carlos Kaufman y Franklin Durán en Venoco, empresa fabricante de lubricantes que mantenía relaciones comerciales con PDVSA.

No todo era trabajo entre ellos, también se divertían. Los lazos de amistad se habían estrechado a partir del *rally* europeo Gumball 300 con dos Porsches a nombre de Venoco. El gobierno de Chávez solía patrocinar actividades similares con un Ferrari 360 Modena.

El testimonio de Antonini al FBI fue demoledor. Precisó que la maleta se la había entregado Claudio Uberti, segundo en el Ministerio de Planificación argentino, quien le aseguró personalmente y a través de su secretaria Victoria, que no tenía razón para preocuparse. El gordo admitió que el dinero que transportaba en la valija tenía como destino la campaña presidencial de Cristina Kirchner. Por eso, al visitarlo después en Miami, Uberti fue insistente en enviarle saludos especiales de parte del todavía presidente Néstor Kirchner. ¿Si eso no es presión cómo se le llama?, comentó un funcionario del FBI.

Mientras los acuerdos florecían entre Argentina y Venezuela, el FBI investigaba y apoyaba al fiscal Mulvihill, que recibió de la agencia federal numerosas grabaciones que probaban la conspiración de los gobiernos para mentir sobre el origen y destino de los 800 mil dólares. Ambos países habían intentado ocultar la verdad al negar, primero, que Antonini fuese parte de la comitiva y, después, al agregar en la ruta del avión una escala en Bolivia desde donde podría haber salido el dinero en lugar de Venezuela.

Antonini consiguió no ser detenido, aunque tenía prohibición de salir de Estados Unidos sin

autorización. En Argentina optaron por acusarlo de contrabando y la jueza solicitó tarde la extradición. Ahora Buenos Aires sí lo quería cerca, pero ya lo había perdido. En Venezuela la Fiscalía hizo el amago de investigarlo, sin una sola diligencia para ello. El gordo en Miami estaba muy dispuesto a colaborar.

Cuando el caso parecía languidecer, uno de los implicados, Moisés Maiónica, se declaró culpable de operar como agente extranjero en Estados Unidos. Se trataba del enlace más importante entre el gobierno de Venezuela y los otros acusados. Maiónica se jactaba de sus relaciones con altos miembros del Ejecutivo, entre ellos el vicepresidente Jaime Ramírez y Henry Rangel, director de la policía política. Al decidirse a confesar la verdad, Maiónica precisó que se encontraba con sus hijos de vacaciones en Miami cuando Ramírez y Rangel lo contactaron para que interceptara a Antonini. El objetivo era convencerlo de que acudiera al juicio en Argentina bajo la promesa de que los cargos le serían retirados. La presión era para que callara sobre el origen del dinero y que el destino era para la campaña de Kirchner. La operación de Jaime junto al jefe policial era doblarle la muñeca a Antonini y hacerlo regresar a las garras del gobierno venezolano. La escogencia de Maiónica como el hombre para persuadir a Antonini había sido idea de Jaime Ramírez, quien era su amigo.

La agencia federal, por su parte, cuadró para que Antonini exigiera dos millones de dólares a cambio de regresar a Argentina. Maiónica le garantizó en nombre del gobierno venezolano que PDVSA le cancelaría sus exigencias, incluidas las multas por ingresar dinero sin declarar.

Con su confesión Maiónica logró reducir su condena a veinticuatro meses. El juez federal Joan Lenard lo habría sentenciado a quince años. Eso sucedió a finales de 2008. Desde antes, Maiónica formaba parte de la vida de Jaime Ramírez.

Moisés Maiónica tenía el prototipo de un estafador. De abogado a banquero, de auditor económico a relacionista público de la comunidad italiana en Venezuela. En esas mutaciones Jaime solía estar cerca.

Eran buenos amigos, compinches. Así se comportaron desde 2005, o probablemente antes, cuando como asesor de «Smartrick» invitó a Jaime — siendo presidente del CNE— y a su hermana Betty, al famoso viaje a Boca Ratón con todos los gastos pagos y de cuya atención se contrató la empresa para el sistema de automatización electoral y negocios paralelos. Después vinieron los Audi de regalo y las camionetas Nissan blindadas y los dos BMW.

La detención de Maiónica en Miami se había materializado el 29 de noviembre de 2007. Salía de una cena con Antonini —que venía colaborando con el FBI— junto a su amigo Franklin Durán. Ambos fueron detenidos. Maiónica celebraba con sus amigos la aprobación de un crédito a treinta años del Washington Mutual Bank para un apartamento en Brickell.

Una vez hecho preso, los abogados de su defensa evaluaron la decisión ante la evidencia grabada de cuatro reuniones y ocho conversaciones telefónicas de Maiónica con Antonini, que dejaban al descubierto la misión ordenada por el vicepresidente Jaime Ramírez y el director de la Disip, de encubrir la verdad que dejaba al descubierto a los gobiernos de Argentina y Venezuela. En los diálogos, Maiónica alardeaba de su cercanía con Jaime.

A lo largo de dieciséis meses que duró el proceso judicial en Estados Unidos, solo Franklin Durán se declaró inocente de presionar a Antonini.

Otro de los detenidos y socio de Durán, Carlos Kauffman, estalló en lágrimas al ingresar a la sala de juicio —la jueza con delicadeza dio un receso para que se recuperara—. Allí contó que el

vicepresidente Jaime Ramírez supervisó todo y que la directiva de PDVSA también estaba involucrada. Kauffman se explayó más allá de lo que cualquiera esperaba escuchar. Habló de su prosperidad y del tipo de negocios que hacía con el chavismo. Refirió cómo había podido financiar la compra de aviones y carros para alcanzar una fortuna de cien millones de dólares pagando sobornos para obtener contratos que le permitieron vender materias primas a la empresa petrolera venezolana entre 2003 y 2008. La variedad de los contratos se extendía a uniformes policiales y equipos médicos que iban destinados a un tercer país. Kauffman fue enfático al decir que esas prácticas ilícitas en Venezuela son habituales. Llegó a identificar a hombres claves en la Guardia Nacional que lo ayudaban a él y a Durán para abrirles puertas en los negocios. Ambos pagaban diez por ciento de las ganancias en sobornos e incluso guardaban el dinero a sus cómplices.

—Eramos como sus banqueros

—¿Cómo lo ayudaba usted a ellos? —interrogó el fiscal.

—Recogiendo el dinero y guardándolo.

—¿De dónde recibían los oficiales el dinero?

—Eran sobornos —contestó Kauffman un poco sorprendido de que el fiscal no entendiera.

—¿Aproximadamente cuánto dinero de esos sobornos manejó usted en nombre de esos oficiales?

—Millones de dólares.

Franklin Durán fue el último en recibir sentencia. Su abogado usó estrategias dilatorias, pero no pudo evitar la pena de cuatro años de cárcel y tres de libertad vigilada. Ya era 17 de marzo de 2009.

La cadena de errores en el caso del maletín señalaba como responsable a Jaime Ramírez. Tanto que insistí para que se hiciera bien esta operación, idiota, repetía Chávez molesto. El escándalo tuvo consecuencias. Chávez se convenció de que Jaime no era el hombre para manejar sus operaciones estratégicas. Maduro desde la Cancillería se había encargado de destacar lo impropio de sus decisiones. Le informó la manera como Jaime le había mentado. Era falso que tenía todo bajo control. La selección de Antonini había sido improvisada. Maduro le demostró a Chávez que el interés de Jaime privilegiaba ayudar a su amigo Maiónica que a su vez operaba con el gordo. Grabaciones posteriores confirmaron la versión venenosa del entonces canciller.

Nada iba a cambiar la decisión de Chávez de remover a Jaime de la Vicepresidencia, pero venía un proceso de vital importancia para su proyecto político: la aprobación de la reforma constitucional, de cuya operación Jaime era responsable, aun cuando ya no estuviese en el organismo electoral. Chávez, aunque confiaba en recibir la aprobación, prefería esperar que la votación se cumpliera sin alteración alguna de su vicepresidente.

Chávez había nombrado a Jaime jefe del Comando Zamora para la reforma constitucional. Y perdió.

«Me engañaron», gritó con furia segundos antes de que su mano izquierda — Chávez era zurdo — golpeará una pared que salió ilesa, pero su puño, no.

«Asumo la responsabilidad de esta derrota», declaró Jaime apesadumbrado.

Un mes después quedaría sin cargo, aunque con mucho dinero.



Estas vacaciones habían sido un bálsamo para Mildred. Disfrutó de sus nietos, compartió con sus amigas y se tomó unos días para escaparse con su nostalgia. Hasta un refrescamiento bajo la recomendación de Luisa De la Rosa, activó alguna tersura a su rostro. Bailó chotis y bebió mucho vino, no perdonó unas copas por la Cava Baja. Brindó agradecida por su Reynaldo.

La sacudió ver a sus nietos creciendo con desapego del país. Es lo natural, se repetía. Sus hijos habían decidido asegurar sus vidas en otros terrenos y los niños se adaptaban con facilidad. Venezuela comenzaba a ser un recuerdo, una referencia hermosa y lejana. Mildred temía convertirse en la fría imagen de la pantalla de la computadora. Le dolía ver a su familia alejada, dispersa, pero no había otra alternativa. Sus hijos estaban muy expuestos. En el intento de golpe del 2002 Reynaldo fue detectado como un conspirador. Y si bien Mildred era percibida como la esposa inofensiva, sus dos hijos recibieron la hostilidad del oficialismo. Hubo amenazas y un intento de secuestro. Así que, para la tranquilidad de todos, sus muchachos asumieron el camino del destierro.

Ni Rómulo ni Arturo habían logrado convencer a su madre de que se mudara con uno de ellos. Ambos la entendían. Acostumbrada a su independencia, Mildred no iba a ceder el espacio de la libertad alcanzada. Y aun cuando el grito de la soledad era imposible de evadir, ella lograba llenarse de actividad. La jardinería la distraía tanto, como a Adelina la cocina. Pero lo más estimulante para su función cerebral, era la política. Conspirar lo convirtió en un homenaje a Reynaldo.

A su regreso se tropezó con la noticia de que el general Raúl Isaías Baduel, ministro de la Defensa, amigo de la casa y compadre de Chávez, había pasado a retiro. El discurso de despedida del militar explotó la amistad entre ellos. Limpiando el texto de melosas referencias religiosas y de la pomposidad innecesaria para referirse a sus compañeros de armas, la intervención de Baduel expresó una rotunda crítica al llamado socialismo del siglo XXL «Debemos apartarnos de la ortodoxia marxista que considera que la democracia con división de poderes es solamente un instrumento de dominación burguesa».

Había golpeado a Chávez que —con razón— se preocupó por el efecto en la Fuerza Armada. Baduel era el militar más respetado en la FANB, idolatrado por la militancia chavista luego de haberlo restituido en el poder después del alzamiento del 11 de abril.

El general fue preciso en la crítica y contundente en la advertencia. Recordó el fracaso del socialismo en lo político y en lo económico en otros países. Y a la Fuerza Armada le habló directamente al exigirle un comportamiento democrático. Esta fue la parte más intolerable para Chávez. El comandante en jefe era él, y solo él daba órdenes a su tropa.

Chávez quería pulverizarlo, pero decidió esperar. Consideró que Baduel ya retirado, sin poder de fuego, no era un peligro inmediato. Chávez además quería privilegiar el proceso de reforma constitucional que le garantizaría más poder de manera indefinida.

Fue un tiempo que Baduel aprovechó. En noviembre se pronunció contra la pretensión de Chávez. Le habló al chavismo y le solicitó que votara No, advirtiendo sobre su intención de perpetuarse en el poder. Esa opinión fue decisiva para la derrota de su amigo y compadre, quien decretó venganza. Con control sobre el Poder Judicial ordenaría procesar a Baduel como corrupto y lo sentenciaría a ser un preso político.

Mildred invitó al general Baduel a su casa. Ya estaba amenazado.

Tenía tiempo sin verlo. Parecía más afable sin el rígido uniforme militar. Había alegría en sus

ojos. ¿La recuperación de la libertad? ¿Haberse soltado del yugo de Hugo Chávez? ¿Quitarse el peso de encima de tan inmenso error? ¿Un nuevo comienzo con la oportunidad de un *mea culpa*? Todo ser sensible y honesto debía sentirse aliviado de desprenderse de Chávez y su manera egoísta y destructiva de administrar el país.

—La institución militar no va a permitir que un presidente pretenda mantenerse en el poder por tiempo indefinido. Esa reforma de la Constitución no va —anunció el general.

—Ya Chávez ha acumulado demasiado poder. La democracia se perdió desde el momento en que no se respetó la división de los poderes —reflexionó Mildred.

—La Fuerza Armada debe sacarlo de Miraflores, si él desvía su camino. Es nuestra responsabilidad. Chávez no puede imponernos un régimen comunista.

Mientras miraba con atención al militar, Mildred trató de precisar lo que podía haber fracturado la amistad entre él y Chávez. El comunismo, sin duda. Chávez y Baduel parecían adorarse, más aún luego de su apoyo decisivo para regresarlo a la presidencia en los sucesos del 11 de abril. Mildred pensó que probablemente el general había detectado negocios oscuros con Cuba, la vinculación del gobierno con el terrorismo, con el narcotráfico. Para él ha debido ser muy fuerte tomar esa decisión que sabía destrozaría una amistad que parecía indisoluble. Mildred recordaba lo orgulloso que estaba Baduel de ser ministro de la Defensa de su compadre. Reynaldo y ella lo saludaban de manera espaciada por cortesía. Entendían que la compañía de un matrimonio conspirador no era buena referencia para el sistema de inteligencia cubano que mantenía vigilado al país.

Mildred sirvió más té suspirando con discreción. Al hombre que tenía sentado en su butaca favorita, le quedaba poco tiempo en libertad. Y su vida estaba en peligro.

## XVI

Betty en París se vestía de Guasón. Era simplemente un payaso, pero ella asumió el rol de Joker. Disfrutaba la idea de ser villana. Encontró que desde la posición de malvada se sentía cómoda y fuerte. Ella, tan débil durante su vida. Tan enferma, tan pequeña, tan huérfana.

La militancia de izquierda Betty la asumió con banalidad. Había leído del tema y su hermano le había indicado que ese era el camino, que era una posición conveniente, y ella compraba las franelas del Che Guevara marca Gucci, asistía a reuniones con amigos comunistas convocadas frente al Museo Pompidou o en la isla Saint-Louis a la orilla del Sena con el mejor vino...

Betty tenía un amigo, Santiago, con el que compartía las noches de París. En un mapa marcado resaltaban los apartamentos donde vivían venezolanos con elevado poder adquisitivo. Establecían una ruta de visitas. Ding, dong, somos payasos estudiantes venezolanos y el resto era pasar el sombrero. Los clientes se divertían y ellos resolvían su ayuda extra-beca. Betty vivía en un pequeño apartamento, de unos veinticinco metros cuadrados. A veces pasaba sinceros apuros. Su familia todavía percibía ingresos modestos. En Caracas, su madre residía con su pensión de jubilada en la urbanización Alberto Ravell de la parroquia El Valle. Jaime apenas empezaba a ejercer en un pequeño hospital.

Cuando Jaime ocupó la silla de funcionario público y se iniciaron los primeros negocios, la familia progresó. Betty pasó del pequeñísimo apartamento en la Rué Place, 75005 en París, al barrio Latino cerca de la iglesia de Saint-Etienne-du- Mont.

Desde entonces para Betty los lujos no son negociables. Haber logrado ser millonaria la colma de satisfacción. No sabe lo que es la caridad. No hace esfuerzos para controlar su codicia. Le aterra la idea de no disponer de dinero. Los gestos de amor los valora en monedas. Para Jaime ella comete un gran error al incorporar a sus parejas en sus negocios, al convertirlos en socios.

Estando en París, una íntima tormenta familiar se desató cuando un joven se comunicó para informar que era hijo de Jaime Ramírez, hermano de Betty y Jaime. ¡¿Un bastardo?! Betty no estaba dispuesta a compartir nada. Ni siquiera el recuerdo de su padre. El acontecimiento quedó reducido al círculo íntimo. Al poco tiempo el muchacho desapareció, sin quedar registrada su existencia en archivo público o privado.

La comunicación con Jaime nunca la debilitó la distancia. Ambos debatían, a veces con mucho calor, sobre acciones políticas. Betty también mantenía largas conversaciones con miembros de la Liga Socialista.

Su hermano es su referente masculino. Es una relación fuerte, sólida, donde ambos se controlan y se aman. Ninguna decisión de uno está separada de la del otro.

Jaime y Betty son una alianza indestructible y así coexisten en la política venezolana. Su

objetivo no lo ocultan. Sus noches de copas las cierran brindando por alcanzar la presidencia de la república. Lo expresan con pequeñas variables, pero es casi una constante que, bajo la pasión de cualquier discusión sobre el país, Jaime jure que va a ser el presidente. Lo puede decir en el Country Club de Caracas, en un jet de lujo o en su casa. «Yo voy a ser el presidente de esta mierda».

No es tan sencillo ser presidente, comentó Julio Valentín al brindar junto a Juanita al confirmar que Jaime había sido despedido de la Vicepresidencia. «Abajo el traidor», cantaron al unísono.

—Apenas se inicia su castigo —anunció Jotavé.

—Es que son de lo último —comentó Juanita con ese tono de mujer amanecida. ¿A quién se le ocurre robar el dinero que encuentras en la caja de seguridad del despacho presidencial? ¿Es bruta o descarada?

—La codicia y la soberbia cegaron a Betty. El ascenso al despacho anexo del presidente la desbordó. La inteligencia de nada vale si no sabes manejar las emociones. Insultar a Chávez no solo es un acto de torpeza. Demuestra su bajo nivel. Es un personaje impresentable, carente de educación. La sobreestimé — admitió Jotavé—. Es grosera, impertinente y pretenciosa. Su hermano la utiliza y ella mueve la cola recibiendo las instrucciones de atacar o acariciar, según sea el caso.

—Son impostados, son una marca falsa.

—Siempre he llamado la atención a Jaime sobre su avaricia. A él eso no le importa. Al contrario, ser millonario fortalece su confianza. Y eso es una gran debilidad porque sin dinero nada vale.

—Es acomplejado. Y no entiende que la sociedad se lo va a cobrar. A la gente no le gusta que le restriguen el dinero en la cara.

—Exacto —ratificó Jotavé—. Ese comportamiento desfachatado, lo hunde. Fíjate en su relación con Maiónica que, en lugar de ocultarla, la promociona. Fue tan torpe que terminó complicado con el caso del gordo Antonini. La lista de la exposición innecesaria de la codicia es larga... Han sido contratos innecesarios para satisfacer lujos personales. Sin embargo, creo que todo se lo habría permitido Chávez si le hubiese entregado la victoria en el referéndum para la reforma constitucional.

—Pero no lo logró.

—Jaime y Betty son unos personajes de cuidado. Verás que por estos días bajarán el perfil —anunció Jotavé.

—Pues, por lo pronto, yo brindo por el *annus horribilis* para los hermanitos siniestros. — Juanita levantó su copa desfilando frente a su marido—. ¿Quieres una?

—Sí, pero de sangre.

Esa noche del 2 de diciembre de 2007, luego de que la presidenta del CNE, Tibisay Lucena, calificó como irreversible la derrota para la propuesta de reformar la Constitución, Chávez se dedicó a destrozar lo que sus manos y pies fueron encontrando en el Palacio de Miraflores. Las huellas de su furia las dejó sobre obras de arte y muebles de valor. En el pasillo que conduce al Salón Pantano de Vargas corrió peligro el cuadro de Bolívar del pintor Cirilo Almeida. Por fortuna, del piso fue recogido sin daños perceptibles, no así el busto del general Carlos Soublette,

que tuvo que ser enviado para su restauración, así como el trabajo en carboncillo del procer Francisco de Miranda. Aún hoy los expertos lamentan perjuicios irreparables. Un mueble, preciosa antigüedad del siglo XVIII que Mildred solía referir con admiración, quedó parcialmente destruido. Ninguna de sus cuatro gavetas con tiradores de bronce en forma de argolla, se mantuvo ilesa.

En la mañana, Chávez sin dormir, aún rugía. Disparaba groserías y repetía incoherencias. Se mostraba molesto hasta con el Libertador, con quien solía conversar con amabilidad y respeto en una silla que nadie más podía ocupar.

Los ministros convocados a una reunión se resistían a ingresar al salón de la cita. Sabían que adentro estaba una fiera. Antes de esta escena que los mantenía en vilo y nerviosos, Chávez había interrumpido la transmisión de una cadena ordenada por él en la que el alto mando militar reiteraba el respeto a los resultados electorales, así como al contenido de la Constitución. La transmisión la interrumpió Chávez, cuya cabeza entró primero que el resto del cuerpo. Era un toro preparado para el ataque, rasgando el piso con una pata primero y otra después, arrebató un micrófono para hablar. Al sostenerlo sus manos absorbieron la atención de las cámaras que hicieron visibles restos de sangre, con sus nudillos destrozados y sus dedos inflamados. Su rostro estaba hinchado. Quizás había llorado. A Chávez le brotan las lágrimas con facilidad. La intervención, algo incoherente solo dejó clara su rabia. Cerró despreciando el proceso cumplido y su resultado: «fue una victoria de mierda». La audiencia en suspenso ni siquiera se permitió reaccionar con la acostumbrada adulancia de la estrofa «Uh, ah, Chávez no se va». La transmisión salió del aire enseguida.

Chávez se dirigió al salón de reuniones donde en menos de veinte minutos bebió dos jarras de café y fumó siete cigarrillos. Jaime Ramírez había sido comisionado por el resto del gabinete para enfrentar de primero tal circunstancia. ¿No eres el psiquiatra que asegura poseer poderes superiores, lograr controlar la mente de los adversarios y apaciguar ánimos caldeados? Demuestra tus virtudes, exhortaron los ministros.

Jaime se acercó con paso lento. Procuró ser silencioso. Las pesadas puertas del despacho tenían marcas de patadas. Un cuadro había sido masacrado por sus puños. Pensó en recomendarle que tratara de remojar las manos en hielo, pero calló. En el piso había vasos, platos, jarrones rotos, documentos regados, cigarrillos expelidos hacia cualquier lado. Varias bandejas de comida estaban sin probar. El saludo de Jaime fue una fuerte expiración con la que trató de llamar la atención de Chávez que, de pie, miraba por una ventana.

Habló casi en susurros. La calma preocupó más a Jaime. Prefería el grito de ira.

—Esta derrota me la va a pagar el general Raúl Baduel.

Jaime tembló. Tenía la certeza de ser el siguiente fusilado. Sabía que Chávez lo culparía de la derrota. ¿Qué había sucedido con «Smartrick» y el triunfo que le había jurado que estaba garantizado? ¿Sabes cuánto dinero me ha costado? Chávez decía «mi plata» como si se tratara de su cuenta bancaria, igual a como consideraba al país, su hacienda, y a los venezolanos, sus peones.

Jaime desde la Vicepresidencia tenía el control de la operación electoral y decidía la distribución del dinero. Chávez sabía de su sociedad con «Smartrick». Se lo permitía a cambio de eficiencia. Y eficiencia significaba resultados.

—Tú y tu hermanita no sirven para nada —concluyó Chávez volteando su mirada lentamente hacia Jaime, de pie con las manos atrás, con el desdén del poderoso que espera que el acusado se

arrodille y suplique perdón.

A Betty se le juntó el despecho con el despido de su hermano. Ella, que no se había recuperado del abandono de Fulgencio Calmillo, sentía pocas fuerzas para apoyar a Jaime. No había champaña suficiente, ni poema de Rafael Cadenas, ni triple ración de sexo muy bien pagado que la consolara. Nada le devolvía las ganas de vivir.

La mala racha de Betty se había iniciado en agosto de 2006 cuando Chávez la despidió.

Debemos sobreponernos, somos los más fuertes, insistía Betty. En esos meses, buscando consuelo, compró dos samoyedo, la raza de perros que toma su nombre de un pueblo de Rusia. Los animales para su bienestar necesitan estar en un ambiente de bajas temperaturas. Betty buscó un cuidador con un perfil especial y adaptó parte de su apartamento para acondicionarlo a 8 grados centígrados. El pago al veterinario y entrenador significaban 50 mil dólares mensuales. Valía la pena. Su estado de ánimo mejoró.

La crisis de los hermanos revivió en Betty su desprecio a los militares. Se lamentaba de la ignorancia de Chávez, incapaz de apreciar el buen gusto de Jaime para redecorar La Viñeta. Ella en persona supervisó que la remodelación estuviese orientada hacia el estilo del palacio de un monarca con oficinas modernas y una decoración exquisita. Chávez es un malagradecido, pensaba por esos días. No me apoyó, ni siquiera aprobó los recursos necesarios cuando estuve en el Despacho de la Presidencia. No valoró mi trabajo al que dedicaba entre 18 y 20 horas diarias. Tuve que dormir en un maltrecho camarote en Miraflores hasta que me habilitaron un espacio higiénico y decente. Lo peor fue tener que convivir con tantos oficiales ineficientes y sucios.

Betty agradeció a quienes habían respondido ante esta circunstancia tan aciaga. Tibisay Lucena, consecuente amiga, Alicia Castro, exembajadora de Argentina en Venezuela, con sus gloriosos detalles de buena anfitriona: caviar, salmón, dos asadores para comer la mejor carne y el vino más selecto. Le sobraba el buen gusto.

Betty reactivó el contacto con su excompañero de estudios de la universidad Baldo Sansó, con quien mantenía negocios financieros en Nueva York. El plan era poder operar con autonomía a pesar de quedar un rato fuera del registro de la élite chavista. Rafael Ramírez, desde PDVSA, tenía la vara muy alta con Chávez y a Jaime y Betty les debía favores. Los hermanos querían prepararse para cruzar el desierto.

Tan mal no estaban. Chávez había encargado a Jaime la organización del Partido Socialista Unido de Venezuela que debía fusionar los grupos de izquierda que lo apoyaban. Sería el encargado de moldear el plan cubano para lograr el absoluto control político. Era una oportunidad, Jaime no estaba muerto.

Chávez, salvo excepciones, decretaba destierro o prisión para sus enemigos y castigaba a los suyos con distancia, silencio e indiferencia. Su humor podía cambiar junto a sus necesidades. Los perdonados regresaban dóciles y mansos. En estas decisiones diferenciaba a los militares de los civiles. A los primeros, los sentenciaba como un superior. A los civiles aplicaba distintas penas. Una era el desprecio definitivo, como a Betty. Otra era colocarlos en posiciones no deseadas que significaban un escalón descendente en su ambición. Eso le hizo a Jaime.

Mildred andaba con su capa de viejita inofensiva. Había convocado a un pequeño grupo construido bajo la estrategia de obtener más información y divertirse. En ausencia de la cofradía revivió antiguas relaciones con personajes de las agencias federales en Estados Unidos que le

tenían ojeriza a Hugo Chávez. A ellos les pasaba informes que podían ser de interés para resolver la crisis venezolana. Mildred nunca dejaba a un lado su alma de espía.

De la antigua y disuelta cofradía, solo invitó a Raiza Romero, recién designada en la tercera en línea de la Fiscalía General de la República, y a Luisa De la Rosa, que estaba entregada a la labor de una ONG en favor del rescate de niños abandonados. Con ambas había estrechado amistad.

El grupo resultó de una variedad encantadora. Lorenzo Otero, psiquiatra, antiguo profesor de Jaime Ramírez, César Guzmán, sociólogo, Leonardo Gutiérrez, matemático, Laura Rivera, periodista, y Carlos Alberto Vásquez, joven diputado opositor. Peculiares conocedores de los hermanos Ramírez. Pero esa no había sido la razón formal de la convocatoria. Mildred encontró en el nombramiento de su amiga Raiza, la perfecta excusa para encontrarse. Aprovechó para ofrecer un variado menú con gustos actualizados al anunciar su incorporación a la vida de vegana.

Cerraba el 2008 después de las elecciones regionales celebradas el 23 de noviembre en las que el oficialismo había triunfado con holgura luego de consumir atropellos y ventajismos. Para el proceso, líderes políticos opositores fueron inhabilitados. Jaime Ramírez resultó electo alcalde del Municipio Libertador.

—Chávez lo sacó del ostracismo. Lo mandó a patear la calle y buscar votos para después tener que reparar alcantarillas —como bien diría Teodoro Petkoff, acotó César Guzmán.

—Igual seguirá dirigiendo al Consejo Nacional Electoral a su antojo, con sus socios de «Smartrick» y con Tibisay Lucena y Susana Osuna —acotó Carlos Alberto Vásquez.

—La que sigue sin puesto es Betty —afirmó Luisa De la Rosa.

—No necesita cargo. Jaime la tiene a su lado. Ella manda donde él esté —replicó Carlos Alberto.

—¡Que relación tan extraña la de esos muchachos! —dijo Mildred con toda la intención.

—Ellos son muy oscuros —describió Raiza.

—Yo diría que son diabólicos —aseveró Laura Rivera, la periodista que había guardado silencio—. Con esto no quisiera que encasillaran mi descripción en un asunto religioso, aunque bastante que le meten a la brujería y otros temas. Ellos son perversos, capaces de las peores acciones. Pienso que el adjetivo que mejor les calza es el de siniestros. Son los hermanos siniestros que han decidido tomar el poder. Y créanme, cada vez se acercan más. Jaime es pupilo de Julio Valentín Rojas y lo ha superado en su cinismo y amoralidad. Esos hermanitos han construido un supuesto dolor sobre un padre al que han despreciado toda su vida. Testimonios abundan de amigos desde su infancia. Tampoco querían a Chávez. Les recuerdo la frase de Jaime en una reunión política en 1998 narrada por decenas de testigos: «Estoy estructuralmente impedido de apoyar a un militar». Y la de Betty: «No puedo entrar a un gobierno que ha premiado con cargos a los asesinos de mi papá». Farsantes. La codicia los carcome. Harán lo que sea para obtener el poder. Ambos apuestan a las limitaciones del entorno chavista. En su amoralidad sortean dificultades y adulan a quien les conviene. Su riqueza la usan para acceder al sector opositor. Les acompleja saber que nunca terminan de ser aceptados. Que tendrán los mejores vinos y las más exóticas comidas, pero que jamás estarán de este lado. Sin embargo, corrompen. Han logrado penetrar a políticos deshonestos y empresarios inmorales que son utilizados por Jaime para conocer nuestras debilidades. Jaime pretende experimentar con nosotros la técnica que ha aplicado a los presos políticos. Procura fracturarnos, desacredita nuestras actividades, se burla de los líderes. Exprime su mejor esfuerzo para tratar de hacernos sentir bazofia. Su narrativa es

una extensa mentira tejida contra sus víctimas. Nos quiere quebrar para poder controlarnos. Esos hermanos siempre estarán del lado que les convenga para lograr su objetivo. Jaime y Betty han venido trabajando a los cubanos. Su plan es convencerlos de que Maduro ya no es el hombre conveniente para mantener la revolución a flote. El mismo mensaje se lo mandan a los americanos. Jaime se ofrece a los cubanos como psiquiatra presentándose como poseedor de un valor agregado aprovechable por el aparato de inteligencia, por lo que estaría dispuesto a aplicar las técnicas que sean necesarias. Debo referirme entonces a la psicopolítica.

—Que pertinente esa apreciación —completó Lorenzo Otero, el psiquiatra.

Los invitados escuchaban interesados un tema del que poco se habla. El silencio alentó para que Lorenzo se extendiera en el análisis.

—Para decirlo llanamente: es el lavado de cerebro masivo. Hay algunas apreciaciones distintas sobre su origen, pero casi todas coinciden en el comunismo soviético. Fue utilizada para aplastar la resistencia al control y lograr el dominio del pensamiento de la gente.

Libros que analizan esta técnica registran algunos objetivos, como producir el caos en la cultura enemiga. La idea es minar al adversario, bajo algunos preceptos estruendosamente condenables y que, sin embargo, aún están vigentes con relativos avances en su aplicación. Por ejemplo, según el manual de psicopolítica, la obediencia se obtiene con violencia. «Una población sometida y conquistada por la guerra, obedece al conquistador y lo hace porque el conquistador ha evidenciado más fuerza».

—Es el plan del comunismo para doblegar a la sociedad —acotó Laura, mientras el resto del grupo chequeaba en sus aparatos digitales. ¿Se dan cuenta cómo calzan los hermanitos siniestros en este plan?

César Guzmán, advirtió leyendo parte del *Manual de psicopolítica* escrito por Kenneth Goff: «Todo ha de convertirse en Guerra Revolucionaria contra el hombre. Guerra Revolucionaria por la conquista del poder en un pueblo, y luego, ya en el poder, Guerra Revolucionaria para convertir al hombre en un mero esclavo de la nueva sociedad revolucionaria».

Mildred resumió:

—Aquí dice que la psicopolítica «es la ciencia de la domesticación de los pueblos. Una nueva especie de ciencia arquitectónica que, echando mano de todas las conclusiones de las otras ciencias humanas, en especial de la psicología y la sociología, trabaja en la elaboración de un nuevo tipo de hombre domesticado». ¡Dios! —concluyó Mildred con una solicitud de auxilio imposible de contener.

—Lo aterrador, como dice el manual de Koff, es que el grandioso progreso operado por las ciencias fisio-psicológicas y psiquiátricas de los últimos tiempos, ha sido puesto al servicio de esta praxis de transformación de la psique humana. Una praxis diabólica —aquí aparece el término que utilizaste Laura, indicó Leonardo— de transformación del hombre.

—Escuchen —destacó Lorenzo—, al comunismo lo que le interesa fundamentalmente es cambiar en gran escala las ideas y las convicciones de los hombres.

—¿No hay defensa frente a esto? —preguntó con preocupación Mildred.

—La vacuna primordial es la que logre erradicar al comunismo —sentenció sin dudarlo Carlos Alberto.

—Supongo que parte del espanto esta noche es la certeza de que en Venezuela la psicopolítica está siendo aplicada por Cuba, que se aprovecha del servicio que desde el gobierno prestan los



hermanos Ramírez. ¿Entienden mi preocupación? —preguntó Laura.

—Tienes razón. Se trata de técnicas aplicadas desde hace décadas pero que las han ido perfeccionando con fármacos, con control de los medios de comunicación, redes sociales y con acciones represivas a distinto nivel, agregó César. Quiero destacar algunos aspectos que conozco de las técnicas de los cubanos y que están ejecutando en Venezuela. En esto pesa mucho la hegemonía comunicacional que la sufrimos cada vez de modo más implacable. En nuestro país estamos atrapados con la imposición de las verdades del gobierno y no exagero al decir que se pretende la dominación psicológica, sustituir la memoria por imágenes impuestas donde ellos — que están en el poder— son poderosos e invencibles. Es fundamental el esfuerzo por defender la verdad porque, si caemos en la trampa de las manipulaciones, será nuestra perdición.

—Si he de morir de esa manera, voy a volver a comer carne —bromeó Mildred, tratando de cerrar la reunión con sonrisas que mitigaran la amargura y tanta preocupación.

## XVII

Era la hora caótica cuando los padres apurados intentan depositar a sus hijos en los colegios de Caracas. La neurosis mañanera se arrojaba sobre cornetas, gritos y desorden junto a peatones, carros y motorizados. Betty colaboraba con la histeria. Apenas una hora atrás, Gloria, asistente de Jaime en la alcaldía, le había informado en su reporte diario sobre un nuevo regalo para su hermano. Esta vez se trataba de una gran caja, enviada por Magdalena. Ella sabía de quién se trataba. La descarada esa, comentó para sí. Tentando al chisme, provocando al escándalo. Jaime también había sido indiscreto con este romance —violentando los acuerdos de seguridad— al enviarle a ella presentes exquisitos, visibles y costosos. «Te amo, mi Magdalena santa», había escrito en la última tarjeta. Ya no eran poemas ajenos, canciones prestadas. Ahora él le declaraba su amor. Jaime había retomado la relación con una dirigente opositora que, justo ahora, ponía en riesgo los planes.

Betty estaba ennegrecida por la ira. Salió de su casa sin bañarse, sin maquillaje, le temblaba el cuerpo, le faltaba el aire. Escuchaba en su teléfono un audio del cantautor Joaquín Sabina que Jaime le había dedicado a esa mujer. Betty era la personificación de una hembra herida. ¿Cómo se atrevía a dedicarle a otra, una canción de Sabina? Le ardía la piel.

Siempre voy a tenerte que agradecer  
Que hayas sido conmigo tan embustera  
Y me hayas enseñado lo que es  
querer  
bailar  
mientras rodamos por la escalera

Has despejado mis dudas  
y has logrado que aprendiese  
a ser un perfecto Judas  
desde la jota a la ese

Contigo he comprendido que la humedad  
Es algo que se seca y se olvida  
Gracias a ti he sabido que la verdad  
Es solo un cabo suelto de la mentira

Por eso sé que perderte  
no era quedarse sin nada  
La muerte es solo la suerte  
de una letra cambiada  
Embustera

Blanqueas emociones  
Traficas con botones  
Pierdes con mi perdición

Dormir contigo es repetir francés  
en una facultad  
Donde un Miró parece una esquila  
Y enseñan cuánto mide la oscuridad  
Sumando pesadillas y duermevelas

Hoy llamo a las rosas pan  
Y al vinagre desatino  
Las mujeres que se van  
Se quedan en el camino

Por mucho que me duela  
debo admitir  
que otras me ven sin ropa y tú  
desnudo ...

No logró culminar la canción «Embustera», tantas veces escuchada con su hermano. Temía llorar. A pesar de que los escoltas apartaban como si fueran moscas a conductores en la vía, el tráfico caraqueño resistía indomable. Jaime no había llegado. Betty solo pensaba en estar antes en la oficina y tomar el control. Había ordenado a Gloria que cancelara las reuniones de su hermano por las próximas horas, prohibiéndole que le informara que iba en camino. Debía caerle de sorpresa. Se trataba del plan de vida de los dos. Para cumplirlo estaban prohibidos los obstáculos y Magdalena era uno. Hermosa, inteligente, activista de uno de los partidos políticos de la oposición. La cabeza de Betty estaba cercana a explotar.

Se reclamaba su descuido. En alguna ocasión su intuición le había ordenado encender las alarmas con ella, pero se confió. He debido poner atención aquella vez cuando él le regaló una edición de lujo de *El Principito* de Antoine de Saint- Exupéry, se repitió. Pero a Betty le pareció que Magdalena estaba muy enamorada de su pareja. Eso percibió cuando en una cena había tratado de seducir a su marido y se tropezó con ella como una fiera dispuesta a matar.

Betty sabía cómo Jaime la había llevado a la cama. Lo hizo bajo el sistema usual, a través de la psiquiatría. Primero trató al esposo que sufría ataques de ira y, poco después, sugirió

incorporarla a ella en sesiones paralelas en las que le explicó que su pareja tenía inflamada la corteza cerebral. Todo era más fácil en el diván.

A Betty le preocupaba la vulnerabilidad de Jaime que aún no se recuperaba del divorcio. Él necesitaba balancear su promiscuidad. Jaime era un cuerpo concebido para el goce que utilizaba sin culpa y con perversión. Y si con Magdalena lograba el equilibrio sadomasoquista, Jaime quedaría atrapado allí por mucho tiempo. Y ella no era conveniente.

Betty estaba segura de que Magdalena había aprovechado el despecho para seducirlo. Fueron días en los que Jaime lloró y lloró. No podía ocultar que estaba derrumbado, hecho jirones. En contraste, Inessa lucía revitalizada, fresca, hermosa, relacionándose con personajes bonitos, libres. Sí, Jaime se volvió polvo con la separación. No se preparó para la ruptura aun cuando su matrimonio tenía la marca de la crisis. Pero el cierre de ese matrimonio lo fraguó Betty. Cuando a ella le pareció una alianza perjudicial, optó por acelerar su destrucción. Para eso construyó el expediente de cuyo contenido Jaime no dudó. El *dossier* de infidelidad quedó inexpugnable. La reacción vengadora de Jaime fue salir con otras mujeres para humillar a Inessa y así aceleró el final. La espantó para siempre.

Magdalena se enamoró de Jaime arriesgándose a que si eso trascendía se enfrentaría a su familia y entendiendo que tendría que olvidar su sueño de hacer política. Aun así, estaba dispuesta. La providencia la salvó. Jaime también se mostraba enamorado. Sus episodios violentos disminuyeron, apareció una insospechada empatía y gestos de ternura sorprendieron al personal.

Magdalena lo veía como el hombre perfecto. Ahora entiende que él simuló amor con el único interés de arrebatárselo y de esa manera hacerla sufrir. Porque no tiene dudas de su sadomasoquismo. Jaime en pareja suele tener el control aun cuando se ubique en el rol de víctima. Es un nivel que Jaime disfruta. Sus acciones se desarrollan bajo un guión. Le estimula provocar angustia. Seduce, se entrega en la indefensión y luego rompe los esquemas. Ahí es cuando fractura a su pareja. La divide y la trata como un trapo, hasta botarla.

A Magdalena le gustaba decirle «Principito». Era su código con el que creían burlar a los habitantes de la capital de la que él era alcalde.

Esa mañana acababan de tener sexo. En esa intimidad ella sabía que él disfrutaba ser halagado. Esta vez Jaime había mostrado fragilidad en la cama. Parecía un niño, tal vez un poco femenino.

—Eres el quinto hombre a bordo —le dijo ella rotando los dedos por su espalda.

—No creas, Chávez tiene mucha gente arriba de mí.

—Bueno, para allá vas, cada vez estás más cerca —insistió Magdalena.

La señal auditiva de urgente de Whastapp lo hizo brincar de la cama. Pocos tenían ese número. Era Gloria, su asistente, para advertirle a hurtadillas que Betty, furiosa, estaba en la oficina y había destruido el regalo de Magdalena. Jaime empalideció y volteó a mirarla. Los labios y manos le temblaban.

—¿Cómo se enteró Betty?, ¿dijiste algo? —preguntó Jaime con angustia. ¡Me dice mi asistente que ella sabe de nosotros! —exclamó desesperado. El mismo sabía la respuesta. Betty había aprendido de los cubanos. De ella era imposible escapar, tenía su vida intervenida con acceso al control del servicio de espionaje. Y de pronto:

—Ven —rogó Jaime a Magdalena, arrodillándose en el piso al borde de la cama con las manos juntas y antebrazos extendidos en posición de rezar. Jaime repetía hasta el hartazgo que era ateo. Trataba como fanáticos a quienes profesaban cualquier fe. Se aferraba a argumentos científicos que intentaban destruir la existencia de Dios. Él sabía que Magdalena era creyente. A veces él se burlaba sobre su vida de estudiante en el colegio de monjas. Por eso a ella le sorprendió que tuviera un gesto de fe. Lo procesó como un acto de amor y obediente lo acompañó.

—¿Vamos a rezar? —preguntó Magdalena con ternura.

—Vamos a recitar esta oración de la hermana Teresa de Calcuta para que podamos lograr que nuestra relación se imponga, se consolide, para que seamos felices —susurró Jaime apretando la mano de ella con mucha fuerza.

«Nada de turbe  
nada te espante...

—Mi Príncipe —lo interrumpió ella con delicadeza— ese es un rezo de Santa Teresita de Jesús.

Jaime volvió:

«Nada te turbe  
nada te espante  
todo se pasa  
Dios no se muda  
La paciencia  
todo lo alcanza  
Quien a Dios tiene  
nada le falta:  
Solo Dios basta»

—Que hermoso esto que has hecho. Me ha conmovido escucharte rezar.

Se quedaron abrazados largo rato. En una sacudida, Magdalena entendió que Jaime lloraba en silencio.

No lo vio más. Ni siquiera le dio la oportunidad de una despedida. Betty bombardeó la relación y él lo permitió. El mismo hombre que había rezado a su lado, que mostraba un sentimiento hermoso, importante, decidió desaparecer. Se ocultó para siempre de su vida.

Betty no podía imaginar la magnitud de la historia que Jaime y Magdalena habían mantenido a escondidas. Si bien había celos en su reacción, lo relevante es que estaba imponiendo su plan de vida. La toma del poder. En eso nadie se podría meter. Nadie. Quien lo intentara debía desaparecer.

Jaime volteó una mesa de madera inmensa y pesada. El escándalo alarmó a seguridad, pero cuando Gloria los tranquilizó con ese gesto de, ya saben, los hermanos están peleando otra vez, el entorno retomó la normalidad.

«Acuérdate de la Presidencia, acuérdate de la Presidencia, acuérdate de la Presidencia», repetía Betty montada en una silla como evadiendo a una rata.

—¡Yo quiero ser feliz por primera vez en mi vida! —gritó Jaime.

—No tienes derecho a destruir nuestros planes. Hablamos de algo verdaderamente grande.

—¡Mírate! ¡Hablas desde la amargura, tú que tienes que pagar a los hombres para que estén contigo!

Betty ya conocía esa ruta por la que Jaime pretendía agredirla. A veces lo lograba. Pero esta vez estaba preparada.

—A esa mujer no la vas a ver más nunca —dijo con extraña voz pausada, cambiando la velocidad de la reuerta. Sus palabras salían como cuchillos.

—Me estás destrozando —expiró Jaime lanzándose largo a largo al piso, debilitado, entregado.

—En pocas semanas me lo vas a agradecer, respondió Betty con ternura. Bajó de la silla y se acercó gateando al cuerpo de Jaime. Tomó una de sus manos y comenzó a besarla con suavidad. Yuyu mío, y llevó su mano hacia su pecho del lado del corazón inclinándose sobre él, recibiendo parte de sus lágrimas.

Investido con la armadura de la psiquiatría, Jaime manipula, controla, miente. Cuando estaba en la directiva del Consejo Nacional Electoral era un seductor que quería ganar cierta popularidad desplegando sus encantos. Cuando los periodistas lo entrevistaban, era coqueto y encantador.

Pero en la Vicepresidencia cambió. Sabía que no debía hacerle sombra a su jefe. Se quitó entonces el traje de oveja porque Chávez lo quería en otro rol. Tenía que mostrarse como el cínico que a Chávez no le agradaba ser. Era Jaime quien debía atemorizar a los demás, amenazar con la capacidad de dañar al otro. Porque para encantador, Chávez. Se ubicó entonces en su esencia, el de hombre malvado y duro que se ganaba el beneplácito del jefe.

A pesar de su actuación no logró seducirlo, ni ganar su confianza. Chávez creía en quien le daba la gana. No tenía esquema para sus afectos. No valoraba la capacidad intelectual, la cultura, ni la simpatía, ni siquiera la belleza. Con las mujeres su criterio era universal, sin distingo de edad, dimensiones, raza o cultura.

Preocupado por el tema de la familia, Chávez mostró interés cuando Jaime se divorció. Los comentarios de los desafueros y excesos de su vicepresidente con su vida personal le eran molestos al militar. Ya había sido una desmesura apropiarse de la Quinta Anauco como espacio para sus tertulias. La hermosa sede del Museo Colonial donde el Libertador Simón Bolívar se había alojado para descansar había sido destinada a club social. La contrainteligencia recibió la orden de seguir a los hermanos. El resultado fue tenebroso. Antes, algunos efectivos de seguridad dispuestos en la casa oficial de Jaime habían huido no solo por los maltratos de Betty hacia ellos. En su ignorancia, creían en la leyenda de la pareja diabólica. Decenas de informes llegaron a Miraflores. Bacanales sadomasoquistas, eran detalladas. Las historias precisaban que no se trataba de festines escandalosos. Eran reuniones privadas, más bien secretas, bajo luz de velas, con tendencia a la oscuridad. La narración era un río de exageraciones del personal. Los que no se espantaban eran los del equipo de limpieza, que se disputaban el privilegio de recolectar lo que los visitantes dejaban en los salones, pescando prendas de oro olvidadas y a veces hasta ropa.

Funcionarios de inteligencia reportaron hallazgos mundanos. Cita especial para las botellas de las bebidas alcohólicas más caras en el mercado, como la de Whisky Macallan de 72 años valorada en 100 mil dólares.

Chávez le ordenó a Jaime cruzar el desierto en la segunda línea de la alcaldía. Y lo mantuvo trabajando para el partido, aprovechando su disposición a optimizar el aparato para el chantaje

como operador electoral. A cambio, le permitiría seguir haciendo negocios. Lo condenó al rol de despreciado. Allí lo mantendría donde pudiese avistarlo, sin tenerlo a su lado.

Jaime extendió sus brazos para ofrecer el presente más deseado por Julio Valentín. Entregó a Juanita una lujosa cava dorada repleta de envases con potente sangre de adolescentes. Su clásica sonrisa parecía pegada con cemento, así como cuando colocas la pausa en una imagen. La misma expresión del señor Mxyzprtlk, duende villano de Superman con nombre impronunciado que pertenecía a la quinta dimensión y cuyos poderes mágicos —cuando se trasladaba a la tierra revestido en otro personaje— los utilizaba para distorsionar la realidad.

Juanita colocó la cava con delicadeza sobre la mesa y abrazó a Jaime con el calor de bienvenida para el hijo pródigo. No se veían en la intimidad desde aquellos días cuando Jaime conspiró para sustituir a Julio Valentín en la Vicepresidencia de la República. Bastante agua había pasado bajo el puente. El contacto se redujo a breves tropiezos en actos públicos donde ambos habían derrochado cortesía política. Nada más. Julio Valentín estaba envainando su espada. Y Jaime, en consecuencia, también.

Como alcalde ya llevaba varias heridas y ningún logro lo destacaba. Ni siquiera la militancia partidista conseguía algún mérito en su gestión. Los escándalos lo habían acompañado. A inicios del año 2009 a Inessa le habían decomisado cuarenta millones de dólares en una cuenta del Banco de Panamá. Ella, que aún firmaba como su esposa a pesar del divorcio, no pudo justificar la procedencia del dinero y él tampoco. Jaime tuvo que activar amigos como el empresario Ricardo Fernández Barrueco, dueño de empresas de atún, de helicópteros y bancos. Fernández Barrueco venía siendo mencionado como testaferro de Adán Chávez, hermano del presidente, y pronto caería en desgracia y se vería involucrado en denuncias de corrupción. Jaime apeló, además, a la ayuda del presidente saliente de Panamá, Martín Torrijos. Todo un lío que no le gustó para nada a Hugo Chávez. Le desagradaba, asimismo, su manera de reaccionar con los periodistas que lo denunciaban. «Ni yo actúo de ese modo». Cuando estalló el escándalo del Banco en Panamá le espetó a Jaime: «Ahí tienes, el periodista con quien peleaste fue quien dio la primicia de los cuarenta millones de dólares». Aún Jaime no sabía que Jotavé era quien había filtrado la información.

Jaime conocía lo que a Chávez le agradaba y lo que le hacía enfurecer y sin embargo no lograba entrar en el deseado cobijo de su alma. No vencía la desconfianza tal vez sustentada en el profundo rencor que el presidente guardaba a su hermana. Y ese era un tema no negociable, por lo que Jaime se había conformado con evitar enfurecerlo.

Chávez le permitía manejar su cuota operativa de negocios. La condición era que debía saber en qué se metía. Porque quien pretendía actuar con autonomía era castigado. Por eso le alteró lo del Banco de Panamá. Chávez contenía su desagrado y se cargaba de paciencia ante el interés de que Jaime aceptara la maquinaria del PSUV como una potente estructura para el chantaje y el terror.

En la alcaldía, Jaime tenía más libertad en el manejo de recursos. Caracas es tan complicada, tan desordenada que era muy fácil hacer desaparecer el dinero. No había controles. En el chavismo, la publicidad millonaria y la censura a los medios de comunicación facilitaban dar la sensación de gestión. Jaime hizo esfuerzos por la apariencia estética de algunas zonas, pero no pudo ocultar que es un pésimo gerente.

Las denuncias de operaciones ilícitas se fueron acumulando. Pagos indebidos incluso de

deudas adquiridas mientras fue vicepresidente. Obras inconclusas repartidas a dedo. Debutó entregándole al famoso arquitecto abuelo de Inessa la obra de Misión Vivienda en el Municipio Libertador. Los contratos otorgados por su compañero de partido, pero rival predecesor, Freddy Bernal, los anuló, reajustó o renegoció según sus intereses. A todos les incrementó el costo. Lo de BusCaracas fue un abuso. Años después, Chávez afirmaría en uno de sus programas que «era un ejemplo de mala, pésima aplicación». Los vecinos alertaban sobre remodelaciones a la plaza Diego Ibarra que costaron miles de millones de bolívares. El Frente de Defensa del Norte de Caracas denunció hasta el cansancio que Jaime utilizaba la alcaldía como caja chica, su banco personal e instrumento para hacer proselitismo político. Cuando necesitaban fondos se inventaba una obra pública de pésima calidad, se le ocurría el cambio del piso de una plaza, remodelaba un paseo, se refería al mantenimiento de unos módulos sanitarios que no existían. Con los años fue perfeccionando su técnica de latrocinio. Luego inventaría hasta un festival de música para entrar en la onda cultural. Ya sobre eventos de masa había aprendido cuando tuvo a su cargo la organización de la Copa América. Pero en el chavismo nada se investiga a menos que lo ordene Chávez.

Julio Valentín lo esperaba con su bata de seda sentado en su silla de gamuza roja con ese respaldar que recordaba un mohoso y decadente burdel.

Jotavé no se levantó para saludarlo. Sin abrazo, una mano esmirriada fue extendida para que Jaime intentara estrecharla.

—Ahí te traje la sangre que se coloca Isabel II —anunció Jaime al intentar romper la frialdad.

—Pensé que ibas a decir Isabel Preysler, porque ya me la iba a tomar — interpuso Juanita, relajando el instante.

—¿Has visto a Chávez? —preguntó Jaime ansioso, bebiendo una copa de vino servida por Juanita.

Chávez había asistido al programa de televisión de Julio Valentín a su regreso de Cuba, donde lo habían operado para sacarle un tumor después de diagnosticarle cáncer. A Jaime le habían contado que fue necesario interrumpir varias veces la grabación porque Chávez estaba muy mal. Transcurrido más de un año, a Jaime le interesaba saber lo que Jotavé no le iba a ocultar, la verdad sobre el estado físico del presidente. Julio Valentín estaba al tanto, a través de informantes, de lo que nadie sabía porque los cubanos habían bloqueado la información, tenían el control y lo mantenían aislado luego de la agotadora campaña electoral.

—Lo perdimos —aseguró imperturbable Julio Valentín.

—¿Tan mal está?

—Juanita insiste en que tiene la muerte en la cara. Ese no es el problema, sabemos que va a morir. Lo que me preocupa es que ya no dirige su vida, mucho menos el país. Eso complica la comunicación y decreta la entrega a Cuba. Sin duda, el sustituto será el que digan los Castro. Tú estás fregado, por ejemplo — Julio Valentín lo dijo con inocultable placer.

—¿Es posible que Chávez ni siquiera se pueda juramentar? —preguntó Jaime con cara de lamento. Estaban a finales de octubre de 2012 y apenas habían transcurrido tres semanas del triunfo electoral, lo que para Jaime significó haber elevado su puntaje porque habían ganado. Pero sin Chávez estaría perdido.

—Ese es uno de los aspectos formales. Antes debemos revisar lo más relevante.



—¿Quién manda? ¿Quién tiene el control?

—Ya te lo dije, los cubanos. Pero hay algo más. Tengo información de que la muerte de Hugo ha sido acelerada por los Castro. Chávez podría haber vivido unos cinco años más con el cáncer. No será así. Han decidido poner a alguien que esté aún más bajo su control. Que no le compita en ego y liderazgo a Fidel. Que no tenga conocimientos, ni iniciativa. Que sea corruptible y mediocre, con tendencia a la banalidad y con un toque de pendercierno.

—Todos los chavistas son así.

—Estoy hablando en serio, enfatizó Jotavé con severidad.

—Nicolás Maduro, respondió Jaime obediente.

—Maduro es de ellos. Formado por ellos. Fanático de ellos. Porque Maduro más que de Chávez, ha sido de los cubanos. Su historia se traslada a 1999 cuando fue asignado a un pequeño anillo para darle información a Chávez y datos a Fidel. Era entonces parte del séquito que filtraba información a los Castro. Por eso va a estar pegado a Chávez hasta el último día de su vida, bajo instrucciones de los cubanos.

—Entonces la mala praxis fue deliberada... ¡No me digas que es cierta la versión de que lo contaminaron con elementos radioactivos!

—¿Te vas a sorprender de lo que hagan los cubanos? Desde la primera operación hace un año y tres meses, ellos afianzaron su presencia en Venezuela, ajustaron sus fichas y arrancó el entrenamiento del sucesor. A Chávez lo secuestraron y en la medida de su debilidad física profundizaron su fragilidad emocional entre brujos y cualquier superchería. Le limitaron la comunicación con su gente de confianza, le administran fármacos que nadie sabe, bajo el argumento de mitigar el dolor que realmente ellos mismos han profundizado. En sus espaciados ratos de lucidez sufre mucho. Con frecuencia le repiten que perdió su capacidad sexual y ya sabe que ni siquiera volverá a caminar. Sus hijas han tratado de acercarse más a él y cuando apenas les permiten acompañarlo unos minutos, un funcionario cubano se aposta para vigilar lo que hablan. Ni siquiera María Gabriela, que es la más alebrestada, ha podido vencer el cerco. Mis inquietudes coinciden con las de algunos miembros de inteligencia militar, como «el Pollo» Carvajal. La conclusión ineludible es que los cubanos decidieron acelerar la muerte de Chávez y entregarle la presidencia a Nicolás Maduro. Por eso Hugo lo designó vicepresidente y apenas Chávez se vaya al infierno, donde nos esperará —dijo Jotavé con una pecadora curva de sarcasmo— habrá elecciones.

—¿Y qué vamos a hacer nosotros? Los cubanos no nos han permitido acercarnos a Hugo durante todo este tiempo. No somos del círculo de su confianza. De sus escoltas, solo el teniente Escalona lo ha podido ver. Nadie traspasa ese muro. Nada podemos hacer.

—Claro que se puede, ripostó Jotavé enseguida.

—¿Qué? ¿Cómo? Si ya decidieron que es Maduro, eso no lo cambia nadie.

—No estoy diciendo que modifiquemos esa decisión. Me estoy refiriendo a que de Maduro hay que ocuparse. Y es aquí donde te toca el turno.

—Ya va, ya va, necesito un trago más fuerte —interrumpió Jaime poniéndose de pie y llenando un vaso con whisky que empujó puro a su organismo—. No he tenido tiempo suficiente de trabajar el territorio de Nicolás y su entorno. Mi comunicación es operativa en materia electoral, pero en el PSUV no me ven como un dirigente político. Eso es bueno porque se pelean entre ellos, Rafael Ramírez, Diosdado Cabello, Nicolás Maduro... Un buen nombre habría sido el de María Gabriela Chávez. Pero hasta el papá admite que es un desastre en su vida privada. El poder se puede perder

por no pensar con la cabeza.

—Ya te dije que va a ser Maduro. Es la mejor opción para ti, si a ver vamos. Concéntrate en lo que te estoy diciendo.

—Nicolás y yo nunca nos hemos llevado bien.

—Eso no debe ser un problema. Has demostrado que puedes ser implacable con tus amigos y cómplice entregado de tus enemigos.

Jaime entendía que tenía que transitar por esta escena. Se había preparado para resistir. Julio Valentín estaba herido, su traición se la cobraría y Jaime estaba dispuesto a pagar. Entendía que también Jotavé necesitaba de esta alianza. Tendrían que convocar elecciones presidenciales y en ese proceso Jaime adquiriría valor porque sería jefe de campaña. Aumentar su área de influencia le permitía abrirle espacio a Julio Valentín, incorporarlo al protagonismo del partido y garantizar ubicación para su hijo, que ya había sido alcalde.

—Yo tengo el cargo para mi hijo: ministro de asuntos para la paz —anunció Julio Valentín, adivinando el pensamiento de Jaime.

—Eso suena muy bien, reaccionó Jaime presuroso y adulante.

—Tienes que acercarte a Maduro. Te tapas la nariz y te conviertes en un amable compañero. Gánate su confianza.

—Pero yo soy alcalde de Caracas, no formo parte de su entorno...

—No seas pendejo —espetó molesto Jotavé—. Eres el director de facto del Consejo Nacional Electoral y el que dirige las campañas.

—Okay, okay. Además de hacerlo ganar ¿qué más debo hacer?

—Apoderarte de su alma y de su escaso cerebro. Hazlo sin perder de vista a Cilia.

—Betty es la apropiada para la misión de Cilia. Se llevan bien, hacen brujerías juntas.

—Me parece perfecto. Lo más complicado será el tema de los cubanos. De eso debemos encargarnos los tres.

—Vamos a comer, se asomó la voz de Juanita que invitaba desde el comedor.

Caminando con lentitud, Jaime acercó su cuerpo al de Julio Valentín y le susurró al oído.

—Perdóname.

Con su cara de peñasco Julio Valentín respondió:

—Tendrás que pagar penitencia.

—Lo sé.

—Estoy pensando qué diría la oportuna de Mildred para suavizar esta circunstancia —acotó con su mohín típico Juanita.

—A Mildred la veo con frecuencia —comentó Jaime.

—Nosotros también —informó Juanita.

—La verdad, es que Mildred es la única desde la disolución de la cofradía que mantiene el contacto con todos —concluyó pensativo Julio Valentín.

## XVIII

Adelina se iba. Regresaría a Cartagena, su pueblo, donde quería morir. «Ya estamos viejas. Y es verdad, doctora, usted es mi familia, pero allá están mis muertos, gente de mi sangre, donde descansaré en paz». Vivir sin Adelina sería para Mildred un trance más aciago que su viudez. Tenía más años y menos fuerza. La cocina parecería un mamotreto sin el alboroto de sus canciones, sin su debate con los locutores de los noticieros de radio y su carcajada con la que sazónaba su comida, sin sus silencios ante su malhumor, sin su atención respetuosa cargada de amor... Hacía mucho que a Mildred no le preocupaba la muerte. Acercarse a los 90 años con lucidez y una sublime descendencia, tranquilizaba cada amanecer. Agradecía a Dios no ser una carga para sus seres queridos. Si bien su fortuna había mermado, eso no significaba una tragedia. Previsiva, años atrás había aclarado cifras en la repartición de sus bienes. Sus hijos, nietos y Adelina fueron su prioridad. Una cuota importante quería que fuese dispuesta para salvar vidas, aliviar males, procurar la bondad con el último suspiro.

De algo estaba segura: no viviría sus últimos días en tono de tragedia. Seguiría en lo suyo hasta el final. Con sus afectos y sus mañas. Fisgoneando, entrometiéndose en la vida de otros y sintiéndose útil. Se vestiría de anciana impertinente, si eso le divertía. En ese rol hasta los enemigos la tratarían con condescendencia. En reuniones exclusivas podía presentarse sin ser invitada y para ella siempre habría un lugar. Le divertía fingir demencia, errar nombres, confundir fechas. La gente se despepitaba hablando delante de ella con más confianza que frente a un cura en confesión.

Mildred mantuvo contacto con los antiguos miembros de la cofradía. Con monseñor Andrés Urbina hablaba sin secretos. Su posición pública pasó a ser sólida junto a la lucha opositora. El obispo se convirtió en la voz de miles de creyentes indefensos y desesperanzados. Valiente, activo y piadoso, hablaba al corazón de los débiles y sufrió la adversidad de la incomprensión de la situación venezolana por parte de la jerarquía eclesiástica en Roma.

A Francisco Arias Cárdenas lo visitó en México, donde había sido designado embajador. Astuto el personaje, consiguió la distancia conveniente de Maduro, un mandatario que lo avergonzaba, aunque el destino después le regaló la réplica de Chávez en López Obrador, lo que no le incomodó. Del encantador Horacio Ardiles era imposible desprenderse. Cada quince días le enviaba un regalo tan enigmático como los lugares que visitaba. Un vivían el Horacio, que convivía con oficialistas y ayudaba a opositores. Su capital se había multiplicado como testamento de Cilia Flores y su descendencia. Por Cilia logró que sus compañeros de banda tomaran áreas clave. Raúl Gorrín se convirtió en propietario de Globovisión y Maikel Moreno en presidente del

Tribunal Supremo de Justicia. Su centro de negocios lo trasladó al Medio Oriente, sin cerrar filiales en Bolivia y República Dominicana. Igual mantenía su empresa base en Venezuela para transporte de alimentos y otros productos *non santos*.

Su amiga Luisa De la Rosa, distanciada de su exmarido, destacó como una activa defensora de los Derechos de los Niños, lo que la llevaba a ser frontal enemiga de Nicolás Maduro, que parecía haberse propuesto acabar con la infancia en el país. De Raiza Romero solía escuchar sus descargas de arrepentimiento por haber creído en el chavismo. Había pasado a ser tan incómoda que estaba considerando mudarse a Colombia. Ella conocía muy bien el sistema judicial corrupto del gobierno y cómo lo usaban contra gente inocente, condenada solo por pensar distinto.

De Jaime no se separó. Mildred lo llamaba con frecuencia. La recibió en su nueva casa, estrenando esposa y un bebé. La chica amable tenía un rostro Instagram, difícil de memorizar. El terreno en La Florida era muy extenso y él prometía apoderarse de más. Estaba, según sus deseos, muy cerca del Avila.

A todos los visitaba, los llamaba, asistía a sus eventos donde lograba unos minutos de acercamiento. Era parte de su red de amigos, con los que se mantenía informada de los movimientos de los protagonistas que armaban el rompecabezas de su patria.

Mildred siguió visitando a Julio Valentín Rojas y a Juanita. Él, zorro viejo, algo olía en ella que activaba su defensa. Mildred lo intuyó, aunque decidió no retroceder. Escapar de esa maldad solo sería posible viviendo en el extranjero y eso significaba dejar un trabajo inconcluso. Mildred se enteró de que Jotavé había ordenado indagar sobre sus actividades, que espiaba su rutina, que interrogaba a su entorno. Algunos asuntos ella dejó colar como contrainformación tratando de despistar. Comentó su relación con los amigos de Baduel o detalles tontos del liderazgo opositor que la dejaban ver como una vieja chismosa.

Pero Julio Valentín había averiguado mucho más. Recibió expedientes —uno de ellos de fuentes americanas— que describían como informante a una anciana que Julio Valentín estaba seguro de que era ella. Jotavé decidió que con Mildred no habría un paso atrás. Ella sabía demasiado con la ventaja de que no sentía miedo. Él, en cambio, tan anciano como ella, no quería morir. Mildred estaba convencida de que a él le aterraba la idea del infierno. Se enteró por la misma Juanita que a Jotavé le había dado por rezar. Bastante tarde. Ese demonio para salvarse tendría que adelantar un milagro. Uno bueno sería que se llevara con él a los monstruos malignos que habitaban Miraflores. Tal vez ese gesto sería el único noble de toda su vida.

Tal como sospechaba Julio Valentín, Mildred respondía a los requerimientos de los organismos de inteligencia de Estados Unidos y la Unión Europea. Información que le solicitaban, información que suministraba.

Con Raiza y Luisa, la amistad se había volcado en franca y divertida. Emprendieron viajes con enloquecedores paisajes e insólitas compañías. En una de esas aventuras adoptaron a un coleccionista de huesos. Fue insólito. El trayecto más reciente las había llevado a la India, un viaje que en la calma de los años había soñado hacer. Una ruta espiritual que su alma necesitaba y donde por primera vez logró relajarse, aunque era reiterada la tendencia a terminar en el tema político. Había además compatriotas en todos lados. Unas pocas frases emitidas bastaban para que la gente descubriese su procedencia. La diáspora andaba por el mundo.

Unos venezolanos en la India apenas las reconocieron las atendieron con orgullo. Les recordaron que Maduro y Cilia decían ser seguidores de líderes espirituales hindúes.

—Sí, cada cierto tiempo circula una foto en redes que muestra a la pareja mucho antes de estar en Miraflores. Aparecen junto a Sathya Sai Baba, quien después fue sustituido por Ravi Shankar —precisó Luisa.

—Falsos —los calificó Mildred. Una máscara de espiritualidad que usan como mercadeo. Son un montaje con un fondo dantesco.

—Cilia solo cree en símbolos paganos. Con sus pocas amigas la une la santería. El miedo y la maldad son su motivación. Su urgencia es protegerse y hacer daño a sus adversarios. Por eso a Betty le resultó fácil enlazar con Cilia. Ella también es bruja —informó Luisa con seguridad.

—¿Y es verdad que hacen rituales con animales? ¿Sacrifican gente? —saltó Raiza espantada—. De esas mujeres juntas se puede esperar lo peor. Recuerdo historias terribles de cuando Chávez enfermó que involucraban a niños.

—Yo también las escuché y las creí —dijo Luisa—. Gente seria me asegura que Betty, la almirante Carmen Meléndez, la esposa del general Carlos Osorio —¿recuerdan el que fue denunciado por robar millones de dólares en alimentos?—, bueno, esas mujeres y que montan sesiones de antología con Cilia. Hay cuentos de la cripta, que yo no creo... hasta algunos describen a Betty muy habilidosa con el cuchillo.

—¡Dios! Solo de pensarlo me da náuseas —interrumpió Raiza que hasta había palidecido.

Mildred conocía los movimientos de Rafael García, exprofesor y analista de Jaime. Un profesional respetado y de bajo perfil. Ella había comenzado a asistir a su consulta como paciente, aunque su objetivo era otro. Quería acceder a la historia clínica de Jaime. La primera vez acudió remitida por una comadre. Se presentó con su apariencia inofensiva, con el rostro de la tía querida que acaba de servirnos ponqué de chocolate con una bola de helado.

Era natural que tuviese problemas de insomnio, pero se alarmó ante una situación que nunca había padecido: los deseos de quedarse en cama indefinidamente, informó Mildred al doctor. Para hacer creíble su historia, tuvo que cambiar su rutina. Los amigos debían enterarse de su incómoda tristeza. Eso hizo que algunos se alejaran. A muchos desagrada estar cerca de una anciana, triste, para más señas. Pasados tres meses, Mildred consideró que podía ejecutar su plan. El psiquiatra García se iba de vacaciones y dejaría un suplente. Quedó un joven —a su edad casi todos se lo parecían— que hacía pasantías en el Hospital Universitario. El chico no mostró mucho interés por escuchar las historias contadas por Mildred invitando al aburrimiento. Al segundo encuentro el muchacho bostezó apenas la vio. Con palidez maquillada y manos sudorosas de agua de rosas, fingió un vahído. Su voz apenas perceptible le rogó al médico agua con azúcar. Eso le hace recuperar por completo. El muchacho salió presuroso y ella voló hacia el archivador donde por orden alfabético — curiosamente clasificado por nombres y no por apellidos— encontraría dos sustanciosas carpetas de Jaime Ramírez. Seguía siendo una suerte que su psiquiatra tuviera archivo triple: audio, Word y papel. Lo había notado cuando el médico guardaba su caso. Ella se llevaría, como era de esperarse, el papel. Introdujo las carpetas en su cesta de mercado con el poco peso de llevar mucho cilantro. Entre las ramas abrió espacio. Y con una discreta sonrisa de orgullo personal, después de recuperarse de su leve desvanecimiento, se marchó.

Jaime asume divertido su cinismo y desvergüenza, lee Mildred en la primera carpeta del informe del psiquiatra que su mano se apresura a hojear. Continuó saboreando el contenido de los apuntes: Estoy evadiendo calificarlo como perverso porque suena peligrosamente asertivo

expresarlo. Se explaya en el goce, reivindicando la sexualidad sin límites. Nada parece inquietarle. Su mayor reto es alcanzar el máximo placer, navegando con frecuencia en el sadomasoquismo.

Presume de lograr escapar de la locura. Cree que logra burlarla. Lo maneja como psiquiatra y sabe lo que significa sufrir una crisis en la que ha perdido el control, se ha fracturado, se ha quedado sin juicio, sin sentido de la realidad, con un pensamiento desorganizado que lo ha llevado al desorden de su comportamiento. Él lo ha vivido en carne propia. Han sido eventos esporádicos, pero peligrosos.

Solo Betty logra rescatarlo. Evita que se convierta en el animal desbocado, sin equilibrio y al mismo tiempo lo protege de paralizarse por miedo al dolor. Ese dolor que a él le causa placer infligir a otros. Él mismo lo afirma: el dolor te quiebra, no hay nada contra eso.

Jaime ha sentido muy cerca la posibilidad de lograr sus objetivos de poder. Y en la medida en que se aproxima a ellos, sus ansias de maldad van creciendo. ¿Por qué ser más cruel, más sanguinario?, me pregunta. «Porque cuando estás en plena crisis de rabia y de agresividad descontrolada no te ves, pierdes toda perspectiva y solo quieres agredir al otro. No procesas lo que estás haciendo, solo vives el momento, el goce, disfrutas», le explico. Solo por esa razón vino a visitarme. Tiene que evitar una situación que le impida producir. Necesita crear mecanismos de defensa para controlar su agresividad sin límite. Se protege de la crisis luchando por no tocarla hasta que su ambición y fría crueldad, rompen la cuerda psíquica y como un deslave, lo hacen rodar hacia allí, donde puede aniquilar de manera natural a quienes disienten de sus pensamientos o los que obstaculizan sus objetivos. Para Jaime, si no caminas con él del mismo lado de la acera, eres su enemigo y pierdes hasta el derecho de vivir. Todas las teorías psicológicas explican que el individuo, el ser humano, no puede actuar adecuadamente en medio de esas crisis de agresividad que nublan la razón y lo que hace en esos trances al borde del delirio, no sirve para nada. Luego tratará de reparar los pedazos rotos producto de su crisis. De ahí los avances farmacológicos en el mundo para evitar ese estado en los seres humanos. Entonces todas sus relaciones con la sociedad, la familia, religión, la pareja, el trabajo, fallan. Sobre esto hemos disertado.

Jaime asume esa debilidad, pero hay otra que se niega a admitir: su narcisismo. Quien lo conoce en la intimidad sabe que una manera segura y eficiente de quebrarlo es golpeando su ego. Es por ese lado que se debe interpretar el asunto del resentimiento, no por lo sucedido a su padre, a quien nunca quiso. En ninguna sesión Jaime menciona a su papá, ni ha mostrado algún deseo de venganza. Su resentimiento tiene mucho más de aceptación de la propia grandiosidad que cree poseer, que del procesamiento de traumas. El resentido es por lo general alguien que siente que su genialidad no ha sido reconocida, que no logra procesar el éxito y triunfo de los demás porque le recuerda que no ha sido alabado en la medida de su grandeza. Ya en los sesenta, Erich Fromm habló del narcisismo maligno, al que otros psicólogos han llamado el narcisismo perverso que tiene que ver con individuos que muestran un yo excesivamente grandioso, con frecuencia en personas muy inteligentes, pero sin empatía y sensibilidad hacia los otros. Son individuos manipuladores y pragmáticos que disfrutan haciendo daño a los demás. Es un narcisismo con un componente sádico que, en la destrucción y disminución del otro, logran un crecimiento psicológico de la propia imagen. Es remar sobre la vida y la muerte de los comunes mortales. Eso lo hace muy sensible a los ataques en medios de comunicación. A Jaime, más de lo que cualquiera cree, le importa la imagen que transmite. Por eso también cuida en exceso su vestimenta, sus perfumes, aspectos externos en los que gasta muchísimo dinero y lo satisfacen frente a un espejo.

Jaime se ufana de haber logrado manipular a la sociedad venezolana. Desde que ingresó al CNE en la Junta Electoral engañó a muchos, mostrándose como equilibrado y científico. Hasta que fue nombrado vicepresidente, cuando resultó evidente para muchos lo que es una realidad: que se trata de una ficha del gobierno, al que no es leal porque su objetivo es alcanzar el poder.

No hay que ser un líder como Hitler o un curandero como Rasputín o un buen psiquiatra, para tener las herramientas suficientes para ejercer su poder sobre una persona, un pequeño grupo con características comunes o sobre una población que, estando desvalida, deprimida, asustada o furiosa, la manipula y le presenta una realidad deformada, interesada, de acuerdo con sus objetivos, para obtener lo único que le importa: el poder.

Jaime es lo que en la psiquiatría del siglo XIX era llamado un desalmado. Tiene un hueco en lugar de alma. Su risa burlona y sarcástica es su sello junto a una mirada que parece desconectada. Las personas con quienes se relaciona son consideradas piezas a utilizar para sus deseos y ambiciones como objetos manipulables. En su mundo impera la maldad. Jaime no tiene nada por dentro. La personalidad de Jaime es una constelación en el polo de la maldad. Polo en el que su hermana lo acompaña. Una especie de siamesa mental, operativa, disciplinada y controladora.

La segunda carpeta contenía un análisis político. Mildred se sorprendió. El testimonio —no identificado— es de alguien de la confianza del médico y muy cercano a Jaime. El documento, con apreciaciones contundentes y esclarecedoras, estaba acompañado por acotaciones del terapeuta que tratan de explicar los movimientos de Jaime desde que había mostrado señales de psicosis cuando asumió el poder Nicolás Maduro, a quien presenta como un idiota, un hombre limitado de quien se burla a sus espaldas e incluso conspira para sacarlo de la presidencia.

«Estamos montados en un *focus group* de 30 millones de personas. Por eso lo medimos todo. Podemos crear un producto para cada ciudadano del país», insiste Jaime al presidente. El se siente capaz de comprender como nadie la manera de controlar un país al conocer la psique humana.

Supo capturar eso muy bien. Decidió convertirse en el eje transversal- horizontal sobre todos los ejes verticales. Creó su perfil único construido con la finalidad de ser un personaje imprescindible para Maduro.

Con Chávez aprovechó la oportunidad de recibir el partido de gobierno, PSUV, con nueve millones de miembros a los cuales tenía que fanatizar, extorsionar, mantenerlos como adeptos que se expresaran en cada una de las mesas. Entonces, al ganar la elección, se apropiaría de la fuerza del partido. Y como Jaime fue quien manejó la campaña, la operatividad, la recolección del dinero, cobró por esos resultados, se sintió grande. Se asumió como el único con conocimiento del mercado y con eficiencia en la fórmula electoral. Eso le garantizó vida al lado de Chávez, aun cuando no fuese de sus afectos.

Jotavé y Jaime están muy claros en la disección que ha sido el chavismo y de cómo ha evolucionado: los tácticos, los políticos, los de Diosdado, Tarek, Bernal, Rafael Ramírez, algunos jefes militares. A cada uno los entiende como bestias con séquitos, recursos, autonomía, estanco... no se comunican unos con otros, pero se sienten poseedores de un reino. Además, están los cubanos, los titiriteros... Jaime decidió cruzarlos tangencialmente como una aguja con una cuerda que los teje, orientando el hilo a su conveniencia, siendo amigo de todos y amigo de ninguno.

Jaime se convirtió en el tipo operativo, bueno para cualquier cosa, cuya presentación es la ausencia de escrúpulos. Ante cada uno del entorno ha mostrado destrezas distintas. Incluso, es de

los pocos que ha mantenido comunicación con un sector opositor, cumpliendo con las sugerencias de Julio Valentín. A mucha gente de la oposición le encanta estar con él. Disfruta de su buen gusto y se goza los manjares que han comenzado a ser escasos. Para algunos, Jaime es la puerta a un terreno desconocido, en un país donde la democracia dejó de existir y también el ejercicio de la política. Utilizó su posición de interlocutor para quienes confrontaban problemas con un gobierno que desprecia la negociación porque se impone como lo hace una dictadura. Espera que algún opositor diga: «tenemos un problema ¿con quién hablamos?», y él resuelve. No siempre por dinero. Sus negocios los ha ido asegurando desde el poder. Se ha cuidado de no quedar como un vulgar comisionista, no quiere que le digan «choro», aunque lo sea. Lo que le interesa es demostrar su capacidad de control, de mando. Pongo esto aquí, nuevo para acá.

Se esfuerza por mostrar sensibilidad, lo que atrae a los ricos envidiados. Rodeado de amigos involucrados en obras de arte, con sofisticado gusto culinario, maestros de música, escritores reconocidos, lleva vida de millonario. Se siente por encima del promedio porque estudió en la universidad. Se arroja como figura clave del entorno para sostener a Maduro en el poder.

Jaime es un armador y él lo sabe. Una vez que se apoderó de la comprensión del mercado, adoptó a su conveniencia el vocabulario escatológico de guapetón de barrio que a su consumidor le gusta y que le sirve para alimentar el odio.

Aunque para acrecentar el odio, nadie como su hermana.



## XIX

La cama resultó un problema inesperado. Por sus enormes dimensiones fue imposible subirla por alguno de los ascensores. Era muy pesada. Tenía varios motores, resultaba en un amasijo nada flexible y de delicada transportación. Como era la única de su estilo en Venezuela y, según las indicaciones, la más cara en el mercado, debía ser tratada con el cuidado debido. No podía ser elevada con una grúa porque las ventanas de la antigua edificación eran muy pequeñas, así que tuvo que ser cargada sobre los hombros de los obreros a través de las oscuras y viejas escaleras del Hospital Carlos Arvelo. Una vez allí, descubrieron que tampoco entraba en ningún cuarto, ni siquiera en el más grande, la llamada *suite* del hospital militar. Dos paredes tuvieron que ser derrumbadas.

Valían la pena los esfuerzos. El costoso mueble lograría que Chávez obtuviera la funcionalidad que ya su cuerpo no le brindaba. La última operación procuró paliar su dolor. En una cirugía compleja varios nervios fueron cortados, lo que invalidó su posibilidad de caminar. Estaba de vuelta. Habían transcurrido setenta y dos días desde su anunciado viaje a La Habana cuando, adelantándose a su posible muerte, designó a Nicolás Maduro como su sucesor.

En el hospital militar Chávez alcanzó a presidir su último Consejo de Ministros. La cama permitía proyectar la escritura en una pantalla. No tenía voz, sus cuerdas vocales habían terminado destruidas por el prolongado tiempo intubado. Hubo incomodidad —incluso en los cubanos— por algunas instrucciones que dejó antes de morir. Designar como ministro del Interior y Justicia al general Miguel Rodríguez Torres no convenía a los Castro, que temían un liderazgo militar que hiciera fuerte contrapeso a la franca debilidad de Maduro. En algunos civiles también hubo inquietud: Tareck El Aissami y sus amigos radicales, y Freddy Bernal con sus colectivos paramilitares, activaron las alarmas.

Los hermanos Jaime y Betty Ramírez no fueron incluidos por Chávez en los planes principales. Ellos, en prudente bajo perfil, agudizaron sus sentidos esperando su turno. En privado se burlaron de Ernesto Villegas, ministro para la Comunicación, que se esforzaba en generar la matriz de opinión de que Chávez estaba recuperado. Les pareció grotesco el video del canal oficial que lo mostraba bajando sonriente del Airbus presidencial. La falsa imagen fue replicada mansamente en redes por el exministro de la Defensa, Orlando Maniglia, quien corrió a borrarlo un rato después con sonrojado ridículo. El testimonio de una trabajadora del hospital completó el teatro. Ella, alborozada, contó en sus tres minutos de gloria que había visto a Chávez contento y rebosante en los pasillos del centro asistencial. «Lo habríamos hecho mejor», repetían los Ramírez. Cuando el 5 de marzo de 2013 se oficializó el deceso del presidente de Venezuela, los herederos del chavismo pulían las espuelas en el campo de batalla.

Jaime se había propuesto cumplir con la misión acordada con Julio Valentín. Para él no había espacio como presidenciable... todavía. El terreno de rivalidad de Maduro lo acaparaba Diosdado Cabello y a Jaime le correspondía impulsar al sucesor elegido.

El diseño de la campaña de Maduro fue bastante sencillo: Chávez era el candidato. El fuerte entrenamiento de los cubanos obligaba a Nicolás a estudiar durante siete horas diarias videos del comandante en diferentes escenarios. También recibía clases de actuación. En las pausas posibles Jaime servía de apoyo emocional y asesoría psiquiátrica. Algunos tropiezos iban sufriendo porque el candidato era muy malo y el representante de la oposición, Henrique Capriles, venía subiendo en los sondeos de opinión. Jaime andaba preocupado. Su pesimismo creció después de recibir la llamada de Mario Silva, un militante del PSUV que se había afianzado en un programa de televisión insultando a sus adversarios. Silva le contó a Jaime sobre una conversación que sostuvo con un tal Palacios, coronel de inteligencia cubano, a partir de una aparición fantasmal de Chávez. Según Nicolás, el espíritu del comandante se había hecho presente al lado de su sarcófago en el Cuartel de la Montaña mientras el canal Venevisión lo entrevistaba al cierre de campaña. Ya antes Maduro venía con el cuento de que Chávez se le aparecía como un pajarito para arrullarlo con mensajes envueltos en cantos... Pero esta vez la visión era más truculenta porque la figura en movimiento del militar se incorporaba al cuadro. Insistía en que la imagen había quedado registrada en fotos y video.

Para colmo, Silva se dejó grabar en la conversación que había sostenido con el cubano y esta se había filtrado en las redes sociales donde exponía a Maduro al ridículo.

—Estamos metidos en un mar de mierda, compadre. Pensé que era un tema de última hora, una invención para la campaña, así que me dejé de pendejadas y llamé a Jaime —narró Silva al cubano—. El tipo brincó y me advirtió: «cuidado con lo que dices porque eso tumbaría la campaña por completo. No debemos alimentar el argumento de que Nicolás está loco». Claro, yo no voy a decir que no creo en esa verga, aun cuando me juran que están de testigos los de Casa Militar y Tareck El Aissami, que me mandó una foto diciendo: «Chávez nos está vigilando. Impresionante. Coño». Creo que esa vaina la fomenta Diosdado sabiendo que, si eso va al aire, perjudica a Nicolás. También tengo temor de que Nicolás esté siendo manipulado por Cilia. ¿No puede entender que este es un continente de caudillos y que la mujer tiene que estar a la sombra? ¿Habrá alguien que le diga a Nicolás que deje de estar mostrando a Cilia, y acabe con eso de aquí está mi mujer, un besito y vainas así?

—Ese Mario Silva es un imbécil redomado. Lo peor es que yo no tenía a quién acudir para que le callara la boca —admitió Jaime con impotencia.

—No te preocupes sin necesidad. Déjasele a Diosdado y Cilia. Ellos se van a encargar de despellejarlo —aseguró Julio Valentín intentando tranquilizar a Jaime.

—Los números están mal para Nicolás. No vamos a ganar.

—¿Cómo que no vamos a ganar? —Jotavé pronunció sílaba por sílaba a ver si el cerebro de Jaime podía fijar el significado de sus preguntas—. ¿En qué escenario es posible que nosotros podamos perder? ¿Quién controla el organismo electoral? ¿Quién a los militares, Plan República incluido? ¿Quién garantiza que los medios de comunicación informen lo que es de nuestro interés? ¿Quién tiene el poder?! —expresó con rostro severo poniéndose en pie—. A ver si me explico. Es imposible que Nicolás Maduro salga derrotado. Eso no lo puedes permitir. Así que toma todas las previsiones necesarias para cuadrar el resultado que necesitamos. Compórtate como el jefe de

campana que eres. Habla con Molero, el ministro de la Defensa.

—Molero está conspirando.

—Un ministro de la Defensa no conspira, un ministro de la Defensa tumba presidentes. Si Molero no lo ha hecho, es que está hablando paja. Así que cuadra con Molero. Afina con el Consejo Nacional Electoral, ajusta con el partido y con nuestros amigos de «Smartrick». Que nada se salga del control para cumplir el objetivo. Las cartas están echadas.

Jaime apostó a Maduro y desplegó artimañas para evitar su derrota. Con violaciones a las normas electorales y con la urgencia de una campana muy breve, el proceso se cumplió. En las presidenciales de abril de 2013 Maduro perdió. Y tal como había conversado con Jotavé, se activó la maquinaria de la trampa para arrebatar el triunfo al candidato Capriles Radonski.

Decidieron declararse ganadores. Había que evitar un recuento. En medio de la algarabía, Jaime se tomó unos minutos para su pose de serenidad. Estaba en la oficina que mantiene en el organismo electoral como si todavía fuera parte de la directiva. Iría a celebrar a Miraflores. Se movió hacia el baño para darse una ducha. El espejo lo tentó. Maduro ganó, Maduro está feliz, Maduro cree en Jaime. El plan de Jotavé se cumplió. Jaime se besó.

Los hermanos Ramírez habían llegado al primer círculo del poder político en Venezuela.

Maduro hizo pocos cambios en el gabinete. Tenía instrucciones de hacer sentir la continuidad de Chávez en sus decisiones. Ejecutó algunos nombramientos ordenados por el comandante antes de morir y colocó a familiares y amigos de su confianza. Fueron meses en los que Jaime y Betty compartieron muchas horas con la pareja presidencial. La prioridad de Cilia eran los negocios y acataba las sugerencias de sus hijos y sobrinos. En general, la familia Flores ocupó puestos clave para las finanzas.

A los cuatro meses, Betty ya era ministra de Comunicación e Información.

La misión de Betty iba en doble vía: ganarse la confianza de Cilia y penetrar al aparato cubano. Desde su designación, Betty orientó sus energías para seducir a la esposa de Maduro como una compañera diligente, al servicio de su bienestar. Esta vez no iba a cometer el error que la había hundido con Chávez. Betty mostraba un rostro amable alejada de cualquier conflicto. Podía compartir con ella como abogado, se acompañaban para dilapidar dinero en lujos femeninos, se convirtieron en aliadas. Betty sabía que un punto débil en Cilia era su numerosa familia de hijos, sobrinos y anexos. Conocía también que la mayoría era mala conducta. Betty instaló un despacho exclusivo para la familia Flores en el que mantenía a su disposición fondos para viajes y caprichos, abogados para inconvenientes jurídicos y personal en diferentes áreas de servicios para asuntos domésticos. Jaime orientaba a Betty para evitar crisis en la relación de la pareja presidencial, tratando de superar el inconveniente de que el cargo a Maduro se le había subido a la cabeza y pretendía que se le considerara como un rey.

Con los cubanos la situación resultó más compleja. Ellos sabían muy bien quiénes eran los hermanos Ramírez y lo que pretendían. Pragmáticos, habían decidido utilizarlos para lo que fuese necesario sin informarles más de lo que les convenía.

El control sobre Maduro era parte fundamental y garantizar su triunfo logró el objetivo pensado. Jaime había aprendido de mercadeo. Haber dirigido la campana de Chávez le enseñó mucho. Juntos habían diseccionado a la población, a la que segmentada y tratada como un consumidor —que es un votante— se le ofrecería un producto que tendría poca capacidad de

rechazar — so pena de castigos— y que, al contrario, aceptaría con placer bajo la promesa de beneficios. Con ese aprendizaje, Jaime se propuso, luego del triunfo, mantener el control del PSUV. Allí tenían un escollo fuerte y un enemigo peligroso que los conocía: Diosdado Cabello.

Como ministra, Betty multiplicó su paranoia. A los propietarios de un periódico del estado Aragua los acusó de enviar mensajes cifrados en sus crucigramas. Betty consideró que las palabras para acertar en el pasatiempo orientaban a una conspiración e incitaban a la violencia. Ordenó una investigación.

A los periodistas los perseguía y exponía al odio. Solicitó a los organismos de inteligencia que hicieran seguimiento a profesionales de la comunicación y cuando detectó que algunos habían pasado navidades fuera del país, los señaló en una lista como si hubieran cometido un delito.

Betty afinó su esencia diabólica y no la pudo ocultar a pesar de vestirse de seda con colores intensos que procuraban frescura y desenfado. Naranja, rojo, azul eléctrico, verde perico. En accesorios y zapatos desfilaba una fortuna. Joyas muchas. A veces su cuello parecía doblarse de tantas perlas. El cuerpo intervenido de Betty no alcanzaba para cubrir su ambición de forrarse con firmas famosas. La aprobación de su estética se presentó como una obsesión.

Algunos amantes de los números sacaron cuentas. Un par de sus zapatos equivalía al 100 por ciento del salario mínimo durante más de 800 años... Y ella respondía con esta frase de María Félix: «El dinero no da la felicidad, pero siempre es mejor llorar en un Ferrari».

Betty se desplazaba entre Miraflores, las oficinas de su hermano en la alcaldía de Caracas y el Ministerio de Comunicaciones. Se había construido una imagen de funcionaria dedicada. No le fue difícil con un equipo donde su jefe era un presidente con tendencia a la vagancia. Aun cuando procuró evitar ser hosca, su estilo de trabajo siguió generando resistencias. A los militares les ordenaba como si fueran sus esclavos.

Su equipo lo integraban jóvenes habilidosos que presentaron un problema para la oficialidad militar: su promiscuidad. Los superiores recibían quejas de su comportamiento porque se ofrecían a cambio de dinero. Otros pagaban para obtener servicios de los oficiales de bajo rango.

Durante su gestión en comunicaciones, Betty facilitó acuerdos para la venta de dos importantes medios impresos, *El Universal* y *Ultimas Noticias*. Los nuevos propietarios eran empresarios-testaferros al servicio del gobierno. En ese tiempo, también fue sacado de la parrilla de Venezuela, el canal de información colombiano NTN24, activo en la lucha a favor de la democracia. Nadie dudaba que la tenaza de la censura la apretaban los hermanos Ramírez.

En octubre de 2014, Betty salió del gabinete. Decidió postularse como miembro del Tribunal Supremo de Justicia. La idea no le agradó a Cilia, que en paralelo construía su torre de control del poder judicial. Lo que había resultado un paso en falso, Betty lo corrigió rápidamente retirando su propuesta. La jugada le resultó. Dos meses después fue nombrada canciller. La comunidad internacional debió entender que la designación de Betty Ramírez como ministra de Relaciones Exteriores era una señal de guerra.

A la histórica Casa Amarilla llegó con esta acusación que arrojó con decibeles de poca educación: «Aquí unos funcionarios de carrera conspiraron contra la soberanía nacional». La amenaza hirió aún más a profesionales que venían sufriendo persecución y humillación. Ella misma en el poco tiempo que trabajó al lado de Chávez, había bloqueado la designación de seis embajadores.

Su gestión como canciller fue una hipérbole de poco tacto contra aliados tradicionales de

Venezuela. Contumaz, apostaba al conflicto y su agenda incluía eventos con la intención de la provocación. El expediente del régimen por violaciones de los derechos humanos activó a la comunidad internacional y Betty se encargó de boicotear los primeros encuentros de los gobiernos latinoamericanos que pretendían discutir la situación de Venezuela. El expresidente de Argentina Mauricio Macri fue una de sus víctimas, al ser insultado en una reunión de Mercosur efectuada en Paraguay. El aplauso de Maduro la recibiría a su regreso.

En el 2014, Maduro sintió temor concreto de perder el mando. Los cubanos respondieron dirigiendo una operación con grupos armados paramilitares. De los primeros crímenes cometidos por ellos acusaron a los personajes de la política civil o militar que les estorbaban. Uno fue el líder de Voluntad Popular Leopoldo López.

Las torturas a los presos políticos se hicieron rutina. Oficiales venezolanos fueron enviados a la isla para ser entrenados en esa materia. Ante las protestas de sectores de la clase media, enviaban efectivos cubanos con uniformes venezolanos. Los desafueros y abusos —incluso sexuales— contra jóvenes, trascendieron por redes sociales.

Betty detectó que mostrarse agresiva y transgresora subía su puntuación en la medición de los cubanos. Era un estilo que le exigía poco esfuerzo.

Ella montaba sus espectáculos sin descuidar los negocios. Incorporada a la élite chavista, aprobó la reestructuración de Citgo, negocio que en su cuenta particular le generó abultadas ganancias. Participó en ello como miembro de la junta directiva de Petróleos de Venezuela. Por este caso, la alta gerencia de la empresa fue acusada por peculado doloso, concierto con funcionario público y legitimación de capitales porque el proyecto debió ser firmado antes de una revisión de la consultoría de la estatal petrolera, lo que no se cumplió. Betty de esta operación salió millonaria e ilesa.

En los documentos extraídos del archivo del psiquiatra Rafael García, Mildred encontró un anexo que se refería a Betty. Construido de retazos de opiniones, daba la impresión de ser el resultado de conversaciones del médico con personajes del entorno de Betty ensambladas con la apreciación del médico.

Mildred lo hojeaba procurando mantener el orden original:

Después de muchos años sin verla tuve la sensación de que a Betty se le había metido el diablo en el cuerpo. Ella es peor que él (Jaime), no la respeto, es solo un instrumento, sin él es nadie. Está llena de profundos complejos e ideas descabelladas. Toma como orden santa lo que dice su hermano, por más ilógico e insensato que sea. Derrocha dinero sin control. Ha amasado tanta fortuna que ella misma habla de sus gastos, admitiendo que rayan en lo absurdo. Siente desprecio por los venezolanos y no dudo que esté dispuesta a pasar por encima de quien se atravesase en su camino. No tiene lealtades. Para alcanzar su objetivo puede matar o traicionar a Maduro. Nada le importa. Su plan es personal.

Y seguían apuntes a mano de otro día: Cumple con el patrón de conducta patológica que conmociona los estándares morales y principios elementales humanitarios. No tiene empatía. El país es parte de su audiencia, los ciudadanos son elementos básicos de su escenario, que dirige para su placer. Se siente con derecho a aniquilar a quien considera su enemigo. Acabarlo es parte del daño colateral.

En alianza con su hermano comparte una estructura emocional de donde obtiene herramientas suficientes para ejercer su poder sobre una persona, un pequeño grupo con características

comunes o sobre una población que, estando desvalida y deprimida, ella manipula, le deforma la realidad para imponer la suya y obtener lo único que le importa: el poder. Igual que su hermano, es desalmada. Tiene un vacío moral, no tiene nada por dentro. Es manipuladora, pragmática, inteligente, pero sin sensibilidad. Disfruta haciendo daño a los demás. Es narcisista con un componente sádico. En la destrucción y disminución del otro hay un crecimiento patológico de su propia imagen. Rema sobre la vida y la muerte de los comunes seres mortales.

La maldad en ella es muy fuerte. Como en toda mujer, su perversión es más dramática, más violenta.

Jaime y ella están más propensos al mal porque son superficiales, tal como explicó Hannah Arendt en *La banalidad del mal*, «resistimos al mal no quedándonos en la superficialidad de las cosas, es decir apartándonos de la vorágine de la vida cotidiana y deteniéndonos a pensar en las cosas que nos rodean. El mal es un fenómeno superficial. Por eso, cuanto más superficial es una persona, tanto mayores son las probabilidades de que ceda ante el mal». Betty y Jaime son frívolos, banales, de una superficialidad despreciable. Solo basta ver su afán por las marcas, los lujos descarados... tan exagerados que violentan.

Ella es muy diabólica porque ¡no tiene vida! Sacarla de su contexto la convierte en una potencial suicida. Pero ella nunca se haría daño sin antes matar. Temo que lo haga. Es despreciable que sea Jaime quien la coloca, la impulsa a hacer el trabajo sucio. El sabe que ella no ha vivido su propia vida porque está viviendo la de él. El también interfiere en sus relaciones, le cuestiona los hombres con los que sale.

Al final, ambos son unos monstruos retorcidos. Ordenan, impulsan a otro para que haga daño, mientras ellos en una posición placentera se sientan a observar. Sus víctimas deben saber que antes de aniquilarlos se asomarán a ver su obra y luego celebrarán.

## XX

Existe una técnica eficaz y cruel de manipulación que debilita la voluntad y es usada para que una persona dude de su propio criterio. En la práctica es abuso emocional que se sostiene sobre el maltrato psicológico. Amenazas que generan miedo y siembran desconfianza a través de críticas destructivas y desprecio. Es sometimiento sobre la descalificación. La víctima llega a sentirse despreciable ante sí misma. El maltratador procura aislar a su presa y generarle ansiedad. Es un lavado de cerebro que ataca también la salud física. La ansiedad priva del sueño y genera agotamiento.

*Gaslighting* —sin traducción apropiada— es una estrategia de control individual y de dominación de la sociedad. Para las dictaduras es un escenario propicio para manipular y mentir, donde la verdad —diseñada desde el poder— sirve a la medida del requerimiento.

El efecto deseado por quien tiene el poder es lograr parecer más fuerte de lo que realmente es. A la víctima, por el contrario, la hace sentir desvalida, débil, resignada.

El tema se expuso inicialmente en una obra de teatro y luego en dos películas. En la segunda de ellas —*Gaslighting*, 1944— Charles Boyer es el hombre que manipula a su pareja, Ingrid Bergman, a quien trata de llevarla a la locura. Bajo una difusa luminosidad, el director desespera a una audiencia que teme que la hermosa Bergman pierda la cordura. La lámpara de gas cuya luz va atenuándose diariamente —y sobre la que le hace creer que mantiene la misma intensidad— resume la perversidad del villano.

*Gaslighting* es evaluada en la psicología clínica como una herramienta peligrosa. Hay que ver lo que significa anular la voluntad de alguien o de miles, utilizando la mentira, la falsa información, la descalificación de sentimientos y de percepciones.

Los narcisistas la destacan como su favorita. Sobre ella, Jaime Ramírez soporta parte de su estrategia.

La ruta de Jaime y Betty para llegar al poder se fue despejando sin mucho esfuerzo. El destino de militares con aspiraciones políticas había sido decidido por los cubanos. El general Raúl Baduel y después el general Miguel Rodríguez Torres, amigos de Chávez y con ascendencia en la Fuerza Armada, fueron confinados bajo torturas continuas en las mazmorras militares.

Para los hermanos Ramírez, Diosdado Cabello era un asunto pendiente. Clasificado por ellos como un bravucón, avaro y ególatra, con tendencia a la holgazanería, estaba atrincherado sin ceder, en su cuota nada despreciable de poder tanto en el partido como en el sector militar.

Jaime se concentró en alimentar la paranoia de Maduro y convencerlo sobre quiénes eran sus enemigos. A Leopoldo López lo encarceló y le cerró cualquier posibilidad de hacer política. La

tortura psicológica y física al líder de Voluntad Popular se la repartieron entre los hermanos Ramírez y Cabello, pero la presión internacional obligó a mostrar un asomo de piedad. Entonces apelaron al expresidente José Luis Rodríguez Zapatero, quien venía gestionando un seguro para su vejez y necesitaba protagonismo político. Su rol fue de policía bueno para facilitarle casa por cárcel.

El número de presos políticos se fue incrementando a pesar del estupor. Algunos lograron escapar. Antonio Ledezma, alcalde mayor, lo hizo en noviembre de 2017.

Los rehenes se siguieron multiplicando. Parlamentarios, alcaldes, líderes sindicales, periodistas, profesionales de la salud, activistas de los derechos humanos, militares, estaban en manos del gobierno. También asesinaron. Oscar Pérez, policía con discurso pacifista que había ejecutado intrépidas acciones retando al poder fue masacrado junto a seis compañeros.

Cuando Pérez fue asesinado, Jaime tenía dos meses como ministro de Comunicación e Información. Sobre el crimen, una narrativa, un cuento inventado, una historia fabulada con un léxico predeterminado, fue repetido hasta el infinito en todos los medios bajo su control. En sus manos estaba el poder del mensaje. Había llegado al lugar apropiado. Sería la encarnación de Joseph Goebbels con tecnología.

El año 2017 ha sido uno de los más sangrientos del período de dominación chavista. Jaime, aún antes de ser ministro, venía facilitando las acciones represivas ocultando la verdad y desvirtuando los señalamientos de opositores. Las violaciones a los derechos humanos eran silenciadas o minimizadas. Maduro, en lo que significaba su segunda gran crisis, enfilaba sus baterías contra el Parlamento con mayoría opositora que bloqueaba al régimen proyectos que violentaban la norma. Pero Maduro necesitaba dinero. Apeló entonces a la tribu judicial encabezada por Cilia y aupada por Betty y ordenó al TSJ legislar por encima del Parlamento. El siguiente paso fue inventar una Asamblea Nacional Constituyente presidida por Betty Ramírez.

La crisis se prolongó. La propuesta de diálogo suele ser una alternativa para los que se sienten ahogados y para quienes defienden una salida política.

Jaime tenía el encargo de construir un diálogo, aunque la iniciativa la tuvo Ernesto Samper bastante antes, siendo todavía secretario general de Unasur. Diseñó una mesa con tres patas y tres expresidentes: una encabezada por Martín Torrijos, de Panamá, para discutir garantías electorales, una segunda con José Luis Rodríguez Zapatero, de España, para acabar la crisis institucional generada por la concentración de poderes, y una tercera con el dominicano Leonel Fernández para orientar la parte social. El asunto no avanzó. Sin embargo, de todos ellos hubo uno que dividió un horizonte cargado de pasiones y excelentes negocios.

Zapatero se aferró a Venezuela como si fuera su última balsa. Negado a ser el jarrón chino que le habían vaticinado en su país, cultivó viejas amistades con políticos y se dedicó a pasar largas temporadas en territorios del Caribe donde La Habana fue muy visitada. El hotel donde se alojaba en Caracas lo convirtió en centro de reuniones frecuentes. Sus grandes amigos eran los hermanos Ramírez. Betty acudía a horas no convencionales. Ella parecía disfrutar el rumor que la reivindicaba ante las burlas a su apariencia. Los fotógrafos apostaban a lograr la imagen de un beso entregado por ella en uno de esos saludos con el que rozaba a Zapatero el borde de la comisura de los labios.

El expresidente español consiguió avanzar en negocios prósperos que lo llevaron a los registros de inteligencia militar al ser investigado por negociar oro venezolano. Hizo llave con



algunos políticos de poca monta. Uno de ellos, Timoteo Zambrano. «Mi mujer me reclamó por hablar más con Timoteo que con ella», llegó a comentar. Zapatero no disimula estar a la disposición de Maduro y responder a sus intereses, los cuales defiende en Europa o América. Su oferta diligente le ha llevado a cargar con la antipatía de gran parte del país. Cuando se activó la mesa de diálogo en República Dominicana, no era Zapatero uno de los protagonistas, pero él estaba allí, por si acaso.

Los cancilleres de Chile, México, Nicaragua, Bolivia y San Vicente y Las Granadinas conformaban una especie de coordinación para efectos de la mesa de diálogo que se celebraba en República Dominicana. Jaime presidía la delegación oficialista. Se ocupaba de no dejar dudas respecto a quién era el jefe.

Los negociantes de la oposición se sorprendieron por la dualidad en su actuación. Su personalidad seductora se veía transformada en un ser autoritario que maltrataba a su hermana delante de todos los participantes. A gritos la mandaba a callar. Con el resto no era muy diferente. Nadie podía disentir de él. Su empeño era demostrar que es él quien manda y que lo hace así, con agresividad.

Un canciller conversó por teléfono con un amigo desde el bar del hotel donde se desarrollaban las reuniones. Mildred lo escuchó en *speaker*.

—Jaime tiene una ventaja porque es psiquiatra y puede entender la mente del ser humano con sus luces y sombras. Conoce los puntos débiles, es obvio que ha estudiado al grupo. Sabe manipular, lleva al otro a unas condiciones inesperadas. Se muestra como alguien capaz de escuchar tus secretos para después usarlos en tu contra, sin piedad.

—¿Cómo se comporta cuando no está en plan de trabajo? —preguntó el amigo de Mildred con curiosidad.

—Me confunde porque es muy agradable. Provocaría hasta ser su amigo. Su estado de ánimo fuera de la reunión es completamente diferente. En el café es grato, simpático, locuaz, pareciera que se da permiso para un trato humano. Es seductor con hombres y con mujeres y gusta desplegar su inteligencia como un pavo real, aunque se hace pesado por vanidoso y acomplejado. Todo el tiempo compara los productos que carga encima o que posee, con los del resto. No puede ocultar que le gusta el dinero. Se anota fácilmente en el campo de la banalidad. Su mayor resentimiento es no haber nacido en cuna rica. Se pica por la fortuna de otros. En las conversaciones informales trata de hacer énfasis en que ha cultivado su intelecto y el buen gusto. Es un apasionado de la informática, aunque muy superficial en su uso. Es un divertimento que utiliza como una marca más.

—¿Qué puntos débiles le destacas?

—Tiene problemas de control. En las negociaciones ha perdido los estribos varias veces. Da muestras de no ser un hombre equilibrado. Los ataques de ira no son fingidos. A Betty la humilla con bastante frecuencia. Lo peor es que sus estallidos han ocurrido por causas estúpidas. Cualquier detalle lo hace perder la serenidad, lo sacan de quicio estupideces. En la última reunión ante una diferencia gritó: «¡entonces aquí no se hará más nada! ¡No se discute más, váyanse paT carajo!». Batuqueó papeles propios y ajenos contra el piso. Se levantó violentamente. Uno de los cancilleres le tuvo que decir «siéntese; ¿a usted qué le pasó?». Cualquiera podría pensar que esa escena histórica fue fingida. Pero no. Algo lo hace estallar. Es su punto débil. Han sido demasiadas veces. La escena se repite. Lanza cosas, tira la silla, pateo el piso, sale de la sala y después regresa. Tiene cierto aire teatral, pero es inocultable que le desespera la idea del fracaso.

No logra soportar la presión, se siente obligado y es evidente que necesita llevar un acuerdo firmado por la oposición.

Teme fracasar y amenaza sin remilgos. A Julio Borges, que preside la delegación de la mesa de la Unidad Democrática, le anunció que se arrepentiría si no firmaba el documento. Le aseguró que le haría la vida imposible, que inhabilitaría a su partido Primero Justicia, que lo perseguiría penalmente hasta meterlo en prisión.

Mildred salió de ducharse y camino a su cama se percató de que sobre ella no había un solo espacio libre. Tendría que seguir ordenando. Documentos, hojas sueltas con transcripciones, informes de inteligencia... Algunas cajas en el suelo ya estaban a medio llenar. Contrario a los consejos de sus hijos, había mantenido pruebas escritas. Pero es que no podía evitarlo. Su cabeza no funcionaba igual si trabajaba con la pantalla de la computadora. Sus dedos tenían que sentir el papel, su cerebro destacaba sobre los textos resaltados, y las hojas, arrugadas por el manoseo, cobraban vida con gotas de café o de vino o de lágrimas...

Con la partida de Adelina, a Mildred la había asaltado la soledad. Nada estimulaba su intelecto. Ni siquiera jugar a la espía. Se sentía desilusionada de las circunstancias. Temía que su alma se contaminara con tanto odio. Las cárceles estaban llenas de muchachos y la paralizaba que los muertos pasaran a ser una estadística diaria. También algunos amigos estaban presos, como el general Raúl Baduel. Los demonios de Chávez y Maduro habían transformado el paraíso de Venezuela en un infierno. Ver morir a niños y ancianos por falta de asistencia en hospitales o por hambre, había devastado su corazón.

Debía tomar distancia. Con su acostumbrada mente estructurada para el espionaje, Mildred diseñó un esquema para distribuir entre cinco personas las evidencias que comprometían a Jaime y Betty Ramírez en los peores delitos. Militares y civiles del régimen también aparecían involucrados, pero lo sustancial apuntaba a los hermanos siniestros a quienes Mildred veía con más posibilidad de tomar el poder. Con el gobierno o la oposición. Mildred —que conocía bien su cinismo— le había escuchado confesar a Jaime con placer cómo cultivaba amistades opositoras insospechadas.

El plan de distribución de los documentos contemplaba que ninguno de sus cinco amigos tendría la información completa. Mildred quería evitar que la caída por soborno, extorsión o miedo de uno de los miembros pudiese entregar la verdad en su totalidad al enemigo. Era un sistema sencillo, casi infantil pero infalible, copiado de sus lecturas en novelas de misterio y de los videojuegos que había compartido con su marido Reynaldo junto a sus hijos Rómulo y Arturo. Sus amigos policías extranjeros hicieron lo demás.

En el esquema se necesitaban al menos dos personas para tener conclusiones parciales y señales precisas para ubicar los documentos. Tres podrían mostrar la verdad ante la opinión pública. Cuatro llevarían a los responsables a un juicio para ser condenados por cualquier tribunal que quisiera hacer justicia. Los cinco harían una verdad irrefutable.

Sus cinco amigos iban a recibir un sobre que iniciaba una cadena de claves para acceder a la ruta que los llevaría a las pruebas. Ningún registro estaría en Venezuela. Solo la periodista Laura Rivera, uno de los cinco, conocía la identidad de los otros cuatro: la abogada Raiza Romero —ahora claramente opositora—, Luisa De la Rosa, más activista que nunca en Organizaciones No Gubernamentales exigiendo respeto a los derechos de los niños, monseñor Andrés Urbina, enfrentado a las injusticias, y el general Raúl Baduel que había delegado en un experto de su

confianza que activaría la difusión de los secretos.

Mildred se quedó pegada a la pantalla del televisor con la imagen de Jaime fuera de sí, ante la decisión de los delegados de la oposición de no continuar con el diálogo en República Dominicana. Recordó la opinión de su psiquiatra: Jaime tiene explosiones de ira importantes. Lo afectan las declaraciones públicas. Es el tipo de personaje que se quiebra cuando se le abre su herida narcisista. Si alguien se le ríe en la cara cuando él menos lo espere, se va a desbaratar descuadrado. ¿Por qué se desajusta? Porque se lo cree. Su propia mentira es tan fuerte que la toma como su verdad. Igual hay que cuidarse de su sadismo porque él disfruta viendo a los demás sufrir, creando situaciones donde el control lo establece partiendo en fragmentos al otro. Por eso hay que hacerle lo mismo.

En esa oportunidad, políticos habían alertado sobre la presencia del expresidente Zapatero. La advertencia se produjo apenas se conocieron las primeras rondas de negociaciones en las que desde hacía más de dos años ese personaje se había empeñado en participar como mediador. Desde entonces estaba clara su inclinación hacia Maduro. Sus consejos y acciones solían ir dirigidos a mejorar la imagen del dictador y para garantizar que se mantuviera en el poder. Expertos que habían observado al personaje, insistían en que el expresidente era falso y poco confiable. Veían en Zapatero que su ausencia de empatía podría llevarlo a ser despiadado, otro elemento coincidente con los Ramírez.

Mildred recordaba dos ocasiones en que había tenido oportunidad de conversar unos minutos con Zapatero. Le pareció astuto y calculador. En una de las discusiones demostró manejar con comodidad el tema venezolano, pero lo que contó estaba absolutamente manipulado. Otra vez fue en un acto del oficialismo en el que Zapatero se mostró desenvuelto, cómodo, como si fuese parte de la familia oficialista.

Era cierto que Maduro le había regalado una mina de oro. Mildred se lo escuchó al general Hugo «el Pollo» Carvajal, testigo del hecho cuando aún controlaba inteligencia militar y no huía de la justicia.

Es inculcable la cercanía de Zapatero con los hermanos Ramírez. Betty con cariño lo llama «mi príncipe».

La dinámica y los resultados del intento de negociación en República Dominicana ratificaron la precisión de los perfiles que Mildred tenía de los hermanos Ramírez. Durante el proceso hubo un par de momentos en que las partes parecían dirigirse a un acuerdo. Entonces de manera inexplicable ocurrió el incidente en el que Jaime gritó y lanzó papeles y golpeó puertas. La escena coincide con el anuncio de Maduro de adelantar las elecciones presidenciales para mayo. El hecho era una burla, un acto de provocación para el esfuerzo de quienes tomaban en serio la posibilidad de retomar la democracia en Venezuela. En menos de una semana se retiraron de la mesa los cancilleres de México y Chile. La oposición quedó huérfana y Zapatero se incorporó en su intento de protagonizar. El expresidente venía molesto porque el canciller mexicano, Luis Videgaray, había asumido el control. Pero cuando Videgaray —un hombre de gran experiencia— se levantó y se fue, Zapatero regresó con un documento que nada tenía que ver con lo que se estaba discutiendo. Parecía obvio que no se iba a llegar a un arreglo. Lo que Zapatero presentó significaba un retroceso absoluto, tan grande, que se volvía intolerable. Pretendía dejar en la presidencia del Consejo Nacional Electoral a Tibisay Lucena. Uno de los delegados oficialistas,

Elias Jaua, lo había confirmado en el baño de hombres. «Olvídate de que vamos a sacar a Tibisay. La tenemos que dejar porque ella espanta el voto, es una de nuestras mejores cartas».

Sin embargo, Jaime avanzaba convencido de que lo iba a lograr. Nadie tenía muy claro por qué. ¿Había conseguido Julio Borges engañar al psiquiatra Jaime Ramírez? Lo cierto es que el peso de la decisión estaba sobre los hombros de Borges a quien Jaime nunca dejó de amenazar. Y hasta el último minuto Jaime le aseguró a Maduro que la oposición firmaría ese documento. Cuando Julio anunció que no lo harían, en Jaime afloró el demonio.

La furia de Jaime no fue normal. La enfiló contra Borges de manera despiadada. Lo persiguió, lo descalificó, fue terrible. Pero Jaime había caído en la trampa de su ego que le impidió ver la realidad que tenía frente a sus ojos. Fue víctima además de sus propios amigos. Jotavé hizo una de las suyas: lo engañó. Le aseguró que Borges convencería al resto de los partidos opositores y le hizo referencia a supuestos informes de teléfonos intervenidos en los que la dirigencia conversaba sobre el tema y se preparaba para el proceso electoral aceptando las condiciones del gobierno.

En las reuniones, Jaime había dejado ver su desesperación por las sanciones. Era una constante, el tema principal. Lo refería en todos los tonos. Es un castigo que les duele mucho y les angustia, no solo a los penados sino también a sus familiares.

Jaime había invitado a los medios de comunicación pautando un importante despliegue para lo que sería un gran momento. Trataba de controlarse. No había contemplado la posibilidad de un revés y esa misma seguridad se la transmitió a su jefe. ¿Cómo le explicaría que había sido engañado?

Su cara de derrota fue evidente. De nada le habían servido sus técnicas invasivas de negociación, su entrenamiento para la mesa de diálogo, blindarse para evitar que le adivinaran sus pensamientos. Inútil su teatralidad en la que había cuidado los detalles. Porque hasta el tiempo de retraso para llegar a las reuniones había sido planificado. Se aparecía seis horas más tarde que la delegación opositora y lo hacía en aviones oficiales. Al hotel se trasladaba con vehículos blindados y equipos de seguridad. La puesta en escena trataba de humillar a la delegación opositora que había arribado en un vuelo comercial en clase económica y se había agotado esperando su arribo. Y aún así, al llegar atacaba, acusaba, señalaba, agredía, sin disculparse jamás.

Durante las reuniones Jaime se esforzaba por mostrarse como el creador de gran parte de las descalificaciones que transmiten los canales de televisión y de las falsedades repetidas por el oficialismo contra los políticos opositores. Se atribuía las peores maldades. Yo los puedo destruir, era su mensaje. A pesar de eso, le es imposible ocultar cuánto le afecta el contenido de las redes sociales. Aunque trata de mostrarse profesional en esa materia y experto en construir una opinión favorable al gobierno y destructiva para su adversario, un solo tuit que lo aluda le puede destrozarse el día.

Señores, los traidores niegan una vez más los nobles intentos de paz del presidente Maduro...

Repetían la declaración de Jaime. Aburrida, Mildred apagó el televisor antes de caer rendida de sueño.

## XXI

Cuando me interceptaron en la calle pensé que era un atraco. Me golpearon fuerte, muy fuerte. Caigo al piso... la puntada me asomó lo inevitable... estoy perdiendo mi bebé. Tenía siete semanas de embarazo. En medio de la paliza me doy cuenta de que quienes me agraden son efectivos de seguridad, conozco muy bien el mundo militar. Continuaron acosándome. Un efectivo del Sebin me había advertido, por tu bien, vete del país. Diez días después de este ataque, me secuestró una comisión de la DGCIM (Dirección General de Contrainteligencia Militar). Les costó atraparme. Yo estaba en un centro comercial cuando me percaté de las intenciones que tenían los que me estaban siguiendo, así que corrí. Soy atleta de competencia, en cambio esos funcionarios beben, consumen droga... Finalmente me atraparon. Me lanzaron en una celda, en el subsótano que está en el ala derecha del edificio en Boleíta en la Dirección de Asuntos Especiales. Me preguntaban por un supuesto plan de fuga de mi marido, querían que lo implicara en negocios falsos, me presionaban para que declarara contra él. Me habían envuelto los ojos, no podía ver al que me golpeaba, estaba esposada hacia atrás en el piso, acostada. Así me mantuvieron hasta que me llevaron con un juez, ante quien me identifiqué. Al regreso, golpes otra vez. Un sargento de la Guardia Nacional, apodado «Buba», me pateó en nombre de El Aissami. «Buba» es uno de los que roba a las familias, secuestra a los niños para extorsionar a los padres, chantajea a las personas que son detenidas. Una noche veo a los tipos en movimientos sospechosos, hablaban bajito entre ellos, manipulaban bolsas, pienso que me van a torturar con asfixia. Me asusté, soy claustrofóbica. Al final me llevaron a una montaña. Con bolsas de papel me cubren la cara, los tobillos y las muñecas para evitar dejar rastros. Era de madrugada, podía levantar un poquito el cartón y reconocer que íbamos vía La Mariposa, llegando a Las Mayas. Cinco hombres me rodeaban, pensé que me iban a violar, a matar, todo. Se detienen en lo que es como un depósito de la Guardia Nacional y otros hombres le caen a tiros al carro, yo me lanzo al piso y escucho una voz, esta es la tipa, esta es la tipa, empiezo a correr —mis manos y muñecas son muy delgadas, logré zafarme las esposas—, corro y ellos me alcanzan y me cubren con una cobija. Te estamos rescatando, me dicen, no nos debes ver. Me amarran a un árbol con manos y pies esposados. Les digo, tengo hipotiroidismo, acabo de perder un bebé, estoy sangrando por el legrado, en poco tiempo me voy a poner muy mal, mejor llévenme a un médico. Al sexto día ya el olor que despedía mi cuerpo era insoportable por lo del sangrado. Los hombres me desnudaron y me bañaron. Me seguían preguntando sobre expedientes. Todo ese operativo lo dirigió el funcionario que estuvo en la masacre de Oscar Pérez que aparece abrazado con Granko después de los asesinatos. El fue quien me mantuvo en la montaña. Los tipos llegaron a pedirme dinero. Seguían procurando encontrar puntos débiles de Miguel. Sabían que mi marido es el exministro, el

general Miguel Rodríguez Torres, apresado por ellos. También me acusaban de una fuga, de que unos funcionarios de DGCIM se habían rebelado. Ellos estaban siendo torturados en los sótanos de Boleíta y el coronel Hannover había dicho vamos a meter a esos malditos en este caso y así los involucran y yo no sé ni quiénes son ni cómo son, nada, no sé de fuga y ellos nada saben de mí. Por momentos tengo chance de ver a algunos, pero no lo hago, debo seguir viva. Solo miro con su capucha al comandante cuando me pone de rodillas y ordena a los demás funcionarios que se diviertan conmigo apuntándome como en la ruleta rusa. Mátame, pienso.

Después de la montaña me bajan al depósito de la Policía Militar. Una mujer que no era médico me recibió, dentro de su ignorancia, dijo, ella está muy mal, está sangrando mucho. Algunos piensan, la violaron. Sabían de otras detenidas a las que se lo han hecho. Me avientan a los sótanos con las presas de la DGCIM, privada de medicamentos sin derecho a abogados. Me atienden unos cubanos que manipulan mi cuerpo sin permitirme ver sus caras. No sabía quién me tocaba, solo escuchaba voces de cubanos. Me dan el medicamento para la tiroides. Me habían partido el coxis a patadas, está en el informe médico. Hablan de un hematoma en la vejiga, por las patadas, derrames internos, por patadas, abdomen roto, aún inoperable, por patadas. La resonancia y el eco registran todo. Un conducto de la nariz dañado, estoy medio sorda del lado izquierdo... Torturada por hombres... Me sacan para la cárcel de mujeres, el INOF, en Los Teques, con el cuento de que íbamos al médico. Vueltas y vueltas todo el día hasta la medianoche. No querían que me vieran entrar allí. Me siento un poco más fuerte. Directo al tigrillo de castigo, espacio 2 × 2. Con otras detenidas duermo tres días de pie. El baño es salir a la tierra y abrir un hueco, pupú en un pote para diez personas. Pero al menos allí no me torturan. Cuando me niegan visita, grito, pego alaridos, y si quieren me castigan y me vuelven a torturar, les digo a los demás o se arrechán o nos vamos a morir aquí, hay que pelear porque cuando la víctima le pierde miedo a la muerte, el torturador se desespera. La gente en las redes sociales ya estaba pendiente de mí. Muchos militares se debían haber preguntado si les harán lo mismo a sus esposas. Miguel se entera e inicia una huelga de hambre. Los torturadores acababan de asesinar al capitán Arévalo y al régimen le dio miedo que Miguel se muriera. Son días en los que la Bachelet está encima. Me liberaron. Todo fue entre el 12 de mayo y el 15 de julio de 2019. De inmediato salí del país porque pretendían volverme a agarrar.

Mildred no paraba de llorar. Le era imposible consolar a Rocío Ramírez. Solo pudo abrazarla. La memoria de Mildred se activó en las imágenes de rostros de madres enterrando a sus hijos asesinados durante estos años del chavismo, familiares de presos y torturados rogando por justicia, muchos aún detenidos sin siquiera ser juzgados. ¡La vida de tantos se deshace en unas mazmorras solo porque un grupo ha decidido mantenerse el poder! ¿De dónde salieron tantos malvados?

Incontinencia de maldad, eso tiene Betty, concluyó Mildred al leer documentos que la involucraban en casos de torturas.

Un día Betty convocó a un grupo de psicólogos sociales y les solicitó un proyecto para lavar el cerebro a los presos políticos. Con severa formalidad explicó que los opositores era unos enfermos mentales a quienes había que ayudar, asistir para que alcanzasen una nueva vida y abandonaran el camino del terrorismo. Manifestó su voluntad para reeducar a los manifestantes, propuso aplicar una reingeniería psicológica. El plan lo bautizó como laboratorios de paz.

—Solo le faltó proponer lobotomías masivas. No sé si pensar que es una cínica o si está

rematadamente loca —comentó Mildred a su hijo Arturo.

—¡Ay, mamá!, por favor. Tú misma lo has dicho. Betty es mala en su esencia. ¿Y alguien apoyó ese proyecto tan desquiciado?

—Casi nadie. Por eso no lo pudo aplicar.

—La he visto disfrutando hacer daño desde que estaba pequeña. Recuerdo que mentía culpándonos a Rómulo y a mí de los desastres que ella misma causaba. A veces hasta papá y tú le creían.

—Parecía tan desvalida, tan poquita cosa...

—¿Cómo puede no conmoverse con el padecimiento de niños, de ancianos enfermos? Me pareció tan cruel cuando dijo, aquí no hay hambre, lo que hay es amor...

—Es despiadada y no le importa que la gente la deteste, al contrario, quizás lo disfruta. He escuchado testimonios del personal con quien ha trabajado que cuenta cómo se deleita en aplicar el sádico castigo que arruina la cena familiar, la salida romántica, la escapada con los amigos. Le gusta ordenar, a los militares en especial, tareas inesperadas. Lo hace a última hora de un viernes con la instrucción de ser presentadas a las 9 de la mañana del día siguiente, arruinando así el fin de semana con los niños, el juego de béisbol, la piñata. Se encarga de que trascienda que ella se está divirtiendo, que la pasa bien en un viaje mientras el resto ha sido privado de placeres, de esos ratos sencillos que ella nunca tendrá. Betty podrá arruinarle un fin de semana a su personal subalterno, pero será ella quien jamás gozará del amor honesto ni podrá ser feliz.

—Es verdad, mamá. Imagino que todos los seres torcidos son así. Pero ella y Jaime son malos, no locos. Torturan con sus cinco sentidos activados. Son responsables de delitos. Vi una declaración del exjefe del Sebin, el general Christopher Figuera, detallando cómo ella planteaba posibilidades para hacer más eficiente el daño psicológico. Que ordenaba hurgar sobre entornos afectivos o utilizar a las mascotas, una cosa monstruosa...

—Sí, me quedé muy impresionada. Ella y Jaime no dejan de sorprender con tanta oscuridad.

—Cada vez que veo a Jaime adulando a Nicolás, la manera como le habla... es que no lo puedo creer... presidente, es que usted es un conductor de victorias... él piensa que se nos puede olvidar que sabemos el desprecio que siente por Maduro.

—Es parte de un plan. El primer objetivo de Jaime ha sido controlar a Maduro, a quien mantiene en vilo sosteniendo los cordones de su inseguridad. A través de un sistema de espionaje monitoreado por Betty, sabe lo que le afecta. Logra entristecerlo o asustarlo. Ha ido tejiendo sus puntos vulnerables que pulsa como botones dependiendo de la circunstancia. Lo convence, lo enreda, lo halaga, lo divierte. Lo pone a ver series de televisión que lo entretengan, porque para pensar está él. Lo conduce en cada escenario de su vida. Así, igual a como los torturados son sometidos con luces y temperatura para hacerles perder el sentido del tiempo, a Maduro lo envuelve con términos complicados, personajes contruidos y una narrativa que varía según le convenga.

—Pero los cubanos no van a permitir que les arrebaten a Maduro, en su propia cara...

—Supongo que no.

—Aunque, mamá, Jaime le ha servido a los cubanos. La data del PSUV es impresionante. Yo diría que es la filigrana mejor trabajada por la perversión en Latinoamérica. Tienen al pueblo inventariado, saben qué piensa cada sujeto...

«toe, toe, sé tus debilidades, conozco tus temores, me puedo encargar de lo que te

preocupa...». Los cubanos deben valorar esa información para mantener las manos en el timón del país. Aprovechan su experiencia en el manejo de campañas, aunque para los cubanos cualquiera puede ser sustituido, tú siempre me lo has dicho. Y Betty les ofrece la tecnología de la que carecen en esa isla. Me han contado que ella se encarga de la comunicación con los *hackers*. Jaime y Betty manejan el Sistema Patria, la plataforma del chantaje que integran con los cubanos que no sueltan los controles de seguridad que están en Conatel y Miraflores.

—¿Cuándo perdimos el país? Trato de no desalentarme porque sé que en Venezuela hay gente buena, trabajadora, honesta y valiente. Pero nuestro pueblo ha sufrido demasiado. Válgame Dios, ¿hasta cuándo? Mira tú el esfuerzo de este muchacho Juan Guaidó y lo que le han hecho a él y a su gente... En el 2019, cuando se juramentó como presidente interino, sentimos que estábamos tan cerca de lograrlo... y todavía nada. Sabes que nunca pierdo la esperanza, pero Maduro sigue ahí, es un usurpador que ha destrozado al país, que ocupa Miraflores contra la ley y la voluntad de la mayoría. No entiendo. ¿Cuánta gente ha muerto por esta dictadura que se ha asociado con los peores criminales? ¿Cuánta razón tenía tu papá! A veces temo que este enorme sacrificio ha sido inútil, que hemos perdido, que desapareció la decencia y la alegría, que Venezuela se volvió opaca, que el chavismo en un virus adherido a nuestras visceras que se activa cuando aparece un imbécil populista. Somos un pueblo enfrentado y a veces siento que salvaje. Discúlpame, pero ando sensible por estos días. Achaques de la edad.

—Dime qué tienes en esa cabeza, que te conozco, mami.

—Los cubanos no se dejarán arrebatar el país. Si tienen que quitar a Maduro y poner a otro lo harán sin dudar. Pactar con el demonio es parte de su rutina.

—¿Y a quién pondrán?

—A cualquiera de ellos. Al que les sirva mejor.

—¿Un militar? ¿Diosdado?

—Él quisiera, por supuesto. Mis amigos de Estados Unidos me cuentan que ha mandado emisarios para intentar un puente, lo que significa que juega en varios tableros. Sin embargo, me dicen que ha resultado en un fanfarrón. Y los cubanos no lo ven con buenos ojos.

—Entonces serían Jaime y Betty

—Es probable. Las oportunidades de alcanzar el poder no se repiten con frecuencia. Y ambos están en posiciones privilegiadas con acceso a información y recursos como cómplices y testigos del desmoronamiento del país. Su plan es separarse antes de que el tsunami también se los lleve a ellos. Presentarse como salvadores, incluso como demócratas, ya sabes, son descarados. Maduro tampoco está cómodo. No me sorprende que Jaime le esté masajeando el cerebro para que considere abandonar la presidencia de manera voluntaria. Betty hace lo suyo con Cilia, quien además está muy presionada por sus hijos que desde hace tiempo le plantearon que dejara a su marido. Los hermanos Ramírez solo piensan en la Presidencia de la República y sin escrúpulos hacen lo necesario para alcanzarla, así signifique prometerle a Estados Unidos que se van a portar bien.

—Mami, ¿los crees capaz de todo?

—De todo, hijo mío. Me adelanto a lo que estás pensando.

—No, eso no es posible.

—Sí lo es. Y nunca olvides que siempre se puede estar peor. Vamos a dormir, hijo amado. Aquí es medianoche y por allá tú estás amaneciendo.



—Nunca me quiero despedir de ti, madre querida. Dame la bendición.

—Dios me lo bendiga y me lo favorezca.

Estaban solos jugando ping pong en la mesa profesional de Jaime en su oficina. Ambos vestían con marcas deportivas. Eran dos millonarios venezolanos despreocupados que se divertían un sábado en la mañana.

—Si Maduro sigue en el poder para mediados de junio, pienso celebrar a lo grande mis dos años en la Vicepresidencia. No lo he hecho mal, ¿ah? —preguntó Betty con picardía.

—Y si Maduro no sigue en el poder es porque en la Presidencia estamos nosotros. Así que celebraremos igual. ¡Chan, chan!

Betty había extendido su poder desde su nombramiento en la Vicepresidencia. Como segunda al mando de Maduro y depositaria de la confianza de Cilia Flores, controla áreas complejas que significan mucho dinero. Betty le ofrece a Maduro la solución a cualquier problema y lo tranquiliza exponiéndose a las peleas políticas cuerpo a cuerpo. Maduro le encarga misiones impopulares que exigen tiempo y trabajo. Ella las cumple. No es una sacrificada, hace grandes negocios. Voraz, ha desplazado rivales internos en el oficialismo y ha doblegado a los militares.

Los hermanos Ramírez seguían jugando tenis de mesa.

—Gori, Jotavé no da puntada sin hilo. Vi la grabación del programa. ¿Por qué habrá solicitado al país que te apoye en caso de una emergencia que te lleve a tomar el poder?

Betty había sido entrevistada por Julio Valentín, quien fue preciso e insistente al referirse a la fragilidad institucional y la eventualidad que podría llevarla a encargarse de la Presidencia.

—Le faltó poco para desvelar el plan completo —se quejó Jaime.

—Sí, a mí me sorprendió. Hasta me enredé en la respuesta, pero bueno, lo de siempre, uno habla bien de Chávez y listo —dijo Betty—. Está muy viejito... y tampoco nuestros planes son un secreto. Tal vez es conveniente que los venezolanos vayan considerando la idea de una transición en mis manos para unas elecciones presidenciales contigo de candidato.

Jaime no estaba muy convencido. Había aprendido que Jotavé era inigualable en el juego político. Nada era casual. Cualquiera de sus movimientos procuraba una reacción, disparaba hacia un objetivo. Comprometer a Betty ante la opinión pública como la sucesora de Maduro no le debe haber gustado a Nicolás. Es como verla comprar un vestido para su velorio.

—Lo que ha quedado ratificado es que beber sangre humana te hace resistente. Hicimos bien ingresando a ese club, bromeó Jaime.

—Definitivamente. Otra sabia decisión familiar. Por cierto, vi una foto en Instagram de tu mujercita y la noto un poco más rellena, ¿no estará embarazada otra vez? —preguntó Betty inquisidora.

—Tú y tu obsesión con el peso. No está preñada y no quiere estarlo más. Y a mi sí me gustaría seguir teniendo hijos. Desde que la saqué del país por seguridad la veo menos. He de admitir que me sentía algo saturado, tal vez me acostumbré a la libertad.

—Libertad entre comillas porque con esas sanciones... ¡Qué fastidio con esas sanciones! —reiteró Betty.

—Sí, estos imbéciles nos reducen el espacio posible. Eso lo vamos a cambiar.

—No puedo controlar la furia cada vez que recuerdo los escraches a mis sobrinos en México y en Australia. —Betty se refería a dos episodios en donde los hijos de Jaime habían sido

identificados por connacionales que los hicieron correr asustados—. Me encantó como mamá los entrompó. Es importante mantener equipo de seguridad a mis muchachitos —agregó.

—Quiero escaparme a La Tortuga. ¿Tu novio me podrá habilitar una avioneta para volar este viernes? Jaime aludía a Yulke Najim, la más reciente adquisición de Betty como pareja y de los hermanos Ramírez como testaferro, próspero, con decenas de negocios, entre ellos la importación de alimentos que comercializa con Europa, Estados Unidos, China, México y Turquía.

—Por supuesto, Yuyu, dalo por hecho. Yo me voy a Chachamay con él, ya sabes, el ojo del amo...

—Bien bueno que te encargues de supervisar nuestro Dorado particular. Hay demasiados zamuros en ese negocio.

Así es, mi amor. Y para ser presidente de un país hay que tener mucho dinero.

—Nosotros lo tenemos, cantaron coordinados, como cuando lo has hecho muchas veces.

Mildred había seguido la lucha del joven dirigente Lorent Saleh, torturado durante cuatro años sin piedad. En ese tiempo fue sometido a feroces tratos y no lo pudieron doblegar. A ella le gustaba ver los videos de Lorent en Madrid, en libertad junto a su pequeño hijo. Disfrutaba hacerlo cuando el desaliento la abordaba, cuando quería sacudir de su mente a los nauseabundos personajes que dominaban Venezuela.

Sobre su regazo estaba un texto del escritor cubano Severo Sarduy: «¡No es cierto lo que dicen!. No he matado a cien personas. Solo a unas cuarenta, y otras veinte torturadas... es decir, veintidós, porque había dos niños, ahora que recuerdo»

A Mildred se le hacía incomprensible la maldad. ¡Era tan reconfortante hacer el bien! La historia estaba llena de hombres y mujeres que habían escogido la ruta miserable de destruir a los demás, sintiéndose dioses intocables. Y resulta que Dios castiga, sentenció Mildred en voz alta. Recordó la historia del zar de Rusia, Iván Vasilievich, conocido como Iván El Terrible, que en uno de sus arrebatos de cólera había asesinado a su hijo mayor golpeándolo con un bastón. Ese crimen lo pagó arrastrándose de sufrimiento por el resto de su vida.

¿Por qué? La psique resumía explicaciones. Y, sin embargo, allí estaban en el registro algunos psiquiatras que avergonzaban la profesión. Mildred no lograba superar la molestia del gremio por el silencio ante personajes carentes de ética, por decir lo menos, como Edmundo Chirinos y Jaime Ramírez.

Pronto cumpliría 89 años. Nunca esperó llegar a tan avanzada edad. A pesar de la lentitud de su cuerpo y del cansancio de su alma, el médico la acababa de conseguir en perfectas condiciones para viajar. Mildred había decidido tomarse unos días para estar con hijos y nietos. Se quedaría en Valencia, en España, donde su hijo menor, Arturo, le tenía dispuesto un cómodo espacio en su casa cerca del mar.

Impulsada por la curiosidad visitó a Julio Valentín que seguía vivo, aunque parecía un esqueleto forrado en pellejos, semiacostado en una poltrona de fieltro verde con una guacharaca bordada con colores gastados. El espacio a Mildred se le hizo maloliente. Jotavé hablaba con desesperante lentitud y cada frase la culminaba agotado. Así, había entrevistado a Maduro. Hacía unos meses lo habían dado por muerto con una colostomía que se complicó con septicemia. Después de lágrimas, despedidas y bendiciones del cura, se salvó. Como que sí es efectivo beber sangre, pensó Mildred. Notó a Juanita impaciente con él. Era lógico, se veía cansada. Mildred le preguntó por Jaime. ¡Traidor! Musitó con desgarró Jotavé.

Mildred sabía que Jaime de nuevo había hecho de las suyas, dándole la espalda al más abyecto de los políticos venezolanos. Desde el poder y junto a su hermana, lanzó solo migajas para la familia Rojas, liquidando los negocios comunes. Con los cubanos hacía arreglos en diferentes áreas públicas que le generaban cuantiosos ingresos. Mildred sabía que Jotavé, mientras tuviera vida, seguiría operando con ellos o en su contra. Ella habría querido decirle: Jaime y Betty son tu obra y tu culpa. Sabes que acabarán con quien se interponga para alcanzar su objetivo y eso te incluye a ti. Pero Mildred ya no tenía fuerzas para esa batalla. Prudente, optó por despedirse con cortesía. Espantó pensamientos desagradables e inclinada se acercó al rostro de Jotavé apretando el amasijo de huesos de la mano derecha que con habilidad entrelazó con un rosario. El coño de tu madre, vieja bruja, musitó él; que Dios te perdone, respondió ella.

Jotavé la había descubierto. Sintiendo su cuerpo apagarse por la contaminación de sus propios desechos, Julio Valentín mantenía el cerebro activo agotando lo que le quedaba de vida. Mildred no había logrado engañarlo. Por mucho tiempo lo atrapó en su manto de viejita inofensiva con sus candidas artimañas de novelas y series de televisión. A él incluso le divertía su capacidad histriónica. Nunca se lo comentó a Juanita porque le enternecía el afecto protector que ella le guardaba, el destinado para la madre que nunca tuvo. Pero ahora era imperativo detenerla. Estaba seguro de que Mildred había decidido hacer pública información privilegiada. Quién sabe a qué personaje se la iba a entregar, si ya no lo había hecho. Jotavé temía a sus compinches, como las amigas de la cofradía, Luisa De la Rosa y Raiza Romero. La que más le inquietaba era Laura Rivera, la incómoda periodista que desde el año 2000 había publicado denuncias sobre la corrupción del gobierno —en especial la militar— y que no se había arredrado con veintiún procesos judiciales ni cuando le colocaron un explosivo en la entrada de su oficina. Laura se había acercado a Mildred y lo mínimo que sacaría de eso sería un libro con peligrosa información.

Fouché soy yo, ratificó Jotavé con sus pensamientos. Presentía que la misma sentencia la repetía como un mantra su pupilo Jaime Ramírez. Esa idea le molestaba. Es verdad, Jaime reúne requisitos, admitió en silencio. Es un ingrato, tráfuga, cínico, aunque arrastra una gran debilidad: no controla su ira. Jaime es inteligente pero rudimentario. Expone sin necesidad su ambición y su codicia. Se vanagloria de su posición, lo que le hace olvidar que el poder dura más si se maneja desde la sombra. Tiene algunas fortalezas, como la amoralidad con la que utiliza sus conocimientos psiquiátricos. Maneja con eficiencia términos específicos para agredir a un opositor con los que no solo ataca al político, sino que hasta hiere sin piedad a los enfermos mentales. Y, bueno, sí, se cambia de bando con tanta facilidad como yo. Tiene el olfato afinado para cuando las batallas comienzan a perderse. Pero en materia de espionaje está lejos de mí. Yo he operado por décadas sin recursos tecnológicos sofisticados, sin el apoyo de los cubanos. Sin duda, la red que ha tejido en torno a Maduro es apabullante y lo ha controlado a su antojo. Crea campañas para generarle pánico, manipula información que lo hace estallar y en redes coordina mensajes que desatan su furia en muchas ocasiones dirigida hacia sus enemigos dentro del oficialismo. Logró diseccionar su mente. Su error es que su técnica trascendió. Eso le quita elegancia al valioso secretismo. Nada como tejer en la oscuridad. A Jaime, en cambio, le gusta hacer obvio su poder, igual a como ejerce la censura. Está muy desacreditado, su credibilidad está en cero. Y aunque Jaime dice que lo único valioso para él es que le crea Nicolás, su ego se ve afectado porque su talento es despreciado hasta por los suyos. Llega a ser inconveniente que siga

demostrando su poder sobre Nicolás, como hizo en esa entrevista con el periodista de Univisión Jorge Ramos. Entrevista que Jaime interrumpió cuando vio a Maduro trastabillando, amenazando, diciendo te vas a tragar tu provocación con una coca cola. ¡Qué pena! No es correcto dejar al jefe como un idiota incontinente. Lo reconozco, Jaime ha aprendido. Yo fui quien le enseñó que es imprescindible convivir con los dos mundos enfrentados. Que hay que prepararse para mutar y estar junto a cualquiera de ellos. El hizo de ello su rutina, participó en reuniones privadas, muchas placenteras con sexo incluido, en las que se conspiró contra Chávez y ahora lo hace contra Maduro con el llamado chavismo disidente, supuestos amigos civiles y militares que desde hace mucho vienen desguazando en sus reuniones a Nicolás y a Cilia... Igual que nosotros en la cofradía. Luego, sí, Jaime con sangre fría organizó la lapidación de sus otrora aliados, observando la despedida con el placer de dirigir una muerte pública, dolorosa y lenta. Ciertamente su ausencia de empatía es una gran ventaja. No hay otra. Es el único a quien puedo delegar una misión importante. Dile a Jaime que venga, logró entender Juanita que dijo Jotavé.

Mildred miraba su propio velorio organizado por monseñor Andrés Urbina, uno de los cinco seleccionados para cumplir su última voluntad. De la cofradía, en la misa solo faltaba Francisco Arias Cárdenas, ocupado como embajador en México. En primera fila, Julio Valentín Rojas, en forma de espectro. Al entrar en la iglesia su imagen estremeció a más de uno que no entendía cómo seguía escapando a la muerte. Juanita sudaba capas de maquillaje que se iban derritiendo al ritmo de cada rezo. A su lado, Jaime se había sentado pegado a Luisa De la Rosa y Raiza Romero. Las dos lloraban con auténtica tristeza. Por allá Horacio Ardiles con una Miss de pareja. Sus hijos Rómulo y Arturo, desconsolados, no lo podían creer. ¿Sospecharían? Vamos, no fue muerte natural, repetía Mildred apagándose hacia el más allá. Entendía la obviedad, ¿quién podría querer asesinar a una señora tan amable de 89 años? Asfixiada en su cama con la almohada mientras dormía, nadie iba a investigar su muerte como un homicidio. ¡Quién sabe!, tal vez alguien asomado como yo propicie una investigación forense, sentenció bendiciendo a sus hijos y nietos.

Por suerte, Rómulo y Arturo se habían negado a desactivar las cámaras ocultas en el apartamento de su mamá.

# EPÍLOGO

El sacrificio de niños es atestiguado por fuentes de antiguas culturas del mediterráneo, aunque no queda clara la frecuencia con la que ese rito se cumplía. Varios historiadores griegos documentan la ceremonia. Diodorus Sículo en relato sobre la República de Platón cuenta que había en la ciudad una estatua de Cronos con las manos extendidas y las palmas hacia arriba y unas cadenas que le deban movilidad a sus brazos. Es la imagen de Moloch, una deidad cananea mencionada varias veces en la Biblia, considerada símbolo del fuego purificante. Como resultado de una catástrofe, el espíritu de Moloch se transformó en oscuridad, Baal, el devorador de niños. Los sacrificios de su preferencia son de bebés. Los historiadores detallan cómo depositaban en las manos de la figura a pequeñas criaturas que terminaban siendo lanzadas hacia un vientre incandescente.

Moloch es representado como un cuerpo humano con cabeza de carnero o de becerro. Sentado en un trono, suele portar un distintivo de la realeza, bien sea una corona o un báculo. Los historiadores detallan que durante el sacrificio los sacerdotes hacían sonar tambores y trompetas para que no se escucharan los lamentos ni el llanto de los niños.

En su reciente viaje a Turquía, Betty había conseguido una hermosa réplica de Moloch. Una escultura en bronce de unos 40 cm (15 pulgadas). Betty sabía que era una imagen asociada a satanás, al que rendían culto sus amigos socios, banqueros y jefes de otros gobiernos. Algunos de ellos, consumidores de adrenocromo.

El viaje a Turquía había sido precedido por un sonoro incidente en España. Su gestión fue un fracaso. Las horas en Madrid resultaron humillantes y aún no estaba claro cuánto daño había infligido el incidente al gobierno aliado de Pedro Sánchez. Menos mal que se apareció el coronavirus, pensó Betty.

La mañana del lunes 19 de enero de 2020 la vicepresidenta Betty Ramírez abordó en la rampa 4 de Maiquetía el Falcon 900 alquilado a la empresa Sky Valet para volar a Madrid. Betty tenía dos misiones que cumplir para las cuales se sentía sobradamente capacitada. La primera y urgente, era evitar que el presidente Pedro Sánchez recibiera a Juan Guaidó, a quien ya había reconocido como el presidente interino de Venezuela y que venía cumpliendo una exitosa gira por Europa reforzando su liderazgo. La segunda, adelantar gestiones para intentar un nuevo mecanismo de diálogo que encabezara España, sumara a México y propusiera incorporar al Vaticano. El plan era maquillar de democracia la tiranía de Maduro.

Los movimientos habían sido acordados con Pablo Iglesias, socio del régimen desde la época

en que Chávez estaba vivo. Correspondía a Iglesias pagar la deuda acumulada de favores, ahora que ocupaba la silla de vicepresidente segundo del gobierno español. Betty había exigido una reunión con el presidente Sánchez en la Moncloa como gesto contundente que definiera territorio frente a la inminente visita de Guaidó. Iglesias le aseguró que Sánchez había aceptado recibirla.

Iglesias se precipitó, musitó Betty. O tal vez Sánchez se arrepintió. Su amigo Zapatero le había advertido de algunas mañas que dificultaban acuerdos políticos estables con su compañero de partido y actual presidente de España. Zapatero solía comentar que Sánchez no era de fiar. Refería situaciones desconcertantes en las que cambiaba de posición con descaro. «Es caprichoso y narcisista. Es impaciente y eso lo hace cometer errores porque es impulsivo», repetía.

La vicepresidenta de Venezuela sobrevolaba el océano Atlántico a velocidad de crucero cuando la ministra de Asuntos Exteriores, Arancha González Laya, fue informada por protocolo de la visita de Betty Ramírez. No había lugar a confusión. La embajada de Venezuela en España en voz de Mario Isea lo había notificado. Arancha comunicó a Pablo Iglesias lo inconveniente de esta visita, pero ya era tarde para evitar su arribo. Iglesias se dio cuenta al intentar contacto telefónico. Betty viajaba acompañada de su novio, Yulke Najim, y del ministro de Turismo Félix Plasencia, quien pensaba quedarse en Madrid para Fitur.

La presencia de Plasencia fue vista como una oportunidad. Un importante miembro del gabinete y ficha de relevancia en el PSOE, el ministro de Transportes José Luis Ábalos lo conocía bastante bien. Con ese puente, se intentaría convencer a Betty para que siguiera su camino hacia Turquía, tal como estaba planteado en el plan de vuelo.

La ministra de Exteriores tenía razón en preocuparse. La presencia de Betty violaba el acuerdo adoptado en Bruselas en noviembre de 2017, que le impedía acceder al llamado espacio Schengen, el territorio de veintiséis países europeos que han abolido los controles fronterizos y que acatan decisiones sancionatorias que señalan a Betty por usurpación de competencias del parlamento venezolano, por atacar a la oposición y violación de los Derechos Humanos.

Esa noche el ministro Ábalos no visualizó la pesadilla prolongada que le esperaba cuando acompañado de su asistente Koldo García Izaguirre se trasladó al aeropuerto Barajas.

El tiempo de alertar a Portugal respecto a que una sancionada cruzaba en la vertical del área metropolitana de Lisboa había pasado. Eran las 23:25. Ya no se sabría si los portugueses hubiesen negado el permiso para sobrevolar su territorio para no contravenir la prohibición impuesta por Bruselas a dirigentes chavistas. Nada obligaba a España a informar, pero sí parecía poco gentil entre socios comunitarios ocultar que se estaba violando una normativa aprobada por la Unión Europea. Si el argumento era aprovisionarse de combustible porque el avión seguía hacia Turquía —excusa acordada para ser transmitida a la opinión pública— la aeronave podría haber hecho escala en Marruecos.

Cuando Betty aterrizó en Barajas acababa de comenzar en España el día 20 de febrero. El personal del aeropuerto se percató de inmediato de que algo extraordinario sucedía. Un testigo observó muchos vehículos policiales no habituales en el lugar. En total, entre 15 y 20 policías nacionales y entre 6 y 8 guardias civiles. Los funcionarios no sabían de quién se trataba, pero sí estaban claros de que esa persona no podía acceder a territorio nacional.

Entre la medianoche y las 00:15, el ministro Ábalos cruzó el arco detector con su asistente. Intentó acceder a la zona restringida, pero ya habían sido bloqueadas las puertas de acceso a la pista. A las 00:25 uno de los comisarios comunicó que el ministro y otras tres personas habían sido autorizados a entrar a la zona de pistas sin pasar ninguna medida de seguridad. También

subiría al avión.

Le tocaba a Ábalos convencer a la vicepresidenta de Venezuela para que continuara hacia otro destino. El ministro no avanzó más de una frase después de los saludos. Betty no le permitió argumentar. Los insultos y los gritos fueron violentos. Es probable que para el ministro de Transporte el rato con Betty esté entre los más desagradables de su vida política. En la discusión se presentó un problema adicional. La tripulación estaba obligada a descansar después de nueve horas de vuelo. Tendrían que pasar la noche en Madrid. El castigo se prorrogaba. Betty sería alojada evadiendo los controles de inmigración.

Betty había insistido en que no se movería sin conversar vía telefónica con Pedro Sánchez. Y lo logró. La intemperancia de la vicepresidenta venezolana le anunció a Sánchez futuros dolores de cabeza.

Funcionarios de inmigración habían tratado de impedir el ingreso de Betty, pero los de mayor jerarquía intervinieron luego de que el ministro del Interior Fernando Grande Marlaska se comunicó con el comisario del aeropuerto madrileño, Jesús María Gómez.

Guiada por policías de extranjería Betty recorrió varios pasillos hasta la zona VIP del aeropuerto. No presentó el pasaporte. Su pareja sí tuvo que hacerlo, aunque intentó evadirlo. La leyenda llegó a referir que ella bajó del avión ente 12 y 40 maletas. Parece impropcedente, aunque para una compradora compulsiva, eso es nada. Lo que sí confirmó su entorno es que llevaba mucho dinero en efectivo.

Era la 1 y media de la madrugada cuando los visitantes fueron alojados en un espacio *premium* para visitantes de alto nivel. Ahí, Ábalos y Betty se volvieron a reunir. El registro total de las dos conversaciones es cercano a una hora y media.

A las 8:20 de la mañana Betty tomó junto a su novio un vuelo de Qatar Airways con destino a Doha, donde hizo escala para enlazar con otro vuelo que iba a Estambul. Tres días después apareció en Ankara en una reunión inexplicada con su homólogo turco, Fuat Oktay. A las 14:42 el avión de Sky

Valet partió con la tripulación hacia otro destino.

Para Ábalos, la jaqueca se prolongó. Los hechos trascendieron y su versión de lo sucedido abundó en falsedades y contradicciones. La oposición política golpeó. La gravedad del suceso colocó al ministro en la situación de tener que responderle a la justicia. El Partido Popular con Pablo Casado y Vox con Santiago Abascal, acusaron a Ábalos de prevaricación omisiva y desobediencia al no expulsar a una funcionaría sancionada por la Unión Europea. Ambos partidos exigieron videos y audios de la pista de aterrizaje y de la sala VIP del aeropuerto.

Ábalos sentía sobre sí la desgracia. Sus versiones tratando de reducir la responsabilidad fueron escalando en grados de torpeza. Se lamentaba de la desconsideración de Betty Ramírez y Nicolás Maduro que habían puesto al presidente Sánchez y a su partido en serios aprietos.

La reacción no solo fue interna. El representante de Estados Unidos para la crisis de Venezuela, Elliott Abrams, solicitó explicaciones al Ejecutivo español y opinó que todo indicaba que se habían violado las sanciones europeas.

Sin embargo, el alto representante de la Unión Europea, Joseph Borrell, ejerció la diplomacia y se aferró a formalismos que bajaron las aguas. «La comisión europea no puede iniciar un procedimiento de infracción contra España porque son los países los encargados de aplicar y verificar las sanciones en sus jurisdicciones».

El objetivo político de Betty no se vio completamente frustrado. Juan Guaidó no fue recibido

por Pedro Sánchez. El viernes 25 de enero el joven presidente encargado solo logró reunirse con la representante de Asuntos Exteriores, aunque recibió honores de la dirigencia opositora española y reunió a miles de venezolanos en las calles de Madrid.

Para el 7 de febrero, Maduro junto a Jaime y Betty de anfitriones, recibieron en Miraflores al expresidente Zapatero, quien se reportó con sus socios o jefes. Su esfuerzo fue para que redujeran la presión que venían ejerciendo sobre su compañero de partido Pedro Sánchez. La sugerencia fue para esperar que la opinión pública se calmara y estar atentos ante cualquier posibilidad que pudiera ser aprovechada para reactivar un nuevo diálogo. Entretanto, el contacto con el Vaticano también había sido abortado.

—Ya me tienes nerviosa con tanto misterio —reclamó Raiza Romero.

Luisa De la Rosa la había citado en un café bar en la estación zona rosa en Bogotá. Entraban en la hora de tomarse una copa. Ya iban por la segunda y Luisa no abordaba el tema que había anunciado como «inquietante».

—¿Has escuchado sobre el adrenocromo? —preguntó Luisa.

Raiza tensó la espalda.

—Lo poco que sé, me parece atroz. Lo vinculo con ritos satánicos. Un libro de Hunter S. Thompson, *Miedo y exceso en Las Vegas*, gira en tomo al adrenocromo. Hubo una versión cinematográfica.

Creí que era un tema del submundo hasta que escuché a mis sobrinos comentar que Justin Bieber había denunciado de manera subliminal, a través del video de su tema «Yummy», abuso sexual sufrido por personajes de la industria y habría aludido a élites poderosas que consumen adrenocromo. Prefiero que tú me digas lo demás.

—Las glándulas suprarrenales producen la hormona adrenalina. El adrenocromo es el resultado de la oxidación de la adrenalina. El organismo utiliza esta hormona según el requerimiento de ciertas circunstancias. Puede activar tu cerebro haciéndote concentrado o sensible, advertirte de un peligro ante el miedo y hacerte reaccionar con astucia para salvar tu vida, o darte más energía y fuerza si eres un atleta, así como exacerbar tus sentidos en el aspecto sexual.

—Todas son razones para hacer de ese producto algo muy poderoso.

—Sí, la adrenalina es un disparador. Los rituales para su consumo vienen referidos desde tiempos remotos en citas de libros sagrados, textos de antropólogos, sociólogos, brujos, artistas, religiosos, donde a las deidades les son ofrecidas en sacrificio, vidas vegetales, animales y humanas. Mientras más compleja y difícil de cumplir sea la petición, más grande o importante ha de ser la entrega. Muchas veces han sido niños.

—Qué terrible —sentenció Raiza—. Me aterra imaginar hasta dónde me vas a llevar con esta narración.

—En esos rituales el clímax de la ofrenda es el momento en que la víctima está más aterrorizada y es cuando los oficiantes ingieren su sangre y disfrutan sus efectos lanzando después el cuerpo al horno de la figura adorada. Los métodos de tortura fueron avanzando. Los adictos asumieron que mientras más terror más efectividad. Las técnicas se volcaron en más atroces para elevar el nivel de adrenalina en las criaturas que debían estar vivas.

—Esto que me cuentas ya no sucede ¿verdad?



—Hay otros métodos. Extraen la adrenalina directamente de la glándula suprarrenal o de las arterias principales o de la médula espinal. Una red organizada se encarga de vender y distribuir clandestinamente el adrenocromo a millonarios o a sectas como Los Illuminati que, según conocedores del tema, están repartidos por el planeta.

—Que tengan dinero o sean famosos no los desvincula de costumbres tan primitivas como el canibalismo... Estamos en el siglo XXI y lo que me cuentas se parece a las historias de la tribu australiana Ngarrindjeri... Dicen que sus miembros mantenían a sus víctimas con vida mientras extraían las glándulas suprarrenales que estaban rebosantes de adrenalina.

—Realmente no sé como definirlo. Es un ritual, un crimen, un espanto. Significa aplicar la extrema crueldad de torturar a alguien para extraer adrenocromo por obtener un rato de éxtasis. El asunto del placer incluso puede ser más mito que realidad porque algunos que lo han consumido no le atribuyen el goce que alimenta la leyenda.

—Por todo lo que implica, es la droga más costosa del planeta —acotó Raiza, que se había especializado en acusar a narcotraficantes—. Creo recordar testimonios de funcionarios policiales que han seguido las pistas de consumidores, aunque he escuchado que sufren la dificultad de que es un mercado que se comunica a través de la compleja Deep Web.

—Así es. Las autoridades saben que son caprichos de una clase que maneja inmensas cantidades de dinero. Es gente de muchísimo poder.

—Pero ellos no participan en ritos con niños que son torturados para sacarles la sangre, ¿verdad?

—Si tú pagas por una droga que sabes ha sido obtenida con torturas, eres cómplice ¿no crees? —Luisa quería que Raiza se involucrara en el tema—. Entiendo que el adrenocromo ha sido sintetizado en una variación usada como tratamiento para sangrado capilar y muscular, sin ninguno de esos poderes mágicos que le atribuyen. Pero también he leído que un mercado ansioso de energía, de potenciar los poderes sexuales, sentir creatividad suprema y alcanzar la eterna juventud, compra frascos almacenados con sangre extraída en niños. O al menos así lo ofertan porque también —estoy segura— en ese mercado abundan los estafadores.

—¿Y cómo llegaste a este tema? —preguntó Raiza después de una extraña pausa entre las dos.

—Mildred. Nuestra astuta y tenaz Mildred.

—Y puntillosa.

—Gran amiga, la Mildred. No sé si este tema tuvo que ver con su muerte.

—¿Sospechas que lo suyo no fue muerte natural? —reaccionó Raiza con sorpresa.

—Han podido matarla, cada vez tengo más sospechas. Míranos a ti y a mi, huyendo de las cabezas del chavismo que controlan Venezuela.

—¿Mildred documentó el tema del adrenocromo? Porque en el expediente que me dejó no tengo nada de eso —aseguró Raiza.

—Mildred sabía que Laura nos enlazaría para ensamblar información. Sucederá también con el resto de los cinco. Hemos de revisar bien papel por papel. Por eso te propongo en este encuentro, avanzar en la información que tiene mejor soporte. Por la atrocidad del adrenocromo, desearía que fuera uno de los primeros temas a considerar.

He pensado —continuó Luisa— que Mildred tuvo muy presente una revelación que le hice en una de nuestras reuniones de la cofradía. Yo había descubierto que Julio Valentín era un consumidor de sangre humana y que Jaime era quien se la suministraba a través de una red que

controlaba. Tal vez era un tema más fácil de compartir entre nosotras como colegas médicos. Lo cierto es que ahora entiendo que ella no soltó el caso. Algo ha podido descubrir. Mildred estaba documentando que no solo Jotavé, sino también los hermanos Ramírez eran consumidores de sangre humana. Y sus sospechas apuntaban a que sería este tipo de sangre humana. Con su inclinación por gustos exóticos ¿qué les impide incorporarse a la élite exclusiva de millonarios que adquiere adrenocromo? Solo hazte esa pregunta.